

Oppenheim



**EL PESO DE LA
CORONA**

se

Arnold (escritor), Allan (artista) y Arthur (trabaja en finanzas) viven juntos. Arnold ha tenido éxito escribiendo historias de fantasía, pero quiere escribir una historia real. Allan le dice que salga y observe la humanidad, así que va a una estación de tren. Mientras está allí, se encuentra con un hombre que parece estar haciendo lo mismo. Su atención es captada por un hombre de mediana edad y una joven de unos dieciséis años que parece asustada.

Los tres averiguan dónde se alojan y los siguen hasta allí. Continúan mirando a la pareja y Arnold incluso se acerca para ofrecer su ayuda. Entonces sucede algo sorprendente, su conocido dispara al hombre con el que está y desaparece. En medio de toda la confusión, el hospital y la policía, Arnold se queda con la joven y la lleva a casa. Los tres hombres y su ama de llaves se convertirán en sus tutores durante los próximos dos años. El hombre misterioso viene a verlos y les pide que la cuiden y que no la dejen ir con nadie.

Se toman en serio su cargo. Hay al menos tres partes que intentan conseguir a la niña: un convento, un antiguo amor de Arnold y alguien de la realeza de un país imaginario (de perfil balcánico). Pero ninguno de ellos puede demostrar legalmente que tiene un derecho, así que los tres hombres no la abandonan. Llegan al punto de incluso rescatarla físicamente.

¿Por qué tanta gente la quiere? ¿Qué pasa cuando se convierte en mujer?
¿Arnold capta su verdadera historia?

OceanofPDF.com



E. Phillips Oppenheim

El peso de la corona

Obras completas de Oppenheim - Editorial Cervantes - 62

ePub r1.0

Titivillus 30.07.2021

OceanofPDF.com

Título original: *The Master Mummer*
E. Phillips Oppenheim, 1904
Traducción: Leoncio Sureda Guytó

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

OBRAS COMPLETAS
DE
E. PHILLIPS OPPENHEIM

Vol. LXII

EL PESO DE LA CORONA

The Master Mummer

Versión española de
Leoncio Sureda Guytó

EDITORIAL CERVANTES

BARCELONA / 1952

OceanofPDF.com

LIBRO PRIMERO

OceanofPDF.com

Capítulo primero

Mi mesa aparecía llena de blancas hojas de papel en desorden, y el humo de muchos cigarrillos consumidos inútilmente flotaba en la habitación como una tenue nubecilla. Muchas veces había mojado la pluma en la tinta, sólo para encontrarme unos momentos después garabateando ridículas figuras en las puntas del vade. No era ello en modo alguno un comienzo favorable para quien buscaba la inmortalidad.

Llegó luego como un gruñido del otro lado de la habitación, en donde Mabane, vestido con una fachosa blusa, y con una corta y negra pipa en el ángulo de su boca, se hallaba pintando laboriosamente en un pequeño lienzo. Mabane era alto, rubio y delgado, con una indócil mata de pelo que era la desesperación de su peluquero; un escocés de vivos ojos azules, y con una sonriente boca que ampliamente redimía su rostro de la vulgaridad que de otro modo habría sido su tónica. También él ansiaba la inmortalidad.

—Empieza, por amor de Dios, Arnold —suplicó—. El mirarte incita a la pereza. Hay en el mundo multitud de cosas sobre las cuales puede uno escribir. Escoge de una vez y termina con ello. Escribe algo, aunque tengas que rasgarlo después.

Me volví en la silla y miré a Mabane con aire de reproche.

—Sigue con tu obra artística y déjame solo, Allan —dije—. No comprendes en absoluto mis dificultades. Es simplemente cuestión de selección. Mi cerebro está lleno de ideas, rebosante de ellas. Pero quiero asegurarme de que escojo la mejor.

Un gruñido de desprecio llegó hasta mí a través de la habitación.

—¡Obra artística, verdaderamente! No como tus historietas de diez guineas, perfumadas y llenas de superfluidades, a lo Anthony Hope, aderezadas con el azúcar de Austin Dobson y la pimienta de Kipling. Hombres que vivís, ¿sabéis lo que son las obras artísticas? Algo así como un buen invernadero en el cual pasa uno sus días. ¿Tienes tabaco, Arnold?

Le arrojé el saquito a través de la habitación, y fue éste cogido con un hábil movimiento de la mano impulsada hacia atrás. Allan Mabane era considerado como uno de los jugadores más diestros del Club de *cricket* de Marylebone, y gozaba de especial aprecio por parte de su capitán.

—Me has fastidiado, Allan —repliqué, levantándome de repente de la silla y echando a andar inquietamente arriba y abajo de la desnuda habitación—. El mismo diablo podía haberte puesto esas palabras en la boca. Estoy harto de estos trabajos literarios, hechos de prisa y artificiosos todos ellos. Quiero hacer algo enteramente diferente. Estoy seguro de que puedo; pero me he acostumbrado a escribir esa otra clase de cosas y no sé salirme de ello. Por eso estoy aquí sentado como un mochuelo.

Mabane rellenó la pipa y echóse a fumar tranquilamente.

—Sé exactamente cómo te sientes, amigo —dijo, con benevolencia—. Me ocurre a mi lo mismo algunas veces, y generalmente en primavera. Empieza ello con una especie de anhelo seguido de un sentimiento de expansión, y se anda todo el tiempo con la cabeza en las nubes. Quiere uno recoger todas las cosas bellas de la vida y expresarlas. ¡Oh, conozco todo eso! Generalmente significa que hay por medio una muchacha. ¿Dónde estuviste anoche?

Me encogí de hombros.

—En donde estaré esta noche, mañana por la noche, en donde estuve hace un año. Eso es la molestia de todo ello. Uno se halla siempre en el mismo sitio.

Él movió la cabeza.

—Es una réplica muy mala —dijo—. Tus genialidades podrán ser correctas; pero no son convincentes.

—No he hablado una palabra a una mujer —declaré—, excepto a *Mrs. Burdett*, durante una semana o más.

Mabane reanudó su trabajo. Tal discusión, parecía indicar su gesto, no valía la pena de continuarla. Pero yo continué, siguiendo con mi orden de pensamientos, aun cuando hablaba tanto para mí mismo como para mi amigo.

—Tienes razón en lo que has dicho acerca de mis historias —admití—. He pintado cuadros de color de rosa sobre una vida imaginaria, y los

editores los han comprado, y el público, supongo, ha leído estas descripciones. He vestido lujosamente unos monigotes de madera y de piedra, y los he puesto en movimiento como simples muñecos mecánicos —dorados con exceso, artificiales, vulgares. Y a todo esto lo real no cesa de llamar a nuestras puertas.

Mabane se apartó del lienzo, retrocediendo unos pasos para examinar con juicio crítico el efecto de una inesperada raya de color.

—El público, querido Greatson —dijo abstractamente—, no quiere lo real, en tu caso. Cada cual que se ocupe en su *métier*. El tuyo es cantar los azules cielos y los vientos del oeste, los prados llenos del olor de heno y tipos galantes a lo Watteau en un paraíso tan artificial como un jardín holandés. Sigue mi consejo, y no sueltes a tu musa. Los otros mundos son para los otros escritores. Créeme.

Mabane me había enojado. Había suficiente verdad en sus palabras para hacerlas aparecer brutales. Le repliqué con algún ardor.

—¿No importa que me halle en la inopia por ello, Allan? El ciclo entero de la vida susurra a nuestro alrededor, hora tras hora. Está aquí, allá, en todas partes. Traeré un poco de ella a mi trabajo, o dejaré de escribir.

Mabane movió la cabeza. Se hallaba de nuevo atareado con el lienzo.

—Es siempre el escritor festivo —musitó—, quien ambiciona escribir una tragedia, y viceversa. El único hombre normal es aquel que es consciente de sus limitaciones.

—Al contrario —repliqué prontamente—. El hombre que las admite es un necio. Me he decidido. No vestiré a más muñecos con ropas lujosas, ni andarán éstos contoneándose por un escenario enguirnaldado de flores. Crearé, o abandonaré la cosa. Escribiré sobre hombres y mujeres reales, o no cogeré la pluma en absoluto.

—Ello afectará a tu economía —dijo Mabane—. Tendrás que gastar dinero en sellos de correo, y tus manuscritos serán rechazados con las formalidades de costumbre.

Su tranquilo cinismo me dejó impasible. Había olvidado casi su presencia. Permanecí junto a la ventana, mirando fuera a través de un cúmulo de tejados. Mis propios pensamientos eran suficientes por el momento. Hablaba, es cierto, pero conmigo mismo.

—Un principio —susurré—. Eso es todo lo que uno quiere. Parece ello tan difícil, y, sin embargo, debería ser tan fácil. Si uno pudiera sólo levantar los tejados... podría ver aunque no fuera más que por un momento lo de debajo.

—Puedo ahorrarte la molestia —dijo alegremente Mabane, acercándose a donde yo estaba—. ¿En qué dirección miras? Hacia Chertsey Street, ¿eh? Bien, con toda probabilidad la mamá prepara la comida. Mary friega el suelo, *miss* Flora quita el polvo de la sala, y *miss* Louisa se halla atareada con los escalones. Tienes el cerebro lleno de fantasías, Greatson. La vida en la cual estás pensando es la cosa más vulgar del mundo. Las gentes ordinarias carecen de capacidad para emocionarse o para experimentar fuertes pasiones; ni siquiera la tragedia de la existencia les conturba. No trates de poner en movimiento las aguas estancadas, Arnold. Escribe una hermosa historia sobre una romántica princesa y sus amantes, y cobra el cheque.

—A veces, Allan —dije con aire pensativo—, resultas de una impertinencia intolerable.

Mabane se encogió de hombros y volvió a su trabajo. Aparentemente había llegado en él a un punto que requería su concentrada atención, puesto que recayó casi en seguida en el silencio. Siguiendo su ejemplo, también yo volví junto a la mesa y cogí la pluma. Por regla general mi trabajo no me costaba ningún esfuerzo. Aun ahora había algunas ideas indefinidas muy al interior de mi conciencia; pensamientos que, dado mi presente estado de ánimo, me hallaba más pronto en condiciones de reprimir que de facilitarles el libre acceso. Puesto que sabía muy bien adonde conducirían, a la creación de esas más ligeras e imaginativas figuras que revoloteaban invariablemente por medio del lienzo de un mundo pintado. Una cierta facilidad para esta clase de trabajo me había valido una reputación que empezaba ya a odiar. Más que nunca me hallaba ahora dispuesto a no ceder. Las palabras de Mabane habían llegado hasta mí con un sutil acento de burla bajo su indudable sentido común. Aparté el recuerdo de ellas. Sabía que poseía yo algunas dotes. Tenía facilidad para escribir y para inventar. Algo había excitado en mí un tardíamente desarrollado, pero irresistible, deseo de aplicarlas a un fin diferente de lo que hasta entonces fuera para mí

una recta ambición. Mientras permanecía allí sentado las creaciones de mi fantasía pasaban rápidamente delante de mí una tras otra; delicadas tal vez, graciosas, cuidadosamente concebidas, adecuadamente completas. Sin embargo, sabía yo muy bien que eran ellas como los rizos del agua, criaturas sin forma o figura duradera, imágenes que se desvanecían con la misma facilidad que habían surgido en la niebla del olvido. El toque humano, el fuego transformador de la vida, faltaban totalmente. Estas creaciones de mi cerebro, suaves y tiernas como la primavera, figuras carnavalescas que reían y lloraban con igual facilidad, carecían siempre y por completo de la sangre y el músculo de las criaturas humanas. No se daba nunca la nota trágica en los accidentes de sus vidas; siempre se echaba de menos en ellas la emoción y el movimiento de la existencia real. Pero esto había terminado. Me sentía capaz de otras cosas. Aguardaría a que ellas se manifestaran.

La puerta se abrió de repente, y entró Arturo sonriente. Este tercer miembro de nuestra familia de solteros era más joven que Mabane y que yo mismo —un muchacho bien parecido, barbilampiño, al cual la levita y el sombrero de copa daban ahora un brillante aspecto.

—¡Hola! —exclamó—. ¡Trabajáis mucho!

Mabane dejó el pincel y examinó al recién llegado de un modo apreciativo.

—Arturo —declaró con lento énfasis—, tú nos das crédito, ciertamente. Espero que te muestres a nuestra digna patrona y que te demores, en el escalón de la puerta el mayor tiempo posible. Este proceder es bueno para restaurar nuestro decaído crédito. No soy en eso ningún juez, puesto que no he poseído nunca una prenda tal; pero hay algo en los faldones de tu levita que me atrae. En verdad, Arturo. Y luego tu corbata..., el hábil arreglo de ella...

—¡Oh, tonterías! —exclamó el muchacho, riendo—. Dame un par de cigarrillos, sé buen amigo. ¿Cenamos en casa esta noche?

Mabane ofreció los cigarrillos y volvió a su trabajo.

—¡Desde luego! —dijo con un suspiro—. Invariablemente los martes, ya sabes. A propósito, ¿vas a la fábrica con ese traje?

—¡De ningún modo! Tengo mala suerte; me toca estar hoy en el almacén —dijo Arturo, y se detuvo para encender un fósforo—. ¿Qué le pasa a Arnold?

—Está triste porque su musa no acude a su llamamiento —dijo Mabane—. Quiere lanzarse en una nueva dirección, hacer algo terrorífico, sabes, al modo de Tolstoi, o de Hall Caine, no le importa cuál de ellos. Quiere hacer lo que ningún otro hará jamás, tomarse a sí mismo en serio. Lo atribuyo benévolamente a una dispepsia.

—¡Mabane es un estúpido! —gruñí—. Márchate, Arturo; sé buen amigo, y no le escuches. No tiene la menor idea de lo que dice.

Arturo, con todo, no parecía tener prisa. Echóse el sombrero hacia atrás, y apoyó los codos sobre la mesa.

—He advertido siempre —dijo con afabilidad—, que bajo los discursos más asnales de Allan se esconde usualmente un substrato de verdad. ¿Vas realmente a escribir una novela seria, Arnold?

Encendí un cigarrillo y me recliné en mi asiento resignadamente. Arturo era una persona sumamente impenetrable, y si pensaba quedarse, sabía yo muy bien que sería inútil todo intento de apremiarle.

—Tenía idea de ello —admití—. A propósito, Arturo, tú eres una persona de aguda perspicacia para las cosas de la vida. ¿No podrías darme algunas sugerencias? Ni siquiera he dado comienzo a mi nueva obra.

Arturo consideró el asunto con toda seriedad.

—Es un poco difícil para ti, me atrevo a decir —advirtió—. Te detienes demasiado en casa, y cuando te decides a salir vas a entontecerte al campo tú solo. Necesitas andar por los restaurantes y sitios concurridos para conseguir ideas. Es eso lo que hace Gorman siempre. Mira de que todos tus personajes estén sacados de la vida, y parecerán ellos mucho más naturales.

—¿Y quién es ese mister Gorman? —pregunté—. No recuerdo ese nombre.

—Un amigo mío —contestó Arturo tranquilamente—. No le traigo aquí porque es él un poco vulgar para vosotros. Escribe artículos para un sinfín de periódicos. El *Illustrated Bits* y el *Cigarette Journal* publican todo lo que él quiere enviarles. Creí que tal vez el nombre no te sería desconocido.

Mabane soltó una carcajada por detrás del lienzo. El muchacho permaneció imperturbable.

—Por supuesto, no comparo su trabajo con el de Arnold —declaró—. Lo que hace Arnold es infinitamente mejor, desde luego. Pero, al fin y al cabo, el mozo tiene sentido común. Si quieren que trace el diseño de un motor, voy a sentarme enfrente de él. Si Arnold quiere escribir de cosas reales, sobre hombres y mujeres de carne y hueso, sabes, ha de salir a buscarlas. Si permanece aquí sentado y simplemente se las imagina, ¿cómo puede estar seguro de que son ellas algo real? ¿Comprendes lo que quiero decir?

Hubo un corto silencio. Arturo movía sus largas piernas hacia adelante y hacia atrás, silbando suavemente para sí mismo. Le miré por un momento con curiosidad. Las palabras de un antiguo proverbio pasaron rápidas por mi mente.

—Arturo —declaré solemnemente, dejando la pluma sobre la mesa—, eres un profeta encubierto, el profeta enviado para levantar la cortina que hay delante de mis ojos. ¿Qué camino seguiré, a dónde debo ir para encontrar estos hombres y mujeres reales, para considerar los trágicos acontecimientos de la vida? Por amor de Dios, dirígeme. ¿A dónde, por ejemplo, va mister Gorman?

Arturo se echó a reír, sin dejar de balancearse.

—Gorman va a todas partes —contestó—. Si yo estuviera en tu lugar me iría a una de las grandes estaciones ferroviarias. ¡Adiós!

Me levanté, cogí el sombrero y empecé a cepillarlo. Mabane alzó los ojos de su trabajo.

—¿A dónde vas, Arnold? —preguntó.

Algún extraño instinto o facultad de adivinación pudo en verdad haberme proporcionado una momentánea visión de las cosas que había allá, a través del portal, puesto que le contesté con bastante seriedad, casi gravemente.

—El profeta ha hablado —dije—. ¡Tengo que obedecer! Empezaré por Charing Cross.

Capítulo II

No hubiera podido decir por qué aquel hombre debía haberme hablado de algún modo. Con todo, es cierto que oí su sencilla y cortés pregunta con un estremecimiento de placer, no exento de agitación. Desde el primer momento de mi llegada al andén había separado al único tipo interesante de una multitud de personas de ningún valor. Tal vez me quedé con alguna insistencia a su lado, o había manifestado más curiosidad por él de lo que era normalmente propio. Sea como fuere, el hombre me habló.

—¿Sabe usted si el tren continental llega a la hora exacta? —preguntó.

—No tengo idea de ello —contesté—. Este guardia nos lo dirá, tal vez.

—Está indicado allí, señor —manifestó el hombre—. No trae más que dos minutos de retraso.

Mi nuevo conocido dióme las gracias y encendió un cigarrillo. Parecía no tener ninguna prisa, y yo estaba igualmente ansioso de traerle al terreno de la conversación. Aun cuando iba vestido con la ajustada y sencilla precisión del extranjero o del hombre de negocios, había algo en su rostro, en su boca ampliamente voluntariosa y en sus maneras sencillas y frías que indicaba a la persona experimentada en los azares de la vida.

—¡Maravilloso! —dijo, siguiendo con la vista al guardia—. Dos minutos de retraso desde París, acaso menos. Es un servicio admirable. Ahora que si hubiera yo venido para encontrarme con alguien, y hubiese tenido una cita urgente inmediatamente después, este tren habría llegado con una hora de retraso. Así como así... ¡Ah, bien! Es una simpleza ponerse a refunfuñar —añadió, con un ligero encogimiento de hombros.

—Usted —dije— es un vagabundo. Como yo.

El hombre me dirigió una mirada penetrante.

—Veo —dijo lentamente— que me he encontrado con alguien de gustos parecidos a los míos. Reconozco que tiene usted razón. Siento por mí mismo que no hay nada más interesante en esta gran ciudad suya que

observar a la gente que entra y sale de ella. Todas sus estaciones de ferrocarril me fascinan, especialmente aquellas que son las piezas de enganche con otros países. Tal vez ello sea porque soy yo un desocupado, y tengo absoluta necesidad de hallar entretenimiento en alguna parte.

—Con todo —objeté—, por un solo rostro o personalidad que sea sugestiva, uno ve un millar del tipo que no hace más que irritarle; la gran tropa de los lugares comunes. Me pregunto, después de todo, si el entretenimiento vale la molestia.

—Uno en un millar —repitió él pensativamente—. Sin embargo, considere lo que ese uno puede significar: un drama andante, una tragedia, una comedia, un epítome de la vida o la muerte. Pueden leerse más cosas en el rostro de ese uno que en las trescientas páginas de la novela sobre la cual bostezamos hasta quedarnos dormidos. ¡Ya está aquí el tren! Ahora observemos juntos a la gente, si realmente quiere usted decir que no tiene amigos a quienes buscar.

—Verdaderamente es así —le aseguré—. Estoy aquí por causa de la más vana curiosidad. Soy por profesión un mal escritor, y ando buscando una idea.

Otra vez me miró él curiosamente.

—Se llama usted Greatson, ¿verdad?, Arnold Greatson, ¿no? Recuerdo su rostro por haberlo visto en otro tiempo en el Club de los Vagabundos, en donde supe de usted. Soy un buen fisonomista. ¡Pero ya llegan! ¡Mire! ¡Mire!

El tren había parado y la gente invadía el andén. Mi compañero puso una mano sobre mi hombro. Habló rápida, pero ingeniosamente.

—¿Los ve usted, amigo mío? —exclamó—. Esos son turistas que vuelven de un viaje de recreo por Suiza. La muchacha delgada y de vivas facciones, que lleva una falda listada a cuadros y un maletín, es norteamericana. ¡Cielos, qué modo de hablar! Se le ha extraviado un baúl. Revolverá toda la red hasta que lo encuentre o se la haya compensado. Los dos jóvenes que la acompañan están callados. Son prudentes. Solamente la voluntad de ella prevalecerá. ¿Ve usted aquel comerciante de allá? Se ha marchado ya. Habrá estado en Francia, quizá también en Bélgica, para comprar sedas y encajes. ¿Y ese grueso y anciano caballero? Vea cuán feliz

parece por hallarse de nuevo en donde se habla inglés, y donde puede hacer sus pagos en medias coronas y chelines. Fíjese en aquella modista de sombreros, vestida con importuna elegancia, aun cuando todo parece un poco sesgado. Ha estado en París para ponerse al corriente de las modas; dentro de unos cuantos días su casa enviará una pequeña circular, y Hampstead o Balham quedarán muy impresionados. Y... ¿qué deduce de aquellos dos, amigo mío?

Me pareció que el tono de mi compañero había cambiado, que todo su aspecto era diferente. De repente fui consciente de una irresistible convicción. Había dejado de creer que fuera él, como yo, un ocioso vagabundo. Sentía que su presencia aquí tenía un objeto, y que éste se hallaba relacionado de algún modo con las dos personas que tan de repente atrajeran mi atención. Eran ellas claramente perceptibles en medio de la multitud heterogénea. El hombre, aun cuando mostraba la viveza de la juventud, era entrado en años, y sus moteadas mejillas, sus ojos claros y llorones y su grueso y colorado cuello eran las inconfundibles marcas de años de propio abandono. Iba bien vestido y peinado, correctamente, y la forma en que se mostraba a su compañera era de un deferente buen humor. Ella, con todo, era una clase de persona muy diferente. Aparentemente era una muchacha de unos quince o dieciséis años, no desarrollado su cuerpo todavía, con un vestido tal vez un poco inadecuado. Su rostro era pequeño y blanco, su boca tenía una expresión sumamente tierna, y en sus ojos, unos maravillosos ojos, profundos y azules, había como un fondo de angustioso temor, en el que brillaba de cuando en cuando un rápido destello de positivo terror. Su oscuro cabello se hallaba dispuesto en un tupido y lacio flequillo sobre la frente, y formaba una larga trenza por detrás a la moda de las niñas que van a la escuela. A pesar de la *gaucherie* de sus pocos años y de su aparente infelicidad, se conducía con cierta dignidad y gracia de movimientos que causaban una maravillosa impresión. La observé admirativamente.

—Son más bien un enigma —concedí—. Admito que podrían ser perfectamente padre e hija. Es indudable que ella ha salido recientemente del internado de algún convento. No me gusta la forma en que mira al

hombre. ¿Y a usted? Parece como si la muchacha se hallara terriblemente atemorizada. Me pregunto si será él su padre.

Mi compañero no me contestó. Se esforzaba en avanzar como si estuviera ansioso de oír las instrucciones que el hombre daba a un mozo acerca del equipaje; mi presencia parecía ser algo de lo cual se había totalmente olvidado. La muchacha quedóse sola por un momento. Más que nunca creía uno percibir ahora en sus ojos el inexpresable temor de un animal acosado. Miró a su alrededor furtivamente, y con todo pudo apreciarse una extraña y semivelada turbulencia en los dilatados ojos. Escasamente me sorprendió ver que la joven hacía un repentino movimiento para liberarse. Poco después, sin embargo, el hombre, habiendo identificado todo su equipaje, volvió hacia ella.

—Todo está arreglado —declaró alegremente—. Ahora creo que podríamos ir a comer a alguna parte. Más tarde tenemos que visitar las tiendas. ¿Tienes hambre, Isabel?

—No..., no lo sé —contestó ella, tan trémulamente que las palabras apenas llegaron hasta nosotros, aun cuando nos hallábamos sólo a unos cuantos pies de distancia.

—Pronto lo averiguaremos —dijo él—. ¡Cochero, eh! ¡Al Grand Café!

El coche se alejó, y entonces me di cuenta de cuán completamente en los últimos momentos me había olvidado de mi compañero. Me volví para buscarle, y le hallé allí de pie a mi lado. Aparentemente se hallaba absorto en sus pensamientos, y parecía haber perdido todo interés por lo que nos rodeaba. Sus manos se hallaban hundidas en los bolsillos de su abrigo, y sus ojos permanecían fijos en el suelo. El río de gente que fluyera del tren se había disuelto ahora, y nos hallábamos casi solos en el andén. Vacilé por un momento, y luego me alejé lentamente. No quería aparecer descortés ante el hombre con quien había cambiado algunas observaciones más íntimas de lo que generalmente son las conversaciones entre desconocidos; pero tenía él distintamente el aire de uno que desea estar solo, y no me hallaba dispuesto a aparecer como un intruso. Con todo, escasamente habría andado una docena de pasos cuando mi compañero de unos momentos antes se hallaba de nuevo a mi lado. Todo rastro de su reciente preocupación parecía haberse

desvanecido. Fumaba un nuevo cigarrillo, y sus ojos brillantes y profundos se hallaban iluminados por una tranquila alegría.

—Bien, señor Novelista —exclamó—. ¿Ha tenido éxito? ¿Se ha conmovido su lánguida musa? ¿Ha visto algún rostro, una mirada, un gesto, algo que excitara su imaginación?

Me encogí de hombros.

—He visto una cosa —contesté—, la cual no es fácil olvidar. He visto el temor en un rostro, y ciertamente era ello muy conmovedor.

—Quiere usted decir...

—En el rostro de esa niña, o más bien muchacha, que iba con ese bruto de hombre.

La luz pareció extinguirse del semblante de mi compañero. Otra vez volvióse rígido y pensativo.

—Sí —convino—. Yo también vi eso. Si uno buscara la tragedia, podría quizá encontrarla allí.

Nos hallábamos ahora juntos sobre el pavimento fuera de la estación. Mi compañero echó una ojeada a su reloj.

—Venga —dijo—. Me figuro que usted y yo podríamos cambiar algunas ideas. Soy un hombre solitario, y hoy no me siento dispuesto a la soledad. Hágame el favor de venir a comer conmigo.

No vacilé un momento. Era exactamente la clase de invitación que había anhelado.

—Tendré un gran placer —dije.

—Yo mismo —continuó mi compañero—, no tengo talento para escribir. Mis aptitudes, sean cuales fueren, siguen una dirección. Pero he estado en muchos países, y he tenido aventuras de varias clases. Hasta quizá pueda ponerle sobre el camino, si, realmente, el autor de *La princesa descarriada* anda escaso de ideas.

Sonreí.

—Puedo asegurarle —dije— que mi peregrinación de esta mañana no tiene otro objeto que encontrar una. Empiezo a temer que he escrito demasiado últimamente. Sea como fuere, el pozo de mi inspiración, si se me permite usar un término tan grandilocuente, se ha secado.

Mi compañero levantó la mano y llamó un coche.

—De todos modos —dijo—, es posible, sí, es posible que lo consiga usted. Las aventuras nos aguardan en todas partes, con sólo disponer adecuadamente nuestro ánimo. Comeremos en el Grand Café.

Seguí a mi presunto anfitrión hacia el coche. ¿Era enteramente una coincidencia, me preguntaba, el que nos dirigiéramos al mismo restaurante adonde el hombre y la muchacha nos habían precedido unos minutos antes?

OceanofPDF.com

Capítulo III

*M*ister Grooten, como se llamaba mi nuevo conocido, no desmentía su aspecto ni su modesta referencia a sí mismo. Demostró en seguida que sabía pedir una perfecta refacción, examinando el *menú* con la tranquila deliberación de un conocedor, no solicitando ni aceptando ningún consejo del mozo de rostro moreno que permanecía allí a su lado, y transcribiendo finalmente unos cuantos platos cuidadosamente escogidos con una nota especial en cuanto al café, el cual, sea dicho de paso, no teníamos que probar. Luego inclinóse sobre la mesa y empezó a hablar.

Aparentemente mi anfitrión había estado en todos los países del Mundo, y se había mezclado con gente de distinción en cada uno de ellos. Sus anécdotas eran siempre picantes, personales sin ser quijotescas, y sazonadas invariablemente con cierto humor cáustico perfectamente natural. Me hallaba interesado y fascinado por su constante flujo de recuerdos, y con todo a veces mi atención se desviaba, ya que a unas yardas de nosotros estaban sentados el hombre y la niña.

Todo lo que era ya visible de su comportamiento allá en la estación resultaba aún más evidente aquí. Sobre la mesa se veía una botella de champaña. El hombre había pedido una comida tal que el primer camarero se apartaba raramente de su lado, y el administrador en persona había venido a ofrecerle sus cumplimientos. Él mismo, aparentemente, hacía entera justicia a ello. Sus mejillas se habían puesto coloradas, sus ojos aparecían húmedos y sus ligeras carcajadas mientras perseveraba en sus atenciones hacia su compañera se hacían más ruidosas y más frecuentes. Pero frente a él, el rostro de la niña permanecía inalterado. El vaso de ella se hallaba lleno de vino; pero parecía no haberlo tocado. Sus dedos largos y blancos jugaban con el pan, aun cuando aparentemente comía poco o nada. Su rostro estaba pálido y estirado; el terror —un terror absoluto, no diluido— se advertía en sus ojos grandes como pocos. A menudo, cuando el

hombre la hablaba, ella se estremecía. Los ojos de la muchacha parecían esforzarse constantemente en evitar su mirada, vagando en torno la sala, con el terror de un animal acosado en su plácido y luminoso fondo. Por primera vez se cruzaron nuestras miradas; me hallaba yo sentado en el rincón frente a ella y me pareció observar como una muda súplica, una súplica desesperada y frenética en su larga y tensa mirada que conmovía todo mi ánimo con apasionada simpatía. Sin embargo, se mantuvo ella todo el rato callada y erguida. Había cierto orgullo sostenido en su boca cerrada, firmemente ajustada. No se le veían señales de lágrimas, aun cuando más de una vez se separaban con visible temblor.

La mesa junto a la cual nos hallábamos sentados estaba a poca distancia de la puerta, en el rincón de la izquierda. El hombre y la muchacha se hallaban en el lado de enfrente, unas cuantas yardas más al interior de la sala. Mi anfitrión, con el rostro vuelto hacia la puerta, no podía ver a ninguno de ellos. Sin volverse, y debido a que nuestra mesa se hallaba muy metida en el rincón, sólo su espalda era visible para la gente del restaurante. Yo, sentado enfrente de él, tenía una excelente vista de la muchacha y su compañero, y fui todo el rato testigo del silencioso drama que transcurría entre los dos. Llegó un momento en que sentí no poder soportarlo por más tiempo. Me incliné sobre nuestra mesita, e interrumpí a mi compañero en medio de una anécdota.

—Perdóneme —dije—; pero desearía que pudiera usted ver el rostro de esa niña. Hay algo anormal, estoy seguro. Tiene ella un miedo mortal. Mire, ese bruto trata de obligarla a que se beba el vino. Realmente no puedo permanecer por más tiempo aquí sentado observándolo.

El hombre que hacía las veces de anfitrión y que se había llamado a sí mismo mister Grooten inclinó la cabeza ligeramente. Conocí en seguida, sin embargo, que compartía muy estrechamente mi opinión.

—Les he estado espiando —dijo—. Hay un espejo encima de su cabeza; lo he visto todo. Es algo de fea apariencia; pero ¿qué puede uno hacer?

—Sé lo que yo voy a hacer, de cualquier modo —dije, dejando deliberadamente la servilleta sobre la mesa—. No me importa lo que ocurra; pero voy a hablar a la niña.

Mister Grooten arqueó las cejas. Fuera de esta tenue expresión de sorpresa su rostro se mostraba indiferente.

—¿Qué ganará con ello? —dijo.

—Probablemente nada —contesté—. Pero, sin embargo, lo intentaré, de todos modos. No me atrevo a marcharme perseguido por el recuerdo del rostro de esa niña. Tengo que hacer un esfuerzo, aun cuando ello parezca ridículo. No puedo remediarlo.

Mi compañero sonrió tranquilamente.

—Como usted quiera, mi impetuoso amigo —dijo—. Esto promete ser interesante. Aguardaré su regreso.

No vacilé por más tiempo. Me levanté, y crucé el espacio que había entre las dos mesas. Mientras me acercaba a ella, observaba el rostro de la niña. Al principio un destello de viva esperanza pareció de repente iluminarlo; luego fue substituído por un sentimiento de temor más fuerte aún que antes mientras miraba ella a su compañero. La muchacha observó como yo me aproximaba, leyendo sin duda la intención en mi pensamiento con una especie de fascinada admiración. Sus ojos se hallaban todavía fijos en los míos cuando al fin me detuve ante ella. Me incliné sobre la mesa, manteniendo mi espalda vuelta hacia el hombre.

—Me perdonará —dije a la jovencita en voz baja—; pero creo que se halla usted en alguna dificultad. ¿Puedo ayudarla? No tema decírmelo si puedo hacer algo por usted.

—Es... es usted muy amable, señor —empezó ella, falta de aliento—; yo...

Su compañero intervino. El asombro y la ira se combinaron para hacer insegura su voz.

—¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Quién diablos es usted, señor, y qué se propone hablando a mi pupila?

Desatendí por completo su interrupción. Seguí dirigiéndome sólo a la niña, y hablé con el mayor estímulo posible.

—No tema decírmelo —dije—. Considéreme como a un hermano. Quiero ayudarla si puedo.

—Oh, si fuera eso posible —gimió ella.

Su compañero me agarró del brazo y obligóme a dar la vuelta. Su rostro estaba encarnado, hasta hallarse casi sofocado, y sus dos gruesas y azuladas venas se destacaban sobre su frente de un modo disforme. Su voz era apenas articulada a causa de sus esfuerzos por mantenerla baja de tono.

—¡Por todos los diablos! ¿Qué se propone usted con ello, señor? ¿Quién es usted? ¿Cómo se atreve a importunar de tal forma a personas desconocidas?

—No se me oculta que es algo insólito lo que estoy haciendo —contesté—, y quizá merezca todo lo que quiera usted decirme. Al mismo tiempo, estoy aquí para resolver una duda. Tiene usted a una niña a su lado que aparentemente está presa de un miedo terrible. Insisto en saber por ella misma si necesita alguna ayuda.

Pálida y muda, la muchacha nos miraba alternativamente a uno y a otro. Fue el hombre quien habló.

—Si no fuera éste un lugar público —dijo, luchando todavía por dominar su ira—, le castigaría como se merece, insolente zopenco. Esta señorita es mi pupila, y acabo de sacarla de un convento, en donde ha vivido desde que tenía tres años. Es retraída y asustadiza, desde luego, y tal vez hice mal en traerla a un sitio como éste. Con todo, lo hice por atención a ella. Quería que se divirtiera; pero quizá no aprecié su sensibilidad y el hecho de que hacía sólo unos días que se había separado de los amigos con los cuales ha vivido todo el tiempo. Ahora, señor —añadió, con un gesto desdeñoso en sus gruesos labios—, me he visto obligado a satisfacer su curiosidad para evitar un alboroto en un sitio público; pero le anuncio a usted que si no toma las de Villadiego antes de que hayan transcurrido treinta segundos enviaré a buscar al administrador.

Miré otra vez a la niña, de cuyo pálido e inmóvil rostro parecía haber desaparecido todo destello de esperanza.

—¿No puedo hacer nada por usted, entonces? —dije.

Sus ojos se encontraron con los míos en una mirada que indicaba toda la tristeza de lo irremediable. Movié ella la cabeza. No habló en absoluto.

—¿Es cierto... lo que él me ha contado? —inquirí.

Asintió ella con un susurro tan tenue, que aun cuando me inclinaba yo por encima de la muchacha, apenas hizo más que llegar a mis oídos. Había

insistido lo suficiente. Di media vuelta y recuperé mi asiento. Grooten me sonrió.

—Bien, Caballero andante —dijo alegremente—; de modo que no ha podido libertar a la doncella.

—Se me ha hecho sentirme y aparecer como un tonto, desde luego —manifesté—; pero eso no me importa. Si quiere que le diga la verdad, no he quedado en modo alguno satisfecho. El hombre dice que él es su tutor, y que acaba de sacarla de un convento en donde ha vivido todo el tiempo. Se ha dignado explicarme estas cosas para evitar un escándalo; pero estaba terriblemente furioso. La muchacha no había salido del convento desde que tenía tres años, y es muy nerviosa y asustadiza. Esa ha sido su historia, y la ha contado con bastante tranquilidad. No he podido sacarle nada a ella, excepto el reconocimiento de que era verdad lo que dijera su compañero.

Mister Grooten asintió con aire pensativo.

—Al fin y al cabo —dijo—, no es ella más que una niña, catorce o quince años a lo sumo, creería. He pagado la cuenta, y, como usted ve, me he puesto el abrigo. ¿Está listo?

—En seguida que haya terminado el café —contesté—. Parece demasiado bueno para dejarlo.

—Termínelo, de todos modos —dijo él—. No tengo mucha prisa. A propósito, no sé si le he enseñado esto.

Sacó de su bolsillo una pequeña y luciente arma con un cañón más bien largo; pero aun cuando me invitó a que la examinara, la retuvo en su mano.

—La compré en Nueva York hace unos meses —dijo—; es la última arma de destrucción inventada.

—¿Es un revólver? —pregunté, un poco confundido por su forma.

—No exactamente —contestó, manoseándolo sin cuidado—; es en realidad una especie de pistola de aire comprimido, con una admirable compresión y un silenciador muy ingenioso; tan por completo destructiva, dicen, como ninguna otra arma de fuego que jamás se haya inventado. Lanza una bala de forma cilíndrica, que termina en una punta casi tan fina como una aguja. Ahora —añadió, con una tenue sonrisa y una rápida mirada en torno a la sala—, si uno se atreviera tan sólo... —volvióse en su asiento, y observé que el objeto desaparecía por debajo del puño de su

camisa— podría uno libertar a la niña muy fácilmente, con la mayor facilidad.

Terminó todo ello en un momento, un momento maravilloso, lleno de tensión, durante el cual permanecí paralizado en mi asiento, asombrado y estupefacto por la tragedia que parecía haber yo solo presenciado. Puesto que se había producido no más que un pequeño ruido, tan ligero que ningunos otros oídos lo habrían advertido. El asiento que había en frente de mí estaba vacío, y el hombre que se hallaba a mi derecha había caído hacia adelante, con las manos en el pecho y el rostro teñido con la lividez de la muerte. Sus ojos bulbosos parecían querer salirse de sus órbitas.

De momento, nadie dióse cuenta de lo sucedido. Los camareros trajinaban por el salón en medio del incesante rumor de las animadas conversaciones de los comensales. De repente oyóse un grito de terror seguido de un lamento angustioso, algo así como un gáñido de muerte. Los camareros quedáronse inmovilizados en sus puestos, y a uno de ellos se le cayó la bandeja de plata con todo cuanto contenía, lo que promovió un estruendo que acabó de alarmar a los allí presentes. Cesaron de golpe los zumbidos de aquella colmena humana, las risas exultantes, las voces alegres, como si una mano invisible hubiese sellado las bocas de los allí reunidos. Todos aparecían como repentinamente privados de movimiento, hasta que, por fin, la fuerza del instinto infundió a los demudados testigos de aquella impresionante escena una energía y una actividad que daba la sensación de un rapto de locura colectiva.

Varios caballeros se precipitaron hacia la mesa donde yacía un hombre sin dar señales de vida. Tenía el rostro lívido, surcado de manchas cárdenas, y los ojos bulbosos parecían salirsele de las órbitas. Junto a él permanecía la muchachita que le acompañaba, inmóvil en su asiento, pálida y sobrecogida de terror, aunque en su rostro habíase operado un cambio notable, pues el espanto que al principio había atraído mi atención, habíase desvanecido en sus ojos.

Capítulo IV

El administrador, que se hallaba muy agitado, cerró la puerta de la pequeña habitación a la cual había sido llevado el herido.

—¿Quién es este señor? —me preguntó.

Miré hacia la niña. Era con mucho la más tranquila de los tres. Sólo ella permanecía con la espalda vuelta invariablemente al sofá.

—Se llama Delahaye —dijo—; Mayor *sir* William Delahaye, creo que le llamaban.

—¿Y dónde vive en Londres? Dígame sus señas.

—No sé su dirección —contestó la niña—. Ignoro dónde vive.

El administrador fijó la vista en ella.

—Iba usted con él, ¿no es eso? —dijo.

—Sí.

—Luego debe saber de él algo más que su nombre.

—Se llamaba a sí mismo mi tutor. Creo que cuando era yo muy jovencita me llevó al convento en donde he estado desde entonces. Hace dos días que vino a sacarme.

—¿Cómo se llama usted?

—Isabel de Sorrens.

—¿No está emparentada con él, pues?

La muchacha se estremeció ligeramente.

—Espero que no —dijo simplemente.

—¿Conoce usted a su familia? —le preguntó el administrador con impaciencia—. Sin duda tiene que haber alguien a quien pueda yo mandar recado.

—Creo que él tiene casa en Londres —dijo la niña—. Realmente no sé nada más. Podría usted avisar a *madame* Richard del convento de St. Argueil. Supongo que ella conocerá todo lo referente a este señor. Me dijo que debía considerarle como mi tutor.

El administrador se volvió hacia mí. Yo era un cliente conspicuo y, por tanto, no ignoraba quién fuese.

—¿Puede usted decirme algo sobre él, mister Greatson? El doctor estará aquí dentro de un momento; pero creo que debería avisar a alguno de sus amigos. Mucho me temo que su estado sea grave.

—¿No se hallaba usted en la sala cuando ocurrió el incidente? —le pregunté.

—No. Estaba en el despacho.

—¿Ha enviado a buscar a la policía?

—¿La policía? ¡No! —exclamó él—. ¿Qué tiene que ver con ello la policía? Fue un accidente ordinario, sin duda.

Sentí que me había callado por bastante tiempo.

—No fue un accidente en modo alguno —dije gravemente—. Un hombre que se hallaba sentado junto a mi mesa le disparó con una especie de pistola de aire comprimido. Creo que debiera usted enviar a buscar a la policía en seguida. El hombre dijo llamarse Grooten; pero no sé nada más acerca de él.

El administrador pareció quedar desconcertado por un momento. La niña me miró ansiosamente.

—Fue el pequeño y viejo caballero que se hallaba sentado a su mesa quien lo hizo —exclamó ella—. Le vi en Charing Cross.

—Ciertamente, fue él —asentí.

La niña volvió la cara.

—Quizá, después de todo —susurró para sí misma— puede ser que tenga yo amigos en el mundo.

El administrador, que respondía al nombre de Huber, se hallaba inclinado a mostrarse incrédulo.

—Una pistola de aire comprimido habría hecho tanto ruido como un revólver —dijo—. ¿Está usted seguro de lo que dice, mister Greatson?

—No hay ninguna duda acerca de ello —contesté—, y debiera usted informar a la policía en seguida. Este hombre —Grooten, decía llamarse— sacó la pistola de su bolsillo, y pretendía enseñármela cuando disparó. Me dijo que era un arma de nueva invención que había comprado en Norteamérica, y que era absolutamente silenciosa.

El administrador salió apresuradamente de la habitación. La niña y yo quedamos solos ante el hombre que se hallaba echado en la yacija. De vez en cuando lanzaba ligeros quejidos, sonido que yo no podía oír sin estremecerme. La niña, con todo, permanecía impasible. Fijó sus oscuros ojos en mí.

—¿Cree usted que escapará? —dijo ansiosamente.

—¿Se refiere al hombre que disparó sobre el Mayor Delahaye? —Sí.

—Lo considero muy probable. Lleva una buena delantera, y supongo que tomaría sus medidas.

—Espero que así sea —susurró ella con vehemencia—. Desearía poder ayudarle.

—¿No tiene usted idea de quién pudiera ser? —inquirí—. No creo que Grooten sea su verdadero nombre.

—No le he visto nunca antes en mi vida —dijo—. Si de veras lo supiera no lo diría a nadie.

El doctor llegó por fin. En realidad hacía escasamente cinco minutos que le habían enviado a buscar; pero el tiempo transcurría lentamente en la pequeña habitación. Inmediatamente después volvió Huber, el administrador, acompañado por un sargento de la policía. Todos aguardamos el examen del doctor. Alcancé una silla para la niña, y dióme ella las gracias con una pálida y ligera sonrisa. Invariablemente se sentaba de espaldas al sofá. Había algo terriblemente sugestivo en su extrema falta de simpatía hacia el herido.

El doctor terminó al fin su examen. Avanzó hacia nosotros.

—La herida es muy singular —dijo—, y me temo que será difícil extraer la bala; pero no es en sí mismo nada grave. Es realmente sólo una herida superficial; pero el hombre ha sufrido una fuerte conmoción, y no me gusta el movimiento de su corazón. Puede trasladársele sin ningún cuidado. Si usted quiere telefonearé para que traigan una ambulancia y lo lleven al hospital. ¿Sabe usted algo sobre este asunto, sargento?

—Muy poco hasta ahora, señor —contestó el hombre—. Querría que este caballero me describiera a la persona que le enseñó la pistola. Un empleado le vio salir, tengo entendido, y uno de los mozos observó algo en su mano. ¿Era amigo suyo, señor?

—Sólo sé su nombre —contesté—. Dijo llamarse mister Grooten, y juzgué que era un extranjero, aun cuando hablaba perfectamente el inglés. Parecía tener unos cincuenta años de edad, era barbilampiño, y de estatura inferior a la mediana.

—Demasiado vago —dijo el sargento—. ¿Había alguna peculiaridad en sus facciones o su expresión, algo que nos ayudara a identificarlo?

—Nada que yo recuerde —respondí.

—¿Cómo iba vestido?

—Sencillamente. No podría recordar lo que llevaba.

—¿Le habló él en algún modo de sus intenciones? ¿Mencionó al Mayor Delahaye por casualidad como si fuera persona a quien él conociera?

—Simplemente comentábamos los dos —dije con lentitud—, que esta... señorita parecía estar muy asustada de su compañero, y no creo que formáramos una favorable impresión de él. No me dio el más ligero indicio, con todo, de su intención de intervenir.

—¿No podría haber sido un accidente? —sugirió mister Huber.

—Podía yo haberlo creído así —contesté—, si no hubiera él salido inmediatamente del lugar. Desapareció de un modo tan rápido que ni siquiera le vi marchar.

—¿Se hallaba usted sentado accidentalmente en la misma mesa? —preguntó el sargento.

—No, vinimos juntos —respondí—. Nos encontramos en Charing Cross, y el hombre me habló. Sabía cómo me llamaba, y recordóme que nos habíamos reunido una vez en el «Club de los Vagabundos».

—¿Le recordaba usted?

—No puedo decir que sí —contesté.

—¿Y después?

—Hablamos los dos por algún tiempo, y cuando salíamos de la estación me invitó a comer aquí.

—¿Llegó en el tren, o había ido a esperar a alguien a Charing Cross? —preguntó el sargento.

—Ninguna de las dos cosas, a lo que pude ver —contesté—. Parecía estar simplemente vagando. Debería decirle, sin embargo, que vimos al

Mayor Delahaye y a esta señorita llegar en el tren continental, y mi compañero parecía estar interesado por ellos.

El sargento se volvió hacia Isabel.

—¿Le conocía usted? —preguntó.

—No —contestó ella—. No advertí en modo alguno su presencia en la estación. Observé que se hallaba sentado en la misma mesa de este caballero; pero estoy completamente segura de que no le he visto nunca antes en mi vida.

El sargento apartó su librito de apuntes.

—Siento mucho tener que molestarles —dijo—; pero creo que sería mejor que vinieran todos ustedes a Bow Street y vieran al inspector.

—No tengo ningún inconveniente —declaré—, aun cuando no pueda decirle a él más de lo que le he dicho a usted.

La niña avanzó de repente hacia mí. Sus delgados dedos enfundados en raídos guantes se agarraron a mi brazo casi con penoso esfuerzo. En sus ojos había como una ardiente súplica.

—Puedo ir con usted —susurró—. No me dejarán sola, ¿verdad?

—Se requerirá a la señorita también —dijo el sargento.

—Iremos juntos, por supuesto —dije suavemente—. ¡Vamos!

OceanofPDF.com

Capítulo V

De vuelta de nuestra visita al puesto de policía nos encontramos en una de las estrechas calles que conducen a Covent Garden. El aire era aquí fragante con el perfume de lilas blancas y moradas, que desbordaban de las grandes cestas que se apilaban en el arroyo. La muchacha entornó los ojos.

—¡Delicioso! —susurró—. Esto me recuerda a St. Argueil. ¿También tienen ustedes flores en Londres?

Le compré un ramo, cuyo aroma aspiró manteniéndolo junto a su rostro con deleite.

—¡Ah! —dijo con un tono de ligera tristeza—. Había olvidado que quedaban todavía cosas bellas en el mundo. Muchísimas gracias, mister Arnold.

—A su edad —dije alegremente—, pronto descubrirá que el mundo, aun en Londres, es un tesoro de cosas bellas.

Ella miró hacia abajo, en la estrecha y sucia calle, salpicada con los desperdicios de los carros y camiones del mercado que obstruían el camino, imposibilitando casi toda circulación de los caminantes; los montones de cestas vacías que aparecían allí en el arroyo, y la desaliñada caterva de vagabundos. Luego levantó la vista y me miró con una tenue sonrisa.

—Londres... ¿no es todo como esto, pues? —dijo suavemente.

—Esto es una calle apartada, casi un barrio bajo — dije—. Me atrevo a decir que ha vivido usted siempre en el campo, y al principio no parece posible que haya nada bello en una gran ciudad. Cuando se haga un poco mayor creo que verá las cosas de diferente manera. La belleza de una gran ciudad atestada de hombres y mujeres es una cosa más sutil que el simple gozo que produce la contemplación de los prados, las colinas y las sendas del campo; pero es evidente que existe. Y ahora —continué, parándome de sopetón sobre el pavimento—, tengo que llevarla con sus amigos. Dígame dónde viven. Tendrá usted las señas, tal vez.

—¿Qué amigos? —preguntóme, con los ojos abiertos de par en par.

—Ha dicho al inspector de policía que tenía usted amigos en Londres —le recordé.

Luego ella me sonrió; con una sonrisa deslumbradora, que mostraba el conjunto de sus blancos dientes, en la cual parecían de algún modo reflejarse sus oscuros ojos azules.

—¡Pero me refería a usted! —exclamó—. ¡Creí que comprendía usted eso! No hay nadie más. Es usted mi amigo, lo sé muy bien, puesto que se acercó y hablóme benignamente cuando estaba yo tan atemorizada, presa de un miedo mortal.

La sombra de seriedad posóse sólo por un momento en su rostro. Rióse alegremente de mi consternación.

—Entonces, ¿a dónde tengo que llevarla? —pregunté.

—¡Qué torpe! —susurró—. Me iré con usted, por supuesto. A... a... usted no le importa, ¿verdad? —dijo, con una repentina obstrucción en su garganta.

Me sentía como un bruto, y me apresuré a dar cumplida satisfacción en lo posible. La sonreí con aire tranquilizador.

—¡No me importa, por supuesto! —declaré—. Sólo que... somos tres, todos hombres.

—Me dará lo mismo —interrumpió ella alegremente—. Si son tan amables como usted, creo que ello será delicioso. No había más que muchachas en el convento, y las hermanas, aparte de algunos maestros que venían a enseñarnos cosas; pero no les era permitidos hablarnos más que durante las horas de clase; eran muy estúpidos. No creo que les ocasione yo alguna molestia en absoluto. Procuraré que eso no ocurra.

La miré, con un vago sentido de lo irremediable. Al fin y al cabo, aun cuando era bastante alta para sus años, no pasaba de ser una niña. Su vestido era de una longitud desmedida y llevaba flequillo y trenzas como acostumbran las alumnas de ciertos colegios. Lo más sorprendente de todo en relación con ella era que no mostraba en absoluto señales de la tragedia que tan recientemente se desarrollara en torno suyo. Sus ojos habían perdido su inusitado temor; hasta tenía color en sus mejillas.

—¡Venga, pues! —dije—. Doblaremos hacia el Strand y tomaremos un coche.

La muchacha andaba alegremente a mi lado, faltándole una pulgada o cosa así para ser tan alta como yo, y con cierta elegancia en sus movimientos difícil de conciliar con sus años. No cesaba de mirar ansiosamente a su alrededor. La curiosidad brillaba en sus ojos.

—Atravesamos París anoche —dijo con un ligero temblor producido por el recuerdo, como si todo pensamiento relacionado con ese viaje fuera una tortura—, y no había estado antes realmente en una gran ciudad. Espero que querrá mostrarme lo que usted decía —añadió, alzando los ojos hacia mí con una viva sonrisa—, que tiene Londres lugares más hermosos que éste.

—Muchos —la aseguré—. Verá usted los parques. Pronto florecerán los rododendros, y creo que los encontrará preciosos, si bien, por supuesto, la ciudad nunca puede ser como el campo. Aquí tenemos un coche. Suba.

Creo que nuestra llegada al número 4 de Earl's Crescent produjo tanta sensación como había yo previsto. Cuando abrí la puerta de la amplia y escasamente amueblada habitación que llamábamos nuestro estudio, Arturo saltó de la tabla sobre la cual había estado tendido, y Mabane, que se hallaba trabajando todavía, dejó caer el pincel con expresión de puro asombro. Me volví hacia la muchacha.

—Éstos son mis amigos, Isabel —dije—, de quienes le he estado hablando. Éste es Arturo Fielding, el miembro decorativo del establecimiento, y ése Allan Mabane, que pinta cuadros muy malos; pero se las arregla para hacer creer a la gente que valen la pena de comprarse. Allan, esta señorita, Isabel de Sorrens, y yo hemos compartido una pequeña aventura. Lo explicaré todo más tarde.

La joven les estrechó la mano.

—No les preocupe a ustedes mi venida —dijo, con un trémulo y ligero acento de súplica en su tono—. No tengo amigos, y *Mr.* Arnold ha sido muy bondadoso conmigo. Si puedo quedarme aquí por algún tiempo procuraré... ¡Oh, estoy segura de que no seré una molestia para nadie!

La ternura que emanaba de su dulce voz ejercía un encanto indefinible. La niña, en medio de la pobre habitación, contemplábalas en actitud expectante. Su mirada parecía avasallarles. Yo no sé si en este momento se daban cuenta de la nota de alegría juvenil que la joven aportaba al ambiente enrarecido de nuestra destartada vivienda; pero a mí se me representaba como algo maravilloso que iba a amargar mi existencia. Era una nota melodiosa y disonante al mismo tiempo. Los tres habíamos vivido hasta entonces lejos del mundo y rehuyendo el trato con mujeres; pero la linda figurita de Isabel bastó para despertar en nosotros el apagado recuerdo de esas cosas que perviven en el substrato de nuestra mente como una capa protectora de nuestro egoísmo inextinguible o de nuestros sentimientos más puros y acendrados. La joven reflejaba en la radiante expresión de su rostro la más franca gratitud por nuestra benevolencia. Y yo sentíame más que satisfecho.

—Querida señorita —exclamó Mabane, con inequívoca formalidad—, le doy sinceramente mi cordial bienvenida. ¡Estamos encantados de tenerla aquí!

—Más que bienvenida —declaró Arturo—. Aquí todos somos uno, *miss* de Sorrens; y si es amiga de Arnold, tiene que serlo también de nosotros.

Por vez primera asomaron las lágrimas a sus ojos, que se secó con altivez.

—Son ustedes muy amables —dijo—. Les estoy inmensamente agradecida a los dos.

Arturo se apresuró a traer nuestro único sillón, e insistió en instalar a la muchacha en él. Mabane encendió un hornillo y salió de la habitación balanceando una marmita. Lancé un suspiro de alivio, y eché el sombrero en un rincón. Aparentemente había conquistado a mis amigos tan fácilmente como me había conquistado a mí.

—Arturo —dije—, entretén a *miss* de Sorrens por unos momentos, haz el favor. Tengo que ir a avistarme con *mistress* Burdett.

—Descuida, Arnold, lo haré lo mejor posible —me aseguró—. *Mistress* Burdett está en la cocina, creo. Entró poco antes que tú.

Mistress Burdett era nuestra casera y única doméstica. Una anciana de rudas facciones, pero bondadosa, con una lengua cáustica y un tierno

corazón. Oyó mi relato con rostro impasible, no mostrando entusiasmo ni desaprobación. Cuando hube terminado, se enderezó simplemente el gorro y fregóse las manos con el delantal.

—Me gustaría ver a la niña, como usted la llama, mister Arnold —dijo—. Ustedes, los caballeros jóvenes, se dejan engañar tan fácilmente, y es una cosa tan inusitado lo que propone, por no decir inconveniente...

Al punto nos dirigimos al estudio, donde Arturo y la joven conversaban alegremente.

—Le presento a *mistress* Burdett, Isabel —dije—, quien cuida de nosotros aquí, y va a encargarse de usted. Le enseñará su habitación. Le parecerá muy pequeña, y lo siento; pero puede usted ver lo pequeña que es la casa.

Isabel nos dispensó una amable acogida.

—Debiera haber visto usted nuestras celdas de St. Argueil —exclamó, sonriendo—. Algunas de nosotras, que éramos altas, apenas podíamos estar de pie. ¿Puedo acompañarla, *mistress* Burdett?

El tono y la respuesta de *mistress* Burdett me libraron de una nueva inquietud. La puerta se cerró tras ellas.

—¿Se trata de un bromazo, o forma parte de tu argumento? —preguntó Mabane, intrigado—. ¿Qué significa todo esto? ¿Dónde diablos encontraste a la niña? ¿Quién es?

Saqué un cigarrillo de mi pitillera y lo encendí.

—La responsabilidad de todo este asunto —declaré— es de Arturo.

El muchacho silbó tranquilamente. Me miró con los ojos abiertos de par en par.

—Vamos —declaró—, me gusta esto. No he visto a la muchacha nunca antes en mi vida, ni a nadie que a ella se parezca. Me gustaría saber dónde empieza mi responsabilidad.

—Fuiste tú —dije— quien me pusiste en camino de Charing Cross.

—¿Quieres decir que la recogiste allí? —exclamó Mabane.

—Os contaré la historia —anuncié—. Hay un halo de la tragedia en torno suyo.

Capítulo VI

Ciertamente no podía quejarme de falta de interés por parte de mis oyentes. Escuchaban cada palabra de mi relato con absorta atención. Cuando hube terminado los dos quedaron silenciosos por unos momentos. Mabane me miraba curiosamente. Creo que al principio escasamente sabía si debía tomarme muy en serio.

—El hombre que se hallaba con la muchacha —preguntó Arturo finalmente—, ese Mayor Delahaye, o como se llamara, ¿ha muerto?

—Estaba vivo hace dos horas —contesté.

—¿Se restablecerá?

—Creo que no hay más que una sola probabilidad —contesté—. Tenía el corazón débil, y la conmoción fue casi suficiente para matarle.

—¿Y tu amigo, el hombre que le hirió al disparar la pistola, en dónde está? —preguntó Mabane—. ¿En la cárcel?

—Desapareció —contesté— como por arte de magia. Nos hallábamos sentados a la mesa inmediata a la puerta, y el hombre tuvo todas las oportunidades para salir sin ser observado.

—¿Y qué ha dicho el portero?

—Vio salir al hombre; pero no hizo mucho caso de él —contesté—. Marchó tranquilamente, y hallóse fuera del alcance de la vista antes de que la agitación empezara.

—Me parece —advirtió Mabane— que tienes que haberte encontrado en una situación bien difícil.

—En efecto —dije ásperamente—. Fue tan escueto mi relato y tan impreciso que el policía obligóme a ir al puesto con ellos. Afortunadamente, conocía yo al inspector, y me arreglé para convencerle de que decía la verdad, o de otro modo dudo de que hubieran dejado marcharme. Supongo —añadí, un poco inciertamente— que me conceptuaréis como un perfecto imbécil por haber traído a la niña aquí;

pero os doy mi palabra de que no sé qué otra cosa podría haber hecho. Simplemente no podía dejarla allí, o en la calle. Lo siento mucho...

—No seas estúpido —interrumpió Arturo enérgicamente—. Por supuesto que no podías hacer otra cosa sino traerla aquí. Por una vez te portaste como un hombre sensato.

—¿La has interrogado —preguntó Mabane— acerca de sus amigos? Si no conoce a nadie en Londres, por lo menos tendrá parientes en alguna parte.

—La he interrogado —contesté— pero no he conseguido gran cosa. Parece no saber nada sobre sus parientes, ni tampoco acerca de sus padres. Ha estado en el convento desde que puede recordar y no había visto a nadie de fuera excepto al hombre que la llevó allí y fue ahora a sacarla.

—¿Y qué parentesco tiene él con la muchacha? —preguntó Allan.

—¡Ninguno! Alega simplemente que es su tutor.

Arturo cruzó la habitación para recoger su pipa, y empezó a cargarla.

—Bien —dijo—, eres como el hombre de la Sagrada Escritura, que encontró aquello que había salido a buscar. Tienes tu aventura, de cualquier modo. Todo debido a mi consejo, además. ¡Hola!

Nos volvimos todos. La puerta de la habitación se abrió de repente y cerróse con igual prontitud. Mi anfitrión de hacía unas horas se erguía en el umbral, sonriéndonos afablemente. Llevaba un sombrero negro calado hasta las orejas y un abrigo más grueso de lo que parecía requerir la estación del año. Cada parte de su atavío era diferente; pero su rostro parecía rehusar el disfraz. Habría reconocido a mister Grooten en cualquier parte.

Su inesperada presencia me dejó medio aturdido, con la boca abierta, como los demás.

—¡Santo Dios! —exclamé—. ¡Usted aquí!

El hombre quedóse inmóvil por un momento, escuchando. Luego lanzó vivas miradas alrededor de la habitación. Miró a Mabane, y luego a Arturo. Finalmente, dirigióme la palabra.

—Me figuro que seré para ustedes como una aparición —dijo. ¿En dónde está la niña?

—Está aquí —contesté—. Se halla en este momento en otra habitación con nuestra casera. Pero...

—Puedo disponer sólo de unos segundos —interrumpió mister Grooten sin miramiento—. Escúcheme. Ha decidido usted intervenir en este asunto, y tiene que aceptar su parte en él ahora. Ha de cuidar de la niña durante algún tiempo. No debe soltarla, por ningún concepto. Desgraciadamente, el hombre que me vendió la pistola me mintió. Delahaye no ha muerto. Hasta es posible que se restablezca. ¿Jura usted defender a la niña contra ese hombre?

Vacilé. Grooten me exigía demasiado.

—Debe usted recordar —dije— que no tengo en absoluto ningún dominio legal sobre ella. Si Delahaye es su tutor, le será muy fácil llevársela.

—No es legalmente su tutor —dijo Grooten con viveza—. No tiene ningún derecho sobre ella.

—Tampoco yo —le recordé.

—Tiene usted la posesión —exclamó Grooten—. Le digo que ni Delahaye, si vive, ni ninguna otra persona, apelará a la ley para obligarle a entregar a la niña. Esta es la verdad. Veo que duda usted todavía. ¡Escuche! Esto también es verdad. Delahaye es un peligro para la niña, un peligro espantoso, inexplicable.

No puse en duda su aviso. La verdad destellaba de sus penetrantes ojos grises; sus palabras me parecieron convincentes.

—Protegeré a la niña —le prometí—. Pero dígame quién es usted, y qué tiene que ver con ella.

—No le importa —contestó rápidamente—. Le impongo una obligación sobre su honor. Guarde a la niña. Si Delahaye se restablece, habrá dificultades. Tiene que arrostrarlas. Es usted inglés; miembro de una obstinada y noble raza. Cumpla mi orden en este asunto, y sabrá lo que la gratitud puede significar.

Otra vez escuchó él atentamente por un momento. Luego, continuó:

—La policía me persigue —dijo—. Puede usted informarles de mi visita, si es necesario. He tomado precauciones para la huida.

—Pero, ciertamente, me dirá usted alguna otra cosa acerca de la niña —exclamé—. Dígame por lo menos...

Alargó él la mano.

—Está usted más seguro no sabiendo nada —dijo con presteza—. Permanezca fiel a lo que ha prometido, y no se arrepentirá.

Desapareció con una rapidez casi increíble. Los tres nos miramos el uno al otro, estupefactos. Luego llegó del exterior el ruido de ligeros pasos, y una risa alegre y perlina, como si saliera de la garganta de un pájaro cantor. La puerta se abrió de par en par, y entró Isabel.

—Un hombrecito muy raro acaba de salir —exclamó—. Llevaba un pañuelo atado a la cabeza como si hubiera estado batiéndose. ¡Qué gente más desidiosa! —añadió, mirando en torno—. Esperaba encontrar el té preparado. ¿Quiere hacer el favor de explicarme algo más sobre los automóviles, mister Arturo?

Se sentó en un taburete en medio de nosotros, y nos deleitó con su animada charla mientras la obsequiábamos con bizcochos. La tragedia de unas horas antes, parecía haberse alejado ya de su espíritu. La muchacha era todo encanto y frivolidad. La desvaída y desnuda habitación, que durante años había burlado todos nuestros esfuerzos para decorarla, parecía de repente un bello lugar. Apaciblemente, y con la gracia inocente de sus quince años, la niña se adentraba con su risa en nuestros corazones.

Capítulo VII

Arnold sentía deseos de charlar conmigo.

—No me molestes durante unos minutos, Allan —rogué—; sé buen chico. Estoy muy ocupado.

—Encontraste el argumento, ¿eh?

—Me parece que sí. Dame media hora. Sólo quiero poner la cosa en marcha.

Mabane lanzó un gruñido, y cogió el pincel. Por una vez estaba agradecido a nuestra soledad. Al fin veía mi camino. Después de semanas de inútil garrapatear, había vislumbrado algo real.

La rigidez había desaparecido de mi cerebro y de mis dedos. Mi pluma volaba sobre el papel. El gozo de la creación cantaba otra vez en mi corazón, hormigueaba en todo mi ser. Trabajamos juntos y en silencio durante una hora o más. Luego, con un ligero suspiro de satisfacción, me recliné en el asiento.

—La historia marcha, ¿eh? —inquirió Mabane.

—Efectivamente —asentí distraído, con los ojos fijos en las sueltas hojas manuscritas esparcidas por toda la superficie de mi mesa. Se me hacía ya difícil apartar mis pensamientos de la obra que estaba empezando.

Hubo un breve silencio. Luego Mabane, que había estado cargando la pipa, vino a situarse a mi lado.

—¿Has tenido noticias del convento esta mañana, Arnold?

—¡Sí! La carta está aquí. ¡Léela!

—No entiendo el francés —dijo.

—Quieren tenerla allí de nuevo —le expliqué, con aire pensativo—. La mujer parece ser bastante sincera. Reconoce que no tienen en absoluto ningún derecho sobre ella, y que ni siquiera conocen a sus padres. Se les ha pagado, dice, regularmente y bien por la educación de la niña, y si se encuentra ahora sin un hogar les gustaría que volviera a su lado. Cree

posible que los parientes del Mayor Delahaye, o las personas a quienes él representaba, continúen los pagos; pero esto no les preocupa mayormente y se hallan dispuestos a correr el riesgo. El resumen de ello es que la quieren allí otra vez.

—¿Como alumna todavía? —preguntó Mabane.

—La educarían para maestra. En ese caso tendría que pasar por una especie de noviciado. Se convertiría prácticamente en una monja.

Mabane apartó la pipa de su boca y miró a su hornillo con semblante pensativo.

—No he tenido ninguna hermana —dijo—, y realmente no sé nada en absoluto respecto al modo de ser de las niñas. ¿Pero se te ocurre, Arnold, que esta... señorita parezca particularmente apta para un convento?

—Creo —dije con firmeza— que sería una desgracia para ella.

Mabane anduvo hacia el lienzo y volvió de nuevo a mi lado.

—¿Cómo está Delahaye? —preguntó.

—Se halla todavía inconsciente en el hospital —contesté. Mabane titubeó.

—No querría aparecer como un intruso, Arnold —dijo—; pero no puedo menos de recordar que cierta persona con quien mantenías tú relaciones muy amistosas se casó en otro tiempo con un Delahaye.

Asentí con una inclinación de cabeza.

—Debiera habértelo dicho, en cualquier caso —dije—. Éste es el hombre, el Mayor *sir* William Delahaye, con quien se casó Eileen Marigold.

—Luego sin duda le reconocerías en el restaurante.

—Nunca me encontré con él —dije—. El casamiento se arregló muy rápidamente, como sabes, y yo estaba en el extranjero cuando se celebró. Visité dos veces a *lady* Delahaye; pero no vi nunca a su marido.

Mabane tocó desidiosamente las sueltas hojas de mi manuscrito.

—Tu historia, Arnold —dijo—, va a tener un comienzo trágico. ¿Crees que morirá Delahaye?

—Los médicos no confían demasiado —le expliqué—. La herida en sí misma no es mortal; pero la conmoción sufrida parece haberle afectado seriamente. No es ningún joven, y ha estado delicado toda su vida.

—Si muere —dijo Mabane, pensativo—, tu amigo Grooten, como creo has dicho que se llamaba él mismo, tendrá que desaparecer para siempre. En ese caso supongo que... nos veremos obligados a devolver la niña al convento.

—A menos...

—¿A menos qué?

—A menos que nos encarguemos de ella nosotros mismos —contesté audazmente.

Mabane, con semblante furioso, fumó en silencio unos momentos.

Tenía las manos hundidas en los bolsillos de sus pantalones. Miró fijamente fuera de la ventana.

—Arnold —dijo de rondón—, ¿crees en los presentimientos?

—Depende de si me afectan favorablemente o no —contesté con indiferencia—. Los escoceses sois todos muy supersticiosos.

—Puedes llamarlo superstición —continuó Mabane—. Todo aquello que escapa a su comprensión, el ignorante lo llama así. No voy a decirte que la superstición es la sombra que la verdad arroja sobre la vida. Pero si quieres, te comunicaré algo que sin duda va a ocurrir. Te diré lo que ha percibido mi mente.

Me incliné hacia adelante en mi asiento, y examiné con curiosidad el rostro de Allan. Sus facciones duras y algo vulgares parecían transfiguradas momentáneamente por un fuego oculto. Sus vivos ojos azul-grises eran suaves y luminosos como los de una muchacha. Tenía realmente el aspecto de un hombre que ve más allá de los límites normales. Aun entonces no podía tomarle en serio.

—¡Habla, señor profeta! —exclamé, riendo burlonamente—. Deja que mis ojos sean también rozados por el fuego. Deja que vea lo que tú ves.

Mabane no mostró ninguna señal de enfado. Me miró tranquilamente.

—No seas necio, Arnold —dijo—. Puedes creer o mostrarte incrédulo; pero algún día sabrás que las cosas que voy a exponerte son ciertas.

Creo que me hallaba un poco azorado. Me daba cuenta ahora de lo que al principio me había sentido inclinado a poner en duda: que Mabane hablaba totalmente en serio. Inconscientemente cambió mi actitud hacia él. Es difícil ridiculizar a un hombre que cree en sí mismo.

—Adelante, pues, Allan —dijo tranquilamente—. Recuerda que no me has revelado nada todavía.

Mabane se volvió hacia mí. Habló lentamente. Su rostro aparecía serio, casi solemne.

—Ese hombre llamado Delahaye no reclamará a la niña —dijo—. Creo que morirá. El hombre que disparó sobre él se ha marchado, y no volveremos a saber de él en muchos años, si no nunca más. Ha desaparecido como una piedra arrojada a un pequeño lago sin fondo. No devolveremos la niña al convento. Se quedará aquí.

Se detuvo, como si esperara que yo hablase. Me encogí de hombros.

—Vamos —dijo—, no voy a discutir tu profecía, Allan, La introducción de un elemento femenino en este lugar, parece un poco incongruente; pero, al fin y al cabo, ella es muy joven.

Mabane dejó caer los brazos, y miró con aire pensativo alrededor de la habitación. Habíase operado un cambio desde hacía unos días. Los adornos y el mobiliario estaban libres de polvo. Había dos grandes jarros con flores sobre la mesa; unos bosquejos que colgaban de la pared, fueron substituidos por otros de carácter más serio. El ambiente de la casa era distinto. El general desaliño se había trocado en alguna apariencia de orden. Se advertía en todas partes como un reprimido intento. Mabane sacudió la ceniza de la pipa.

—Durante cinco años —dijo sencillamente—, tú, yo y Arturo hemos vivido aquí juntos. ¿Estás satisfecho de esos cinco años? ¡Reflexiona!

Aparté la vista de mi mesa para mirar fuera de la ventana, por encima de los tejados, hacia la luz del sol, y también yo adopté un tono de seriedad. ¡Satisfecho! ¿Sabe alguien de un necio que se halle alguna vez satisfecho?

—¡No! No lo estoy —admití, un poco amargamente.

—Dime lo que piensas de estos cinco años, Arnold —insistió Mabane—. Dime la verdad. Quiero saber si tus pensamientos son como los míos.

—Hemos ido a la deriva —contesté—. Hemos trabajado un poco, y pensado un poco; pero nuestros pies han estado sobre la tierra con mucha más frecuencia de la que nuestras cabezas han tocado las nubes.

—A la deriva —repitió Mabane—. Es una palabra cierta. Hemos adquirido alguna experiencia del lado malo; hemos aprendido cómo adaptar

nuestras pobres y escasas dotes al capricho del momento. Hemos convertido nuestro talento en una especie de criado para atender a nuestras necesidades físicas. Hemos vivido poco nuestras vidas, Arnold, muy poco.

—Sigue —susurré—. ¡Por lo menos eso es verdad!

Mabane se detuvo. Echó una mirada a la pipa; pero no la encendió de nuevo.

—Se aproxima un cambio —dijo lentamente—. Vamos a dejar de ir a la deriva. Vamos a vernos atraídos hacia el remolino de la vida. Lo que ello puede significar para ti, para mí y para el muchacho, es algo que ignoro. Nos cambiará a nosotros, cambiará nuestro trabajo. No pintaré más barruntos de realismo, siguiendo a algún otro; y tú no escribirás más de princesas, ni tirarás de los hilos de muñecos cubiertos de brocado para que bailen por las páginas de tus novelas alegremente compuestas. Ha llegado el final de todas estas cosas, Arnold. No, no desvarío, ni es esto una broma. ¡Espera!

—Hablas como un vidente —le dije—. ¿Desde cuándo te ha sido dado leer en el futuro tan fácilmente, amigo mío?

Mabane me miró lleno de seriedad. No había ninguna traza de ligereza en su aspecto.

—No soy un hombre supersticioso, Arnold —dijo—; pero procedo, al fin y al cabo, de una raza de montañeses, y creo que hay ocasiones en que puede uno sentir y ver la sombra de las cosas venideras. Mi abuelo previó el día de su muerte, y hablaba de ello; mi padre hizo testamento antes de que embarcara en el vapor que se fue a pique en un día de calma entre Dover y Ostende. Nada de este género me ha ocurrido a mí antes. Tú mismo me has dicho muchas veces que era demasiado terco, demasiado material para ser un artista. Y yo también lo había creído así siempre, hasta hoy. Ahora siento diferentemente. Veo la cosa desde otro punto de vista.

—¿Es esta niña, pues —pregunté—, quien ha de abrirnos las puertas del mundo?

—Recuerda —contestó Mabane— que antes de que hayan transcurrido muchos meses será ella una mujer.

Me moví en mi asiento algo inquietamente.

—Me pregunto —dije, casi para mí mismo— si hice bien en traerla aquí.

Mabane esbozó una sonrisa.

—No fuiste tú quien la trajo —declaró—. Fue enviada.

—¿Enviada?

—Sí, estas cosas no son de nuestra elección, Arnold. Hay algo detrás que mueve las grandes ruedas. Podemos llamarlo Destino o Dios, según la propia filosofía. Está allí todo el tiempo, es la fuerza una y eterna.

Miré a Mabane fijamente. Aguantó él mi mirada sin pestañear.

—Psicológicamente, querido Allan —dije—, pareces hallarte en un estado muy interesante.

Mabane se encogió de hombros. Cruzó la habitación para ir a buscar tabaco, y empezó a cargar de nuevo la pipa.

—Bien —dijo—, he terminado. Mañana, supongo, me darán ganas de pegarme a mí mismo por haber dicho tanta cosa. ¡Escucha! Aquí vienen.

Isabel entró en la habitación acompañada de Arturo, que llevaba una chaqueta de cuero y calzones. Las mejillas de la muchacha tenían un color rosado, y sus ojos bailaban con excitación. Quitóse la boina escocesa, y se detuvo un momento para volver a poner en orden su cabello agitado por el viento.

—¡Magnífico! —exclamó— ¡Oh, ha sido magnífico! No sé cómo agradecerse, Arturo. Nunca he gozado tanto en mi vida. Si la Hermana Superiora hubiera podido verme, ¡y las muchachas!

—El asunto de motores —dijo Mabane— supongo que se hallará entre los placeres que les son negados a las señoritas del convento.

Rióse ella alegremente.

—¡Placeres! No hay placeres para las pobres muchachas. No puede una ni siquiera sonreír, y en cuanto a juegos, no están permitidos. Creo que es vergonzoso convertir en un purgatorio lo que podría ser un amable lugar. Yo no podría ser feliz allí. Eso no se toleraría.

Advirtió la mirada que dirigióme Mabane, y se volvió inmediatamente.

—¡Oh, Arnold! —exclamó, falta de aliento—. No tendré que volver allí, ¿verdad?

—¡Nada de eso! —exclamó Arturo con energía— ¡Yo te doy mi palabra de que si alguien te encerrara allí de nuevo iría yo a sacarte!

La muchacha le lanzó una viva mirada de gratitud; pero sus ojos volvieron casi inmediatamente a fijarse en los míos. Esperaba que yo hablara.

—Si podemos impedirlo —dije con lentitud—, no volverás allí. No creo en absoluto que sea el sitio adecuado para ti. Pero tienes que recordar que somos, al fin y al cabo, personas sin ninguna autoridad. Alguien podría presentarse mañana mismo con derecho legal para reclamarte, y no podríamos hacer nada para impedirlo.



—Si podemos impedirlo —dije con lentitud—, no volverás allí.

Lentamente el color se desvaneció de sus mejillas. Sus ojos tomaron un brillo extraordinario e intenso.

—No hay nadie —balbuceó—, excepto ese hombre. Se llama a sí mismo mi tutor.

—¿Le habías visto antes de que te sacara del convento? —pregunté.

—Sólo una vez —contestó—. Vino a St. Argueil hace cosa de un año. Yo le odiaba. Le he odiado siempre desde entonces. Creo que si todos los hombres fueran igual que ése, estaría contenta de quedarme en el convento toda mi vida.

—No recordarás las circunstancias bajo las cuales te llevó él allí, supongo —dijo Mabane de un modo pensativo.

—No recuerdo en absoluto cuando me llevaron —contestó—. Creo que no tenía yo entonces más de cuatro o cinco años.

—¿Y en todo ese tiempo no ha venido a verte ni te ha escrito nadie más? —pregunté.

—¡Nadie!

Ahogó un ligero sollozo al contestarme. Era como si mis preguntas y las de Mabane, aun cuando se las había hecho con bastante suavidad, hubieran abierto de repente su espíritu a una más amplia percepción de su completa soledad. Sus ojos se hallaban llenos de lágrimas. Se contuvo orgullosamente, y luchó con ahínco por dominarse. Arturo nos miró a los dos con indignación. Tuvo la prudencia, sin embargo, de mantenerse callado.

—Hay un par de preguntas más, Isabel —dije—, que habré de hacerte un día u otro.

—Pues bien, hágalas ahora —dijo ella.

—¿Te mencionó alguna vez el Mayor Delahaye a su mujer?

—Nunca.

—¿No sabías siquiera, cuando llegaste a Londres, adónde te llevaba?

—No sabía nada —confesó ella—. Se comportaba de un modo muy extraño, y me sentí angustiada durante el tiempo que permanecí a su lado. Siempre presentí que habría de tenerle como compañero y vivir en Londres.

Sentí por un momento que se me helaba la sangre. No me atrevía a mirar a Mabane.

—No creo —dije— que tengas que temer nada más del Mayor Delahaye, aun en el caso de que se restableciera.

—¿Quiere usted decir...? —exclamó ella, casi sin aliento.

—Que no te entregaremos nunca a él —declaré firmemente.

—¡Gracias a Dios! —susurró ella— Mister Arnold —añadió, mirándome con ansiedad—, sé pintar, cantar y tocar el piano. ¿No puede la gente ganar dinero a veces haciendo estas cosas? Trabajaría... pues no me asusta el trabajo. ¿No podría quedarme aquí por algún tiempo?

—Por supuesto que puedes —le aseguré—. Y, además, no hay ninguna necesidad en absoluto de que pienses en ganar dinero. No es eso en modo alguno lo que nos conturba, sino el hecho de que no tengamos ningún derecho legal sobre ti, y en cualquier momento pueden presentarse personas que lo aleguen.

Arturo miró hacia ella con aire de triunfo.

—¿Qué le he dicho? —exclamó.

La muchacha miró tímidamente hacia Mabane.

—¿Al otro caballero no le importará? —preguntó con timidez.

Mabane le sonrió, y su sonrisa fue una revelación hasta para nosotros que la conocíamos tan bien.

—Querida señorita —dijo—, es usted más que bienvenida. Ya le he dicho a Arnold que su venida aquí hará que el mundo sea un lugar diferente para nosotros.

La sonrisa de la muchacha era luminosa, y en ella parecía envolvernos a todos. Alargó las manos. Mabane cogió una e inclinóse con el aire de un cortesano. La otra me fue ofrecida a mí. Los ojos de Arturo, complacido, destellaban sobre nosotros desde un último término. En ese preciso momento oyóse un ligero golpe en la puerta. *Mistress* Burdett trajo un telegrama.

Lo abrí, y tras leerlo apresuradamente, se lo pasé a Mabane. Vaciló él un momento, y luego volvióse gravemente hacia Isabel.

—El Mayor Delahaye no la molestará más —dijo—. Ha muerto en el hospital hace una hora.

OceanofPDF.com

Capítulo VIII

—Un poco más hacia la derecha. Así. No te muevas. Sólo cinco minutos.

—Sus cinco minutos —dijo Isabel sonriendo— suelen durar mucho rato. Pero no estoy cansada, en absoluto. Puedo permanecer así si lo desea hasta que se vaya la luz.

—Es usted una magnífica modelo —expresó Mabane—. Pero me parece que llaman.

—Hay alguien en la puerta —dijo Isabel.

—¡Entre! —gritó Mabane, interrumpiendo el trabajo.

También yo levanté la vista de mis papeles. Una señora vestida elegantemente de luto, de mediana estatura y de cabello rubio que contrastaba con la negrura de su velo, cruzó el umbral. *Mistress Burdett*, visiblemente impresionada, se demoró en el fondo de la habitación.

La visitante se detuvo y miró a su alrededor. La pluma se deslizó de mis enervados dedos. Me levanté.

—¡Usted debe ser la... señora Delahaye! —exclamé.

Inclinó ella la cabeza. Su actitud era fría, casi hostil.

—Me alegro de encontrarle, Arnold Greatson —dijo—. Es usted amigo, según me han dicho, del hombre que asesinó a mi marido.

—La han informado mal, *lady Delahaye* —contesté tranquilamente—. Ni siquiera le conocía. Le vi aquel día por primera vez.

Expresó ella su desdeñosa incredulidad con un tenue fruncimiento de los labios.

—¡Ah! —dijo— Eso mismo dijo usted en las diligencias judiciales. Me perdonará si, en confianza, coincidiendo con la mayoría de los comentaristas, le digo que encuentro su declaración un tanto inverosímil.

La miré seriamente. Era la misma de quien yo, en otro tiempo, creí estar enamorado, la mujer que me desairó para casarse con un hombre de quien

ni sus amigos hablaban bien.

—*Lady Delahaye* —dije—, mi relato puede haberle parecido inverosímil; pero es verídico. Supongo que no habrá venido meramente a expresar su amable opinión respecto a lo que declararé.

—Tiene usted mucha razón —admitió secamente—. No he venido sólo por eso.

Quedóse callada por unos momentos. Sus ojos se hallaban fijos en Isabel, y no me gustaba su expresión.

—¿Puedo ofrecerle una silla, *lady Delahaye*?

—Gracias, prefiero estar de pie —contestó—. Ésta debe ser la joven que se hallaba con mi marido.

Extendió su dedo índice sombríamente enguantado hacia Isabel, que sostuvo su mirada resueltamente.

—La misma —contesté—. ¿Tiene que decirle algo?

—Vengo por ella —declaró *lady Delahaye*—. ¿Cómo te llamas, muchacha?

Isabel se hallaba un poco azorada por la presencia de *lady Delahaye*.

—Me llamo Isabel de Sorrens —contestó la joven.

—Afirmaste delante del jurado —continuó *lady Delahaye*— que mi marido era tu tutor. ¿Qué te proponías al hacer una declaración tan extraordinaria?

Isabel pareció comprender de repente la situación. Enarcó finamente las cejas, sus mejillas adquirieron un tono rosado y sus ojos aparecían brillantes. Se puso en pie, y aun cuando no era más que una niña, la dignidad de su porte era tal, que *lady Delahaye*, con su acusador dedo índice, quedó reducida a una insignificante figura.

—Adivino que no le soy muy simpática —expresó—. El Mayor Delahaye me llevó al convento de St. Argueil cuando tenía tres o cuatro años, y dejéme allí. Me visitó hace un año, y hace unos días me trajo a Inglaterra, como usted sabe. Durante las veinticuatro horas que pasé a su lado, me sentí en verdad muy desdichada. No comprendía las cosas que me decía, ni me agradaba su compañía en absoluto. Creo que de haberme dejado fuera del alcance de su vista un solo momento, habría huido.

Lady Delahaye estaba muy pálida, y sus ojos reflejaban cosas desagradables. Al contemplarla, me admiré de mi locura de otro tiempo, que ya había olvidado.

—Tal vez te quejarías de él ¡a su asesino! Eres tú, sin duda, la responsable de la muerte de mi marido —le dijo en tono acerado a la muchacha.

Los labios de Isabel se fruncieron desdeñosamente.

—El Mayor Delahaye —balbuceó— no me permitió hablar con nadie. En cuanto al hombre que llama usted su asesino, no le había visto nunca antes en mi vida, ni le reconocería si le viera ahora. No sé por qué ha de decirme cosas tan duras. No le he hecho a usted ningún daño. Siento mucho lo del Mayor Delahaye; pero...

Yo me apresuré a intervenir.

—*Lady Delahaye* —dije—, no sé cuál pueda ser el objeto de su visita...

—El objeto de mi visita —interrumpió ella fríamente— me es tan repugnante a mí, mister Greatson, como, posiblemente, decepcionante para usted. Estoy aquí, con todo, para cumplir la última voluntad de mi marido. Esta niña ha afirmado que él era su tutor. Ahora ese sumamente desagradable cargo recae en mí.

Isabel tornóse pálida, como si la atormentara una repentina aprensión. Yo le cogí una mano entre las mías. *Lady Delahaye* nos sonrió con gesto desabrido.

—¿Desea llevársela? —le pregunté.

—¡Desea! —replicó *lady Delahaye*, fríamente— Puedo asegurarle que desconozco mis propios deseos en el asunto. Lo que hago es cumplir simplemente con mi deber. Niña, ponte el sombrero y vámonos.

Isabel no se movió. Estaba muy pálida. Tenía los ojos fijos en los míos. Aguardó a que yo hablara. La situación era bastante embarazosa, puesto que *lady Delahaye* hablaba evidentemente con toda seriedad.

Procuré ganar tiempo.

—¿Puedo preguntarle cuáles son sus intenciones respecto a la niña? ¿Se propone usted llevarla a su casa... adoptarla?

Lady Delahaye me miró como sorprendida.

—Ciertamente, no —contestó—. Ya buscaré el medio de vida más indicado para ella.

—Cabe suponer —proseguí, con alguna vehemencia— que sabe usted cuál. ¿Conoce, quizá, a sus parientes?

Me devolvió ella la mirada sin vacilar.

—Tal vez —contestó— pero ahora no se trata de eso. Como habrá tenido que hacer gastos con ella, Indíqueme la cantidad y se la sufragaré. Y no quiero contestar a más preguntas. Isabel, recoge tus cosas.

—No deseo ir con usted. No me resulta agradable —replicó la niña sin la menor vacilación.

En sus ojos se reflejaba el temor.

Lady Delahaye arqueó las cejas. Me pareció que sin alterarse aparentemente su tranquilidad, sentíase interiormente irritada.

—El hecho de que me tengas simpatía o aversión, importa muy poco. No tengo ningún interés personal en el asunto. Me incumbe velar por ti, y he de hacerlo. Más vale que vengas ahora que más tarde.

Isabel temblaba de pies a cabeza. Me creí obligado a enfrentarme con la situación.

—*Lady Delahaye* —dije—, el deber de cuidar de esta niña es evidentemente enojoso para usted. La relevaremos de esa obligación. Ella se quedará con nosotros.

Lady Delahaye me oyó asombrada. Luego rióse, y nos pareció a todos que nunca habíamos asistido a una parodia de alegría más desapacible.

—¿De veras? —exclamó— ¿Y puedo preguntar quiénes componen su familia?

—Yo y mis dos amigos, Mabane y Fielding. Además, tenemos un ama de llaves dignísima que cuidará de la niña.

—Hasta que ella misma pueda tomar otra decisión, supongo yo —repuso *lady Delahaye*, secamente—. ¡Qué arreglo tan delicioso! Una especie de cooperación familiar. Muy arcádico, y, por tanto, realmente filantrópico. Ha cambiado usted mucho en los últimos años, mister Arnold Greatson, para atreverse a hacerme una proposición tan extraordinaria.

Estaba determinado a no perder los estribos, aun cuando me sentía terriblemente indignado.

—*Lady Delahaye*, no estamos dispuestos a entregarle la niña. Convendría acortar esta penosa entrevista, si quiere usted aceptar un ruego mío que es a la par mi respuesta final.

El cambio de Isabel fue maravilloso. El brillante color fluyó a sus mejillas. Su prolongado y trémulo suspiro fue muy perceptible en el momento de silencio que siguió a mi declaración. *Lady Delahaye* me miró como si dudara de la significación de mis palabras.

—¿Sabe que esto implicará graves complicaciones para usted? ¿Conoce la ley?

—No la conozco ni deseo conocerla. No entregaremos a la niña —repuse, mirando significativamente a Mabane.

—Estoy enteramente de acuerdo con mi amigo, señora —expresó el pintor con inflexible precisión.

—La ley les obligará.

—Haremos lo posible —contestó él— para burlar la ley.

—Ha de saber, *lady Delahaye* —continué—, que nuestra ama de llaves, que ha estado al servicio de mi familia durante más de treinta años, ha tomado a su cargo gustosamente el cuidado de la niña, y puedo asegurarle, para que no se inquiete respecto a ella, que se hallará tan segura con nosotros como podría estarlo con usted.

Lady Delahaye avanzó hacia la puerta. En el umbral volvióse y me cogió del brazo cuando me preparaba a despedirla. Había una decidida intención en sus ojos al inclinarse hacia mí.

—Mister Greatson —dijo—, fuimos amigos en otro tiempo. De no haber sido así, saldría de aquí para dirigirme inmediatamente a mis procuradores. Supongo que se dará cuenta de que su presente actitud es susceptible de crearle una situación muy seria.

—Acepto el riesgo, *lady Delahaye* —contesté—. Recuerde, no obstante, que la ley la requeriría a usted también para demostrar su teoría. ¿Sabe algo de los allegados de la niña?

—Le doy veinticuatro horas para reflexionar. Si pasado mañana no tengo noticias de usted, acudiré a los tribunales —me anunció en son de guerra.

Mantuve la puerta abierta y me incliné, diciendo:

—Haga lo que le dicte su conciencia.

El momento parecía propicio para dar por terminada la entrevista. Todo lo que tenía que decirse, se había dicho ya. Con todo, por alguna ignorada razón, se hallaba maldispuesta a irse.

—No estoy segura, mister Greatson, de que pueda encontrar el camino. ¿Tendría la bondad de acompañarme hasta el coche?

Opté por acceder a su ruego. Vivíamos en un quinto piso de un bloque de viviendas que daba al Chelsea Embankment, y no había ascensor. Bajamos en silencio dos tramos de la escalera. De repente, se cogió de mi brazo.

—Arnold —me dijo ablandando la voz—, nunca creí que nos volviéramos a ver.

—Tampoco yo, *lady* Delahaye —contesté.

—Has cambiado mucho.

La miré. Tuvo la gracia de sonrojarse.

—Sé que me porté mal —susurró— pero piensa en lo pobres que éramos. ¡Oh, cuán cansada estaba de la pobreza! Si hubiera rechazado al Mayor Delahaye, mi madre me habría echado de casa. Te escribí, explicándote todo lo que hacía al caso.

—Sí, me escribiste.

—Y no contestaste a mi carta.

—Me pareció que no necesitaba respuesta.

—Y después te escribí pidiéndote que vinieras a verme.

—*Lady* Delahaye... —empecé a decir.

—¡Eileen! —interrumpió ella.

—Muy bien, si lo quieres así, Eileen —dije—. Has evocado hechos que tengo olvidados. Si nos comportamos bien o mal, no importa en lo más mínimo ahora. Todo concluyó entre nosotros.

—¿Quieres decir, pues, que no merezco el perdón?

—No tengo nada de qué perdonarte —le aseguré.

Me dirigió una viva mirada de reproche. Observé con asombro que sus ojos estaban humedecidos por las lágrimas.

—Mister Greatson —dijo—, sabré llegar sola a mi coche. No se moleste más.

Desapareció con una dignidad que le sentaba mejor que su anterior actitud.

OceanofPDF.com

Capítulo IX

Isabel permanecía muy tranquila, con las manos juntas y las mejillas encendidas. Arturo, que se había cruzado con *lady* Delahaye y conmigo en la escalera, habíase enterado ya del objeto de la visita.

—¡Oh, cómo odio a esa mujer! —exclamó Isabel al verme— ¡La aborrezco! Antes morir que irme con ella. Preferiría volver al convento. Me mira como si fuera yo algo despreciable, algo a lo cual no debiera permitirse la vida sobre la tierra.

Arturo iba a hablar; pero Mabane se le adelantó.

—Isabel —dijo con ternura, poniendo una mano en el hombro de la joven—, no tienes que temer nada. Sé cómo piensa Arnold en este asunto, y puedo hablar por mí mismo también. No irás con ella. No te entregaremos. No creo que acuda a los tribunales, pues dudo de que tenga algún derecho sobre ti.

—Te esconderíamos, huiríamos contigo, cualquier cosa antes que entregarte —declaró Arturo impetuosamente—. No te asustes, Isabel; no creo que ella pueda hacer nada. La ley es como un grande y grueso animal. Se necesita hacer muchos y molestos esfuerzos para moverlo, y luego avanza con la lentitud de una apisonadora. La evadiremos de algún modo.

Isabel nos estrechó la mano a los tres con un ademán grave y majestuoso. Parecía como si al concederle nuestra protección recibíamos, más bien que conferíamos, un favor.

—Amigos míos —dijo—, son ustedes tan amables que no tengo palabras con que darles las gracias. Les estoy agradecida.

Isabel me miró con ansiedad.

—¿Se ha marchado esa mujer?

Asentí con una inclinación de cabeza.

—No creo que vuelva a molestarnos por ahora —dije—. De todos modos, tenemos que estar preparados. ¿Dónde está tu colegio, Isabel?

—¿St. Argueil? A unas tres horas de camino de París. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque pienso ir allí —contesté—. Tenemos que averiguar, si es posible, qué derechos legales tenía sobre ti el Mayor Delahaye. ¿Cómo se llama la directora del colegio?

—*Madame* Richard es la directora lega —contestó Isabel— pero la hermana Úrsula es realmente la superiora. Las muchachas la veíamos muy raras veces —añadió, con un ligero temblor.

—¿Y es *madame* Richard una persona tratable?

Isabel movió la cabeza dudosamente.

—Es poco agradable de trato; muy seca con todos.

—No obstante, supongo que me dirá lo que sepa —dije—. Dame el Bradshaw, Allan, y esa vieja guía continental.

Poco después me hallaba absorto en trazar mi ruta. Cuando al fin levanté la vista, Mabane seguía trabajando. Los otros se habían ido. Miré en derredor de la habitación.

—¿Dónde están Arturo e Isabel? —pregunté.

Encogióse él de hombros.

—Lo igual llama a lo igual —dijo concisamente—. Han salido sin despedirse.

Dejé el Bradshaw sobre la mesa.

—Salgo para París esta noche, Mabane —le anuncié.

Inclinó él la cabeza en señal de asentimiento.

—Es la cosa más sensata que puede hacerse —comentó—. No hay otra manera de ir al fondo del asunto.

Me fui a hacer la maleta, y una hora después me hallaba camino de Francia.

Me levanté, después de una espera bastante larga, e hice una reverencia a la recién llegada. Mediaba entre los dos un rayo de sol que trazaba en el suelo de piedra una larga raya amarilla que parecióme la única cosa viviente que había visto hasta entonces en aquel extraño y lúgubre edificio. Hablé en un francés pasadero; pero contestóme en perfecto inglés.

—Tengo el honor de dirigirme a...

—*Madame* Richard. Soy la directora del colegio. ¿Me permite? Cerró la persiana, y ya no hubo más luz de sol. Sentí un repentino estremecimiento. La desnuda sala, con su suelo de losas de piedra y sus sencillos muebles de madera de pino, me deprimía no menos que el frío y repulsivo aspecto de la mujer que se hallaba ahora de pie inmóvil ante mí. Era la más pálida de cuantas mujeres hubiera yo visto en mi vida. Era la personificación de lo exangüe. Su cabello negro se hallaba listado de hebras grises; la severidad de su vestido sugería las inflexibles líneas de un uniforme. No ostentaba más adorno que la sencilla cruz de marfil que colgaba de una casi invisible cadena en torno a su cuello. Su expresión no indicaba curiosidad ni cortesía. Simplemente, esperaba. Yo, aunque por regla general no tenía gran dificultad para expresarme, me hallaba casi desconcertado.

—He venido de Londres para verla a usted. Me llamo Arnold Greatson.

No mostró la menor curiosidad por mi declaración. Con todo, en ese momento tuve la intuición de que ella sabía quién era yo y para qué iba.

—He venido para saber —continué— si puede usted facilitarme alguna información acerca de los amigos o parientes de una señorita que hasta muy recientemente fue alumna de este colegio: *Miss* Isabel de Sorrens.

—Esa señorita está a su cuidado, según tengo entendido —dijo sosegadamente *madame* Richard.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Despachamos un mensajero ayer mismo para que recoja a Isabel y la acompañe hasta aquí —contestó *madame* Richard—. La dirección que nos dieron correspondía a su nombre de usted —añadió con tono de fría indiferencia.

—¿Puedo preguntar quién se la dio y por instigación de quién mandó usted al mensajero?

—Por instigación de aquellos que tienen derecho a considerarse tutores de Isabel —contestó tranquilamente *madame* Richard.

—¡Tutores de Isabel! —repetí lentamente—. Sin duda usted sabe, *madame* Richard, pues habrá tenido noticia de la tragedia que ocurrió en Londres, que el Mayor Delahaye murió la semana pasada.

—Hemos sido informadas del suceso —contestó ella, con un tono tan por completo falto de emoción como si hubiera estado discutiendo cualquier bagatela—. Nos satisfacía reconocer al Mayor Delahaye como representante de aquellos que tienen el derecho de disponer del futuro de Isabel. Su muerte, con todo, altera muchas cosas. Isabel será puesta en manos todavía más seguras.

—Isabel tendrá parientes, supongo yo. ¿Puedo saber sus nombres?

Madame Richard quedó silenciosa por un momento. Me miraba con fijeza. Hasta me figuré que la leve traza de una pérfida sonrisa temblaba en sus labios.

—No estoy autorizada para revelar ninguna información, de cualquier clase que ésta fuere.

—No tengo ningún deseo de parecer curioso —objeté—. Por otra parte, yo y mis amigos estamos grandemente interesados por la niña. Seré sincero con usted, *madame* Richard. No tenemos ningún derecho sobre ella, lo sé; pero, ciertamente, necesitaríamos saber algo de las personas a cuyo cuidado va a estar antes de entregarla.

—Va a volver aquí —contestó sosegadamente *madame* Richard—. Estamos preparados para recibirla. Ha vivido con nosotras durante diez años. Supongo que tales circunstancias, y el deseo de quienes tienen la misión de velar por ella de que vuelva inmediatamente junto a nosotras, harán que deseche usted toda vacilación.

—*Madame* Richard —contesté gravemente—, ustedes, que viven tan lejos del mundo, pierden a veces de vista su lado peor. Los que lo conocemos mejor sabemos cuán cara pagamos nuestra experiencia. Lamento tener que decirle que me resistiré mientras pueda a devolver la niña a personas de la misma calaña que el difunto Mayor Delahaye.

Los ojos de *madame* Richard parecieron adquirir un brillo más siniestro.

—El Mayor Delahaye —dijo— fue nombrado tutor por aquellos que tienen derecho a disponer de la niña.

—Exigiré que demuestren su derecho antes de que Isabel tenga que reunirse con ellos. No quiero hablar mal de los muertos; pero yo que presencié el atentado contra el Mayor Delahaye, abrigo la presunción de que la bala de su asesino impidió un crimen aún mayor. La niña estaba

terriblemente asustada. Tengo la absoluta convicción de que su temor no era infundado.

—*Monsieur* —objetó *madame* Richard—, esas cosas no nos incumben. Precisamente por las malas pasiones que imperan en el mundo procuramos aislarnos aquí. Sean cuales fueren los sufrimientos por que haya pasado, Isabel los olvidará. Con los felices años que la esperan entre nosotras, el recuerdo de su desventurado peregrinaje se hará más confuso y débil. El hecho de que ella se haya dado cuenta de las cosas malas que pasan por ahí, puede que le sirva de mucho.

—¿Es que van a dedicar a Isabel a...?

—A la enseñanza —contestó *madame* Richard—. Ésa es la decisión de los que tienen derecho a decidir su porvenir. A nosotras no nos interesa recibir alumnas que no estén predispuestas a pasar un noviciado. A veces nos vemos contrariadas por algunas en las que ponemos nuestra confianza y luego se sienten tentadas a volver al siglo. Pero hacemos lo que podemos mientras están aquí para enseñarles el mejor camino. Sentíamos haber perdido a Isabel, y por eso nos alegra tanto recibirla de nuevo.

Me estremecí ligeramente. No podía menos de sentir la opresión del ambiente. Me perseguía la visión de unas figuras vestidas de gris, de pálido rostro y de mirada apagada y asustadiza. Imaginar a Isabel entre ellas, era algo absurdo.

—*Madame* —dije—, no creo que Isabel se adapte naturalmente a esta vida.

—El anhelo de perfección —contestó *madame* Richard— no es nunca muy aparente en las jóvenes. Sería una gran fortuna para la niña que se formara en él.

—Me temo —dije— que nuestros puntos de vista sobre este asunto sean demasiado divergentes para que resulte provechosa la discusión. Ha aludido usted a los que tienen el derecho de disponer del futuro de la niña. Quiero verles.

—No es necesario —contestó *madame* Richard—. Enviaremos a buscar la niña a Inglaterra.

—¿Se niega a darme las señas de los que escudándose en usted tratan de disponer del porvenir de Isabel?

—No discutirían el asunto con usted —contestó *madame* Richard—. Han decidido que Isabel venga a esta casa.

—Adiós, *madame* —dije cogiendo el sombrero.

—El encargado de recoger a la niña, está ya en Londres —me anunció.

—Hablándole con sinceridad —repliqué—, he de anticiparle que su mensajero volverá solo.

Por primera vez el rostro de la mujer mostró un franco enojo. Sus oscuras cejas se contrajeron levemente. Su expresión era fríamente repulsiva.

—No tiene usted ningún derecho sobre la niña —objetó.

—No sé de ninguna otra persona que lo tenga —contesté.

—Nos hemos cuidado de ella durante más de diez años. Esto ya es en sí un derecho. No es conveniente que la muchacha permanezca con usted.

—*Madame*, Isabel no desea esta vida. Sería un atentado a su libertad.

La mujer santiguóse.

—No hay más que una manera de usar de esta libertad —dijo—. Queremos preparar a Isabel para ella.

—En este plan es imposible toda discusión entre nosotros.

Consultaré con mis amigos. Su mensajero le traerá noticias de nuestra decisión.

El rostro de la mujer se ensombreció aún más.

—Usted no se atreverá a retener la niña.

—El sentimiento de humanidad ejerce un gran imperio sobre nosotros. Isabel es todavía una niña. La puse bajo mi protección la más extraña de las casualidades. No la busqué yo. Su encuentro fue verdaderamente una dificultad para mí. Con todo, se halla bajo mi custodia, y haré lo que juzgue más acertado.

—*Monsieur*, interviene usted en asuntos que escapan a su conocimiento.

—Si está en su poder iluminarme, hágalo —le rogué.

—No dispongo de semejante poder —contestó ella.

—Adiós, *madame* —repetí.

Me dirigí hacia la puerta. La mujer había tocado ya una campanilla, y fuera pude oír los lentos pasos del viejo criado que me había recibido.

—*Monsieur* —dijo ella—, si retiene usted a la niña se creará enemigos, y muy poderosos. Hace mucho que dejé el mundo; pero no creo que haya cambiado gran cosa. De los parientes de la niña nada puedo decirle; pero velando por su bien debo hacerle saber que lo mejor para usted, y también para la niña, es que vuelva ella aquí.

—*Madame*, tendré en cuenta sus palabras.

—Será conveniente que lo haga así, *monsieur* —me recomendó con cierta intención.

OceanofPDF.com

Capítulo X

Regresé en coche a Argueil, la vieja y soñolienta población de rojas tejas, con su desvaída iglesia, cuyas vidrieras, mientras el lento tálburi descendía por la colina, aparecían de un color encarnado como la sangre. Detrás, dejaba el convento, con su avenida de achaparrados olmos, sus barradas ventanas y su terrible silencio que le daba un aire de prisión. Mientras miraba atrás, cogido a los lados del ligero carruaje para no ser despedido en una de sus violentas sacudidas, me estremecí. Los internados de que tenía noticia eran lugares de muy diferente índole. Tras mi breve visita allí, la vuelta al aire fresco del campo, el olor de los prados, el color y la vida del ondulado paisaje, eran cosas benditas. Estaba más que nunca satisfecho de mi decisión. No me era posible permitir la vuelta de la niña a un sitio como aquél.

A través de una amplia planicie de viñedos, por entre los cuales el angosto y blanco camino corría como una cinta estrechamente estirada, llegué al pueblo de Argueil. La calle que conducía a la posada se hallaba empedrada con los más abominables guijarros, y me vi obligado a sostener el sombrero con una mano y asirme al lado del vehículo con la otra: El auriga, un anciano que llevaba una blusa azul, detuvo el coche con ostentoso gesto frente a la antigua entrada del «León de Oro», y al levantarme me vi expuesto a caer sobre el caballo, de anchos lomos. Mientras recobraba el perdido equilibrio oí una risa de mujer que procedía de la abovedada entrada de la posada. Levanté la vista con presteza. Una figura harto familiar estaba observándome; era *lady* Delahaye, acicalada, elegante, un poco altiva. A su lado se hallaba el posadero, con su delantal blanco y el ademán obsequioso.

Al saltar del cochecillo, *lady* Delahaye avanzó a mi encuentro. Sonriendo, me alargó su mano, delicadamente enguantada.

—Arnold, perdona que me haya reído al ver que te tambaleabas. Realmente me chocó verte en ese horrible coche. Qué encuentro tan extraño, ¿verdad? ¿Tienes unos minutos de sobra?

—Me figuro que no podré salir de este lugarejo hasta la tarde. ¿Vamos a sentarnos ahí dentro?

—La sala de la posada está poco ventilada —repuso, con un gesto denegatorio—. He tenido que salir para aspirar el aire fresco. Vamos andando calle arriba.

Pagué el coche, y anduvimos a lo largo de la amplia acera. *Lady Delahaye* parecía inclinada a echar sobre mí la responsabilidad de iniciar la conversación.

—Supongo que nos habrá traído aquí el mismo objeto —comencé a decir.

Ella me miró de un modo extraño.

—Seguramente —manifestó—. Pero dime para qué viniste.

—Para averiguar si esa niña tiene parientes —contesté prontamente—. Quiero descubrir quiénes son los que realmente tienen derecho a encargarse de ella.

—Me confunde, Arnold —dijo ella, pensativa—, tu incomprensible intervención en este asunto. Siempre te consideraré algo indolente. Con todo, ahora te estás imponiendo innúmeras molestias por algo que no te atañe en absoluto. ¿A qué se debe tu bondad?

—*Lady Delahaye*...

—Eileen —interrumpió ella suavemente.

—*Lady Delahaye* —repuse con firmeza—, perdóneme si le recuerdo que no tengo derecho a llamarla por otro nombre. No soy un bonachón, y me temo que sigo siendo indolente. No obstante, estoy interesado por esa chiquilla, y me propongo hacer todo lo que pueda para impedir su retorno a este lugar.

—Sigo sin comprenderte —dijo ella, mirándome extrañamente—. La chica no es nada tuyo. No hay casa más inadecuada para ella que la tuya, donde viven tres hombres jóvenes. No me explico que quieras tenerla a tu lado. Hoy es una niña, es cierto; pero no tardará en ser una mujer, y entonces te verás en una situación embarazosa.

—Mi situación —repliqué— será la misma que ahora. No cabe otra cosa que entregarle la niña a usted, devolverla al convento o cuidarla nosotros mismos. De las tres soluciones preferimos la última.

—No sé por qué le tienes tanta aversión al colegio —observó ella—. Como no eres hombre religioso, no comprendes estas cosas. Allí estaría por lo menos segura, y con el tiempo, sería también feliz.

Nos hallábamos al extremo de la calle del pueblo, sobre una ligera eminencia. Señalé hacia el austero edificio, que se erguía ceñudo y solitario en la desolada ladera de la colina.

—Me consideraría tan asesino como el hombre que disparó contra su marido si permitiera la vuelta de la niña a esa prisión. He hecho en la vecindad todas las indagaciones posibles y he añadido a ellas mis propias impresiones. La única finalidad que persigue *madame* Richard es preparar a la niña para la vida religiosa. E Isabel no tiene vocación de monja.

Lady Delahaye se encogió de hombros.

—No te esfuerces en convencerme, pues no puedo estar de acuerdo contigo. Pero ya que no quieres que vuelva al convento, por lo menos no te negarás a que la niña viva conmigo.

Quedé silencioso un momento. No era fácil expresar mis sentimientos con palabras.

—*Lady Delahaye* —dije finalmente—, en ocasión de la visita que nos hizo, no ocultó su malquerencia a la muchacha. Por otra parte, hube de prometer que no la devolvería jamás a su marido en el caso de que viviera.

—¿Quién te lo hizo prometer? —se apresuró a preguntar.

—Me temo que no podré contestar a su pregunta.

Ella me lanzó una furiosa mirada.

—Pretendes que ése que decía llamarse Grooten es un desconocido para ti cuando yo sé que estás en comunicación con él.

—Vi a mister Grooten por primera vez en mi vida la mañana de aquel día —repliqué.

—Sin duda sabes dónde está ahora —dijo ella, observándome sutilmente.

—No tengo la menor idea —declaré con firmeza—, y desearía saberlo. Daría cualquier cosa por encontrarme con él cara a cara.

—En tal caso informaría a la policía —observó ella en tono malicioso.

—Jamás lo haría.

Lady Delahaye se puso furiosa; esta vez casi con razón.

—Tus simpatías, en resumen, son para el asesino y no para el hombre a quien dio alevosa muerte de un balazo en la espalda. Presumo que el hecho se aviene con tu modo de ser.

—*Lady Delahaye*, el tema es desagradable y fútil. Regresemos a la posada.

Volvióse ella de repente, como para apartarse de mí; pero yo permanecí a su lado.

—A propósito —dije—, ¿no teníamos que cambiar confidencias? Usted ha venido, desde luego, para visitar el convento. ¿Con qué objeto?

Mi compañera sonrió de un modo enigmático.

—No es probable, mi ingenuo conspirador —repuso con cierta sorna—, de que yo imite tu franqueza. Lo único que te aseguro es que te has metido en un lío muy serio que te puede costar caro. Llama si quieres a ese respetable convento prisión o aplícale el calificativo más duro que se te ocurra; pero no impedirás que Isabel vaya a residir ahí. Es la única solución para su vida. Te prevengo que luchas contra obstáculos insuperables; pero, si por casualidad salieras vencedor, tu triunfo sería la cosa más terrible que pudiera ocurrirle a Isabel.

Anduve a su lado en silencio durante un momento. Había en sus palabras y en su tono una subyacente nota de temor, la sugerencia de un oculto peligro que trajo a mi pensamiento el discurso de despedida de *madame Richard*. Había algo ominoso, además, en su presencia aquí.

—*Lady Delahaye* —le repliqué con toda la resolución que me fue posible—, no es mucho lo que usted me ha revelado; pero me basta. De sus amenazas, deduzco que sabe más de toda esa historia de lo que me ha dado a suponer.

—Sí, tal vez sea cierto —admitió.

—¿Por qué no deja que comparta yo sus conocimientos? —sugerí atrevidamente.

—Llevas tu ingenuidad hasta el absurdo —advirtió, sonriendo—. Nos hallamos en campos contrarios. ¡Ah, qué delicioso es esto!

Volvíamos hacia la población por una senda que flanqueaba el río hasta que, torciendo casi en ángulo recto, seguía junto a la tapia de un huerto de cerezos en plena floración. El perfume de los capullos blancos y rosados que se mecían tenuemente a impulsos de la brisa, llegó hasta nosotros en una olorosa ráfaga de delicada y penetrante frescura. *Lady Delahaye* se detuvo, con los ojos semicerrados.

—¡Esto es verdaderamente delicioso! —susurró— Arn..., mister Greatson, cójame un capullo, por favor. No llego a alcanzarlo.

Desgajé una ramita, y ella se la puso en el pecho. Alegraban la vista el vuelo de las doradas abejas y de las mariposas de colores azul, blanco y anaranjado. A la entrada de una cabaña de rojas tejas que distaba unos metros de nosotros cantaba una muchacha. De repente me detuve y señalé a lo lejos.

—¡Mire! —exclamé.

Nos hallábamos en la puerta del huerto que daba a una especie de avenida, y a lo lejos, entre las inclinadas ramas, percibimos la silueta del convento, en la falda de la colina. Parecía más gris y más severo que nunca entre el suave y verde follaje y las rientes flores.

—*Lady Delahaye* —dije—, usted es joven. ¿Soportaría el destierro en aquel lugar durante lo que le resta de vida, lejos de cuanto le resulta agradable y privada de todos los goces que endulzan la existencia? ¿Aceptaría voluntariamente encerrarse ahí y entregarse a una muerte viviente? ¿Y si le obligaran a ello, qué diría usted?

Contestóme ella con instantáneo impulso.

—El caso no es el mismo. Soy mujer y no vieja, y amo la vida. Conozco cuanto ella puede brindar. Sé lo que sería renunciar a ella. Pero la niña no sabe nada. Es demasiado joven para conocer lo que tiene delante y lo que quiere. Sus ojos no se han abierto todavía a la vida, y en el convento se hallaría satisfecha.

No podía estar de acuerdo con *lady Delahaye*.

—No considera usted para nada la disposición natural —protesté yo—. En el corazón de Isabel vibra ya el canto a la vida y un gozoso anhelo se agita ya en su sangre. El colegio sería una tortura para ella. ¡No volverá a él!

Lady Delahaye sonrió tristemente, como si ocultara algo que no podía compartir con nadie.

—Quieres ser su amigo cuando en realidad eres su enemigo. Si no va al colegio, habrá de sufrir algo peor.

—En cuanto a eso, ya veremos —repuse, encogiéndome de hombros.

Reanudamos nuestro paseo, camino de la posada. *Lady Delahaye* me miraba de vez en cuando de un modo extraño. Mi actitud era francamente hostil a ella.

—Arnold, cuanto más te observo menos te comprendo —expresó tranquilamente—. Ten en cuenta que Isabel no es más que una niña. ¿Qué extraño encanto puede ejercer sobre ti para que defiendas su causa con tanto ardor? Si tuviera algunos años más quizá podría justificar tu conducta.

—*Lady Delahaye* —contesté, desentendiéndome de su observación—, si fuera usted amiga suya como creo serlo yo, no titubearía en contarme todo lo que sabe. No tengo otro deseo que verla segura y en medio de sus amigos, y por eso mismo no la entregaré a nadie que considere enemigo suyo.

—Arnold —insistió ella seriamente—, te repito lo que te he dicho antes. Te mezclas en asuntos cuya trascendencia es mayor de lo que puedas suponer. Aun cuando quisiera, no me atrevería a darte ninguna información. El destino de esa niña, por insignificante que sea en sí misma, se halla ligado a hechos muy importantes que tendrán realidad en su día.

Nuestras miradas se encontraron un momento. La expresión de sus ojos me confundió hasta tal punto que me mantuve callado. Lentamente me tendió la mano.

—Por lo menos separémonos como amigos, a no ser que prefieras ser galante y te decidas a esperarme hasta mañana. El viaje sería monótono si regresara sola a mi país.

Le cogí la mano con bastante efusión.

—Amigos, de todos modos —contesté— pero tengo que marchar a París esta noche. Un mensajero de *madame* Richard está esperándome en Londres.

—Como tú quieras —dijo fríamente—. No quiero detenerte.

Y sin decir más se alejó de mí.

No obstante, su mirada de despedida persiguióme mientras yo
atravesaba rápidamente la grande y fértil llanura, camino de París.

OceanofPDF.com

Capítulo XI

Mabane dejó el pincel y Arturo saltó de la mesa en que se hallaba sentado y me acogieron entre exclamaciones. Isabel fijó sus oscuros ojos azules en mi rostro como si pretendiera leer su destino. Evidentemente, habían estado esperando mi llegada. Recuerdo que consideré extraño el hecho de que aquellos dos hombres compartieran mi propio interés por la suerte de la muchacha.

—He fracasado —declaré apenas cesaron las efusiones del recibimiento.

Al estrechar la mano de Isabel, noté que estaba fría como el hielo y temblorosa.

—*Madame* Richard no quiso decirme nada, Isabel —empecé a explicarle—. Tanto ella como *lady* Delahaye saben todo lo que se relaciona contigo; pero no han querido decirme nada.

—¿Y qué es lo que he de hacer? —inquirió ella, con trémulos labios.

—Te toca a ti decidir —contesté gravemente—. *Lady* Delahaye y *madame* Richard te reclamarán. Si quieres permanecer con nosotros hasta que alguien demuestre su derecho a prohibarte, me darás una gran alegría, Isabel.

Y al ver que el color fluía a sus mejillas y que sus trémulos labios se disponían a hablar, me apresuré a decirle:

—*Madame* Richard no oculta sus deseos con relación a tu futuro. Quiere que te consagres a la enseñanza, como ella. Has vivido en el convento y, por lo tanto, eres capaz de juzgar por ti misma lo que eso representa. *Lady* Delahaye, por otra parte, es rica, y declara ser tu amiga. La vida con ella sería fácil y placentera. Nosotros somos pobres y tenemos muy poco que ofrecerte. Llevamos una vida desordenada. No siempre tenemos dinero y el ambiente de esta casa no es el más recomendable para

una muchacha de tu edad. De diez personas nueve nos declararían gente totalmente indigna de tenerte. Es conveniente que pienses en estas cosas.

Me miró ella con los ojos velados por las lágrimas.

—Quiero quedarme con ustedes —suplicó—. ¡No me abandonen, por favor! Odio el colegio y tengo miedo de *lady* Delahaye. Haré todo lo que pueda para no ser una molestia para ustedes. No me asusta trabajar, o ayudar a *mistress* Burdett. Sólo quiero quedarme aquí.

Sonreí, y miré a mis compañeros.

—Conformes —dije yo—. Seremos tus protectores. ¿Te parece bien, Mabane?

—Totalmente —contestó él.

—¿Y a ti, Arturo?

—¡Claro que sí! —dijo éste con vehemencia.

—Son ustedes muy buenos conmigo —susurró ella—. Toda mi vida me acordaré de este día.

Sus ojos seguían fijos en los míos. Mabane le puso una mano en el hombro, y le dijo en tono solemne:

—Querida niña, estoy muy contento de ser uno de tus protectores. Somos tres para defenderte.

Arturo le cogió una mano a la muchacha como para refrendar el pacto.

Creo que ninguno de nosotros había visto antes una sonrisa tan deslumbradora como la de Isabel.

—Amigos míos —susurró—, no tendrán que arrepentirse de este gran favor.

Seguidamente dirigióse a su habitación. Quedamos solos los tres hombres.

En los primeros momentos la situación se hizo algo embarazosa por no saber cómo expresar la profunda emoción que nos dominaba. Arturo alivió la tensión de nuestros nervios al exclamar de pronto:

—¡Y pensar que fui yo quien te envió a buscar argumentos novelescos a la estación! Y supiste hallarlos, Arnold.

Nos reímos todos.

—Si alguien nos viera en este momento nos tomaría por tontos —advirtió Mabane tranquilamente—. Arnold, dinos lo que has averiguado.

—Absolutamente nada —declaré— aparte de que hay algún secreto en lo tocante a la parentela de la niña. He hablado con dos señoras que supongo informadas de todo, y una de ellas advirtiéndome que al encargarnos de la muchacha interveníamos en un asunto más importante de lo que creíamos. Desde luego, puede que esto sea una exageración; pero *lady Delahaye* hablaba en serio.

—No pensarás que sea hija del Mayor Delahaye —observó Mabane.

—No —respondí, con un ligero estremecimiento—. Estoy seguro de que no lo es.

—Quienquiera que sea —declaró Arturo—, hay una cosa innegable, y es que se trata de una muchacha bien nacida. Tiene una admirable fortaleza de ánimo. Esta mañana nos hemos visto en un trance difícil. Me la he llevado a Guildfor en un trailer y yo tuve que saltar de él para no estrellarme; pero ella no se ha acobardado. La mitad de las muchachas que conozco habrían chillado como locas; pero Isabel no ha hecho más que reírse y preguntarme si debía apearse. Tiene buen temple.

—No voy a permitir que pongas en peligro su vida con tus bestiales motores, Arturo —comenté yo—. Toma un coche si quieres llevarla a pasear... ¿Quién es?

Nos volvimos hacia la puerta. Era la copia de *madame* Richard la que se erguía allí, pálida, fría, con las severas vestiduras de su congregación.

—Esta señora ha estado aquí antes —dijo Mabane, acercándole una silla a la visitante—. Viene del convento, con una carta de *madame* Richard para ti.

—¿Es usted mister Greatson? —me preguntó ella.

Me incliné, y cogí la carta que me ofrecía. La abrí. Contenía unas pocas líneas tan sólo.

«Señor:

»He sido informada del desgraciado suceso que ha puesto bajo su protección a una de mis alumnas, Isabel de Sorrens. Estamos dispuestas a recibirla aquí de nuevo, y le envío a la encargada de acompañarla en el viaje. Sufragará ella también los gastos que le haya ocasionado la estancia de la muchacha.

»Respetuosamente,

EMILY RICHARD.»

Guardé la carta en el sobre, y lo dejé sobre la mesa.

—He visitado a *madame* Richard —dije—. La niña se quedará con nosotros por ahora.

Los fríos y oscuros ojos de la mensajera me miraron de un modo penetrante.

—Pero, *monsieur* —dijo la mujer—, no puede ser eso. No es usted pariente suyo ni tiene ningún derecho...

—Ahorraremos tiempo tal vez —interrumpí— si le digo que he discutido todas estas cosas con *madame* Richard y que mi decisión es irrevocable. La niña se queda aquí.

La mujer me miró fijamente.

—*Madame* Richard no quedará satisfecha con esa decisión —repuso—. Se le obligará a usted a entregarla.

—¿Y por qué —inquirí— tiene *madame* Richard tanto interés por una pobre huérfana, según tengo entendido, como Isabel?

La mujer seguía observándome, y escuchaba mis palabras como si pretendiera hallar en ellas algún oculto significado. Luego inclinóse ligeramente hacia mí, y me preguntó:

—¿Puedo hablar con usted a solas, *monsieur*?

—Éstos son mis amigos —contesté—, a los cuales no les oculto nada. No hay secretos entre nosotros.

—¿Así es que puedo hablarle?

—Puede hacerlo.

Ella vaciló. Aun cuando la puerta estaba cerrada, la mujer mostrábase preocupada.

—Usted sabe... —dijo quedito— quién es la niña.

—La doy mi palabra de que lo ignoro —contesté—. Presencié el atentado de que fue víctima el caballero que iba con ella y la traje aquí al verla desamparada. No sé nada más acerca de la muchacha.

—Me resulta difícil creerle —replicó.

—No tengo ningún interés en que usted lo crea o deje de creerlo —repuse—. Perdóneme si añadido, señora, que no tengo tampoco interés en continuar esta conversación.

Ella se levantó en el acto.

—Es usted muy impulsivo o muy simple. Aguardaré nuevas instrucciones de *madame* Richard.

Se fue silenciosamente y sin despedirse. Nos miramos los tres.

—¿Qué diablos quería decir con eso? —exclamó Arturo, sin color en el rostro.

—Me parece —dijo Mabane— que la búsqueda de un tema novelesco te va a traer algún disgusto, Arnold.

Arturo anduvo arriba y abajo de la habitación con las manos en los bolsillos y un gesto de contrariedad en su rostro fresco y juvenil. Se detuvo de repente frente a nosotros.

—No entiendo mucho de leyes, compañeros —dijo—; pero me parece que cualquiera de las personas que quieren quitarnos a Isabel sólo tiene que formular una reclamación legal para que nos veamos obligados a entregarla.

—Eso es cierto —concedí—. Lo extraño, sin embargo, es que nadie parece hallarse inclinado a dar ese paso.

Arturo dejó una carta sobre la mesa.

—Ayer recibimos esto para ti, Arnold —dijo—. No la he abierto, por supuesto; pero por el nombre que hay en el reverso del Sobre se advierte que procede de una firma de procuradores.

La cogí y la abrí en seguida. Sabía muy bien qué era lo que Arturo temía. Extendí el pliego, y leí:

17, *Lincoln's Inn*, Londres.

Muy señor nuestro:

Le informamos que hemos recibido instrucciones de un cliente que desea permanecer en el anónimo, para que abramos una cuenta a nombre de usted en el London and Westminster Bank como protector de miss Isabel de Sorrens, una señorita que, según tenemos entendido, se halla al presente bajo su custodia.

La cantidad puesta a su disposición es de trescientas libras anuales. Tendremos mucho gusto en ofrecerle un talonario de cheques y concederle plena autoridad para hacer uso de esta cantidad si quiere favorecernos con una visita, acompañado de la señorita; pero no podemos proporcionarle información de ninguna clase en cuanto a la identidad de nuestro cliente.

Confianto tener el placer de saludarle personalmente en breve, quedamos de Vd. attos, s. s.

HAMILTON & PLACE.

Dejé la carta sobre la mesa sin decir una palabra. Mabane y Arturo la leyeron por turno, en silencio. Creo que todos teníamos el mismo pensamiento. Fue Arturo, sin embargo, quien lo expresó.

—¡Qué tragedia debe haber en todo esto! —exclamó.

—Opino que no debes rechazar este ofrecimiento —expuso Mabane—. Si hay alguien con derecho a encargarse de la niña, ¿por qué no la reclama?

En este momento entró Isabel. Cogí la carta y la puse en su mano.

—Isabel, lee esto.

Leyóla, y me la devolvió sin decir una palabra. La observábamos todos ansiosamente. Ella me miró con aire suplicante.

—¿Es necesario que acepte este dinero? —preguntó.

—¿Qué piensas tú? —la interrogué.

—Que si existe alguna persona obligada a pasarme este dinero, debiera yo saber quién es. No quiero ser una carga para ustedes —añadió con cierta vacilación— pero preferiría trabajar todo el día... o morirme de hambre antes que tocar ese dinero, mientras no sepa quién es el que lo ofrece.

—Querida niña —dije, posando mi mano en su hombro—, eso es lo que esperábamos de ti.

Y con gesto de satisfacción, rompí la carta en dos pedazos.

OceanofPDF.com

Capítulo XII

*L*ady Delahaye se hundió en el canapé mientras me hablaba.
Yo permanecía de pie.

—¡Pobre y aburrido amigo mío! —exclamó, con burlona simpatía—. Debiera haber invitado a gente más divertida, ¿no le parece? No hay nadie con quien charlar agradablemente.

—Hay aquí muchas más personas de las que esperaba ver —observé—. Esperaba encontrarla sola.

—Y probablemente piensas que debiera estarlo —apuntó ella—. Bueno, soy enemiga de las convenciones sociales, ya lo sabes. Me he encerrado durante un mes, y ahora deseo que mis amigos vengan a consolarme.

—No es probable que sea contrariada —contesté.

Ella se encogió de hombros.

—Tal vez no. Aquellos a quienes no necesito vendrán, por supuesto. En cuanto a los otros... ¡va!

Levantó la vista y fijóla en mí. Me senté a su lado.

—¡Ah! Te has portado amablemente —dijo ella suavizando el tono de su voz—. Quería platicar contigo tranquilamente. Dime por qué estás tan malhumorado.

—Si lo estoy, no me había dado cuenta —contesté—. Para serle sincero, le diré lo que me preocupa: ¿No es Isabel demasiado joven para traerla a una reunión de esta clase?

—Querido Arnold —susurró ella—, entre tanta gente sólo cuento con un par de amigos predilectos. Los demás son invitados circunstanciales. Observo que Isabel se halla en su ambiente y que se divierte.

El eco de su fresca risa llegó hasta nosotros en aquel momento. La rodeaban varios jóvenes, y era el centro de lo que parecía ser una muy

divertida reunión. Arturo se hallaba cerca del grupo, aparentemente un poco triste.

Isabel tiene un carácter expansivo y alegre —indiqué yo—. Siempre está contenta. Sin embargo...

Lady Delahaye llevóse las manos a los oídos.

—No me vengas con discursos —me interrumpió—. Lo que yo quiero es que me oigas. Necesito decirte algo que te interesa de modo directo y personal.

—Renuncio decirle lo que pensaba y me dispongo a escucharla.

—Quizá te parezca prolija —dijo ella sosegadamente—. Perdóname si lo soy; pero deseo que me comprendas. Empiezo a considerar que fui injusta contigo en las entrevistas que tuvimos en tu casa primero y luego en Argueil. Quiero abordar el asunto desde un punto de vista completamente diferente.

—¿Se refiere al asunto de Isabel?

—¡Claro! La primera vez que fui a verte —dijo *lady Delahaye*, alzando la vista hacia mí con una sombra de arrepentimiento en sus ojos azules— te hablé en un tono ofensivo. Lo siento muchísimo. No sabía entonces quién era Isabel, y estaba enojada con todos... con el pobre Will, con la niña y contigo. ¡Tienes que perdonarme! Estaba trastornada.

—No volveré a pensar en ello —prometí.

—Luego, en Argueil —continuó ella—, adopté contigo una actitud todavía más equivocada. Reconozco que tu punto de vista era el más lógico, el más humano; pero hay ciertas y muy graves razones para pensar que la niña estaría mucho mejor recluida en sitio que le alejara del mundo. Una vida de aislamiento sería al fin, cuando fuera capaz de comprender, la mayor suerte que le pueda corresponder en la vida. Y con todo... ¡la muchacha debiera tener su oportunidad!

—Me alegro de que lo reconozca —susurré.

—Ahora voy a preguntarte algo —prosiguió ella— que tal vez te ofenda, y créeme que no quisiera enfadarte. ¿Crees que una muchacha de la edad y condiciones de Isabel debe continuar alojada en una casa donde viven tres hombres jóvenes solteros?

—No —concedí—. Sólo lo admito como una muy lamentable necesidad. Sin embargo, no hay que interpretar el hecho con toda simplicidad ni empeorar las cosas. Tenemos una casera que es la misma esencia de la respetabilidad, e Isabel está bajo su cuidado.

—No quiero que continúe esa lamentable necesidad —dijo *lady Delahaye*, sonriendo—. Al mismo tiempo deseo desembarazar tu conciencia de una pesada carga. Escúchame. Te propongo que me dejes a Isabel durante un año. La trataré como a mi propia hija. No le faltarán diversiones: teatros y entretenimientos propios de una muchacha de su edad, demasiado joven para ser presentada en sociedad. Se reunirá con gente joven como ella; tendrá todas las ventajas que, hablando francamente, no puede gozar dada su actual posición. Transcurrido el año, le contaré su historia, que no puede ser más triste y miserable. Te aseguro desde ahora que será ella misma la que escogerá su vuelta al convento o cualquier otro modo de vida que podamos hacerle posible. Y me inclino a creer, Arnold, que ella escogerá el convento.

—¿Hay alguna verdadera razón, *lady Delahaye*, que se oponga a que me diga lo que se propone revelar a Isabel dentro de un año? Son tantas y tan misteriosas las circunstancias que rodean este asunto, que es difícil tomar una decisión.

—Hay razones, ciertamente, graves razones que me impiden decirte lo que quisiera —contestó ella— pero mi posición es muy difícil, Arnold. Confía en mí.

—No dudo de que desea hacer lo que más le convenga a la niña; mas comprenda que mi posición es también un tanto enojosa porque me hallo ligado por una promesa.

—¡Hecha al hombre que asesinó a mi marido! —exclamó, fulgurándole los ojos de rabia— ¡Al hombre a quien escudas! Por lo menos debías de tener la delicadeza de excluirle de nuestra conversación.

—Ni le he nombrado ni deseo hacerlo —repliqué—. En cuanto a lo de escudarle, es una sandez. Sea razonable, *lady Delahaye*.

—Pues como lo soy, quiero hacerte una sencilla pregunta. ¿Dónde estará mejor atendida, en tu casa o en la mía? Piénsalo.

Isabel, que en este momento charlaba animadamente con uno de los jóvenes que la rodeaban, parecía mayor de lo que realmente era, y mientras ella reía, Arturo permanecía en segundo término, con aire melancólico. La escena no podía ser más sugerente.

—En su casa, sin duda —contesté seriamente—, mientras usted se porte bien con Isabel.

Lady Delahaye dio muestras de impaciencia. Mirábame con rostro ceñudo.

—¿Me tomas por su enemiga? Si lo fuera, ¿crees que le abriría las puertas de mi casa?

—No, en verdad —contesté, levantándome—. Voy a llamarla para que ella misma elija el sitio que prefiera.

Crucé la habitación. Isabel, al verme, se levantó en seguida.

—¿Es hora de marcharnos? —preguntó.

—¡Nada de eso! —contesté— *lady Delahaye* te espera. Tiene que decirte algo.

Isabel hizo una mueca, tan leve que sólo yo pude advertirla, y ocupó mi sitio en el sofá. Yo me quedé unos minutos hablando con unos conocidos, hasta que Arturo me tocó en el brazo.

—Vámonos, Arnold —me dijo de pronto—. Nunca me he aburrido tanto en mi vida.

—Espera un poco —contesté—. Isabel está con *lady Delahaye*.

—No conozco a nadie aquí, y tengo ganas de fumar.

—Puedes fumar en la estancia contigua —le indiqué—. Allí estará *miss Ernston*, y si quieres te la presentaré. Es esa muchacha que conduce el Packard por el parque. La he oído decir que iba a entrar ahí para coger uno de los cigarrillos rusos de *lady Delahaye*.

Arturo movió la cabeza. Observaba disimuladamente a Isabel.

—Entraré a fumar un cigarrillo; pero Arnold, deseo irme pronto. Aquí nadie está alegre. Parecéis todos malhumorados.

—Ciertamente, todos están desanimados. Vamos a fumar ahí dentro, y dejemos que *lady Delahaye* e Isabel terminen su conversación.

Entramos en el saloncito de fumar de mala gana, y luego de unas breves frases de saludo, Mabel Ernston y Arturo se enfrascaron en el tema

automovilístico y yo me volví al salón. Isabel se había puesto en pie, y *lady Delahaye* la contemplaba de un modo extraño, como si se preguntara hasta qué punto había logrado convencerla. Apenas vióme entrar, *lady Delahaye* me hizo señas para que me acercara.

—Creo que Isabel está cansada —dijo, con un tono que quería ser amable—. Ha prometido que vendrá a verme otro día.

Isabel me miró. Su boca, que unos momentos antes embellecían las sonrisas, aparecía ahora contraída y apretada. Estaba evidentemente más pálida, y su porte parecía haber adquirido una insólita seriedad.

Debo confesar que me causó una sensación de alivio. Isabel no había recibido, pues, el ofrecimiento de *lady Delahaye* con mucho agrado.

—¿Nos vamos, Arnold? —me preguntó— Debe ser muy tarde.

El rostro de *lady Delahaye* se ensombreció al oír que Isabel me llamaba con el nombre de pila y ver que me cogía del brazo. Arturo se reunió en este momento con nosotros. Nos despedimos al punto y nos dirigimos hacia casa.

Anduvimos en silencio durante largo rato. Isabel se volvió hacia mí de repente, y con grave semblante, balbuceó:

—*Lady Delahaye* me ha dicho algunas cosas en las que yo no había pensado. Quería aparecer amable. Es algo que yo debía saber; pero... —temblaba ahora su voz— hubiera sido mejor no habérmelo dicho.

—*Lady Delahaye* es una vieja gata que se mete en lo que no le importa —exclamó Arturo, rencorosamente—. No le hagas ningún caso, Isabel.

—Lo que me importa —replicó ella— es saber si es verdad cuanto me ha comunicado.

—No te preocupes —le aconsejé yo, simulando una alegría que estaba lejos de sentir—. ¿Pero qué te ha dicho, si se puede saber?

—Que sois pobres y que yo os empobrezco aún más —confesó Isabel— obligándoos a atenderme, cuando yo puedo vivir en su casa con holgura y hasta con lujo. También me ha dicho que estoy perturbando vuestra vida, pues tenéis que renunciar a muchas cosas que eran un gozo para vosotros, y que tú no podrías trabajar como es debido, puesto que tendrás que escribir con el afán de ganar dinero para mí. Por último me ha advertido que pronto

seré una mujer, y que debo hallarme entre señoras para evitar malas suposiciones, y por esta razón he de instalarme en su casa.

—¡Tonterías! —exclamé, alegremente— ¡Puras tonterías! No somos ricos, Isabel; pero atender a tus necesidades no exige grandes sacrificios por parte nuestra. Haremos cuanto sea preciso para que estés lo mejor posible.

Isabel lanzó un hondo suspiro de alivio, y en su rostro se operó un cambio sorprendente.

—¿Pero por qué es tan cruel *lady* Delahaye al empeñarse en que yo os deje? —exclamó.

—*Lady* Delahaye es algo misteriosa —observé riendo—. He llegado a la conclusión, Isabel, de que debes ser alguna princesa desconocida y que *lady* Delahaye aspira a las recompensas que obtendrá la persona que te tenga a su cargo.

—¡No seas simple! —repuso la joven de buen humor—. Las princesas no se educan en el colegio de *madame* Richard, sin parientes ni amigos que las visiten y sin disponer de dinero para sus pequeños caprichos.

—Sin embargo —objeté—, cuando considero que son muchas las personas que se interesan por ti y la extraordinaria insistencia de *lady* Delahaye, me inclino a adherirme a mi teoría. Te consideraremos, Isabel, como una inversión lucrativa, pues algún día nos recompensarás a todos.

Su mano se deslizó en la mía. Sus ojos tenían ahora una tersa placidez.

—Querido amigo —susurró—, sólo mi corazón te recompensará con mi grande y sincera gratitud. Tengo miedo de *lady* Delahaye, Arnold. Veo en sus ojos cosas que me hacen temblar. ¡No volvamos allí, por favor!

Arturo habló con vehemencia:

—No irás adonde tú no quieras ir, Isabel. Arnold y yo velaremos por ti.

—Y en lo tocante a lo otro que mencionó... —empezó a decir Isabel.

—Puede que tenga razón en parte —contesté—. Por supuesto, sería mejor para ti que tuviéramos una hermana o la madre con nosotros; pero *mistress* Burdett se ha portado siempre como una madre, y creo... que todo irá bien —concluí, algo desmayadamente—. Pero, no nos preocupemos de eso, por el momento. Hoy hemos tenido una tarde insulsa; pero ayer coloqué una novelita y os invito a una cena de media corona en el restaurante Fasola.

—Estoy dispuesto a sacrificarme —declaró Arturo—. Pero antes vayamos en busca de Allan.

—¡Qué contenta estoy! —exclamó Isabel— ¡Llevaré mi sombrero nuevo!

OceanofPDF.com

LIBRO SEGUNDO

OceanofPDF.com

Capítulo primero

—**C**omprendo que Arturo tiene razón —confesó Mabane—. Sabe más de modas que tú y yo, Arnold, más anticuados que él. Nosotros teníamos que aflojar la mosca y debimos resistirnos a tomar por bueno lo que se nos quería dar, y tú cediste demasiado pronto.

—Es que yo no puedo encajar una disertación mujeril sobre cuestiones de moda —alegué—. Además, a Isabel le gustaba el sombrero, y yo creo que le sienta bien.

—Le cae estupendamente —concedió Arturo—, como todo lo que lleva; pero el sombrero es anticuado. Mirad los que llevan esas muchachas que acaban de entrar. La moda de ahora.

—Isabel tendrá uno igual —declaré—. La llevaremos al West mañana.

Isabel estaba radiante cuando entró en la sala. Tenía ahora un año más, y su falda un pie más larga. Estaba muy desarrollada y sus maneras denotaban una mayor seguridad. En otros aspectos no había cambiado.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó alegremente— Tenéis el aire de unos conspiradores. Nada de secretos conmigo.

—Lamento haberte comprado ese sombrero —contestó Mabane con un tono de gravedad—. Arturo asegura que es un modelo pasado de moda.

—¡Eso son gansadas! —exclamó ella— Arturo, tú entenderás de automóviles; pero eres un ignorante en cuestión de sombreros. Vamos a ver mis miniaturas. Ansío ver qué aspecto tienen puestas en un marco.

—En cuanto al sombrero... —empecé a decir.

—No me hables más de él —interrumpió la joven—. Si no os gusta que lo lleve... ¡Oh! ¡Mirad! ¡Mirad!

Nos detuvimos ante la vitrina donde estaban expuestas las miniaturas. Eran los primeros ensayos artísticos de Isabel. Las dos de mayor tamaño que las restantes, que figuraban en primer término, ostentaban la mágica palabra: «Vendido».

—¡Vendido! —exclamó Arturo con incredulidad.

—Será un error —dije lentamente.

Mabane y yo cambiamos unas miradas. Sabíamos muy bien que aun cuando las pinturas revelaban algún talento, eran superficiales e imperfectas, y el precio que habíamos puesto en ellas era desproporcionado a su mérito. ¡Tenía que ser un error, ciertamente! Seguimos a Isabel a través de la sala. Un empleado bajito y de edad madura que se hallaba sentado detrás de una mesa, anotando en un libro de contabilidad, levantó la vista cuando Isabel se detuvo delante de él. Las mejillas de la joven tenían un delicado color rosado y sus ojos aparecían febriles y brillantes.

—¿Hará el favor de decirme si han vendido mis miniaturas? —preguntó —. Soy Isabel de Sorrens.

El hombre examinó tranquilamente a la muchacha por encima de sus gafas.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba, señorita? —inquirió—. ¿Cuál es el número de sus miniaturas?

—*Miss* Isabel de Sorrens —contestó ella, falta de aliento—, y mis miniaturas llevan el número doscientos siete, retrato de una anciana, y el doscientos ochenta y nueve, de un niño.

El caballereite volvió las páginas del libro muy pausadamente, examinando los asientos.

—Sus miniaturas están vendidas, *miss* de Sorrens —dijo—, por el precio de veinte guineas cada una. El dinero se le pagará cuando termine la exposición, según la costumbre que tenemos establecida.

—¿Quién las ha comprado? —rogó ella— Quiero asegurarme de que no es un error.

—Ciertamente, no hay error —contestó el hombre, sonriendo—. La primera fue adquirida por un caballero del séquito de la archiduquesa de Bristlaw, el barón von Leibingen. Creo que Su Alteza visitará la exposición esta misma tarde. El otro comprador pagó el precio; pero no quiso dar su nombre. ¡Ah! ¡Perdóneme!

Se levantó apresuradamente, y dirigióse hacia la puerta. Acababan de entrar unas damas, ante las cuales se apartaban los circunstantes con ese

respeto que el pueblo inglés muestra por la realeza. Isabel las observaba con profundo interés. Mabane y yo nos pusimos a su lado.

—¿Es verdad que han comprado tus obras? —le pregunté.

—Así parece —contestó la muchacha, un poco aturdida por la emoción—. No te lo imaginarías, Arnold. ¡Cuarenta guineas! ¿Qué haré con tanto dinero?

Siguió un sorprendente intermedio. Las recién llegadas, ante quienes todos se apartaban obsequiosamente, se hallaban ahora frente a nosotros. Mabane y yo nos hicimos atrás; pero Isabel permaneció inmóvil. Habíase operado en su semblante un extraordinario cambio. Sus ojos estaban fijos en la dama y la muchacha que iba a su lado. Alguien le susurró al oído que se retirara; pero Isabel no se movió, como si nada hubiera oído. Su Alteza Real separó de sus ojos los impertinentes, que se le cayeron con gran ruido sobre el pulido suelo de madera. Era fácil comprender que a la princesa la afectaba algo musitado.

El administrador de la casa que catálogo en mano guiaba personalmente a las ilustres visitantes, miró a su alrededor, preguntándose cuál fuera la causa del *contretemps*. Sus ojos asaetearon a Isabel.

—Haga el favor de apartarse —le ordenó airadamente—. Deje paso a la princesa y a la archiduquesa de Bristlaw.

El administrador era tan bajito que Isabel miraba a las damas por encima de su cabeza. Ni parecía haberle oído. La archiduquesa se repuso al punto de su impresión y cogiendo los impertinentes de la mano de su azafata, preguntó, señalando a Isabel:

—¿Quién es esa joven?

Isabel, sofocada, retrocedió unos pasos, diciendo:

—Perdón, señora.

Vuelta a mi lado, sus ojos permanecían fijos en la archiduquesa y su acompañante.

El grupo pasó adelante; pero una de las damas del séquito acercóse a nosotros. Era *lady Delahaye*.

—Tu pupila crece en altura, si no en modales —me dijo, alargándome la mano—. ¿Cuándo vas a tomar para ella una señora de compañía?

—Cuando lo crea necesario, *lady Delahaye* —dije, con una inclinación.

—Vosotros los artistas tenéis... ideas extrañas —advirtió, levantando la vista para sonreírme—. Tal vez desees que Isabel continúe con su aire infantil; pero habrás de reconocer que le serían de provecho unas cuantas lecciones sobre la manera de conducirse.

—Sobre todo en presencia de la archiduquesa —repliqué—. Aunque no es frecuente ver a una gran dama tan turbada.

Lady Delahaye se encogió de hombros.

—Es una fatalidad que no podamos entrevistarnos nunca sin tener que disputar, Arnold —susurró, mirándome a los ojos—. No solía ser así antes.

—*Lady Delahaye* —me disculpé—, no es culpa mía. Hemos tomado posiciones contrarias en un juego que yo no acabo de entender. Por dos veces en seis meses ha intentado quitarnos a Isabel por procedimientos poco honrosos. Nuestra casa es continuamente vigilada. No nos atrevemos a dejar salir sola a la muchacha. Ahora, la mujer enviada por *madame* Richard y que ha venido a vivir en el mismo edificio que nosotros, también nos vigila.

—Estamos sólo en el principio, Arnold —dijo con calma—. Ya te dije hace más de un año que te metías en asuntos más graves de lo que imaginabas. ¿Por qué no eres prudente y sueltas a la niña? No te traerá más que molestias.

Sus palabras me afectaron más de lo que ella se figuraba, puesto que en mi corazón latía desde hacía meses el temor a lo por venir.

Una sombra negra se proyectaba ya sobre nuestras vidas. No obstante, contesté con aire resuelto:

—Ya sabe mi modo de pensar, *lady Delahaye*. No malgastemos palabras.

Mi interlocutora me volvió la espalda y fuese hacia donde estaba el grupo visitante.

Mabane me advirtió al punto:

—Isabel y Arturo se han ido. Esperan en la puerta.

Momentos después enfilábamos el callejón que conduce a Bond Street cuando sentí que me tocaban en el hombro. Un joven alto y rubio, con el cabello peinado hacia atrás y los ojos muy azules, al que había visto en el séquito de la archiduquesa, dirigióme la palabra.

—¿Es usted mister Arnold Greatson? —me preguntó.

Yo respondí afirmativamente.

—La archiduquesa de Bristlaw desea hablarle —me anunció—. No le detendrá mucho tiempo.

—Lleva a Isabel a casa —le rogué a Mabane—. Yo iré luego.

Volví de nuevo a la Galería. La mayoría de las personas que formaban el séquito de Su Alteza Real se hallaban examinando las miniaturas. La archiduquesa conversaba con *lady* Delahaye en un apartado rincón. Mi acompañante se adelantó para anunciarme.

La archiduquesa agradeció cortésmente mi inclinación de cabeza, y me preguntó:

—¿Es usted Arnold Greatson, el autor de esas encantadoras novelitas que tanto me deleitan?

—Su Alteza es muy amable —contesté.

—Tengo noticias —continuó— de que es usted también el tutor de la señorita que nos ha sobresaltado a todos. Ciertamente me parece usted demasiado joven para ese cargo.

—La recogí en circunstancias un poco excepcionales, Alteza —repliqué.

La dama asintió con aire pensativo.

—Ciertamente, ciertamente, eso se me ha dicho. *Lady* Delahaye me ha contado la historia. Sé que no ha podido usted descubrir a los parientes de la joven. ¡Es muy extraño!

—Hay otras cosas relacionadas con mi pupila, Alteza, que me parecen igualmente inexplicables.

—¿De veras? Eso es muy interesante. ¿Puede decirme cuáles son?

—Me referiré concretamente al hecho de que aun cuando nadie la haya reclamado legalmente existen personas que se escudan en el anónimo que tratan de inducirla a que me deje. No hay vez que vaya sola por las calles sin que alguien se aproxime a la joven con diversos pretextos.

La archiduquesa mostróse sinceramente sorprendida.

—Sin duda estará usted enterado de los motivos que guían a esas personas.

—*Madame* Richard, la directora del colegio donde se educó Isabel, parece particularmente deseosa de que vuelva allí.

La archiduquesa movió la cabeza lentamente.

—Eso no debe extrañarle —expresó la archiduquesa—. Hasta los que pertenecemos al siglo —tiene que perdonarme, mister Greatson, si le hablo francamente— no creemos que la actual situación de esa joven sea muy honorable. ¿Cómo, pues, no ha de opinar así la directora de un colegio cuya superiora es una monja?

—¿Su Alteza tiene noticias de ese colegio?

La archiduquesa arqueó ligeramente las cejas. Su gesto parecía expresar que no me había llamado para contestar a mis preguntas. Permanecí inmóvil, no obstante, y esperé su respuesta. Varios hechos curiosos empezaban a aclararse en mi mente.

—He oído hablar de él —respondió fríamente—. Creo que es una excelente institución. Sin embargo, no le envié a buscar, mister Greatson, para tratar de tales cosas, sino únicamente para pedirle información sobre el linaje de la joven, por si podía satisfacer mi deseo.

—*Lady* Delahaye sabe de eso, probablemente, más que yo —repliqué.

La archiduquesa y *lady* Delahaye cambiaron rápidas miradas. Fingí, sin embargo, no haber observado nada.

—Seré sincera con usted, mister Greatson —continuó la archiduquesa—. Mi interés por la muchacha se debe al maravilloso parecido que tiene con mi propia hija. A su misma pupila le sorprendió el hecho, y debo confesar que también yo me emocioné al verla.

—Todos nos dimos cuenta de eso —expresé respetuosamente.

La archiduquesa tosió ligeramente. Su condición elevadísima era un motivo bastante poderoso para que el diálogo no se prolongara. Con todo, siguió hablando.

—La historia de nuestra familia es, naturalmente, de dominio público —dijo lentamente—. Cualquier relación que esa joven pudiera tener con mi estirpe crearía una situación cuyo alcance no se le escaparía a usted, como hombre de mundo. El caso es que estoy suficientemente interesada por ella para adoptar algunas medidas que tal vez aseguren su bienestar. Haré

algunas investigaciones, y si el resultado confirmara mis sospechas, supongo que no se opondrá usted a que la joven quede bajo mi protección.

—No sin rogarle a Su Alteza que me permitiera consultar antes a la misma Isabel.

La archiduquesa me miró con mal ceño, lo que no dejaba lugar a dudas de que yo había incurrido en su desagrado; pero yo aparentaba no hallarme en modo alguno impresionado.

—No puedo comprender ninguna vacilación por su parte, mister Greatson —repuso Su Alteza—. Bajo mi custodia el futuro de la niña estaría sobradamente garantizado. Actualmente su situación no puede ser más equívoca.

—Alteza —repliqué sin desmayar—, mis amigos y yo comprendemos que es un hecho desagradable que una muchacha viva en la misma casa que tres jóvenes; pero a Isabel la atiende una antigua criada de mi familia que es un modelo de respetabilidad. Para nosotros Isabel es como una hermana. Su situación podrá parecer equívoca... a ciertas mentalidades. Los que nos conocen, puedo afirmar, no ven nada pernicioso en el hecho de que esa joven esté bajo nuestro amparo.

Por la actitud de la archiduquesa deduje que no se hallaba acostumbrada a ser desobedecida por aquellos a quienes hiciera alguna sugerencia. Fijó en mí su mirada y con maliciosa sonrisa me preguntó de pronto:

—Vamos a ver: de ustedes tres, ¿cuál se ha enamorado de ella? Isabel ha dejado de ser una niña; es casi una mujer, y hermosa además.

—Alteza —contesté fríamente—, es ése un asunto que hasta ahora no nos hemos permitido considerar.

La archiduquesa ya no procuró ocultar su descontento.

—Mister Greatson —dijo, con un desabrido ademán de despedida—, por ahora no tengo más que decir.

Volvióme la espalda, y yo me apresuré a salir de la Galería.

Capítulo II

Volví a casa muy preocupado. La archiduquesa había expresado en palabras tan concisas como ásperas lo que apenas me atrevía a acoger en mi mente como una fugitiva idea, prestándome con ello un buen servicio. De manera inesperada se me planteaba un problema que no podría eludir por más tiempo. Era preciso hallarle una rápida solución. Crucé las calles como un sonámbulo, abstraído en mis pensamientos. Ya no podía continuar soñando. En adelante hasta el sueño tenía que disiparse.

Me satisfizo hallar a Mabane y Arturo solos en casa. No había ninguna excusa para diferir por más tiempo el asunto. Mabane, repantigado en el sillón, fumaba con su mayor pipa. Arturo andaba inquieto arriba y abajo de la habitación. Evidentemente habían estado discutiendo sobre los acontecimientos de la tarde, puesto que se produjo un repentino silencio cuando entré y esperaron ansiosamente a que yo hablara. Cerré la puerta y cogí un cigarrillo de la cajita que había sobre mi mesa.

—¿Qué quería la archiduquesa? —preguntó Arturo muy intrigado.

—Pues lo mismo que quieren otros. A Isabel —contesté.

—¿Y qué haremos? —inquirió Arturo.

—Ya lo discutiremos otro rato —dijo—. Me alegro de que os halléis aquí los dos. Hay otro asunto respecto al cual creo que debíamos llegar a un entendimiento lo más pronto posible. Es algo que me obsesiona.

—¿Se relaciona con Isabel? —preguntó Arturo.

—Precisamente —asentí.

Se quedaron pendientes de mis palabras, Mabane en una actitud casi de indiferencia y Arturo muy nervioso. Debía sospechar lo que yo iba a decirles.

—Cuando la recogimos hace poco más de un año —continué— era una niña, y como a tal hemos continuado tratándola. Tal vez fue un atrevido experimento traerla aquí; pero, con todo, me inclino a pensar que en tales

circunstancias fue lo mejor para ella y un motivo de satisfacción para nosotros.

—Exactamente —declaró Arturo con energía—. Ha hecho cambiar por completo nuestra vida.

—Pero en el mejor sentido —convine yo—. Los tres íbamos a la deriva, Allan y yo sobre todo. Nuestra existencia carecía de objeto, y nuestra desorientación empezaba a mostrarse en nuestro trabajo. La presencia de Isabel bastó para transformarnos. Tú, Allan, nunca has trabajado tan bien como en este año. Tu retrato de Isabel resultó una obra maestra. Tus cuadros revelan ahora un talento que ha sorprendido a todos, excepto a Arturo y a mí, que sabíamos lo que eras capaz de hacer si te lo proponías seriamente. Yo mismo he tenido más aciertos profesionales, y en mayor cantidad. ¿Estás de acuerdo conmigo, Allan?

—Completamente —respondió Mabane—. Aquí se respira una atmósfera diferente desde que vino la niña. Todos estamos mejor, mucho mejor.

—Me satisface oírte, Allan —dije—. Lo sucedido es algo difícil de expresar con palabras; pero creo que vosotros sabéis exactamente lo que quiero decir. Al tener que velar por ella hemos refinado nuestros propios gustos y renunciado a muchas cosas y a muchos amigos que no nos proporcionaban ninguna ventaja.

—Todo eso es cierto, Arnold —concedió Mabane, mientras sacaba a golpes la ceniza de la pipa—. Dejamos los *cabarets* por los teatros y nuestros indolentes domingos por saludables excursiones campestres, muy alegres, además. Somos mejores que antes de la llegada de la niña. Arnold, deseo saber lo que tengas que decir. Tus palabras deben ser preludio de alguna cosa más importante.

Vacilé, puesto que mi tarea no era nada fácil y Arturo, que se mantenía en un penoso silencio, me observaba furtivamente, como si se aprestara a enfrentarse con un peligro cierto, aunque todavía inexplicable.

—Isabel era una niña cuando la conocimos —dije al fin—. ¡Hoy es una mujer!

Las mejillas de Arturo, tersas como las de una muchacha, se arrebolaron; pero su apasionado tono era vigorosamente masculino.

—Arnold —me advirtió—, no cometerás la locura de entregarla a los que la reclaman. Son sus enemigos, todos ellos. ¡Estoy seguro!

—Lo ocurrido esta tarde me deja entrever el fondo del asunto —continué—. ¿Observasteis el parecido, el asombroso parecido, entre Isabel y la hija de la archiduquesa? La coincidencia impresionó mucho a Su Alteza Real, que, sin duda, conoce la historia de Isabel. Llegó hasta a decirme que creía que Isabel tenía un parentesco morganático con su propia familia, la Casa de Waldenburgo. Se ofreció a tomarla bajo su protección.

—¿Y consentiste? —exclamó Arturo.

—Ni lo consentí ni lo rehusé absolutamente —dije—. No era cuestión para ser decidida bajo la excitación del momento. Pero cuanto más pienso en ello, más confundido me hallo. *Madame* Richard quiere a Isabel. Ante nuestra negativa, envió otra vez a la mensajera con nuevos ofrecimientos, y cuando rehusamos tercamente, la mujer se instaló en este mismo edificio para espiarnos a toda hora y para abordar a Isabel con cualquier pretexto. *Madame* Richard podrá ser una mujer muy buena; pero no creo que su insistencia sea solamente por consideración a Isabel. Por otra parte, *lady* Delahaye no cesa de acosarnos con amenazas, palabras persuasivas y ruegos. Ha procurado por todos los medios posibles inducirnos a entregarle la niña. Y ahora tenemos que contender con la archiduquesa, y me parece que nos acercamos al desenlace del asunto. La archiduquesa es la heredera de una de las familias reales de Europa, y el Mayor Delahaye fue en otro tiempo agregado diplomático en la corte de su padre. Luego está Grooten, el que mató a Delahaye. Su interés por la niña era tan grande que arriesgó su vida por librarla del hombre que podía ser para ella una fuente de peligros. Manda dinero cada trimestre, que depositamos religiosamente a nombre de Isabel por si algún día lo necesita. Grooten, a quien yo me resistiría a entregarla, es, sin embargo, entre todas las personas interesadas, el único en quien confiaría, pues me dice mi instinto que siente buenas intenciones respecto a Isabel. La desean, pues, *madame* Richard, *lady* Delahaye y, más que las dos, la archiduquesa. Después de meditar mucho he decidido...

—¡No entregarla a nadie! —exclamó Arturo vivamente.

—No entregarla a nadie que no esté dispuesto a formular ante los tribunales una reclamación legal —continué—. Es algo muy simple, y creo que bastante razonable. Cuando la muchacha nos deje, será para ocupar una elevada y definida posición en la vida. La ocasión puede llegar en cualquier momento. Tenemos que estar preparados para ello. Pero hasta que eso llegue, no discutiremos más con esas personas que alegan tantas misteriosas circunstancias en torno de Isabel.

Arturo me estrechó la mano. Estaba aparentemente tranquilo; pero ignoraba lo que venía.

—¡Arnold, eres un gran tipo! —exclamó— Eso es auténtico sentido común. Cada palabra tuya es el evangelio. El que la quiera que demuestre su derecho a tenerla.

—Estoy completamente de acuerdo contigo en lo que has dicho —manifestó tranquilamente Allan, en respuesta a la mirada que le dirigí—. La niña está por lo menos segura con nosotros, y no pierde el tiempo. Tiene talento y es aplicada. Yo, por mi parte, sentiré mucho verdaderamente cuando llegue el tiempo, como supongo que llegará algún día, de que se marche.

Y armándome de valor entré de lleno en el punto más grave de la cuestión y que me tenía en ascuas desde que empecé a hablar.

—Hay algo más —declaré—, y quiero decíroslo ahora. Puede pareceros a los dos innecesario. Tal vez sea así. No obstante, es mejor que lleguemos a un entendimiento mutuo. Ha pasado un año desde que Isabel vino a vivir con nosotros, y hoy es una mujer. Para continuar teniéndola a nuestro lado debemos establecer un pacto, y nuestro honor tiene que hallarse empeñado en mantenerlo. Los dos sabéis muy bien lo que quiero decir, y espero que estaréis de acuerdo conmigo.

Me detuve un momento; pero no recibí ningún estímulo por parte de ninguno de ellos. Los dos estaban callados, y los ojos de Arturo interrogaban a los míos furiosamente. Me dirigí más particularmente a él.

—Allan y yo somos viejos comparados contigo, Arturo; pero, estirando un poco el argumento, podríamos todavía pasar por jóvenes. Si decidimos seguir encargándonos de Isabel, recaerá sobre nosotros un nuevo y más grave deber, aparte de la obligación de tratarla con mucho respeto. Es

posible que ella llegue a sentir preferencia por alguno de nosotros: un sentimiento de gratitud, la natural conciencia de su próxima condición de mujer, hasta el hecho de una continua propincuidad podría inclinarla a ello. Isabel es encantadora, y será muy guapa, como me ha dicho la archiduquesa. La situación, si alguno de nosotros cediera en el menor grado, podría hacerse crítica. Tienes que comprender lo que quiero decir, aun en el caso de que no lo exprese muy claramente. Isabel ve a pocos hombres, fuera de nosotros. Es casi seguro que pertenece a una clase social cuya posición e ideas se hallan muy alejadas de las nuestras. No habrán de existir relaciones sentimentales entre ella y nosotros. Somos sus hermanos, y ella ha de seguir siendo nuestra hermana mientras esté a nuestro cuidado. Esto es lo que tiene que ser convenido entre nosotros.

Hubo un silencio profundo, ominoso casi. Mabane permanecía con los brazos cruzados, y el rostro vuelto hacia otro lado. Apelé entonces a él.

—Allan, ¿estás de acuerdo conmigo?

—¡Absolutamente! —contestó— Estoy de acuerdo con todo lo que has dicho.

—¿Y tú, Arturo?

Él no contestó en seguida. El color afluía y desaparecía de sus mejillas, y sus dedos jugaban nerviosamente con la cadena del reloj. Cuando alzó los ojos para fijarlos en los míos, su belicosa postura anterior se definió más claramente.

—Creo —dijo— que hay otro aspecto en la cuestión. Isabel es de la clase de chicas que llaman la atención del que las ve y las trata. Es alegre y guapa y perfecta su figura. Todo en ella es maravilloso. Lo que propones, Arnold, es simplemente que nos apartemos a un lado y dejemos a Isabel para el primero que acierte a pasar.

—Estás completamente equivocado —contesté—. No es probable que vea ni trate a ningún otro hombre mientras se halle a nuestro cuidado. Después, por supuesto, las condiciones serán diferentes. El convenio para el que os pido vuestro consentimiento, terminará cuando ella nos deje.

—No hay verdadera igualdad en los términos que propones —protestó Arturo—. No es que quiera compararme con vosotros en ningún aspecto. Los dos sois mucho más inteligentes que yo; pero Isabel y yo nos

equiparamos más en la edad y hemos congeniado mucho. Comprendes lo que quiero decir, ¿verdad? Ese pacto de renuncia a Isabel no va bien teniendo ella y yo gustos parecidos, y siendo aproximadamente de la misma edad. El mío no es en modo alguno vuestro caso.

De nuevo se hizo el silencio. Mabane se había quitado la pipa de la boca, y examinaba su cazoleta. En cuanto a mí, me era totalmente imposible analizar mis sensaciones. Arturo no dejaba de mirarnos. Me recobré con un esfuerzo, y le contesté:

—No discutiremos la situación contigo, Arturo —dije sin inmutarme—. Admito cuanto dices. Por ley natural la carga de mantener este convenio tiene que recaer más pesadamente sobre ti; pero el hecho no altera de ningún modo la situación. No ha de haber relaciones de orden sentimental entre Isabel y cualquiera de nosotros. Si por casualidad el estímulo procediera de ella, tiene que ser pasado por alto y frustrado.

—¡Por vida mía, no veo por qué! —declaró Arturo—. Pues bien, de nada sirve andarse por las ramas. Isabel es la única muchacha del mundo a quien podría yo amar. ¡Estoy encariñado con ella! ¡No puedo remediarlo! ¡La quiero! ¡Vaya!

—¿Le has dicho algo a ella? —preguntó Mabane, en tono cariñoso.

—No.

—¿Ni una palabra?

—Ni una palabra —declaró Arturo—. Es demasiado joven. No ha tenido tiempo de pensar en esas cosas todavía. Pero es maravillosa, y la quiero. Cuanto propones reza muy bien para vosotros dos —continuó, con grave acento—. Tenéis más de treinta años, y sois unos solteros inveterados. Yo tengo sólo veinticuatro, y no he tropezado todavía a la chica que me haga tilín. Yo abrigaba mis ilusiones y ansiaba conocer el mundo, como tantos otros jóvenes; pero Isabel me ha quitado tales ideas de la cabeza. ¡Estaría muy contento de casarme mañana!

Traté de ponerme en su lugar, de penetrar por un momento en su punto de vista; pero no era posible concordar con él. Temía abrir la boca; pero me decidí a hablar, aun a trueque de no serle agradable.

—Arturo —dije—; lo siento por ti; pero no estás en lo cierto. Dentro de poco tiempo ella se habrá separado de nosotros por completo. Por respeto a

ella, y por nuestro propio honor, ninguna palabra de las que has dicho deben repetir tus labios, a menos que puedas prometer que...

Vacilé. Arturo se había levantado. El color encendía sus mejillas y sus ojos brillaban de ira.

—No lo prometeré —declaró—. Quiero a Isabel, y pienso decírselo.

—Tendrá que ser bajo otro techo —repliqué—. Si no quieres prometer que te mantendrás absolutamente callado hasta que por lo menos sepamos quiénes son sus parientes, déjanos.

Arturo cogió el sombrero.

—Muy bien —repuso de mal talante—. Mañana enviaré por mis cosas.

Y sin una sola palabra de despedida, salió de la habitación.

OceanofPDF.com

Capítulo III

—**E**n la diplomacia —dijo amablemente el barón—, como también en la vida de los negocios, reunirse en torno de una mesa a la hora del almuerzo, suele ser el medio más adecuado para iniciar las negociaciones; pero no para un acuerdo definitivo. Cuando tres hombres —consideremos nuestro caso, por ejemplo— tienen que discutir un asunto de cierta importancia, no cabe mejor oportunidad para los preliminares, ¿la llamaremos escaramuza?, que una comida como la que estamos celebrando.

Levanté la copa, y miré de un modo pensativo el ambarino champaña que subía burbujeante del fondo de la misma.

—Desde cierto punto de vista —dije—, estoy completamente de acuerdo con usted. Con todo, debe recordar que el anfitrión tiene siempre derecho a la iniciativa.

—En el caso presente —dijo el barón con una sonrisa— eso no reza, puesto que me dio usted prácticamente la respuesta antes de que nos sentáramos a comer. Si puedo inducirle a mudar de opinión, bien, tanto mejor. Si no... bueno; no se habrá perdido nada.

—Me alegro de que aprecie así nuestra situación —contesté—. Con relación al cuidado de Isabel, que, según entiendo, es lo que quiere tratar conmigo, nuestra decisión está prácticamente tomada. Mi amigo y yo hemos convenido seguir velando por ella hasta que la reclame alguien que se halle en situación de poderlo hacer por la vía legal.

El barón asintió gravemente.

—Una excelente decisión —dijo—. Nadie podría impugnarla. Con todo, es un privilegio poder informarle de algunos hechos que tal vez influyan sobre su punto de vista. Puedo explicarle por qué no se ha presentado esa reclamación.

—Estamos aquí —contesté— para escuchar cuanto quiera usted decir.

Cenábamos Allan y yo con el barón en el hotel Claridge. Una cita, a la cual nos había rogado que asistiéramos, se había convertido en una invitación a cenar, sin que nosotros pudiésemos eludir su formal requerimiento. Había la posibilidad, nos dijo, de que fuera llamado para ir al extranjero en cualquier momento, y estaba particularmente obligado a no salir del hotel mientras no recibiese el esperado cablegrama. Hasta aquí su comportamiento había sido de una gran cortesía y consideración; pero dada la genialidad y casi excesiva *bonhomie* del barón, Allan y yo advertíamos en él cierta nerviosa impaciencia, sólo parcialmente ocultada. Fuere cual fuere la proposición que tuviera que hacernos, nuestra aceptación era sin duda un asunto de gran importancia para él. Cuanto más nos dábamos cuenta, más nos admirábamos de la situación que se nos había creado.

—Sólo desearía —dijo con énfasis— que estuviera en mis manos poner las cartas sobre la mesa para contarles toda la verdad. No creo que entonces vacilaran ustedes ni un segundo. Pero no puedo hacerlo. El honor de una gran casa, mister Greatson, se halla implicado en este asunto, al cual ha sido usted tan extrañamente arrastrado. Debo dejar blancos en mi relato que tendrán que llenar ustedes mismos, usted y mister Mabane. Hay cosas que no puedo —no me atrevo— a comunicarles. Si pudiera, dejaría de admirarles el hecho de que quienes desean encargarse de la niña quieran hacerlo sin publicidad y sin apelar a los tribunales.

—La archiduquesa —advertí— me insinuó algo referente a esas dificultades.

El barón vació su copa y pidió otra botella del espumoso vino. Luego miró cuidadosamente a su alrededor, precaución completamente innecesaria, puesto que nuestra mesa se hallaba en un apartado rincón de la sala y había muy pocas personas cenando.

—Ha dejado de ser una simple conjetura el origen de la joven —añadió el barón—. Realmente, la niña a la que ustedes llaman Isabel de Sorrens, pertenece a la casa de Waldenburgo. Lleva en el rostro una marca de contraste que nadie podría negar. Sobre la archiduquesa y otros de su noble familia flota constantemente la sombra de un grave estigma en tanto la niña continúe en manos extrañas y resida en un país extranjero. La archiduquesa desea tomarla a su cuidado en seguida, y calladamente. Agradece la ayuda

que le han prestado ustedes, y sabe que probablemente han librado a la niña de un destino que no es fácil contemplar tranquilamente. Me autoriza, por consiguiente, a tratar con ustedes de la manera más generosa.

—Esa es una frase que no comprendo del todo —advertí.

—Procuraré —dijo el barón, con una mirada significativa— expresarme con claridad. Mientras tanto, deje que le recomiende este *soufflé*. Mister Mabane, no bebe usted nada. ¿Preferiría, quizá, que el vino estuviera un poco más frío?

—Prefiero el champaña a su temperatura natural —declaró Allan—. El vino es demasiado excelente para quitarle el sabor con la frialdad. A propósito de lo que decía usted, barón, quisiera hacerle una pregunta. ¿Por qué se envió al Mayor Delahaye a St. Argueil para llevarse a Isabel, y qué iba a hacer con la niña?

No creo que al barón le gustara la pregunta. Vaciló unos momentos antes de contestar.

—Al Mayor Delahaye no lo envió nadie —dijo—. Fue él por su propia cuenta. Era la única persona que conocía el paradero de la niña.

—¿Y cuál cree usted que fuera su objeto al sacarla del convento? —insistió Allan.

—No lo sé —contestó el barón—. Todo lo que puedo decirle es que me complace infinitamente más encontrar a la niña al cuidado de ustedes que bajo la custodia de aquel hombre.

—¿Se hallaba de algún modo relacionado con la niña —pregunté— el hombre que asesinó a Delahaye?

—No puedo creer que lo estuviera en absoluto —contestó el barón—. Me figuro que la desavenencia de Grooten con el Mayor Delahaye era de índole personal, y no tenía ninguna conexión con la niña. Pocos hombres han tenido más enemigos que Delahaye. No se debe hablar mal de los muertos; pero fue un bruto y un rufián toda su vida.

Un criado con sencilla librea negra trajo una nota sellada para nuestro anfitrión, y permaneció respetuosamente a su lado mientras él la leía. Contenía unas cuantas palabras, y, sin embargo, el barón la examinó durante casi un minuto. Finalmente, la estrujó y despidió al criado.

—No hay respuesta —dijo—. Iré a ver a Su Alteza dentro de una hora.

La cena había terminado. Tanto Mabane como yo renunciamos al postre. Nuestro anfitrión se levantó.

—Caballeros —dijo—, he pedido café en el salón de fumar. El *maître* me ha hablado de un coñac maravilloso, y tengo unos cigarros que deseo prueben ustedes. ¿Quieren venir por aquí?

Éramos los únicos ocupantes del saloncito. El barón se posesionó de un rincón, y nos dejó para ir a buscar los cigarros. Mabane encendió un cigarrillo y reclinóse en un sillón.

—Me parece, Arnold —apuntó—, que eres como el hombre de la Biblia que encontró aquello que había salido a buscar. Querías tragedia, y has llegado muy cerca de ella. No veo en absoluto cuál pueda ser el término de todas estas cosas. Nuestro anfitrión...

—Le aguarda una desilusión, me figuro —interrumpí—. Es servidor muy fiel de la archiduquesa y ha trabajado diligentemente para ella. Desde su punto de vista, sus argumentos son bastante razonables. Todo lo que dice es plausible... y, sin embargo... uno siente que hay algo detrás de todo ello. ¡Allan, no tengo confianza en ninguna de estas personas! ¡No puedo tenerla!

—Ni, yo —dijo Allan en voz baja, puesto que el barón había vuelto ya a la estancia.

Nos ofreció unos magníficos habanos, e inmediatamente después nos sirvieron café y licores. En el momento en que el mozo hubo desaparecido, abandonó toda reserva, y empezó a decir:

—Ahora he dejado de ser su anfitrión. Nos hallamos en igualdad de condiciones. Tengo que hacerles un ofrecimiento que creo encontrarán asombroso. El hecho es que Su Alteza no desea correr el riesgo de una renovación de cierto escándalo. Me ha comisionado para que les ruegue a usted y a su amigo que acepten esto —indicó, dejando dos talones bancarios sobre la mesa—. Desea descargarles lo más pronto posible, esta noche, si pueden ustedes concertarlo, del cuidado de cierta señorita. No es menester ningún titubeo tocante a su aceptación. La Realeza, como ustedes saben, suele mostrarse generosa en punto a liberalidad, y Su Alteza aprecia muy sinceramente los cuidados y atenciones que la niña ha recibido de ustedes.

Fijé la vista en mi talón. Era un cheque por valor de cinco mil libras. Miré el de Mabane. Era de la misma cantidad. Seguidamente clavé los ojos en el barón. El sudor humedecía su frente. Nos observaba como pudiera observar un hombre a otro en cuyas manos estuviera el poder de vida y muerte. Desistí de mi primer impulso, que era simplemente el de romper el cheque en pedazos, y me limité a apartarlo a través de la mesa.

—Barón —dije—, si esto es como recompensa por las atenciones que hayamos tenido con una niña desamparada, es innecesario e inaceptable. Y si es —añadí más lentamente— un soborno, no es bastante.

—Llámelo como quiera —contestó él prontamente—. Fije usted mismo el precio, y le será entregada la cantidad aquí esta noche.

—No hay precio que usted o su ama pudieran pagar, barón —dije sosegadamente—. Le he comunicado mi ultimátum hace dos horas. La niña permanecerá con nosotros hasta que sea reclamada por alguien que tenga derecho legal y no tema invocar la ley.

—Ya les he explicado la situación —protestó el barón—. Debe usted comprender que no podemos llevar un asunto como éste a los tribunales.

—Su historia es ingeniosa, y puede ser cierta —contesté—. ¡Pero exigimos pruebas!

El rostro del barón no era nada agradable de contemplar.

—Duda usted de mi palabra, señor... de mi palabra y de la palabra de la archiduquesa.

Me levanté. Mabane siguió mi ejemplo. Sentía que se aproximaba una tormenta.

—Barón —dije—, hay algunas causas que imponen extrañas demandas a los mejores de nosotros. Un hombre puede mentir para salvar el honor de una mujer, o, si es político, por el bien de su país. No puedo seguir discutiendo este asunto con usted. Mi único sentimiento es que se haya iniciado esta discusión. Mi amigo y yo tenemos que despedirnos, y le deseamos muy buenas noches.

—¡Por Dios, no se vayan así! —exclamó el barón— ¿Qué derecho tienen a retener a la niña? ¡Ninguno en absoluto! Su Alteza desea ser generosa. Le complace a usted burlarse de su generosidad. Mister Arnold Greatson, ¡es usted un necio! Es usted un pigmeo que se ha introducido por

la puerta trasera en un mundo donde se tratan las más grandes cuestiones. No tiene usted sitio en él. No puede mantener a la niña apartada de nosotros. No tiene usted influencia ni dinero. Usted es un don nadie. Si cree...

Mabane se interpuso.

—Barón —dijo—, si no fuera usted todavía, en cierto sentido, nuestro anfitrión, le derribaría de un puñetazo. Con todo, permítame que le diga que no dice usted más que sandeces.

El barón respiró de un modo ansioso y acelerado.

—Tiene usted razón —repuso—. Soy un tonto al discutir con ustedes. No vale la pena. La archiduquesa, por benevolencia, les habría tratado como amigos. ¡Rehúsan ustedes! ¡Bueno! Serán tratados... como se merecen.

El barón abrió repentinamente la puerta y se despidió con una inclinación. El portero del hotel nos ayudó a ponernos el abrigo y llamó un coche. Acababa éste de ponerse en marcha, cuando un hombre con un largo abrigo de viaje, que había permanecido fuera de la puerta giratoria del hotel, subió tranquilamente al vehículo, torciendo el cuerpo, y nos indicó por medio de señas que le hiciéramos sitio. Fijé la vista en él con grande asombro.

—¡Hola! —exclamé— ¿Qué...?

—Soy yo, amigo mío —contestó mister Grooten tranquilamente—. Dígale al cochero que nos lleve a su casa de usted.

OceanofPDF.com

Capítulo IV

—Me hospedo en el Claridge, o, más bien, me hospedaba —indicó mister Grooten mientras entrábamos en Brook Street—. Les vi a ustedes con Leibingen, y he estado esperándoles. Hablaremos cuando estemos en su casa.

El hombre encendió un cigarrillo y no articuló una palabra hasta que hubimos llegado a nuestro destino. Isabel se había acostado, y no había nadie en la estancia. Di la vuelta al conmutador y empujé una silla hacia nuestro visitante. Hasta cierto punto parecía haberse operado un maravilloso cambio en su aspecto. Su cabello aparecía mucho más gris. Su rostro estaba pálido y estirado, como agobiado por alguna enfermedad. A no ser por su voz y su ancha boca, dudo de que le hubiera reconocido en el primer momento.

—Advierto que no se me olvida —comenzó a decir—. ¡Eso es muy lisonjero! Mis amigos del extranjero me dicen que he cambiado mucho durante los doce meses últimos.

—Ha cambiado usted, sin duda —concedí—. Pero las circunstancias que mediaron en nuestro primer encuentro eran tan excepcionales que difícilmente podía olvidarle. ¿Recuerda a mi amigo, mister Allan Mabane?

—Perfectamente —dijo, con un cortés y ligero movimiento de la mano—. Me alegro de haberles encontrado tan oportunamente. Hace sólo unos días que llegué a Inglaterra; pero no esperaba tener el placer de verles hasta mañana. Ustedes tal vez habrán extrañado la falta de noticias mías.

—Desde luego —repuse—; pero puedo asegurarle que estamos muy contentos de verle, por más de una razón. Deseamos que usted nos aclare muchas cosas.

—El deseo es mutuo —dijo mister Grooten, afablemente—. Confío en que Isabel estará bien.

—Está perfectamente —contesté.

—Me satisface que la ayuden ustedes a pasar el tiempo provechosamente. Ayer vi dos miniaturas suyas en la Sala Mordaunt.

—Isabel tiene grandes dotes y hacemos todo lo posible para que pueda desarrollarlas.

Mister Grooten alzó los ojos y me miró de hito en hito.

—¿Por qué no ha querido usted disponer del dinero que deposité a su nombre en el National Bank para que lo gastara con Isabel?

—Porque no sabemos qué derecho pueda usted tener sobre ella.

Mister Grooten sonrió como pudiera haberlo hecho una esfinge, y contestó:

—Tanto como el que pueda tener usted, no lo dude.

—Tal vez —concedí—. De todos modos, el dinero sigue en el Banco para que Isabel disponga de él si algún día lo necesita.

—No era ésa mi intención. Usted hubiera debido utilizar el dinero, pero como no lo ha hecho... bueno, la cosa no tiene importancia. Lo que presumo es que se habrán hecho tentativas para retirar a la niña de su cuidado.

—Varias —le dije—. *Madame Richard* y *lady Delahaye* han sido igualmente importunas.

—Ha demostrado usted una admirable prudencia al negarse a entregarla a cualquiera de ellas —asintió Grooten.

—Y hoy ha intervenido una tercera persona que aspira a encargarse de ella. La archiduquesa de Bristlaw se ha ofrecido para relevarnos de nuestra tutoría.

Mister Grooten dejó caer el cigarrillo, sin que al parecer se diera cuenta de ello, pues no hizo ningún esfuerzo para recogerlo. Tembló como si alguien le hubiera aporreado. Por tratarse de un hombre cuya impasibilidad era como parte de sí mismo, debía hallarse hondamente agitado.

—¿La archiduquesa... —musitó— ha visto a Isabel?

—Se encontraron por casualidad en la Sala Mordaunt hace unos días —le informé—. La archiduquesa iba acompañada de una muchacha que tendría aproximadamente la edad de Isabel. Nos encontramos con ellas de repente, y el parecido de las dos jóvenes era tan maravilloso que quedamos todos sobrecogidos. Se produjo algo parecido a una escena melodramática.

Salimos de la Galería en seguida; pero la archiduquesa me envió a buscar por uno de su séquito. Sostuve una conversación con ella respecto a Isabel.

—¿Qué le dijo? —preguntó Grooten.

—En substancia... la archiduquesa apuntó llanamente que creía que Isabel está emparentada morganáticamente con su familia; que deseaba tomarla a su cuidado y encargarse de ella.

—¿Y qué contestó usted?

—Que lo mejor sería tomarme algún tiempo para reflexionar, pues tenía el propósito de descubrir la historia de la familia de la archiduquesa.

—¿No hizo usted ninguna promesa?

—Ninguna. Para serle sincero, le diré que me coartaba la presencia de *lady Delahaye* entre las personas del grupo real. No tengo confianza en las buenas intenciones de *lady Delahaye* respecto a Isabel.

Mister Grooten me lanzó una mirada penetrante.

—Tengo entendido —dijo lentamente—, que usted y *lady Delahaye* han sido muy buenos amigos.

—Eso es una exageración —contesté—. La conocí antes de su casamiento; pero la he visto muy poco desde entonces. De hecho, nuestras relaciones apenas son amistosas actualmente. Entre ella y yo existe una diferencia de opinión respecto a la tutoría de Isabel. *Lady Delahaye* no aprueba que Isabel permanezca con nosotros.

Mister Grooten sonrió.

—Lo comprendo —se limitó a decir—. No quisiera pasar por impertinente; pero sé que ustedes han cenado esta noche con el barón von Leibingen, persona grata a la archiduquesa. Supongo que la conversación se relacionaría con Isabel.

—Isabel fue el único motivo de ella —contesté—. La archiduquesa es una mujer perseverante. Desde el primer momento tomó a beneficio de inventario mi negativa a sus tentadoras insinuaciones; luego puso el asunto en manos del barón, y, ciertamente, hasta que él se encolerizó, al final de nuestra entrevista, demostró ser un muy eficiente embajador. Nos expuso con claridad que habíamos de entregar a Isabel a aquellos que tenían derecho a encargarse de ella, y concluyó dándonos un cheque a cada uno de cinco mil libras.

Mister Grooten se reclinó en su asiento y rióse silenciosamente; pero con evidente fruición.

—Ese pobre von Leibingen —susurró— desatina a menudo. El caso es, amigo mío, que la misión que tan irreflexivamente le impuse a usted le ha reportado muchas molestias. Y ustedes observarán que ni siquiera les ofrezco un cheque.

Allan se levantó de repente y golpeando la pipa tiró la ceniza a la lumbre.

—No nos ofrece usted un cheque, mister Grooten —observó—, porque usted procede con más delicadeza que el barón. Usted puede recompensarnos de otra forma, y facilitar nuestra labor y hacerla más digna, contestando a una pregunta que tenemos derecho a formularle.

Mister Grooten inclinó la cabeza ligeramente, sin hacer ninguna observación. Allan se volvió hacia mí.

—Arnold —me dijo—, esto es más cosa tuya que mía, puesto que has sido tú quien ha llevado el peso del asunto desde el principio. Además, no quisiera ser indiscreto; pero creo que ha llegado la hora de que, hasta donde nos incumbe a nosotros, se aclare todo el misterio que rodea a Isabel. Nuestra posición sería inmensamente reforzada con el conocimiento de la verdad. Mister Grooten, yo creo que debemos pedirle a usted los antecedentes de Isabel. Es más, que tenemos derecho a conocerlos.

Mister Grooten permanecía callado e inmóvil. Su semblante no dejaba traslucir que hubiese comprendido el alcance de las palabras de Allan.

—Tienes mucha razón, Allan —alegué yo—. Mister Grooten, usted sabe mejor que yo si su presencia en este país es del todo prudente; pero ya que ha venido debe darnos una explicación de lo que desde su desaparición nos tiene profundamente preocupados. A cambio de lo que hemos hecho por Isabel, tenemos derecho a que nos ponga al corriente de todo. Sea cual fuere la índole del secreto que posee usted, se hallará igualmente seguro entre nosotros. Creo que se lo hemos demostrado. Hemos ganado el derecho a merecer su entera confianza. Mabane y yo podemos considerarnos como uno solo en este asunto. Puede usted hablar delante de él como si estuviéramos los dos solos. Ahora díganos la verdad.

—No puedo —contestó mister Grooten simplemente.

La rotundidad con que pronunció estas dos palabras encerraba una firme convicción. Mabane y yo nos hallábamos un poco azorados. Estaba tan justificada nuestra actitud y era tan razonable nuestra curiosidad que no habíamos pensado en la posibilidad de una negativa.

—Puesto que no le es posible satisfacernos —dijo Mabane—, hemos de saber por lo menos si contamos con su aquiescencia para continuar ejerciendo lo que podríamos llamar tutoría de Isabel.

—De un modo total, por ahora —admitió tranquilamente nuestro visitante.

Mabane se apresuró a preguntarle:

—¿A pesar de nuestra absoluta ignorancia de todo lo que con ella se relaciona, de nuestra carencia de cualquier clase de derecho o título para encargarnos de la joven y de las crecientes exigencias de cuantos persisten en quitárnosla?

Mister Grooten se encogió de hombros, y contestó:

—Omite usted los factores que abonan la conducta de ustedes.

—Me interesaría saber cuáles son —indiqué.

—El primero y más poderoso de todos es, por supuesto, la posesión.

Mabane asintió.

—¿Y después?

—El hecho de que ninguna de las personas que les reclaman a Isabel se halle en situación de hacer uso de la única fuerza positiva que existe en este país: la ley.

Esta afirmación nos mantuvo callados un momento. Mabane se hallaba un tanto desazonado.

—Continúan los enigmas, señor —dijo—. Contesta a nuestras preguntas sólo para proponer nuevos acertijos. Y permítame otra pregunta: ¿Qué relación tiene usted con Isabel?

—Ninguna —contestó mister Grooten.

—Pero algún interés tendrá usted...

Mister Grooten guardó silencio. Se mantenía invariablemente quieto y muy tranquilo. Con todo, en sus ojos brilló algo que parecía extender en la reducida habitación la sombra de grandes cosas. Mabane y yo lo percibíamos. Teníamos la sensación de haber sido dejados atrás. Aquel

hombrecito aparecía fuera de nuestro alcance, transportado al agitado mundo de la pasión, del sufrimiento y de la conquista de sí mismo.

—Amé a su madre —dijo con voz apagada—. Soy el hombre en quien su madre puso su afecto.

Reinó un pavoroso silencio. No teníamos nada más que decir. Éramos en este momento sus obligados esclavos. Pero, después de una prolongada pausa, él continuó, como instigado por una fuerza maligna e irresistible:

—Yo podía hacer poco por la niña. Sin embargo, cuando supe el peligro que la amenazaba en manos de un bribón como Delahaye, crucé el océano una hora después de haber tenido noticia de ello, y la libré de él. Merecía la muerte, y yo se la di, aunque me repugnaba pasar por asesino. La impresión que me causó el hecho me enervó por algún tiempo. Luego...

—¡Silencio! —exclamó Mabane de pronto.

Me precipité hacia la puerta, que había sido abierta como cosa de un palmo. Fuera, se oyó un grito, seguido de un momentáneo silencio, y luego una rápida y aguda exclamación de triunfo.

—¡Déjeme entrar! ¡Oh, no me detendrá usted ahora! ¡Quiero conocer al hombre que se jacta de ser el asesino de mi marido!

Reconocí la voz de *lady* Delahaye. Me alejé rápidamente como movido por un resorte, y fui a situarme junto a la mesa. La vi aproximarse. Estaba ya detrás de la mampara, con la cabeza hacia adelante, los labios separados y un brillo peculiar en los ojos. Por un momento permanecí allí rígido. Su vista me fascinaba... Había algo bestial en sus furtivos pasos; se aproximaba andando de puntillas. Me recobré a tiempo. Un paso más, y habría visto a Grooten. Oprimí el conmutador de la luz, y una repentina oscuridad invadió la habitación.

Ella se quedó cortada. Su salvaje y breve grito de ira me reveló exactamente en donde se hallaba. Di un paso hacia adelante y la cogí de las muñecas fuertemente. Luego miré hacia donde Grooten se hallaba sentado. Podía ver el fuego del cigarrillo que tenía en la boca.

—Salga de la habitación en seguida —le ordené—. Aparte la mampara a un lado, y se hallará a un metro de la puerta. Márchese, por favor, y no replique.

—¡Suelta mis manos! —gritó ella enfurecida— Arnold, ¿cómo te atreves? Suéltame, o echaré la casa abajo a gritos. Mister Mabane, no permita usted esto.

Mabane dio un portazo cuando hubo salido Grooten, y oí el ruido de la llave al girar en la cerradura. Solté las manos de *lady* Delahaye, y ella se apartó de mí dando un brinco. Allan había vuelto a encender la luz, y entonces vimos a la mujer, que sacudía el tirador de la puerta, con el rostro vuelto hacia nosotros, como para fulminarnos con su terrible mirada.



—¿Cuánto tardarán en soltarme? —preguntó.

Allan susurró unas palabras a mi oído.

—Dentro de cinco minutos estará usted libre, *lady Delahaye* —dije—. Siento mucho tener que retenerla. ¿Puedo ofrecerle una silla?

—No puede ofrecerme nada, señor, excepto su silencio —contestó ella rápidamente.

En sus ojos reflejábale la ira que la dominaba, y aunque se hacía penoso retenerla, esperamos durante unos minutos, que transcurrieron con angustiosa lentitud. Por fin, Allan, después de echar una ojeada a su reloj, abrió la puerta. Salió ella sin hacer ninguna observación; pero más allá del umbral, volvióse y me dijo:

—Le advertí una vez, Arnold Greatson, que se mezclaba usted en asuntos más peligrosos de lo que creía, y que eso le acarrearía perjuicios. Ahora ha querido proteger a un asesino y emplear su fuerza con una mujer. ¡No lo olvidaré!

Mabane cerró la puerta, y echóse en un sillón.

—Arnold, dado nuestro temperamento apacible —me dijo—, tenemos ya demasiados enemigos. ¿No crees que sería una buena idea abandonar nuestras preocupaciones por algún tiempo?

—¿Qué te propones? —pregunté.

—Que nos vayamos a tu casa de campo.

—Nos iremos mañana —declaré.

OceanofPDF.com

Capítulo V

—¡**N**o he visto nunca nada parecido a esto! —exclamó Isabel, estallando de gozo.

Levanté la vista de la carpeta que tenía sobre las rodillas, y ella me miró con una sonrisa de contrición.

—¡Ah! Te he distraído. Me olvidé de que no podía hablar. Verdaderamente, no tenía intención de hacerlo; pero... ¡mira!

Seguí con los ojos la dirección de su mirada.

—¿Qué es lo que ves? —le pregunté.

—¡Hay tantas cosas hermosas! —susurró ella— ¿Observas cuán espesa y verde es la hierba allá en los prados y cómo brillan esas amarillas primulas que parecen de oro? ¡Qué mundo de color tan maravilloso! Londres es gris y frío, y aquí... mira el mar, y el cielo, con todas esas nubecillas blancas y revueltas como vellones de lana, y el encarnado y blanco de las rosas silvestres que desbordan los vallados. ¡Oh, Arnold, aquí todo es bello!

—¡Hasta sin automóvil! —advertí.

Isabel pareció resentirse al oír mi reflexión.

—El automovilismo es muy delicioso —dijo—, aun cuando a ti no te guste. Desde luego, me gustaría que Arturo estuviera aquí.

Isabel se abstraigo en la contemplación del mar. Yo la examinaba con un interés que era algo más que simple curiosidad. Últimamente, en ciertas ocasiones, había imaginado que bullía en mí un vago e inexpresable sentir. Hoy, por primera vez, estaba seguro de ello. La suave transparencia de la niñez, el irreprimible a la par que inconsciente juego de las facciones y los ojos, que reproducen con precisión fotográfica la menor emoción y el más tenue sentimiento de gozo... eran cosas que se estaban desvaneciendo. Aun antes de ahora, la niña anhelaba comprender el oculto sentido de la vida. Mientras permanecía allí sentada, con sus inmutables ojos fijos en la

uniforme línea azul donde se juntaban el mar y el cielo, ¿quién podía adivinar los pensamientos que cruzaban por su mente? Ni yo, ni Mabane, ni nadie de cuantos nos habíamos encargado de ella. Yo sólo comprendía que la muchacha veía nuevas cosas, que la corriente de una vida más compleja y fuerte la turbaba ya, y que los suaves dolores de su nacimiento empezaban a tirar de las fibras de su corazón. Mi lápiz permanecía ocioso en mis dedos, y mis ojos, como los de ella, se dirigían hacia la lejana línea, más allá de la cual permanece perpetuamente el mundo que cada cual se crea para sí. Me preguntaba qué veía ella allí. Nunca podría yo descubrir con plena certidumbre lo que se agitaba en su pecho. Había llegado el tiempo de las delicadas reservas, el tiempo en que la niña de ayer, con las primeras tenues notas de un nuevo y maravilloso canto penetrando furtivamente en su corazón, tenía que cercar su pensamiento con evasiones y suaves barreras, y apartar de su mente en un momento de gozo los cuentos de hadas... para dar cabida en ella al hombre elegido. Sentí una punzada en mi corazón cuando me di cuenta de que había llegado la hora en que la niña que se deslizara tan alegremente en nuestras vidas hasta poco tiempo ha, se apartaría de nosotros para sumergirse en otro y más complejo mundo. Era el mandato del sexo, esa inmutable ley de la naturaleza que separa a los compañeros de juego, que deshace amistades y lleva a sus maldispuestas víctimas por diferentes derroteros con toda la crueldad de la ley natural. Con todo, sólo pensar en estas cosas mientras observaba a Isabel, me entristecía. Verdaderamente, el imperativo de la juventud era ya bastante efectivo en ella para que la sombra de la inquietud apagara sus ojos y para que resonara en mi corazón un canto de tristeza.

—Dime —le pregunté con suave acento—, ¿qué ves más allá de esa línea azul?

—Puedo decirte más fácilmente —contestó, bajando la vista y mirando con una tenue sonrisa mis hojas en blanco— lo que veo a mi lado: un hombre muy ocioso. ¡Y —continuó, estrujando una bolita de brezo entre los dedos y tirándola a Allan con infalible puntería— otro allí arriba!

—Mi cuadro está terminado —protestó Allan.

—Pues no lo veo —exclamó ella, disponiéndose a levantarse.

Pero él la detuvo con la mano.

—Terminado... en mi mente —añadió—. No me has entendido bien. Un casual e ignorante observador que examinara mi lienzo, llegaría a la misma conclusión que tú... una conclusión, sea dicho de paso, completamente errónea. Concedo que el lienzo no está ni esbozado. Sin embargo, mi cuadro está hecho.

Ella le miró de soslayo, con aire de reproche.

—¡Qué cosas dices, Allan! —exclamó— Sólo Arnold puede permitirse esas sutilezas. Me has decepcionado.

—¡Todo sea por Dios! —declaró Allan— ¡Y tan fácil como es comprender mi intención! Tengo el cuadro hecho en mi imaginación. Trasladarlo al lienzo es una cuestión puramente mecánica. ¡Ahora lo verás!

Cogió la paleta, y unos momentos después se hallaba enfrascado en el trabajo. Isabel señaló a continuación mi carpeta.

—¿Acaso has de exponer tú la misma razón que Allan? —dijo— ¿También tienes pensada ya tu historia?

—No he escrito una raya porque he preferido observarte —repuse yo—. Eres un juez demasiado severo para el defecto de la ociosidad. Ten en cuenta que éste es nuestro primer día de verano... Hace tiempo que no hemos visto el sol reflejarse con brillo diamantino en el mar, y cuando se respira este viento del oeste que nos trae el hálito perfumado de las velloritas y las rosas silvestres, cualquiera tiene derecho a permanecer ocioso si le place.

—¡Ya ha salido el poeta! —expresó Isabel humorísticamente—. Desde luego, son cosas que avivan la inspiración.

—El poeta, en nuestros días, es un ser ordinario que come chuletas de carnero, juega al golf y tiene cuenta corriente en el Banco. El hombre de verdadera sensibilidad, Isabel, es el que sabe estar ocioso. Créeme, Isabel, sería una vulgaridad querer mercantilizar estos deliciosos momentos.

—Eso es delirar —protestó ella—. ¿Cómo viviríamos si ninguno de vosotros trabajara?

—Dados tus pocos años, Isabel —declaré adoptando un aire de seriedad—, tienes demasiado sentido práctico. Dime, ¿en qué pensabas?

Sus ojos parecieron desviarse de los míos. Algo inédito para mí se reflejó en su semblante. Señaló hacia la tenue línea azul.

—Más allá de aquella línea —dijo— está el mañana, y la sucesión de nuevos días. No podemos escrutar el futuro.

—Nuestras limitaciones —contesté— son la lección que nos da la vida. Si el mañana nos es desconocido, con tanta mayor razón debemos gozar la vida hoy.

—¿Sin pensar en el futuro?

—Sin preocuparnos de él —contesté—. Somos bohemios, y ése es nuestro lema.

—Estoy segura de que no es ése vuestro lema.

—¿Qué quieres dar a entender?

—Exactamente lo que digo —contestó ella, en tono grave—. Los que creen que no hay más realidad que el momento presente, no avanzan mucho en la vida. No hacen más que comprimir fuerzas que necesitan expansión. Los que tratan de escalar los altos muros, los que se desgarran las manos y el corazón en la gran lucha por la libertad, son los únicos capaces de grandes cosas, aun cuando la huida les resulte imposible. Pero no creo que esa huida sea tan imposible al fin y al cabo. Ha habido hombres, y mujeres también, en todos los tiempos, para quienes el ayer y el mañana no tenían significado alguno. ¡Pero parece algo duro que la vida tenga que ser una constante lucha!

Permanecí callado por espacio de varios minutos. Era cierto, pues, que los días pretéritos se habían disipado. Isabel, la niña que habíamos querido tanto, habíase desvanecido. Una Isabel incomprensible pasaba a ocupar su sitio. ¡Cuánto significaría el cambio para nosotros...!

Volvimos atrás para dirigirnos hacia un campo amarillento por las aulagas y tenuemente rosado por las flores que apuntaban ya. Isabel andaba con la cabeza hacia atrás; la sonrisa jugueteaba de cuando en cuando en sus labios. Se hallaba tan absorta que no pude menos que observarla con atención, ansiando descubrir algún cambio físico que concordara con la misteriosa evolución de su alma. Se movía con toda la gracia que le permitían sus largas piernas y su ropa libre de trabas. Su figura, aun cuando era esbelta y conservaba esa peculiar distinción que me había atraído desde el principio, aparecía todavía imperfecta. En su rostro había señales de un próximo cambio. ¿En qué podía éste consistir? Era indescifrable para mí;

pero lo advertía como algo intangible y huidizo que me embargaba de temor y me infundía la sensación de una pena insoslayable. En este instante adquiriré una mayor conciencia de la responsabilidad moral que había contraído al erigirme en custodio de la niña.

Cruzamos un camino recto y polvoriento, que penetraba por el quebrado páramo como una extendida cinta. Isabel dejó vagar la mirada con aire pensativo.

—¿Cuándo llegará Arturo? —exclamó de pronto.

Los hombres desatinan muchas veces al perder su propio dominio. Yo había estado preguntándome en qué pensaba ella, y no había reparado en quién.

—Tardará un poco —contestó Allan, deteniéndose a encender la pipa—. No es fácil avanzar por estos terrenos.

—¡Qué fastidio! —exclamó Isabel, contrariada—. Pero estos caminos parecen buenos.

—Los caminos son buenos —contestó Allan— pero el brezal es mejor. Apuesto media libra de bombones para el que llegue antes corriendo a aquel grupo de pinos.

—Pues yo me juego una libra que llego antes que tú —contestó alegremente, echando a correr antes de que él tuviera tiempo de abandonar el caballete.

Cogí el caballete de Allan y marché en pos de ellos, sin prisas. ¿Era el automovilismo, me preguntaba, lo que le había arrancado su apasionada exclamación o había acertado yo en mi juicio demasiado tardíamente? Arturo se había mostrado siempre muy confiado. Sus palabras parecían tener cierto viso de verdad. La juventud y el amor eran sin duda irresistibles. Los sentimientos afines se atraen a través de un jardín de flores primaverales con voces que ningún intruso puede apagar. Me parecía que el sol había dejado de brillar y que el espectro del invierno se demoraba en la brisa que soplaba de poniente.

Allan e Isabel corrían hacia el pinar, ella delante, con la falda agitada a impulsos del viento, ágil y con toda la gracia de su juventud. Subí a una loma para presenciar mejor el término de la carrera, y advertí de repente que no era yo el único espectador interesado en la competición. A un

centenar de yardas a mi izquierda, en lo sumo de la misma loma, un joven con unos prismáticos pegados a los ojos, observaba atentamente a los corredores. Su presencia me sorprendió mucho. Hubiese jurado que momentos antes no había un ser humano a la distancia de una milla de nosotros. Su aparición podía explicarse sólo de una manera. Tenía que haber permanecido oculto en la seca y musgosa acequia que había al pie de la loma. Era posible que fuese un caminante casual, y con todo, lo repentino de su aparición y la atención con que observaba me causaron una fuerte impresión. Avancé unos cuantos metros hacia él, sin saber apenas con qué objeto. El ruido de una ramita seca que crujió bajo mis pies, le advirtió de repente mi proximidad. Mis sospechas tomaron al punto una definida forma, puesto que, sin vacilar un momento, el hombre se alejó, dando zancadas, en dirección opuesta a la mía.

Le grité, y no hizo caso. Mis nuevos gritos sólo sirvieron para que él acelerara el paso. Al desaparecer de mi vista, ya no tuve ninguna duda sobre el objeto de su presencia allí. Su huida sólo podía tener una interpretación. Isabel no estaba segura ni siquiera aquí. Nos habían seguido desde Londres... se nos observaba continuamente. Por vez primera empecé a preguntarme seriamente cuál podía ser el desenlace del episodio que se estaba desarrollando.

Capítulo VI

—**S**ilencio, perfume y prados inundados de luz de luna —susurró Allan—. Arnold, acabaremos todos por corrompemos. Tú escribirás novelas pastoriles y yo...

Isabel, sentada en medio de nosotros, alzó los ojos para sonreírle. A la pálida luz de la luna, su rostro parecía casi etéreo.

—Y tú pintando una visión del «país de las maravillas» —añadió ella—. ¿Observas esos borrosos bosques, y los campos que se extienden hasta perderse en la obscuridad? ¿No es todo eso una perfecta manifestación del mundo oculto, apenas comprendido? ¡Oh! ¿Cómo puedes decir que este lugar corrompa a nadie, Allan?

—Retiro la palabra —contestó él—. Con todo, Arnold sabe muy bien lo que he querido decir. Este lugar calma, mientras que la ciudad nos excita los nervios. ¿Qué estado de ánimo crees tú, Isabel, que conviene más a un hombre para obtener el mejor provecho de su trabajo?

—No me vengas con enigmas, Allan —repuso ella—. Soy demasiado feliz para pensar, demasiado feliz para desear otra cosa fuera del goce de la existencia. ¡Desearía vivir aquí siempre! ¿Por qué no vinimos antes?

—Olvidas las sorpresas de nuestro clima —advertí—. Hace un mes, de hallarte donde estás ahora, no habrías visto nada. Habrías temblado de frío. Los olores del campo, los pájaros, los mismos insectos no habían nacido. Todo lo regulan las estaciones. Lo que hoy es hermoso ayer era un desierto.

Isabel habíase quitado el sombrero, y apoyada en la pequeña barrera, sus ojos buscaban las estrellas.

—No quiero creerlo —declaró—. No quiero creer que esto no sea siempre hermoso. Arnold, Allan, ¿percibís la fragancia de la madreselva?

—Y del heno —contestó Allan, llevándose la pipa a la boca—. Mañana nos pasaremos el día estornudando. ¿Has tenido alguna vez romadizo, Isabel?

—¡Pobre viejecito! —exclamó, con un mohín burlón— Deberías llevar sombrero.

—El sombrero —protestó Allan— no tiene ninguna utilidad contra el romadizo. Es la cosa más insidiosa del mundo, y no respeta ni a la juventud. Tú, querida Isabel, podrías ser su primera víctima.

—¡Bah! ¡Yo no lo cogeré! —declaró ella—. Ni tú tampoco, seguramente. Aquí podrías pintar hermosos cuadros, Allan. Y tú, Arnold, saca tu mesa-escritorio y ponte debajo de ese castaño. Estarás más cómodo, y tengo la seguridad de que podrás terminar tu novela brillantemente.

—Estás muy interesada en que no descansemos. Y tú, ¿qué piensas hacer mientras tanto?

—Yo pintaré un poco y... ¡pensaré! ¡Hay tanto en qué pensar aquí!

—Empiezo a preguntarme si hicimos bien en traerte —observé.

—¿Y por qué?

—Por ese afán de pensar que se ha apoderado de ti. No es cosa muy recomendable.

—¡No digas tonterías! ¿Cómo va a ser malo pensar?

—Si empiezas a pensar comenzarás a dudar —contesté—, y de la duda surgirá la comprensión. La persona que llega a comprender, nunca más será realmente feliz.

—¡Arnold! —exclamó Isabel, mirándome como no lo había hecho hasta entonces.

—Di.

—Sigues tratándome como si fuese una niña, y como ya no lo soy, debes cambiar de tono —añadió, resuelta y convencida de la verdad de lo que decía.

Le cogí la mano y la hice sentar a mi lado.

—Tranquilízate, Isabel —protesté yo, amablemente—. No eres justa conmigo. Puedo asegurarte que te tomo muy en serio. Las personas que viven fuera de la realidad son aquellas que no analizan, que no procuran comprender, que adoran la forma y la belleza externa sin sentir el deseo de penetrar el significado íntimo de lo bello.

—Eso parece un poco difícil. Pero no concibo que la gente pueda gozarse en cosas vacías de sentido.

—La fuente de toda belleza es decepcionante.

—Os aviso formalmente —interrumpió Mabane— que si continuáis así os dejaré. Arnold, ¿cómo penetrar el oculto sentido del canto de ese grillo... u ofrecernos en una fórmula química la fragancia de la madreselva?

—Tal vez lo intente esta noche —declaró Isabel, riendo—. ¡Escuchad! ¿No anda alguien por ahí?

Se percibían claramente los pasos de un hombre a lo largo del polvoriento camino, inmediato a nuestra casita. A poca distancia de nosotros advertimos una figura alta y oscura. Por su estatura y arrogante actitud le tomé por el policía del lugar, y le di las buenas noches. Mi saludo no fue correspondido. Me encogí de hombros.

—Estos lugareños no son excesivamente corteses —dije.

Mabane se levantó y dirigióse hacia el seto.

—No son pasos de lugareño —advirtió—. ¡Escuchad!

Guardamos silencio. Las pisadas habían cesado. Lo más sorprendente es que no había otra morada en más de media milla a la redonda. La oscuridad no nos permitía ver nada; pero Mabane observaba atentamente el campo que había al otro lado del camino. De pronto se irguió y vació la ceniza de su pipa con ligeros golpes.

—¿Qué te parece si echáramos un trago, Arnold? —sugirió.

—¡Estupendo! —contesté—. Hay *whisky* en el aparador.

Isabel permaneció donde estaba, Riéndose de nosotros; pero Allan la cogió del brazo para llevársela.

—El pensar no debe hacerte perezosa, Isabel —declaró—. Rehúso mezclar mi *whisky*, Arnold —musitó, haciéndome retroceder mientras ella se adelantaba a nosotros y saltaba por la ventana abierta de par en par—, si a esa gente que anda detrás de Isabel se le ocurriera alguna estratagema para apoderarse de ella, nos veríamos en un lío muy gordo. Estamos a una milla de la aldea y Dios sabe a cuántas de un puesto de policía, y no hay una puerta en la casa que un hombre no pudiera abrir de un puñetazo.

—¿Por qué se te ha ocurrido pensar en ello... en este momento? —le pregunté.

—Han pasado tres hombres que iban detrás de ese que hemos oído. Veo en la oscuridad. Tengo ojos de gato, y he podido advertir que procuraban

ocultar su presencia. Tal vez no pase de ser una suposición; pero...

En dos zancadas entré en la casa y salí al poco con un objeto que Allan se metió tranquilamente en el bolsillo. Seguidamente nos encaminamos al campo. Aparté a Mabane a un lado, y le susurré al oído:

—No creo que pase nada porque no hago a esa gente tan estúpida para arriesgarse en vano.

—Creo que estás en lo cierto —convino Allan.

En este momento la voz de Isabel nos hizo volver apresuradamente hacia la puerta de entrada.

—¿No oís? —nos preguntó.

A nuestros oídos llegó el bronco ruido de un motor. Isabel, que había salido al camino, señaló a lo lejos.

—¡Mirad! —exclamó de repente.

En la cima de una distante colina, pero avanzando hacia nosotros con maravillosa rapidez, vimos una luz pequeña y brillante.

—¡Una motocicleta! —exclamó ella— Debe ser Arturo. El ruido parece ser de su artefacto.

En efecto, poco después estaba Arturo ante nosotros, blanco por el polvo y casi sin aliento. Su primer saludo fue para Isabel, quien le dio la bienvenida con apretones de mano y con una expresión de gozo que no procuraba ocultar, abrumándole a preguntas y muy contenta por su llegada. Mabane y yo permanecimos silenciosos en un último término, y evitamos que se encontraran nuestras miradas. En este momento, quizá por primera vez, me di cuenta de la tragedia hacia la cual derivábamos inevitablemente. Isabel nos había olvidado. Se hallaba totalmente embargada por la inesperada aparición de Arturo. El temor que en momentos más tranquilos había empezado a inquietarme —algo vago y doloroso— empezaba a perfilarse con toda precisión. Medité sobre el futuro y presentí que se aproximaban malos tiempos para todos nosotros.

Arturo nos tendió luego la mano con una expresión que era a la vez muestra de disculpa y de triunfo. Parecía decirse a sí mismo que la recepción que le había dispensado Isabel tenía ciertamente que habernos abierto los ojos.

Mabane le soltó al punto, sin más preámbulos:

—Supongo, Arturo, que tu llegada significa...

—Que acepto vuestras condiciones por el momento —le atajó Arturo—. Tenía que veros. Hay gente extraña que vigila nuestros actos y hace indagaciones respecto de Isabel. Ocurren cosas que no puedo comprender en absoluto.

—Bueno, vamos a cenar, y ya hablaremos, de todo cuando se haya acostado Isabel —propuse yo.

Arturo, apartándome a un lado, me preguntó en voz baja:

—¿Recuerdas aquel tipo que se hallaba con la archiduquesa en la Sala Mordaunt?

—Sí.

—Estaba con otros dos hombres en un hotel de Guildford donde me he detenido a tomar el té. Van en un Daimler, y vienen hacia aquí porque preguntaban por el camino.

—¿Les llevas mucha ventaja? —pregunté.

—Deben de estar muy cerca —contestó él—. ¡Escuchad!

—¡Otro motor! —exclamó Isabel, sobresaltada—. ¿No lo oís?

No podía haber error en cuanto a la naturaleza del ruido. Era un sonido vibrante y profundo emitido por un potente motor, algo lejano todavía. Un extraño sentimiento de inquietud se apoderó de mí.

—Isabel, métete en casa —le ordené.

—¿Y qué voy a hacer yo allí? —replicó, riendo— No entraré hasta que llegue ese automóvil.

Sin perder un minuto la cogí de un brazo y le dije con la mayor gravedad:

—Isabel, no quiero asustarte; pero me temo que ese coche no trae nada bueno, por lo que sería mejor que te marcharas. Quieren arrancarte de nosotros. Ve y enciértrate en tu cuarto.

Me miró medio perpleja, medio resentida. El automóvil se hallaba ya muy cerca. Estábamos casi en la luminosa vía de sus fulgurantes proyectores.

—¡Qué bromas tienes, Arnold! —replicó Isabel— No se me llevarán porque no lo consentiré.

El vehículo se había detenido. Uno de sus ocupantes se apeó y avanzó hacia nosotros. Le reconocí en seguida. Era el barón von Leibingen.

OceanofPDF.com

Capítulo VII

El barón se detuvo a pocos pasos de mí, y me saludó con una reverencia, lo que me dio a entender que no me había reconocido.

—¿Haría el favor de decirme si es esto Roseleys Cottage, residencia de mister Arnold Greatson? —me preguntó, haciendo ademán de descubrirse.

—Esto es Roseleys y yo soy Greatson —respondí—. ¡Qué pronto se olvida usted de la gente, barón!

—Le reconozco por la voz —declaró—. La culpa la tiene mi vista, no la memoria. En la obscuridad veo menos que un murciélago.

—Eso es corriente —observé—. La noche es deliciosa para un paseo en automóvil; pero usted ha debido de equivocarse el camino. Presumo que usted querrá ir a las costas del Sur.

—No, señor, vengo en busca suya, y perdone que le visite a una hora tan intempestiva. Nos hemos retrasado varias horas por una avería del coche. Mi propósito era llegar aquí esta tarde.

—Ciertamente, es algo tarde —repuse yo, sin acercarme a él—, y estábamos a punto de retirarnos. ¿A qué se debe el honor de su visita?

Siguió una pausa. Mi visitante se había aproximado a la cerca y cogido el pestillo de la misma, que yo sujetaba decidido a no franquearle la entrada.

—¿Me permite pasar? —preguntó, empujando la puerta.

—Lamento no poderle dar la hospitalidad de mi casa a esta hora tan avanzada. Mañana a primera hora me tendrá aquí a su disposición.

El barón no quitaba la mano de la puerta y su actitud era ya francamente hostil.

—Parece haberle sobresaltado nuestra llegada, mister Greatson. Como usted ve no vengo solo. Lo que más siento es que usted me haya obligado a hacer este viaje. Queremos convencerle de lo más conveniente para todos,

que no es más que satisfacer los bondadosos propósitos de la archiduquesa, que reclama a su lado a esa joven, por tener derecho indiscutible a ello.

—No es asunto que podamos tratar a estas horas.

—Cumpló instrucciones de Su Alteza Real, como puedo demostrarle en el acto si lo desea —alegó el joven.

—No es necesario —contesté—. La archiduquesa conoce mi opinión. Buenas noches, barón.

—Mister Greatson —insistió el joven—, le ruego que se avenga a discutir este asunto de un modo razonable.

—Y a una hora razonable —repuse.

Su mano oprimía vigorosamente la puerta. Ciertamente no daba señales de que aceptara la despedida que trataba yo de imponerle.

—Le he explicado la causa de mi tardía llegada, y no debe atribuirme una voluntaria descortesía. Mister Greatson, ¿qué importa que la hora sea avanzada o temprana cuando el asunto es tan importante? Su Alteza ha decidido encargarse de la señorita, y puedo decirle que cuando Su Alteza adopta alguna decisión no permite que se la contraríe.

—En su país —apunté yo— la voluntad de la archiduquesa será sin duda omnímoda; pero aquí, ella es como los demás.

—Pero usted —declaró el barón— no tiene ningún derecho ni nada que se le parezca sobre la niña.

—Si la archiduquesa cree que tiene más derecho que yo —repliqué—, los tribunales de justicia tendrán que reconocérselo.

Mi visitante aparentaba hallarse enojado. Se advertían señales de irritación en su tono.

—¿Concibe usted, mi querido mister Greatson, que Su Alteza pueda aceptar que el mundo se entere de los pecadillos de un ilustre pariente? No, los tribunales de justicia no tienen que intervenir. ¡Confiamos en su buen sentido!

—¿Y si fallara?

El barón vaciló. Me pareció que atisbaba en las sombras más allá del seto.

—La situación es singular —susurró—. Si una de las partes, por diferentes razones, no está dispuesta a someter el caso a los tribunales, debe

admitirse que la posesión se convierte en un factor muy importante en el asunto.

—Ésa es mi opinión. ¿Puedo tomarme la libertad, barón von Leibingen, de desearle unas buenas noches? No veo que conduzca a nada práctico continuar esta discusión.

—La posesión la tiene usted, por el momento —dijo él, lentamente—; pero ¿ha reflexionado, mister Greatson, en que no siempre será así?

—¿Tendría la bondad de ser un poco más explícito? —le rogué.

—Con mucho gusto —contestó el barón, prontamente—. Me acompañan tres amigos, y todos vamos armados. Rodean su casita otros seis amigos, armados también. Venimos a llevarnos a Isabel de Sorrens, y le doy mi palabra de honor, mister Greatson, de que la joven no sufrirá ningún daño. Se hallará tan segura con la archiduquesa como con su propia madre.

—Si no quita la mano de la puerta en este mismo instante, lo sentirá toda su vida —le amenacé.

El barón se abalanzó hacia mí; pero disparé por encima de su hombro, y soltando un juramento retrocedió hasta el camino. Isabel, justamente alarmada, corrió hacia la casa; pero la senda estaba interceptada por dos hombres que habían salido silenciosamente del seto que separaba el jardín de los campos contiguos. Allan derribó prontamente a uno de ellos, y la emprendió con el otro. Isabel, cuya falda agarraba el hombre que se hallaba en el suelo, procuraba en vano soltarse. Apenas me atrevía a volver la cabeza, puesto que con mi revólver mantenía en jaque al barón y a sus tres amigos.

—Barón —dije—, sus métodos son propios de una ópera cómica. No conoce este país y se equivoca con respecto a nosotros. Somos tres, y si nos obliga a luchar... lucharemos. Tienen ustedes la ventaja del número; pero le advierto que si sale vencedor esta noche, se hallará mañana en poder de la policía.

El barón no contestó. Observaba la lucha que se desarrollaba a mis espaldas. Isabel dio un grito que me enloqueció. Dejé al barón, salté hacia atrás y descargué la culata de mi revólver sobre el cráneo del hombre que arrastraba a Isabel por el césped. Levanté a Isabel y vi que el barón había cruzado la puerta de la cerca y venía rápidamente hacia nosotros.

—¿Es usted un loco! —exclamé— A menos que con su asalariada pandilla abandone este lugar en seguida, los periódicos de Londres divulgarán mañana la historia de Isabel y el motivo de su presencia aquí.

Ningún disparo hubiera hecho mejor blanco. El barón se quedó cortado.

—¿Pero usted sabe quién es ella? —dijo con vehemencia.

—Lo sé muy bien —contesté.

Mabane habíase desembarazado del hombre con quien había luchado, y acudió precipitadamente en ayuda de Arturo. El barón levantó la mano y gritó algo en alemán. Al instante parecieron evaporarse nuestros asaltantes. El barón avanzó hacia el césped, y dijo:

—Le pido una tregua, mister Greatson. Deseo hablar con usted.

Solté a Isabel y me volví hacia Mabane. Arturo, respirando penosamente, pero ileso, se había levantado con algún esfuerzo.

—Llévala a casa —grité.

Pero ella se obstinaba en asirse a mi brazo, diciéndome:

—No te dejaré, Arnold. Me quedaré contigo. No se atreverán a tocarme.

Procuré desasirme; pero ella no me dejaba. No le hizo caso a Allan, que se esforzaba por apartarla. Le dirigí una rápida mirada a través de la obscuridad. Estaba pálida; pero en sus ojos no había señales de temor, ni tampoco indicios de puerilidad en sus gestos. Se conducía como una valerosa princesita, y sus ojos parecían dos pequeñas ascuas mientras, pegándose a mi brazo, se inclinaba ligeramente hacia el barón.

—¿Por qué habla de mí —exclamó arrebatadamente— como si fuera una niñita, una cosa sin importancia, de la que puede disponer a su antojo? ¿Cree, barón von Leibingen, que me iría con... usted?

Se interrumpió de repente. Inclínose un poco más hacia adelante. Le temblaban los labios. El fuego de sus ojos había cedido ante algo inesperado y sorprendente. Su desalentado silencio era algo que se palpaba en el ambiente y que nos mantenía a todos callados. Esperábamos no sabíamos qué, algo que hacíanos presentir que tenía algo más que decir, y que nos supeditaba a una situación que iba a tener el desenlace de una impresionante revelación.

—Le he visto a usted antes —exclamó Isabel, con un extraño destello de asombro en su mirada—. Su rostro me trae a la memoria algo que pasó

hace mucho, muchísimo tiempo. ¿En dónde fue, barón von Leibingen?

Oí la ahogada exclamación de éste. Dio un paso atrás con presteza, como si procurara evitar la escrutadora mirada de ella.

—Se equivoca, señorita —dijo—. No sé nada más que la dama a quien tengo el honor de servir desea ser su amiga.

—No es cierto —replicó ella—. Le recuerdo a usted vagamente, como algo muy lejano y maligno. No iré con usted, mientras tenga un hábito de vida.

—Se equivoca usted —insistió él, aun cuando sus ojos buscaban la sombra de un rododendro y su voz temblaba con nerviosa ansiedad—. No me ha visto nunca antes de ahora. La archiduquesa, hija de un rey, no es persona a la que pueda menospreciarse. Piénselo bien, señorita. Su Alteza tendrá un especial placer en encargarse de su futuro.

—Si su visita de esta noche —contestó ella—, es una muestra de la buena voluntad de la archiduquesa para conmigo, renuncio a su favor. Ya conoce mi respuesta.

—Recordará, barón —dijo, hablando al tuntún, pero seriamente, como si en mis palabras se escondiera algún significado especial—, que esta señorita procede de una raza que no cambia fácilmente. Su respuesta es también la mía. ¡Se quedará con nosotros!

El barón retrocedió unos pasos.

—Tiene los triunfos en la mano, mister Arnold Greatson —dijo—; pero veo sólo el dorso de sus cartas. ¿Qué es lo que está diciendo? ¿Quién le ha enterado de los antecedentes de esta señorita?

—Mister Grooten —contesté audazmente.

—No conozco a ese hombre —declaró el barón.

—Es el hombre que liberó a Isabel —aclaré yo.

El barón dijo algo para sí en alemán, que no entendí.

—¿Se refiere al hombre que disparó sobre el Mayor Delahaye? —preguntó.

—En efecto.

—Sólo pido al cielo que me descubra la identidad de quien se oculta bajo ese nombre —dijo él con ademán arrebatado.

—No se atrevería usted a divulgarlo —contesté—, puesto que al hacerlo ofrecería al mundo la historia de Isabel.

—¿Y qué me importaría a mí que se conociera? —respondió.

—Pregúnteselo a su augusta ama —repuse, sonriendo—. Me parece que sabemos nosotros más de lo que usted cree.

El barón se volvió para dirigirles unas palabras a sus compañeros. Desde este momento comprendí que habíamos triunfado. Uno de los hombres dirigióse hacia el lugar en donde se hallaba estacionado el automóvil, con sus grandes y fulgurantes luces. Luego el barón encaróse otra vez conmigo, para decirme:

—Mister Greatson, desarrolla usted un juego que, por el momento, le es favorable; pero oiga mi consejo. Si usted decidiera dar un paso en falso, sabe muy bien lo que quiero decir, las cosas le irían mal, realmente mal.

Dio media vuelta, y nuestro jardincito vióse libre de la presencia de aquellos individuos. Oímos el ruido del motor al ponerse en marcha. Poco después se alejaba el vehículo suavemente. El ruido se hacía más y más tenue, perdiéndose en la lejanía. Se restableció el silencio. Una ligera brisa susurraba blandamente en los arbustos. Desde alguna parte al otro lado del páramo llegó hasta nosotros el melancólico graznido de las cornejas. Un gran suspiro de alivio se escapó de la garganta de Isabel. Su brazo pegóse fuertemente al mío, y entramos en la casa.

Capítulo VIII

El perfume de las lilas que languidecían a unos cuantos pies de la abierta ventana, se mezclaba con el más tenue olor del jazmín y de otras plantas domésticas. En la apacible mañana llena de luz, los terrores de la noche pasada parecían muy lejanos. Nos hallábamos reunidos para el desayuno en nuestra pequeña estancia, y como obedeciendo a una común, si bien no expresada aquiescencia, tratamos el asunto como una broma colosal. Pasamos por alto su aspecto más obscuro. Hablamos de ello como de un ensayo frustrado de ópera bufa que probablemente no se repetiría nunca: el desatinado proyecto de un loco extranjero demasiado ansioso de ganarse el favor de su ama. Pero bajo toda esta ligera charla había una latente nota de seriedad. Mabane y yo, de todos modos, nos dábamos cuenta, quizá por primera vez, de que la situación, por lo que a Isabel concernía, estaba poniéndose imposible.

Después del desayuno salimos todos al jardín. Isabel, con las manos llenas de flores, iba y venía entre los rosales, riéndose y hablando con la irreprimible alegría de la festiva juventud. Arturo no se separaba de su lado, siguiendo con la mirada sus menores movimientos, hablándole constantemente con toda clase de circunloquios —¿realmente había llegado para ella el tiempo de discernir tales cosas?— de todo lo que nuestro convenio le prohibía expresar. Me escabullí silenciosamente y me encerré en la pequeña habitación donde trabajaba. Saqué los papeles, y a los pocos minutos me había entregado de lleno a mi labor. Tras un ligero e inconsciente suspiro de alivio me sumí luego en la abstracción, que se convertía cabalmente en el único lujo de mi vida.

Una hora habría transcurrido, tal vez más, cuando fui interrumpido. Percibí que la puerta se abría suavemente, y ligeras pisadas cruzaron la habitación hasta llegar a mi lado. La mano de Isabel se posó en mi hombro, y bajó ella la vista para examinar mi trabajo.

—¡Arnold, qué es esto! —exclamó—. ¡Prometiste leerme tu novela cuando hubieras terminado los primeros seis Capítulos, y estás en el Capítulo veinte!

Su largo y blanco dedo índice señaló acusadoramente el encabezamiento de la cuartilla que tenía ante mí. Con un repentino sentimiento de aprensión me di cuenta del porqué no había mantenido una promesa... que no podía sostener. La historia que fluía tan suavemente de mi pluma era una relación de mis propias emociones, de mis propios sufrimientos. Hasta había usurpado el nombre de ella para mi heroína. Isabel miraba con asombro la cuartilla semiconcluída. Mi propia historia, mi propia desdicha palpitaban a través de cada palabra y de cada frase. Con un ligero y nervioso gesto volví el escrito. Me levanté apresuradamente, y aparté a Isabel de la mesa.

—Ya te la leeré en otra ocasión, Isabel —me excusé—. Hace un día demasiado espléndido para estar encerrados. Arturo ha hecho fiesta también. Dime, ¿qué haremos?

Ella me miró con un ligero aire de duda. Me había acostumbrado a consultarla sobre mi trabajo, a leerle la mayor parte de mis elucubraciones literarias. Algunas veces, también, actuaba ella como mi secretaria. Quizá observara alguna turbación en mi rostro, porque me contestó muy tranquilamente.

—Me gustaría sentarme ahí enfrente de la abierta ventana en un cojín, y que tú me leyeras sentado en ese sillón. ¡De este modo deseo pasar la mañana!

—¿Qué hay de los otros? —pregunté.

—Arturo y Allan pueden irse de paseo.

—¡Qué egoísta! —contesté evasivamente— Arturo tiene que volver a la ciudad esta noche. Creo que deberíamos pasar el día juntos, ¿no te parece? Pensé que os marcharíais a alguna parte inmediatamente después de desayunar.

Ella me miró seriamente.

—Si quieres que te dejemos solo...

—No lo deseo —interrumpí, echando mano al sombrero—. Quiero ir también.

—¡Qué amable eres! —exclamó, pasando su brazo en torno al mío—. Iremos paseando hasta Heather Hill. Arturo dice que se puede ver el mar desde allí. ¡Vamos!

Nos pusimos en marcha, los cuatro. Poco después Arturo e Isabel se apartaron, adelantándose. Allan, lanzando un ligero gruñido, se detuvo para encender la pipa.

—Arturo podrá observar el convenio en cuanto a la letra —comentó—; pero en el espíritu lo rompe cada vez que ve a Isabel. No puede culpársele. Es la naturaleza humana, al fin y al cabo... la atracción universal de la juventud. Arnold, me temo que has avizorado tus responsabilidades demasiado tarde.

—¿Crees que ella se dará cuenta...? —pregunté anhelante.

—¿Cómo no? Es ya una mujer, y piensa como tal a pesar de su juventud. Míralos. Arturo habla seriamente; pero Isabel parece tomarlo en broma; tiene el instinto de su sexo. Ocultará lo que siente hasta el... momento psicológico. Pero siente..., empieza a comprender. Estoy seguro de ello. ¡Obsérvalos!

Nos mantuvimos callados algún tiempo, luchando yo con un lacerante raptó de desesperación nacido de la más colosal locura que podía concebir. Había perdido el habitual dominio de mí mismo y me dominaba el temor a que pudiera revelar el secreto que me exasperaba. Las palabras de Mabane eran en sí mismas convincentes. Hasta la vida, en estos mortales momentos, parecía haber cambiado. Los pájaros habían cesado en su canto y el moderado calor se había extinguido con la luz del sol. Soplaban un fuerte viento del Este. Ya no veía el brezal adornado con flores amarillas y moradas ni la distante línea azulada de colinas. El césped no era ya esponjoso bajo mis pies; una niebla gris velaba aquel amanecer estival. En la pantalla de mi mente me vi en Bow Street, pasando con dificultad entre las cestas del mercado de Covent Garden, mientras la niña andaba ligeramente a mi lado, con toda su gracilidad y el particular encanto que emanaba de su figura, aún no formada por su corta edad. Sus ojos, de un azul intenso, se hallaban llenos de lágrimas, y el terror no había desaparecido totalmente de su pálido semblante. Recordaba como un paso feliz de mi existencia el momento en que ella, desvalida y desamparada, se

acogió a mi protección, y esta circunstancia me había conducido, como de la mano del destino, a mi actual situación, amargada por ramalazos de locura. El momento estuvo bien escogido. Atravesaba yo por entonces uno de esos períodos de depresión en que el hombre, no queriendo ser vencido por la adversidad, busca distraerse por caminos extraviados y apurando hasta las últimas heces contenidas en el fondo de la copa de la vida. La fresca e infantil belleza de Isabel, tan dulce y confiada, tiñó mi existencia de un tono sonrosado y feliz. Ella había sido motivo de alegría durante muchos meses; pero ahora, al medir con el pensamiento la distancia que mediaba de su lozana juventud a mi edad madura, miraba a hurtadillas los fantasmas con que se complacía en atormentarme mi enfermiza fantasía. Sumido en mis amargas filosofías fijé la vista en el suelo, poseído de un extraño sentimiento que penetraba en lo más hondo de mi ser y desgarraba las fibras de mi corazón y me sumía en la más honda desesperación... Y de repente me trajo el viento que soplaba de poniente una voz que me llenó de júbilo:

—¡Arnold!

La llamada tuvo para mí el valor de un símbolo. Era Isabel, que venía hacia mí.

—No seas perezoso y ven conmigo a pasear —me invitó alegremente—. Arturo está hoy intolerablemente pesado.

—Pues yo no creas que estoy para divertir a nadie —le contesté.

—Bueno, fuma tu pipa tranquilamente, pero andando a mi lado —repuso pasando su brazo por el mío—. Cuéntame cosas.

Reconstituyóse al punto el grupo. Mabane iba delante, con Arturo, que se mostraba melancólico, con las manos hundidas en los bolsillos. Los seguíamos a pocos pasos, Isabel con las manos en la espalda y la sonrisa en su boca; pero en su porte se observaba anhelo, inquietud y preocupación.

—¿De qué quieres que te hable? —le pregunté admirado— ¿Te has cansado de decir sandeces con Arturo?

—Sigues tomándome por una niña —replicó ella, adoptando repentinamente un aire de seriedad.

Le temblaban los labios al hablar y su actitud aguzó el doloroso sentimiento que me atenazaba.

—Sé que ya no lo eres —repuse yo con tierno acento—. No deberías crecer tan de prisa. Los años mozos son los únicos agradables de la vida. La juventud es como un edén cuyas puertas no debíamos traspasar nunca. No salgas de ese vergel mientras puedas. Fuera son polvorientos y tristes los caminos, y ya te llegará la hora de experimentar sus molestias y peligros.

—¿Pero es que tú cerraste ya la puerta de ese edén a tus espaldas? —me preguntó, sonriendo enigmáticamente.

—¿Qué se va a hacer cuando los treinta quedaron muy atrás y se ha entrado en los cuarenta? Fíjate en mis canas. Con todo, aun espero ser útil en el mundo y gozar de felicidad en algún rincón apacible que me recuerde el edén de la juventud. Aún me place mirar atrás y fijar mi vista largamente en las bellezas que entreveo en sueños.

Me miró con una expresión de reproche; pero en sus ojos azules percibí una sombra de ternura que imprimía a su rostro una hermosura desconocida.

—No me acaba de convencer tu lenguaje alegórico —expresó Isabel—. Los jardines de la vida son lugares de esparcimiento para los niños; pero cuando se aspira a algo grande hay que salir de sus sendas floridas.

Me quedé sin aliento, emocionado por el sentido de sus asombrosas palabras. ¿Cómo se le podían ocurrir pensamientos como éste? Verdaderamente había salido ya de la niñez y su gracia juvenil anunciaba un instinto de mujer que me dio miedo.

—Las grandes cosas nos seducen a distancia; pero no a todos les es dado realizarlas —observé con desánimo—. No se triunfa en la vida sin duelos ni quebrantos. Comparo al mundo con las obras de arte. Cuando pintas un cuadro magnífico y escalas las cimas de la fama, apagas los nombres de otros artistas que estaban delante de ti y que de súbito quedan rezagados, sujetos a la obscuridad que no proporciona trabajo ni gloria. Un libro nuevo de éxito no ocupa un lugar propiamente reservado a él, sino que desaloja a otro libro cuyo autor habrá de sufrir las consecuencias de su desplazamiento. La vida es una lucha fratricida en la que contiene la humanidad contra sí misma. Y por esto sucede que cosas que parecían grandes y hermosas vistas desde detrás de las rejas del jardín nos parecen deleznales cuando logramos hacerlas nuestras.

Sus ojos parecían interrogarme como si tratara de descubrir en mis palabras un sentido oculto.

—Tú tratas de confundirme, Arnold —observó—. No he meditado mucho en las cosas de la vida; pero si me fuera dado hacer o contribuir a la realización de algo grande, no vacilaría un instante. En el mundo hay sitio para todos los pintores, escritores y filósofos; pero los que no lo somos hemos de contentarnos con posiciones más modestas y secundarias; yo, por ejemplo...

Al volver más tarde a casa, le hablé a Allan adoptando un tono formal.

—Hemos de cumplir con un deber que venimos eludiendo —le anuncié.

—¿Qué quieres decir?

—Que habremos de modificar nuestra actitud negativa. Tengo la seguridad de que Isabel pertenece a una elevada esfera social y estamos obligados a restituirla a ella. Comienza a ser una mujer y no puede continuar a nuestro lado.

Allan quedóse triste y silencioso. Su semblante se transformó al decirme:

—Tienes razón, Arnold. Volvamos a Londres y procedamos a las averiguaciones del caso.

A nuestro regreso a la capital, encontré un telegrama que presagiaba algo inevitable. Era de Grooten, y decía así:

«Necesito verle esta noche. Espéreme en su casa a las doce.»

OceanofPDF.com

Capítulo IX

Isabel interrumpió la conversación de sobremesa de manera inesperada e imperativa.

—Escuchadme —dijo—. Quiero deciros algo importante.

Nos hallábamos cenando en un modesto restaurante italiano que encontramos al paso cuando regresábamos a nuestro hogar. Tomando el café, se nos ocurrió pensar en la forma de pasar la velada. Arturo quería ir a un *music hall*, mientras que ni Mabane ni yo teníamos marcada predilección por ningún espectáculo. Isabel había roto el silencio que hasta entonces había guardado.

—Hace años que estoy deseando ver a Feurgéres, y sé que está en Londres con Rejani —expuso con vivacidad—. Dispongo de veinte libras y quiero invitaros. Ya sabéis que este dinero es el producto de la miniatura que me compró ese buen hombre que se llama mister Grooten.

—No habrá posibilidad de adquirir entradas —objetó Arturo—. Están reservadas para varias semanas.

—Ocurre con frecuencia que sean devueltas algunas —alegó Isabel—. Por lo menos vayamos a ver si hay.

—Observo que no tienes confianza en tus guardianes —la reprendió Allan en tono grave—. Propongo...

—No seas fastidioso —le atajó ella—. Arnold, ¿verdad que vendrás conmigo?

—Me encantará, y no te preocupes, que iremos todos —respondí.

Pagamos la cuenta y nos encaminamos hacia el teatro. El taquillero nos expuso la imposibilidad de complacernos. Desde la mañana esperó la gente de la cola la casual devolución de alguna entrada, sin que se recibieran, como había sucedido otras veces. Por lo demás, el teatro estaba vendido para varias semanas. Al dar media vuelta sonó el teléfono de la taquilla, y nos esperamos a que el hombre acabara de hablar.

—¿Qué? —le pregunté.

—Acaban de devolver cuatro butacas, que pongo a disposición de ustedes —me anunció.

—Vamos en traje de calle —le advertí, dudando de que nos permitieran entrar.

—Es igual. Son asientos de una de las últimas filas.

—¡Qué suerte! —exclamó Isabel, complacida—. Toma el dinero, Arnold —añadió, abriendo el bolso.

Entramos en la sala en el momento en que se levantaba el telón y daba comienzo la comedia de Rostand.

El teatro estaba brillantísimo. No había ninguna localidad vacía, salvo un palco proscenio de la izquierda.

—¿Ves ese palco? —susurré al oído de Isabel— En todos los teatros donde actúe Feurgéres, se deja libre un palco proscenio.

—Ya lo sabía —contestó la joven—. Lo ocupaba siempre su esposa, y desde que ella murió, él se empeña en que esté vacío, actúe donde actúe, y cuando en las grandes noches triunfales es aclamado por el público, Feurgéres fija la vista en el palco, tal como si su mujer estuviera presente. Es una historia que conmueve.

—¡Son invenciones para satisfacer a la gente cándida! —expresó Arturo.

Pero los demás le hicimos callar, al mirarle severamente. Con todo, Arturo e Isabel no tardaron en reconciliarse, y yo pude ver que él intentaba cogerle disimuladamente una mano, lo que me desazonó... hasta el punto de exigir el estricto cumplimiento de lo pactado tiempo atrás.

Desde nuestra llegada al teatro tenía el presentimiento de que iban a sobrevenir grandes cosas. En el ambiente flotaba algo misterioso. El mismo público sentíase estremecido en la anhelante espera de las escenas culminantes de la hermosa obra que se estaba representando. Pero aparte de este vivo interés, del que yo participaba igualmente, se iba apoderando de mí un nerviosismo al que no sabía hallar explicación alguna, y que no tuvo justificación hasta que Feurgéres apareció en el escenario entre una ensordecedora salva de aplausos.

Mi agitación era tan intensa que el programa que tenía en la mano quedó hecho una pelota. Los artistas que se movían por el escenario desaparecieron de mi vista como ocultados por una repentina y espesa niebla. Isabel seguía la obra con anhelante atención. La voz melodiosa del actor que recitaba de manera admirable una escena de gran fuerza patética, me arrancó de mi profunda abstracción. Aquella voz tan rica en matices me era familiar. Desde este punto me embebí en la representación.

Al finalizar el primer acto y caer el telón, el público, sobrecogido, guardó un silencio absoluto como deseoso de captar el último eco de aquella voz subyugadora que había hecho vibrar las fibras más sensibles de tantos corazones. Pero extinguido el pasmo que dominaba a los espectadores, estalló una ovación que prolongóse varios minutos. Me volví hacia Isabel, que permanecía aparentemente tranquila, como ajena al entusiasmo de la enfervorecida concurrencia; pero en sus ojos brillaban las lágrimas y sus labios se movían convulsivamente, como si orara en silencio. Tenía la vista fija en el gran actor a quien las incesantes ovaciones obligaban una y otra vez a adelantarse hasta las candilejas, con muestras de fatiga. Le miraba como a un dios, y con tanta insistencia que el actor acabó mirándola a ella. Feurgéres, con su dominio de las tablas, pareció no inmutarse; pero al retirarse anduvo tambaleándose, y pude advertir que se cogía a un bastidor para no caer. Este episodio me inspiró la idea de que aquella misma noche dejaría de ser un secreto para nosotros el pasado de Isabel.

Isabel se sonrió al mirarme, como para sincerarse. Su rostro no era el mismo que poco antes.

—Me he portado como una estúpida —se excusó—; pero no he podido evitarlo. ¡No había visto nada tan maravilloso hasta ahora!

Al cambiar impresiones sobre la obra, me sorprendieron los juicios tan agudos y certeros de Isabel, y mientras conversábamos ocurrió lo que había estado esperando.

Mabane y Arturo habían salido a fumar y de repente se presentó un empleado del teatro, que me entregó un billete, que decía:

«Cuando termine el próximo acto, venga a mi camerino con ella. Este mismo empleado les esperará en la puerta del escenario que está a la mano izquierda.

FEURGÉRES»

Faltaba poco para que se levantara el telón, y sin perder tiempo le dije a Isabel:

—Quiero comunicarte algo que te sorprenderá mucho, y que te ruego no comuniques a nuestros amigos cuando vengan.

—Ese Feurgéres es el que estaba conmigo en el café el día en que yo te recogí.

—¡Mister Grooten! —susurró Isabel con voz apenas audible.

Asentí con un movimiento de cabeza.

—¿No te habías dado cuenta?

—Nunca hasta ahora.

Estaba muy pálida; pero con un dominio absoluto de sí misma.

—¿Estás dispuesta a visitarle conmigo en su camerino cuando termine el próximo acto?

—Desde luego —contestó, sencillamente.

En este momento volvieron Mabane y Arturo, quien, al sentarse, musitó algo al oído de Isabel, sin que ella percibiera claramente sus palabras, al parecer, pues se quedó inmóvil, como ensoñada, con los ojos clavados en el escenario, pues se había levantado el telón y en las tablas se erguía la figura del gran actor, de cuyo arte excepcional emanaba la poderosa atracción que la obra ejercía sobre el auditorio.

Al finalizar el segundo acto, me puse en pie y anuncié a mis amigos:

—Isabel y yo nos vamos un momento, y estaremos de vuelta antes de que se levante el telón.

—¿Vais a visitar a alguien? —preguntó Arturo— ¿Pero hay aquí alguien a quien conozcamos?

Allan quedóse extrañado, como si dudara de mi cordura.

—¿Vais a verle? —me preguntó en voz baja.

—Sí; nos ha llamado —le contesté.

El empleado nos esperaba ya, y por una serie de tortuosos pasillos nos condujo al camerino, en cuya puerta aparecía una tablilla que rezaba:

MONSIEUR FEURGÉRES

Cuando entramos en el saloncito, Feurgéres se hallaba de espaldas, sentado ante el espejo de un amplio tocador, y al vernos ordenó al criado que le asistía:

—Vete y no vuelvas hasta cinco minutos antes de que me llamen a escena. Tienes un cuarto de hora.

El hombre hizo una reverencia y salió silenciosamente, y hasta que se cerró la puerta tras él no se movió Feurgéres de la butaca en que se sentaba. Y levantándose, vino hacia nosotros con las manos tendidas, y al estrechar la de Isabel, le dijo sin más preámbulos:

—Isabel, conocí mucho a tu madre.

OceanofPDF.com

Capítulo X

Isabel no vaciló un momento. Algo instintivo le aproximó a él. Sus ojos reflejaban toda la gama de sentimientos que palpitaban en su ser sin haberlos expresado jamás. Estrechó las manos del gran actor entre las suyas y miróle a la cara con un aplomo y una seguridad que nacían de una indudable confianza.

—Toda mi vida he deseado oír eso mismo que usted acaba de decirme —repuso la joven con voz apagada.

Feurgéres vestía un traje de corte medieval, todo negro, apropiado al papel que estaba representando; pero era tan irreconocible como si fuera vestido de payaso, con la cara enharinada y pintada. Con todo, avasallaba su magnética e irresistible individualidad. Mister Grooten se había desvanecido completamente. No era más que el gran artista Feurgéres, cuyos ojos brillantes y entristecidos no se apartaban de la joven.

—No puedo decirte nada más, Isabel —prosiguió el actor—; y lo que más me admira es no habértelo dicho antes. Eres exactamente igual que ella.

—Me alegro de saberlo —murmuró la joven con ostensible complacencia—. Le suplico que me cuente cosas de mi madre.

—Te lo diré en un momento y con pocas palabras, todo cuanto puedo decirte —repuso él con voz susurrante, examinando a la joven como si se hallara ante una sombra imborrable—. Quise a tu madre y ella me consagró todo su afecto. Los mejores años de mi vida empezaron con ese amor y terminaron cuando se acabó.

Sus manos se habían soltado poco antes; pero al oír tal confesión, Isabel, en un impulso irresistible, cogió la mano izquierda del actor y depositó en ella un beso. Yo me volví. Parecíame un sacrilegio observar como se escapaba el alma de aquel hombre por los ojos, fluyendo como una corriente de conmovida ternura. Me separé hasta el ángulo extremo,

fingiendo examinar las espadas que pendían de la pared. Transcurridos unos minutos, me llamó Feurgéres.

—Pensaba ir a verle esta noche, mister Greatson —me dijo—. Pues es mejor que se hayan visto aquí —insinuó la joven. Feurgéres sonrió ligeramente, y aun así la curva de sus labios tenía una expresión cariñosa. Ciertamente, en el rostro del actor no había ni un solo rasgo que delatase a mister Grooten.

—¡Qué contento estoy de verte aquí! —exclamó— Tu madre sufrió mucho a causa del amor que se dignó tenerme. Nosotros, las máscaras, mi querida Isabel, sabemos que el mundo quiere que le divirtamos; pero se nos mantiene siempre a prudente distancia. Tengo el convencimiento — prosiguió con una curiosa nota de amargura en el tono de su voz— de que no se nos considera dignos o capaces de sentir los afectos domésticos.

—¡Nunca hubiese creído que hubiese gente tan insensata! —murmuró Isabel—. Los que residen en el mundo son precisamente los que se cubren el rostro con una máscara, esos que viven con sus locuras, con su ceguera y obsesionados por el temor a lo que puedan pensar de ellos los demás. Esas gentes son las máscaras, no usted, *monsieur* Feurgéres... porque usted es un artista que conmueve con su música el corazón del mundo.

Yo estaba asombrado oyendo a Isabel. Nunca la había visto tan emocionada ni tan deseosa de hablar. Feurgéres daba muestras de agitación. Por primera vez le veía sin la máscara, dueño de sí mismo. Sus mejillas habíanse coloreado y sus ojos tenían una ternura delicada. Llevóse a los labios una mano de Isabel, y cuando habló, lo hizo con voz temblorosa por la emoción.

—Eres una hija digna de tu madre, Isabel —suspiró—. ¿Qué más puedo decirte que la amé profundamente?

—Toda mi vida he estado deseando saber cosas de mi madre, y usted me podrá contar algo de ella —suplicó la joven.

—Muy poco, muy poco; y más esta noche —repuso él—. Yo le había escrito a mister Greatson que necesitaba verle. Quería conversar un par de horas con él. Lo que más deseaba era hacerte saber lo que acabo de decir, para que lo recordaras siempre. Tu madre fue una santa. Por mi amor renunció a una elevadísima posición. Prescindió de todos los

convencionalismos de su familia y rompió con los prejuicios sociales. Se quedó sin amigos, y, en cierta medida, no pudo cumplir con todos sus deberes de madre; pero no por eso te abandonó, porque estabas siempre en su pensamiento. Al morir, sus últimas palabras fueron para encomendarte a mis distantes cuidados. Tal vez no haya cumplido yo fielmente la misión que me encomendó; pero aunque tú lo ignorabas, te seguía mi mirada vigilante.

—Usted y Arnold acudieron en mi ayuda cuando más lo necesitaba —confesó Isabel.

—Vine desde América apenas advertí que podías necesitarme —continuó Feurgéres—. Rompí el contrato más ventajoso de mi carrera artística, y puse mi libertad, si no mi vida, a merced de esta maravillosa organización policíaca. Pero todo esto no cuenta para mí. Tuve que dejarte abandonada a tus propias fuerzas, Isabel. Procedes de una familia que consideraría deshonrosa cualquier relación tuya conmigo. Y había la posibilidad de que ocuparas algún día la posición que te corresponde en el mundo. Por eso opté por alejarme de ti, dejando que otros hicieran lo que tan gustosamente habría hecho yo por ti. Esta noche habrás comprendido cosas que tú ignorabas.

—Nada de lo que pueda saber de mi familia o de mí misma me hará olvidar que usted fue mi ángel custodio —aseguró Isabel—. Usted me libró de la única persona que me ha infundido un angustiado y odioso temor. Nadie de mi familia vino a salvarme. Sólo usted.

Sonó un timbre y oyéronse pasos apresurados y los gritos del traspunte. En el escenario sonaban los ruidos motivados por el cambio de decorado. Feurgéres dirigió una mirada al reloj de bolsillo que tenía sobre el tocador. Se operó en él un repentino cambio. Su rostro se hizo impenetrable.

—Me quedan dos minutos para estar contigo —anunció atropelladamente—. Va a levantarse el telón. Cuando termine la representación iré a ver a mister Greatson; pero quiero hablar a solas con él. Esta entrevista, Isabel, es nuestro primer encuentro y nuestra despedida.

—¡Nuestra despedida! —repitió ella, extrañada— No puede ser. No creo que vaya usted a dejarme tan pronto.

—Mañana me voy muy lejos, para cumplir un contrato que firmé hace meses; pero, aunque no fuese así, nuestros caminos en la vida han de estar separados. De no ser por esto, no te hubiera dejado en manos de mister Greatson, que tan bueno ha sido contigo. Yo no puedo ser tutor... y la causa ya la sabrás algún día.

—Preferiría saberlo ahora de sus propios labios... si es que lo he de saber más tarde de otra persona —objetó Isabel.

Feurgéres movió la cabeza negativamente, aunque con menos energía de la que hubieran tenido sus palabras, de haberse decidido a hablar.

—Basta, Isabel; he de dejarte —repuso él—. Hemos de vivir lejos uno del otro. Sólo te pido que no me olvides, y no por mí, sino por lo que fui para tu madre. No merezco tu consideración por ninguna otra cosa. El destino me ha tratado con dureza. Estoy tan cansado de mi arte como de la vida, y si sigo trabajando es porque así lo quería ella. Pero no puedo olvidar un pasado que resplandece ante mis ojos como una página escrita con luz. El presente es algo vacío y de una frialdad de tumba. Mi vida terminó realmente al perderla para siempre... aunque esta noche has ocupado por un momento el puesto de tu madre.

—¿Qué podría hacer yo por usted? —le preguntó Isabel, con anhelante entonación.

—Sólo una cosa que tal vez te parezca una tontería —dijo él, sonriendo tristemente—. Estoy seguro de que no te negarás a cumplir mi voluntad. Quiero que te sientes en el palco que tu madre ocupó tantas noches. En su silla encontrarás unas flores. Guárdalas. Son las que ella prefería, las que le dedico fervorosamente cada vez que salgo a escena.

Llamaron imperativamente a la puerta. Feurgéres se caló el empenachado sombrero y se ciñó la espada.

—Vamos —expresó con perfecta tranquilidad—. Mister Greatson, mi criado les conducirá al palco, donde permanecerán durante el resto de la función. Tengo este capricho, y no creo que usted se niegue a satisfacerme.

Salió sin añadir una palabra. Momentos después comprendimos que Feurgéres estaba ya en escena, a juzgar por la ovación que llegaba a nuestros oídos. Isabel, brillándole la mirada, avanzó hacia la puerta:

—Ese hombre no viene por nosotros, y yo deseo no perder ni una escena —se lamentó Isabel.

En este instante apareció el criado del gran actor.

—*Monsieur* Feurgéres me ha ordenado que les acompañe a su palco —nos anunció respetuosamente—. ¿Me permite, *mademoiselle*?

Le seguimos en silencio, con paso tácito. Al llegar al palco, el criado abrió la puerta con la llave que sacó de uno de sus bolsillos.

—Es la primera vez desde que estoy al servicio de *monsieur* Feurgéres, que ocupa alguien su palco particular —murmuró apenas el criado—. Espero que *mademoiselle* estará aquí cómoda.

Oímos el leve golpe de la puerta, al cerrarse, e Isabel y yo nos quedamos solos con nuestras reflexiones.

OceanofPDF.com

Capítulo XI

Isabel arrastró una silla al rincón del palco, y escudada tras el cortinaje, para no ser visible a los espectadores, se dispuso a presenciar la representación. Permanecía con una seriedad que no era incompatible con su completa serenidad. Tenía en la mano el ramo de rosas encarnadas que encontrara en la silla. Seguía tan atentamente la obra, que de vez en cuando inclinaba su cuerpo hacia adelante, y su cabeza hacía entonces visible, aunque sólo para los que ocupaban una parte de la sala. En uno de estos momentos observé que se producía cierta agitación en el palco opuesto al nuestro. Sus ocupantes fijaron sus miradas en Isabel. Una dama enfiló sus gemelos hacia nosotros, despreocupándose de cuanto sucedía en la escena. Tenía un aspecto majestuoso y en su cuello y brazos había un fulgor de diamantes.

La persistencia con que nos miraban me incitó a fijarme en ellos. Mi descubrimiento me puso en una situación embarazosa. La dama que examinaba a Isabel, era la archiduquesa, y a su lado erguía un caballero que en todo revelaba su alta alcurnia. Tras ellos permanecía *lady* Delahaye. Los tres cuchicheaban entre sí, y sus miradas iban del escenario a Isabel, y de ésta al escenario. En el fondo del palco se mantenía, firme como buen soldado, un personaje de uniforme en cuya guerrera destellaban las condecoraciones y que observaba a Isabel como pudiera hacerlo un fantasma. Me oculté cuanto pude y empecé a preguntarme cuál sería el desenlace de todo aquello.

Terminaba el acto cuando, seducido por la belleza de la maravillosa voz, me asomé contra mi propia voluntad. Feurgéres con los brazos en alto, en actitud patética, tenía en suspenso a todos los espectadores con el encanto de su trémula voz. Al descender el telón, Feurgéres levantó la mirada en busca de la mía. Fue un momento fugaz; pero yo tuve tiempo de leer el mensaje que me enviaban sus ojos.

Siguió un intervalo de veinte minutos. Isabel acariciaba con una mano las rosas que mantenía en la otra. Yo callé porque me parecía un sacrilegio turbar las meditaciones en que se había sumido la joven. Allan y Arturo no estaban en el patio de butacas. Seguramente habrían salido a fumar, o a lo mejor se habrían ido a casa al ver que nosotros no habíamos vuelto a su lado. Yo permanecía en el palco en espera de que había de ocurrir indefectiblemente lo que me anunciaba el corazón.

Oí una llamada en la puerta del palco, y me apresuré a abrir. Un joven de elevada estatura, con el brillante cabello cuidadosamente peinado y vestido de rigurosa etiqueta, me miró a través de su monóculo.

—¿Es usted mister Arnold Greatson? —me preguntó. Asentí con el más correcto ademán que me fue posible.

—Soy el capitán Angus Milton, y pertenezco al séquito de la archiduquesa. Su Alteza ocupa el palco de enfrente.

—Ya lo he advertido —repuse—. La archiduquesa es tan benévola que nos ha honrado con una detenida observación.

El capitán me miró inquisitivamente y yo soporté su examen con toda arrogancia.

—Su Alteza ruega que usted y la señorita —y al decir esto se inclinó ante Isabel— vayan al antepalco, donde les espera.

—Tenga la bondad de comunicar a Su Alteza que le agradecemos mucho el honor que nos dispensa; pero que será preferible que nos veamos en otro momento más oportuno, pues la señorita Isabel de Sorrens no quiere perder ni una escena, y el último acto no tardará en empezar.

La sorpresa del mensajero fue tal que se le desprendió el monóculo. A mí me envaneció comprobar el efecto que le había causado mi negativa.

—¿Pero... no va usted a venir?... —preguntó, arrastrando las sílabas.

—Me ha comprendido usted exactamente —repliqué—. Ya tuve el honor de conversar con la archiduquesa y sé que una nueva entrevista no conducirá a nada práctico.

—¿Pero, entonces, la señorita?... —continuó vacilante.

—La señorita está bajo mi custodia y no irá sin mí —le expresé con energía.

Optó por retirarse, no sin inclinarse ante Isabel.

—Gracias, Arnold —me dijo mi pupila. Habíamos estado tanto rato callados, que su voz me sonó ahora de un modo extraño—. Estoy viviendo una noche tan maravillosa que nada del mundo debe alterarla.

—Ya lo procuraré yo —le dije—. No me explico lo que querrá la archiduquesa. Es misteriosa y no me fío de ella. Lo único que quiero...

Me detuve al comprobar que el palco de enfrente estaba vacío. Isabel no descubrió la causa de mi interrupción. Seguía acariciando las flores que tenía en la falda, mientras su mirada vagaba por el espacio. Se había sumido en un ensueño del que no quería despertarla. De todos modos, los acontecimientos no tardarían en devolverla a la realidad.

En la puerta sonó una llamada más imperativa que la de antes. Al abrir, pasó la archiduquesa sin detenerse. En la obscuridad de nuestro palco sus diamantes chispeaban como el fuego; el perfume que exhalaban sus ropas era mucho más fuerte que la delicada fragancia de los rosas de Isabel. Sin hacerme caso se dirigió a Isabel, y poniendo su enguantada mano en el hombro de la muchacha, le dijo:

—Te he enviado a buscar ahora mismo. ¿No has tenido conocimiento de ello?

La archiduquesa estaba airada, a juzgar por el tono de su voz.

—No conozco ninguna razón —contestó Isabel— que me obligue a obedecer su orden.



—No conozco ninguna razón —contestó Isabel— que me obligue a obedecer su orden.

La archiduquesa calló un momento, deseando, sin duda, calmar sus nervios. Por fin, estalló.

—Isabel, hay una razón, y muy grande. No puedo guardar silencio por más tiempo. Nadie puede retenerte contra mi voluntad, de modo que vengo

a reclamarte abiertamente. Debes saber la verdad. ¡Soy la hermana de tu madre!

Isabel se levantó con lentitud. Era tan alta como la archiduquesa, y el parecido entre ambas, que llegó hasta obsesionarme casi, era evidente. Sólo diferían el color de sus ojos.

—¿Por qué no me lo hizo saber antes... en la Sala Mordaunt, por ejemplo? —preguntó.

—Tu aparición fue tan inesperada como una tormenta de verano —contestó al punto la archiduquesa—. Durante años no habíamos sabido de ti por haber perdido todo rastro. Además, había razones que justificarían sobradamente mis vacilaciones. Vale más que tu historia sea divulgada antes de que sigas viviendo como ahora. Te devolveré a Waldenburgo. Supongo, señor —añadió, volviéndose de repente hacia mí—, que no pondrá en duda mi derecho a asumir la tutoría de mi sobrina.

El recuerdo de la mirada de Feurgéres vino en mi ayuda; su mudo mensaje desde el escenario me inspiró la respuesta.

—Alteza —dije—, dejo la decisión a Isabel. Ha dejado de ser una niña. Sólo quisiera recordarle que en más de una ocasión ha tratado de asumir esa tutoría sin mencionar tal parentesco.

—Conociendo usted la historia de Isabel —contestó la archiduquesa—, ¿puede admirarle que yo evitara toda publicidad?

—Alteza, la historia de Isabel la sabré esta noche.

—¿No se la ha contado aún? —preguntó ella, con aire de incredulidad.

—Cuando acabe la función vendrá a mi casa —contesté.

—Pues quiero que la sepa antes por mí —dijo la archiduquesa, con voz desfallecida—. Ponte el sombrero, niña. Iremos en coche tú, yo y mister Greatson, y lo contaré todo. Van a conocer el ultraje que ese hombre les ha inferido al hacer que ocuparan este palco. No debían ni siquiera acercarse donde él esté.

—Señora —objetó Isabel—, tengo deseos de oír el final de la obra. Y en cuanto a mi historia, *monsieur* Feurgéres ha prometido contársela a mister Greatson esta noche.

Castañetearon los dientes de la archiduquesa y una ola de color arreboló sus mejillas.

—Eso es una impertinencia, niña —repuso la archiduquesa, furiosa—. Te están engañando. No debes hablar con ese hombre. Sólo mencionarle, es una afrenta para mí.

—*Monsieur* Feurgéres se ha portado conmigo con mucha deferencia —replicó Isabel tranquilamente.

Los ojos de la archiduquesa chispeaban. Tenía un genio violento, y perdía fácilmente el dominio sobre sí.

—Soy tu tía, hija del rey de Waldenburgo, y, por tanto, perteneces a la familia real. Esta es la verdad. ¿Cómo te atreves a hablarme de un hombre como Feurgéres? Llevas nuestra sangre en tus venas. Te ordeno que vengas conmigo y te prohíbo que mantengas esas extraordinarias relaciones. Más adelante ya veremos con quién puedes alternar —al decir esto me lanzó una despreciativa mirada— entre tus actuales amigos. Pero desde este momento has de cumplir mis órdenes.

Isabel miró a su tía, y contestó cortésmente, pero sin vacilar.

—Señora, me es imposible acceder a lo que pide. Cualesquiera que sean los planes trazados para mi futuro, ha de saber que a mi querido amigo, mister Arnold —dijo, mirándome de soslayo con ojos brillantes—, se lo debo todo. Y en cuanto a *monsieur* Feurgéres, le he prometido ocupar este palco por esta noche, y lo cumpliré.

—Me obligas a decirte —repuso la archiduquesa, muy pálida— que ese Feurgéres fue el que a tu madre...

—¡Alteza! —exclamé yo, atajándola.

Se quedó cortada y mordióse los labios. Isabel, inmutada, señaló hacia la puerta. La orquesta había empezado a tocar.

—Señora, *monsieur* Feurgéres quiso a mi madre, y yo mantendré la palabra que le he dado.

Oyóse una suave llamada a la puerta, y apareció el capitán Milton.

—Alteza —anunció, inclinándose sumisamente—, el telón se levantará dentro de medio minuto.

La archiduquesa salió sin pronunciar una palabra.

Capítulo XII

No nos permitíamos tales lujos con frecuencia; pero como al salir del teatro la palidez del semblante de Isabel era más claramente visible que a la tenue luz del palco, tomé un taxi. La joven parecía abatida tras la excitación que había experimentado durante su entrevista con la archiduquesa. Al reclinarsse en su asiento exhaló un ligero suspiro de alivio. Encendí un cigarrillo, y de repente sentí que su fría y pequeña mano se deslizaba furtivamente en la mía.

—Arnold —susurró ella con voz alterada—, odio a esa señora. Me importa un bledo que sea mi tía... Arnold...

—Di.

—Yo creo que ella me odia a mí también. Me mira igual que a un bicho raro, como si deseara mi muerte. No me iré con ella, Arnold; no iré.

Quedé silencioso un momento. Sus aires de mujer durante los últimos meses y el singular esfuerzo que realizara para revestirse de un empaque formal que le diera un tono de grave dignidad, se habían esfumado totalmente. Era otra vez una niña, de ojos asustadizos y labios temblorosos, la niña que se introdujo tan fácilmente en nuestros corazones en aquellos primeros días de convivencia familiar. Sólo pensar en tales cosas me causaba una sensación refrigerante.

—No te exaltes, querida Isabel —la tranquilicé—. Ya veremos lo que pasa. La archiduquesa me ha dado dos versiones distintas sobre tu origen, y sus procedimientos por rescatarte los hallo muy extraños. Jamás te entregaré a ella si no se me obliga legalmente. Pero...

—¿Qué, Arnold? —me atajó, impaciente.

—Pero si ella es tía tuya, por fuerza has de tener otros parientes, seguramente más merecedores de tu aprecio. Lo que está fuera de toda duda es que a ti te corresponde llevar otra vida más digna. No debes vivir en una buhardilla ni emplearte en bajos menesteres. Has de residir en un palacio,

rodeada de comodidades y riquezas. ¿Verdad que me comprendes? —le pregunté anhelante, observando el temor que reflejaban sus ojos azules.

—No te comprendo; mejor dicho, no quisiera comprenderte —me contestó—. Si soy una Waldenburgo, y sobrina de la archiduquesa, ¿por qué me tuvieron encerrada tantos años en un convento y por qué me sacó de él aquel tipo siniestro? ¿Cómo me explicarán hechos tan abominables mis encumbrados parientes? ¡Oh, Arnold! —exclamó arrimándose a mí mientras el taxi nos llevaba hacia casa— No me abandones. ¡Prométeme que no me entregarás a nadie!

Nunca me había parecido tan niña y desamparada como ahora. Yo me sentía trastornado. Afortunadamente nos hallábamos en una calleja oscura, y esta circunstancia impedíale ver mi demudado rostro. Había apoyado su cabeza en mi hombro y yo percibía su perfumado aliento. Tuve necesidad de toda mi firmeza para sobreponerme a la poderosa tentación que me atenazaba.

—No puedo prometerte nada, estimada Isabel —le dije, desviando mi mirada hacia la calle sin luz—, hasta que hable esta noche con *monsieur* Feurgéres. Nada nos haría más felices a mis amigos y a mí que tenerte siempre con nosotros; pero en este momento estamos desorientados.

Mientras yo hablaba sus ojos seguían insistentemente mi mirada, como si en ella estuviera escrito su destino.

—No te muestras muy bueno esta noche conmigo —me reprochó ella—, cuando más necesito que se me trate con cariño.

Sin poder reprimir mi violento impulso, le cogí las manos y se las besé.

—Piensa en que soy tu tutor y que tendré que velar por ti durante mucho tiempo todavía —le aseguré—. Ni uno solo de mis pensamientos deja de relacionarse con tu suerte. En ti cifro todas mis esperanzas de una vida más feliz para todos.

—Así quiero que me hables —prorrumpió Isabel—, y te agradezco que hayas besado mis manos.

El coche dio un frenazo y se detuvo. Pagué al taxista y entrando en el portal emprendimos la ascensión a nuestro piso. Isabel se apoyó en mis brazos, estrechándose contra mí con una intimidad desconocida hasta entonces.

—Arnold —dijo con susurrante acento—, quisiera conocer tu novela. ¿Por qué no me la lees?

—¡Qué ideas se te ocurren en este momento! —exclamé.

Siguió adelante, con el deseo, sin duda, de poderse fijar en mi rostro.

—¿Por qué te extrañas? Debieras leérmela —insistió.

—Ya te la leeré cuando la termine. A lo mejor tendré que rehacerla —me excusé.

—Antes me leías cuanto escribías. Ya no eres tan bueno conmigo como antes. ¿Acaso he hecho algo malo? Has cambiado mucho, Arnold.

—¡No seas loca! —respondí, sonriendo todo lo amablemente que pude—. Esta noche estás fuera de quicio.

—No lo creas. Lo que pasa es que tú me miras de otra manera; no parece que desees que continúe a tu lado, y...

La contuve con un gesto. Habíamos llegado al cuarto piso, donde estaba nuestro departamento. Con la llave en la cerradura, me volví hacia Isabel para contemplarla. Había crecido tanto que era casi tan alta como yo. La gracia de su porte había crecido con los años, redimiéndola de la *gaucherie* propia de sus cortos años. Sus facciones habíanse hecho más vigorosas, sin mengua de su delicadeza. Hasta su sencillo traje adquiría una elegancia indefinible que debía venirle de herencia. Yo le hablé con una seriedad no exenta de ternura.

—Isabel querida, no he cambiado en nada —afirmé—. Pero considera que ya eres una mujer, y que continuar teniéndote a nuestro lado entraña una gran responsabilidad, aunque tú representes para nosotros toda la felicidad de la vida.

—Voy viendo que me he convertido en algo enojoso para vosotros —expresó la joven, con desaliento.

—¡Ni mucho menos, Isabel!

Me sentía desfallecer. Algo debió llamarle la atención repentinamente, en mi tono o en mi expresión, porque levantó las manos como para alejarme y exhaló un grito. Y mientras con los ojos brillantes y la boca contraída trataba de sonreírme, abrióse la puerta y entró Arturo, con aire colérico, con las mejillas encendidas y sombrío ceño.

—¿Ya habéis vuelto, por fin? —preguntó, con voz sofocada—. Allan y yo nos cansamos de esperaros. Vengo a decirte adiós, Isabel. Me marchó.

—¿Adónde? —preguntó ella, sorprendida.

Les dejé solos. Me dirigí a la sala que nos servía de estudio, donde encontré a Mabane, llenando la pipa.

—¿Qué le pasa a Arturo? —le interrogué.

—No le hagas caso. Está como trastornado —me contestó.

Isabel y Arturo discutían a gritos, que llegaban hasta nosotros.

—Ves y pon paz entre ellos —me recomendó Allan—. Arturo ha perdido los estribos y temo que...

—¿Que rompa el convenio? —exclamé.

—Eso mismo —respondió.

Me dirigí hacia el vestíbulo, donde seguían peleándose. Arturo me miró de un modo feroz.

—Arturo —le indiqué—, si estás decidido a marcharte no lo hagas sin hablar antes con Allan y conmigo.

—Esperad un momento, porque he de decirle algo a Isabel todavía —replicó.

Pero Isabel no esperó a que se lo dijera, pues salió sin decir nada. Arturo quedóse mirando hacia la puerta por donde había salido, y luego no tuvo más remedio que seguirme. Ya en el estudio, quitóse el sombrero y lo tiró sobre la mesa.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó de mal talante—. Pero antes de oíros, he de deciros algo, y particularmente a ti, Arnold Greatson. Sois unos hipócritas. Habéis intentado maniatar me con un maldito convenio, y tú, Arnold, escudándote en él, tratas de enamorar a Isabel, a la que no sueltas ni un momento.

Allan avanzó hacia él en actitud amenazadora; pero yo le agarré de un brazo.

—No te metas en nada, Allan —le ordené—. Deja que se desahogue.

—De lo que tengo muchas ganas —alegó Arturo—, aunque no creo que os guste. El convenio fue un fraude para anularme. Isabel ha crecido demasiado para que siga con vosotros, y deseo casarme con ella para

evitarlo. Lo que yo le pido es que se vaya a casa de *lady* Delahaye hasta que yo vaya a pedir su mano.

—Estás de acuerdo con *lady* Delahaye, ¿verdad? —inquirí, pensando en lo peor.

—Has acertado —me respondió—. Nadie mejor cuidará de ella. Es su única amiga.

—¿Es eso todo lo que tienes que decirnos? —le pregunté.

—¿Te parece poco? —replicó Arturo obstinado.

—No, en absoluto —repuse—. Pero ahora tendrás que escucharme tú. Esta noche vamos a conocer la verdadera historia de Isabel. Si te quedas con nosotros te enterarás de quién es ella. Te has producido como un necio, Arturo, pero todo te lo perdonamos, y si es que ha llegado la hora de renunciar a Isabel para entregarla a quien deba cuidar de ella, tú y nosotros hemos de estar de acuerdo, pues hemos velado por ella los tres juntos. Creo firmemente que Isabel no perderá nada si nos deja; pero has de saber, Arturo, que de cuantos puedan reclamarla, todos son preferibles a *lady* Delahaye. ¿Me has oído bien, Arturo?

Arturo me miró, sonriendo desabridamente.

—Te olvidas de que *lady* Delahaye fue una buena amiga tuya —me echó en cara, mordazmente.

—No cabe mayor puerilidad que esa insinuación —repliqué—. El interés de *lady* Delahaye por Isabel es idéntico al que siente la archiduquesa; pero antes de que la entregue a una de ellas, he de saber la historia de nuestra pupila.

—¿Y de quién has de saberla? —preguntóme Arturo.

—De labios de Feurgéres —respondíle—. Nos llamó esta noche a su camerino y ahora va a venir.

En este momento sonó un golpecito en la puerta, y yo me apresuré a abrir. Arturo avanzó hacia la mesa y tomó su sombrero.

—Bueno, me quedaré —declaró.

Capítulo XIII

La verdadera historia nos fue revelada a los tres, y los veinte minutos del relato fueron para nosotros un largo calvario. Los tres nos quedamos profundamente afectados, aunque en diferentes grados.

Monsieur Feurgéres, arrellanado en su asiento, parecía una figura tallada en madera, con el rostro desencajado y macilento y la mirada fija en el vacío. Parecía haberse demorado en aquel mundo de sombras que evocaba un pasado maravilloso, sobre el cual acababa de caer el telón que nos lo ocultaba. Habíanos autorizado para que le formulásemos cuantas preguntas quisiéramos; pero yo advertía que la actitud que más nos cuadraba era el silencio, pues cualquier palabra nuestra no sería más que un sacrilegio. Pero Arturo no se daba cuenta de esto, y fue él quien empezó a hablar.

—¿Así es que Isabel es nieta del rey de Waldenburgo, e hija única de la princesa primogénita? Y si se divorció de su marido, el príncipe de Herrshoff, para casarse con usted, ¿qué fue del padre de Isabel? Eso es lo que usted no nos ha explicado aún.

—El príncipe murió dos años después de haberse divorciado —respondió Feurgéres, sin pestañear—. Isabel fue alejada inmediatamente de la Corte por imposiciones de su tía, la archiduquesa de Bristlaw, y encerrada en un convento de Francia para que no apareciera más en el palacio de los Waldenburgo.

—¿Por qué?

—Porque el rey es ya muy viejo y el hombre más rico de Europa, y como Isabel es hija de la heredera de la corona, por ser su madre la primogénita de los reyes, había que alejarla para que no privara a la hija de la archiduquesa de los derechos hereditarios.

—¿Y el rey no hizo gestiones para averiguar el paradero de su nieta? —pregunté yo.

—Se le aseguró que la niña había muerto —respondió Feurgéres.

Guardamos todos un largo silencio. Los hechos que acababan de sernos referidos, tan extraordinarios en sí, arrojaban un raudal de vivísima luz sobre los acontecimientos de los últimos meses. Ahora fue Feurgéres el que interrumpió el silencio que pesaba sobre nosotros como una losa de plomo.

—Todavía hay algo más de lo que debo informarles, caballeros —prosiguió Feurgéres.

Su voz sonó más opaca; pero firme. Habíase vuelto hacia nosotros, como para que le entendiéramos mejor. Sus ojos habían dejado su vago mirar, y siguió hablando con un tono que infundía un carácter sagrado a sus palabras.

—En toda Europa se habló mucho de lo que se tenía por fuga o rapto de la princesa Isabel por Feurgéres el comediante. La prensa sensacionalista llenó columnas y columnas de mentiras y calumnias; pero ni la princesa ni yo nos consideramos obligados a rectificar tan malévolas invenciones. No lo creíamos necesario, gozando de tanta felicidad. Y conste que si rompo ahora el silencio que entonces me impuse, es en aras del porvenir de Isabel, que ha llegado a una edad en que no debe ignorar nada de su pasado. Le ruego, mister Greatson, que le cuente usted a Isabel cuanto llevo referido y lo que he de contar aún. Han de saber que el padre de Isabel era un pillastre de siete suelas, un hombre indigno de convivir con una mujer que se estimara en algo. Lo cierto es que la princesa llevaba una existencia triste y miserable cuando yo fui enviado a la Corte de Waldenburgo, donde fui bien acogido por cuanto yo desciendo de una antigua y honorable familia francesa. Yo veía a la princesa con mucha frecuencia, y la simpatía que nos unió desde un principio se transformó finalmente en mutuo amor. Renuncio a hablar de la lucha que se entabló entre el sentimiento del deber que abrigaba la princesa y mis persuasivas reflexiones. Era Isabel mujer muy sensible y de altas dotes intelectuales, y esto mismo le infundía la profunda convicción de que es inalienable el derecho que tiene toda esposa desgraciada a vivir con toda plenitud, sin faltar a las normas de la dignidad, la vida que ella misma pueda forjarse. Su situación en Waldenburgo era insostenible, y yo traté de demostrárselo en forma que acabó prevaleciendo sobre sus prejuicios de raza. Ahora bien...

Hubo una pausa, en la que Feurgéres pareció reconcentrarse en sí mismo.

—La historia de la fuga o del rapto fue un vil embuste. No hubo nada de eso. La princesa se trasladó a París con una doncella y una dama de compañía al separarse definitivamente de su marido, y no volvió a verme hasta que se tramitó el divorcio, pedido por su marido. Entonces nos casamos. La princesa Isabel fue una dama de conducta intachable y se comportó siempre como la más santa de las mujeres, y esto es lo que debe decirle, sobre todo, a Isabel. Su sacrificio llegó hasta el punto de renunciar a su hija para que no recayera sobre ella la menor sombra de culpa, como pudiera haberse creído de habérsela llevado a París al abandonar al príncipe. Este mismo motivo me tuvo a mí distanciado de la niña mientras estuvo en el colegio de Francia; pero yo siempre estuve vigilante y atento para impedir posibles males; y aun ahora quiero mantenerme apartado de ella, cediendo mi puesto a personas extrañas.

—Me deja usted maravillado, *monsieur* Feurgéres —intervino en este punto Arturo—. Sus revelaciones me dejan en una duda que deseo me aclare: ¿quiere usted que se incorpore a la Corte de Waldenburgo o que continúe siendo Isabel de Sorrens?

Feurgéres clavó una mirada penetrante en el joven que le interrogaba, que se mostraba bastante excitado, esperando la respuesta con evidente interés.

—Me hace usted una pregunta que vengo haciéndome yo tiempo ha —dijo Feurgéres tras un largo silencio—. Isabel debiera vivir en Waldenburgo; pero hay razones para que me intranquilece su marcha a tal país. El rey es tan viejo que la archiduquesa, mujer de carácter violento y sin escrúpulos, procede a su antojo, y me atemoriza que Isabel caiga en sus manos, sola y sin amigos que la amparen. Su madre me habló de esto en su lecho de muerte. La escalofriaba pensar que con ruindades y calumnias le amargaran la existencia a su hija cuando fuese mayor. Creo que si su madre pudiera hablarle en este momento, dejaría a cargo de su hija la decisión ante la alternativa que usted me ha expuesto, y opino, joven amable, que es esto lo que nosotros debemos hacer.

Arturo se puso en pie, y su figura señorial, aunque aniñada, revelaba una gran ansiedad en todos sus ademanes.

—*Monsieur* Feurgéres —balbuceó—, amo a Isabel, y si usted me concede su mano, le aseguro que velaré por su futuro. Puedo sostener un hogar. Isabel ya no está en edad de continuar entre nosotros. La haré feliz, se lo juro.

Monsieur Feurgéres desvió la mirada y permaneció callado un momento. No cabía sacar deducciones de la vaga expresión de su rostro.

—¿Y qué piensa Isabel? —le preguntó, finalmente.

—Aun no le he dicho nada —explicó Arturo—. Me lo prohibía el pacto que convinimos y que teníamos que cumplir mientras Isabel viviese con nosotros.

—¿Fue obra suya ese convenio? —me preguntó Feurgéres, volviéndose hacia mí— ¿Qué debo contestarle a su amigo?

—Pues lo que usted ha propuesto ya —contesté— que sea Isabel la que decida. Y como usted marchará mañana a San Petersburgo, quiero preguntarle si desea ver ahora a Isabel.

De no ser por el temblor de sus labios hubiese pensado que mi sugerencia le había dejado indiferente. De lo profundo de sus ojos brotó una mirada de ternura. No cabía duda de que se hallaba conmovido; pero tales signos eran tan poco perceptibles que por fuerza habían de pasar inadvertidos para mis amigos.

—Lo mejor para ella es que me vaya sin verla —alegó Feurgéres—. Si se decide por marchar a Waldenburgo, es preferible que no nos veamos más. Dejo a su cargo, Arnold Greatson, la misión de transmitirle fielmente a Isabel cuanto acabo de decir. No aspiro a inmiscuirme en sus cosas ni a reclamar derechos de tutelaje. Lo que más deseaba su madre es que cuando llegase a la edad en que puede discernirse sobre las propias acciones, se le comunicase toda la verdad a su hija, para que proceda como mejor crea. Sé que cumplirá usted mi encargo —terminó, mirándome con fijeza—. Le enviaré mi dirección por si necesitara comunicarse conmigo alguna vez.

Feurgéres se puso en pie, dispuesto a marcharse; pero Arturo le detuvo, para preguntarle:

—¿Y me aceptará usted si Isabel me quiere?

—Sólo Isabel tiene derecho a disponer en esas cosas —alegó Feurgéres—. Yo no soy su tutor, y si alguien ha de intervenir en este punto, que sea mister Greatson.

Arturo no se atrevió a mirarme, e insistió, dirigiéndose a Feurgéres:

—Pues si alguien ha de intervenir, ha de ser usted, no Arnold. Ya le diré a Isabel que usted la deja en libertad para elegir marido.

—Ya he dicho cuanto me interesaba hacerles saber —expuso Feurgéres—. Sólo me resta rogarle, mister Greatson, que haga uso del dinero que está depositado a nombre de Isabel en el Banco Nacional, y que he aumentado con nuevos ingresos. Isabel tiene asegurado un buen pasar porque le he dejado cuanto poseo, excepto lo que destino a una manda.

Seguidamente salió de la estancia, sin más palabras, y era tan firme su paso que no nos atrevimos a detenerle. Los tres nos quedamos mirándonos.

—Mañana se lo dirás todo a Isabel —propuso Mabane.

—¿Cómo mañana? Esta misma noche —opinó Arturo.

—¿Pero es que habéis de decirme algo más? —preguntó inopinadamente Isabel, saliendo de detrás de la mampara que resguardaba el pasillo que conducía a su habitación.

Nos quedamos estupefactos. Le brillaban los ojos y estaba pálida. No cabía duda de que lo había oído todo.

—Oí que hablabais de mí, y como la puerta de mi cuarto no estaba cerrada, salí de puntillas y me oculté ahí. Tenía derecho a escuchar lo que dijerais de mí. Lo sé todo, y creedme si os digo que me ha parecido un cuento de hadas.

—¿Lo has oído todo? —le preguntó Arturo.

—Todo —repuso ella, bajando los ojos—. Mañana meditaré detenidamente lo que debo hacer.

—Me parece muy bien, Isabel —manifestó Allan—. El asunto es de la mayor importancia y no debes tomar resoluciones precipitadas.

—¿Quieres darme la mano, Isabel? —le preguntó Arturo, acercándose a ella.

Isabel le dio la mano pasivamente, y él la llevó a los labios, con un ademán que equivalía a una declaración de su amor. Isabel se quedó

insensible; y después de darnos las buenas noches, se retiró a su cuarto. Su silencio no podía ser más elocuente.

—Vendré mañana a primera hora —anunció Arturo, nervioso, inquieto, con un tono de voz que parecía envolver una amenaza—. Supongo que me dejarás hablar con Isabel —recalcó, mirándome.

—Todo cuanto quieras —le contesté—, y hasta opino que no tienes necesidad de marcharte después de lo sucedido. Ahí tienes tu cuarto. Nuestro convenio ha dejado de regir.

Vaciló un momento y acabó quitándose el sombrero y dejándolo en cualquier sitio. Hundióse en un sillón y se cubrió el rostro con las manos, como si fuera a ahogar un sollozo que pugnaba por salir de su garganta.

—¡He sido un bestia! —exclamó— No pude evitarlo. Isabel lo es todo para mí y no puedo vivir sin ella.

—Ánimo, Arturo —le dije poniéndole una mano en el hombro—. Ya se te ha presentado la oportunidad que buscabas. Ten esperanza.

—¡Se irá a Waldenburgo, ya lo veréis! —murmuró Arturo, desalentado.

OceanofPDF.com

LIBRO TERCERO

OceanofPDF.com

Capítulo primero

Arturo irrumpió en la estancia, pálido y con los ojos hundidos. Era la imagen de la desesperación.

—¿Hay noticias? —me preguntó confiado, al observar la sonrisa con que le acogí.

—Ninguna —contesté.

—¿Se ha recibido algún aviso de Feurgéres?

—Todavía no.

—¿Adónde le telegrafiaste?

—A Dover, Calais, París, Ostende, Bruselas, Colonia.

—¿Y no hay respuesta?

—En absoluto.

—Déjame leer otra vez la nota que encontraste.

La extendí sobre la mesa, alisándola con la mano. La habíamos leído muchas veces.

*«Debo comunicarte otra cosa, antes de salir de Inglaterra.
Ven a verme en seguida. La portadora te dirá dónde. Ven sola.*

HENRI FEURGÉRES»

*P. D. —Estarás de vuelta una hora después. No digas nada
a nadie. Es posible que tengas que guardar secreto sobre lo que
voy a decirte.*

—Ya sabéis que esta nota se la entregó a Isabel la señora Burdett a las ocho menos cuarto —expliqué yo, golpeando el papel—. La trajo, según nos dijo la patrona, una señora de mediana edad y de aspecto respetable, con la que salió Isabel poco después de las ocho. Nosotros lo supimos una hora más tarde. A las once nos fuimos en busca de *monsieur* Feurgéres. A

las tres averiguó Allan que había salido del Hotel Savoy a las diez camino de San Petersburgo. Desde entonces le hemos enviado siete telegramas a distintos puntos, y es muy problemático que los haya recibido, porque no ha contestado.

—No te devanes los sesos, Arnold —me dijo Allan, poniéndome una mano en el hombro, con gesto de simpatía—. Es probable que recibamos noticias de Feurgéres de un momento a otro; pero no las esperes de Isabel. Esta nota es una falsificación, no lo dudes.

—Me temo que sea así —admití—. Feurgéres es un hombre serio y no tenía por qué llamar a Isabel a espaldas nuestras.

—¡La hemos perdido para siempre! —se lamentó Arturo.

—No desespere, hombre —le dije para calmarle—. Iré a ver a *lady* Delahaye, que debe de saber algo. No será baldía mi visita.

Me puse la chaqueta y el sombrero y me dispuse a salir.

—¿Quieres que vaya contigo? —me preguntó Arturo incorporándose en su asiento.

—Vale más que vaya solo —le respondí.

El mayordomo, que me conocía de vista, me acogió con un gesto dubitativo, pero cortés.

—La señora ha recibido varias visitas esta tarde; pero se ha retirado a sus habitaciones. Tiene que cenar temprano, porque esta noche va a la ópera. De todos modos le diré que está usted aquí. Siéntese, señor.

Preferí esperar de pie, y anduve inquieto de un extremo a otro del recibidor durante unos diez minutos. De repente se abrió una puerta tapizada de seda verde, y apareció una doncella.

—La señora le espera en el piso de arriba —anunció—. Tenga la bondad de pasar por aquí.

La seguí hasta un gabinetito donde *lady* Delahaye, puesta de bata, de un color azulado, se hallaba tendida en un sofá. Al verme sonrió de un modo extraño.

—Tu visita me causa un gran placer —susurró—. Siéntate donde quieras. Ya ha pasado la hora que destino a recibir y me preparaba a cenar;

pero tú siempre eres bienvenido. ¿Qué quieres de mí?

—¿No sospechas a qué vengo? —le pregunté a mi vez.

—No tengo la menor idea —repuso—. Le dije a Perkins que te recibiría, a pesar de ser tan tarde, porque me intrigó tu inesperada visita.

—Pues que Isabel se ha ido de casa esta mañana y no hemos vuelto a saber nada de ella —le comuniqué, sin más preámbulos—. Recibió una nota firmada por Feurgéres; pero para mí que es falsa.

—Es para estar preocupado —comentó, sonriendo de una manera que me llenó de perplejidad—. Siempre creí que Isabel acabaría cansándose de esa vida bohemia. Ese jovencito escocés, amigo tuyo, es un buen muchacho; pero tan insípido que Isabel debía estar aburrida de su enamoramiento. Y en cuanto a ti, mi querido Arnold, estás atiborrado de unos principios que por fuerza habían de chocar con una señorita de los gustos de Isabel. Así es que ella misma ha cortado el nudo gordiano. Créeme que lo siento.

—¿Por qué lo has de sentir? —le pregunté.

—Porque mi querida amiga la archiduquesa me había prometido su estupendo collar de esmeraldas si lograba apartar a Isabel de vuestro lado, lo que estaba a punto de conseguir gracias a ese estúpido muchacho. ¡Qué esmeraldas he perdido, Arnold! ¡Con lo bien que me sientan las piedras de color verde!

—Sin duda ha sido la archiduquesa la que ha tramado el plan —afirmé sin vacilar.

—Para mí es igual que haya sido obra de la archiduquesa o que os haya dejado por su propia voluntad —subrayó *lady* Delahaye, arqueando las cejas. —Lo único cierto es que vosotros habéis perdido a Isabel y yo el collar de esmeraldas. Y no es cosa de que pierda también la cena— añadió, mirando el reloj de sobremesa.— Lo siento; pero he de dejarte. Ven a verme otro rato. Ahora que ha desaparecido el motivo de discordia entre nosotros, podremos volver a ser buenos amigos.

—Lo deseo verdaderamente —repliqué—. Si mi amistad tiene algún valor para ti, podrás ganarla fácilmente.

—¿De qué modo?

—Ayudándome a recobrar a Isabel.

—Eres muy ingenuo, Arnold —exclamó, riéndose a carcajadas, hasta el punto de humedecerse los ojos—. Me has hecho muchísima gracia... Bueno, la doncella te acompañará hasta la puerta. No tardes en volver a verme. Adiós.

Tocó la campanilla que tenía al alcance de la mano, y apareció la muchacha de antes.

La entrevista representó el fin de las esperanzas que había puesto en *lady Delahaye*. Ya en la calle tomé un taxi y me dirigí a Blenheim House, residencia londinense de la archiduquesa y de su séquito. El lacayo que me recibió me condujo al fondo del vestíbulo, donde otro servidor de más categoría se hallaba tras una mesita redonda, con el libro de registro de visitas en la mano. Cuando le hube expuesto que deseaba saludar a la archiduquesa, me contestó sonriendo y moviendo la cabeza con signos negativos:

—Su Alteza no puede recibir a nadie porque está preparándose para salir de viaje. Si es usted periodista le diré lo mismo que a los compañeros suyos que se le han anticipado: se ha recibido un telegrama de Illghera con malas noticias respecto a la salud de Su Majestad el Rey de Waldenburgo, y, a pesar de hallarse indispuesta la princesa Adelaida, Su Alteza la archiduquesa saldrá inmediatamente para Illghera. Si desea más explicaciones espere a que salga el *Comunicado de la Corte*, pues la archiduquesa está muy interesada en expresar su hondo sentimiento por tener que cancelar los compromisos pendientes. Perdone, señor.

El hombre me dejó plantado y reanudó su importante misión, que consistía en transcribir una larga lista de nombres de visitantes, después de haberle hecho señas al lacayo para que me acompañara hacia la puerta de salida. Pero yo no me moví.

—¿Se van todos hoy? —pregunté.

—Hoy mismo —contestó sin levantar la vista del libro donde estaba escribiendo—, y, como comprenderá, estamos muy atareados.

—¿No podría ver al barón von Leibingen? —insistí.

—Es totalmente imposible —repuso—. Está con Su Alteza.

—Pues esperaré a que acabe —declaré.

—Siento decirle que aquí no puede estar. Espérele ahí fuera —me dijo con un ademán de impaciencia—. No quiero ser descortés; pero tengo órdenes terminantes —se excusó el tipo.

En este momento se abrió una puerta contigua y apareció un caballero, enfundándose los guantes. Era el barón von Leibingen. Me reconoció al punto y se acercó a mí. La expresión de su rostro me dio a entender que no le complacía mi presencia.

—¿Desea algo de mí, mister Greatson? —me preguntó.

—Quisiera ver a la archiduquesa, sólo cinco minutos, y si usted me facilitara la entrevista le quedaría muy agradecido.

—No puedo —repuso de un modo terminante—. Tenemos graves noticias de Illghera y nos vamos en seguida.

—¿Está Isabel aquí? —le pregunté lisa y llanamente.

—¿Quién? —me interrogó, turbado ante mi inesperada pregunta.

—Isabel, y si usted quiere la princesa Isabel, que ha salido de mi casa llamada por un falso mensaje. Sabemos ya toda la historia y conozco la naturaleza del interés que Su Alteza Real se toma por ella. Y habiendo desaparecido, comprenderá que venga aquí en su busca.

—Si estuviera aquí, se hallaría en el sitio que le corresponde, y yo sería el primero en pedirle a Su Alteza que la retuviera en su poder. Con todo, he de confesarle que la conducta de esa señorita ha sido tan extravagante que dudo que la archiduquesa quiera dispensarle ya su protección.

—Tal vez se haya ido a Illghera —insinué yo.

—Es posible —admitió el barón.

—Pues si no la encuentro, me iré a Illghera —anuncié.

—Así tendrá ocasión de conocer mi país —me contestó el barón—. Le gustará, seguramente. Si nos vemos allí, tendré mucho gusto en renovar nuestra amistad.

—Me han dicho que Su Majestad es muy accesible —proseguí—, y espero poderle contar todo lo que se relaciona con Isabel. Podrán impedir que la joven se acerque al rey; pero no que yo informe a Su Majestad de cuanto está ocurriendo.

—Amigo mío —me atajó, yendo hacia la puerta de salida—, sus enigmas me interesarán tal vez en otro momento; pero no ahora, pues me

apremian asuntos urgentes. Pero he de advertirle que anda usted muy descaminado. El mayor deseo de Su Alteza era llevarle al Rey a su nieta y suplicarle que la reconociera.

—Usted trata de ocultarme la verdad —argüí—. Sospecho que Isabel está bajo su custodia; pero sepa que no descansaré hasta que descubra su paradero.

—Lo que acabará descubriendo es que usted es francamente fastidioso —repuso el barón, desviándome—. Es usted un necio al hacerme preguntas que no he de contestar. Si supiera donde está esa señorita, a usted sería el último en decírselo. Tenemos puntos de vista opuestos. Esa señorita estará bien en cualquier parte, menos en casa de usted.

Dio media vuelta y le susurró unas palabras a un criado, que vino al punto hacia mí. No tuve otra alternativa que seguirle. En la escalera de la fachada principal vi un criado con la librea de la casa, que me pareció inglés. Me acerqué a él y le puse medio soberano en la mano.

—¿Puede decirme a qué hora sale la archiduquesa y por qué estación? —le pregunté.

—Los ómnibus se han pedido a Charing Cross y estarán aquí a las ocho en punto de esta noche.

Eran las siete dadas, y como quedaba tiempo me dirigí andando a la estación, fumando un pitillo.

Capítulo II

En la estación de Charing Cross me sucedió lo más inesperado que podía imaginar. El tren continental llegó en el momento en que yo entraba en el andén. En la parte de fuera, y a pocos metros de distancia, descubrí a Feurgéres. Tenía el rostro pálido y desencajado y se apoyaba pesadamente en el brazo de un criado que le había ayudado a descender del carruaje. Al acercarme a él, me tendió la mano, sonriendo.

—¿Me esperaba usted? —me preguntó.

—No —respondí—. Me ha sorprendido verle.

—Entonces, ¿qué hace usted aquí? En Bruselas recibí su telegrama, y tras telegrafiar a San Petersburgo, anunciando la suspensión de mi viaje, regresé a Londres sin perder un minuto. ¿Qué noticias tiene?

—Ninguna.

—¿Y a qué viene a la estación?

Le expliqué en pocas palabras mis gestiones, sin que me interrumpiera, pues estaba pendiente de mi relato, y cuando acabé, me dijo:

—Isabel está en poder de la archiduquesa; pero si tuviéramos una sombra de derecho legal para reclamarla, nuestras dificultades terminarían de una vez para siempre. Aunque es una mujer muy expeditiva en sus procedimientos, hay cosas que no se atreverá a hacer. ¿Qué pasa allí?

—Es el tren especial destinado a la archiduquesa y debemos ver quiénes suben a él —le anuncié cogiéndole del brazo y arrastrándolo hacia el inmediato andén.

En este momento vi con la consiguiente contrariedad que se cerraban las barreras. Los equipajes estaban ya en el furgón y el maquinista observaba su reloj. Debía ser casi la hora de partir. Por la parte adonde estábamos llegó a toda prisa un coche cerrado, del que momentos después descendieron el barón de Leibingen y la archiduquesa, seguidos de una joven morena y de buena presencia a la que condujeron sin perder tiempo

hacia el apartadero donde estaba el tren. El corazón me dio un vuelco al verla. Al punto recordé lo que me habían dicho poco antes de la indisposición que aquejaba a la princesa Adelaida y el sorprendente parecido entre ésta y su prima Isabel. Los tres se encaminaron rápidamente hacia el coche salón enganchado a la máquina, y observé con la natural inquietud que antes de subir dirigió la joven miradas temerosas en torno suyo. Su parecido con Isabel era tan grande que yo pude contenerme a duras penas. Minutos después arrancaba el convoy, y Feurgéres, sin detenerse, dirigióse al despacho del jefe de estación.

—Soy Feurgéres y necesito en seguida un tren especial —le anunció—, pues he de tomar el vapor. El miércoles he de estar en San Petersburgo.

—Dentro de veinte minutos estará el tren formado, señor; pero no llegará a tiempo para tomar el barco. El tren que acaba de salir tampoco llegaría a tiempo de no haber recibido orden el capitán del vapor de esperar a la familia real de Waldenburgo.

—¿Puede disponer de una locomotora que gane los veinte minutos que he de esperar? —preguntó Feurgéres.

—No disponemos de ninguna máquina que supere la velocidad de la del tren que acaba de salir —contestó el jefe de estación.

—En este caso esperaré al tren especial. Tenga la bondad de dar la orden con toda urgencia.

—No pudiendo alcanzar el barco, lo más conveniente para usted sería esperar al tren que saldrá dentro de dos horas y que enlazará con el barco siguiente.

—Insisto en que disponga la inmediata formación del tren especial que le he pedido. Aquí tiene las veinte libras.

El jefe de estación salió al punto. Yo no podía comprender la urgencia de Feurgéres por llegar a Dover. En el restaurante de la estación encargó unos fiambres que habían de llevarle al tren, y me hizo beber un *brandy* sodado.

—Amigo Greatson —me dijo, cogiéndome del brazo—, usted no sería un buen conspirador. Ha tenido a Isabel a pocos pasos de distancia y no la ha reconocido.

Me quedé de piedra. Ciertamente, me dejó absorto el parecido de la que yo tomé por la princesa Adelaida con Isabel, lo que ya noté al verla en la Sala Mordaunt. Incapaz de pronunciar una palabra, interrogué a Feurgéres con la mirada.

—Sí, amigo Arnold, era Isabel, que llevaba un traje de la princesa Adelaida —me confirmó Feurgéres—. La princesa ha debido quedarse en Londres, si no ha marchado ya a la chita callando. En adelante nos será difícil acercarnos a Isabel. Durante el viaje por el continente, no hay que pensarlo. La jugada les ha salido bien.

Permanecí silencioso, con la vista fija en el laberinto de luces coloradas y verdes entre las que había desaparecido el tren de la archiduquesa. Mi pensamiento no se apartaba de la joven que tan penosamente avanzaba hacia el tren. ¿Qué habrían hecho con ella para obligarla a someterse a los planes de sus secuestradores y salir de Inglaterra sin habernos enviado ningún recado? Tenía la seguridad de que no se había marchado voluntariamente.

El coche salón había sido unido a la locomotora que había de conducirnos a Dover. El criado de Feurgéres subió los equipajes. Un grupo de curiosos observaba los preparativos del viaje, sin que nadie mostrara el menor interés por nuestra inminente partida.

Subimos al coche, y Feurgéres se acomodó frente a mí, con los ojos semicerrados. Su respiración era suave y regular, tal como si durmiera. Yo estaba muy lejos de tener sueño, entregado a forjar planes que al punto desechaba por absurdos. Me embargaba un hondo sufrimiento.

Llevaríamos recorridas tres cuartas partes del viaje cuando de repente se incorporó Feurgéres y sacó de su maletín un itinerario de los ferrocarriles continentales.

—No por haber tomado este tren llegaremos antes a París —observó Feurgéres—. El jefe de estación tenía razón. En Dover sabremos si nuestros amigos han marchado a Calais o si, cambiando de opinión, han tomado el barco de Ostende, aunque no lo creo.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque seguramente han de detenerse en algún punto para cambiar a Isabel por la princesa Adelaida y poner en práctica los planes trazados para

recluir a Isabel en algún sitio ya previsto. Si se detuvieran en Bruselas, nos veríamos en situación desventajosa; pero las cosas cambiarían si los encontrásemos en París. Aquí nos moveríamos con más holgura. El jefe de policía es amigo mío y podría contar con apoyos tan efectivos como los que disponga la archiduquesa. De ir ellos a París, seis horas más tarde estaríamos allí, y aún nos quedarían cinco para dar con ellos antes de que prosigamos el viaje. Si fuesen previsores, marcharían a Illghera por Bruselas. En fin, ya veremos.

Al entrar el tren en la estación de Dover, Feurgéres se asomó a la ventanilla y le dijo al empleado que nos esperaba que prefería que el convoy siguiese hasta el muelle. Seguidamente volvió a su asiento.

—Nuestros amigos han tomado el barco seguramente —me anunció—. Tendremos que esperar aquí cuatro horas, y luego que tengamos los camarotes podremos dormir un rato.

Al llegar al muelle pudimos ver a cierta distancia la luz verde del barco que se alejaba por el canal.

—Es el *Marie Louise*, señor —nos confirmó un marinero—. No hace media hora que salió. Las personas por las que usted pregunta, subieron efectivamente al barco. Por cierto que la joven iba como si la llevaran a la fuerza. Ese barco es tan marinero que en media hora más estará en Francia.

Ocupamos los mejores camarotes del barco, y luego de vestirme, con ropas que el criado de Feurgéres sacó del equipaje de su amo, nos fuimos al comedor. Tras la sobria cena, paseamos por la cubierta, desde la que observábamos a los pasajeros que iban llegando. De repente descubrí a la princesa Adelaida, y me apresuré a llevarme a Feurgéres al camarote, donde le revelé mi descubrimiento. Desde allí atisbamos a la princesa, ataviada con un sencillo traje y con el tupido velo levantado en este preciso momento. A pocos pasos de nosotros se detuvo a hablar con su doncella, única que la acompañaba, al parecer.

—Vea dónde está mi camarote, Mason —le oímos decir—. Deseo acostarme apenas salgamos. Me mareo siempre, y nuestra instalación en el barco no dejará de ser detestable.

—Tiene las mismas facciones que Isabel —me indicó Feurgéres, sonriendo—; pero no su voz. La princesa nos dará la pista, si nos ponemos

fuera de su vista.

Desde luego, era la cosa más fácil si se encerraba en su camarote, como le había dicho a su doncella. Cuando hubo cerrado la princesa la puerta de su camarote, me eché sobre los hombros un capote ruso de Feurgéres y salí a cubierta. La noche era buena, aunque soplaba el viento y no brillaba la luna. Apoyado en la barandilla, encendí la pipa, y al instante oí unos leves pasos y me volví. A corta distancia habíase detenido una joven que me preguntó de golpe:

—¿De dónde será aquella luz?

—Del puerto de Folkestone —contesté.

Supe entonces quién era mi interlocutora, y maldije mi mala suerte. ¡Qué idea la de haber salido de mi camarote! Pero abrigué la esperanza de que no me hubiera reconocido en medio de la obscuridad y de que se retiraría en seguida; pero no fue así. Avanzó dos pasos y quedóse a mi lado.

—Usted es mister Arnold Greatson, ¿verdad?

Me faltó poco para caer desplomado; pero me sobrepuse, pensando que no tenía más salida que sacar el mayor provecho de la situación.

—Sí, soy Arnold Greatson —contesté.

—¿Y sabe quién soy yo?

—Usted es la princesa Adelaida... —contesté.

—Cállese, por favor —me atajó haciéndome un gesto con la mano—. No cite mi nombre. Viajo casi sola y con nombre supuesto. Sé que usted quiere mucho a mi prima Isabel.

—Ciertamente —confirmé con voz desmayada—. He cuidado de ella durante años.

—No me tenga miedo, mister Greatson, aunque mi madre no siente mucho afecto por usted. Quería apoderarse de Isabel; pero yo no me hubiera dejado atrapar de haber sido ella. Creo que con usted hubiese sido mucho más feliz que con nosotros.

—Pero, señorita, ¿se atreverá usted a pensar que yo estoy enamorado de ella? Soy demasiado viejo para enamorarme de una muchacha tan joven.

—La edad tiene poca importancia —concedió la princesa—. Yo, que sólo tengo dieciocho años, soy la prometida del rey de Sajonia, que ha cumplido los cuarenta. Es bajito y lleva unos bigotazos ridículos. Mis padres me casarán con él para que yo sea reina. Pero eso no es ser feliz, ¿no le parece a usted?

—Desde luego —me limité a contestar.

—Le hablo así, mister Greatson, porque he leído sus novelas, que me gustan mucho. Sus protagonistas son muy simpáticos y sus argumentos preciosos. Isabel hace bien negándose a venir a Waldenburgo. Quisiera ser libre como ella y no tener que someterme, como princesa, a las razones de Estado. Estoy segura de que ella le ama a usted.

—Princesa... —empecé a decir.

—¡Cuánto odio mi mundo! —exclamó ella, sin dejarme hablar— Puede que sea ésta la única vez que nos sea dado conversar; pero deseo ser su amiga y quiero que me llame Adelaida, prescindiendo de mi título.

—Pues permítame, Adelaida, que le haga una pregunta.

—Y cuantas quiera.

—¿Dónde está Isabel?

—Pero ¿no la tiene en su casa de Londres? —exclamó, auténticamente sorprendida.

—Salió varias horas antes que nosotros para París, con su madre de usted, el barón von Leibingen y las personas del séquito. Llevaba un traje suyo y ostenta su propio nombre.

La princesa me cogió del brazo, sin poder reprimir su honda emoción.

—¡Créame que lo siento mucho! ¿Y por qué no la han de dejar con usted? —exclamó—. Sería mucho más feliz a su lado.

—Eso mismo creo yo, y por eso me esfuerzo en rescatarla.

—Mister Greatson, usted no conoce a mi madre —dijo, mirándome fijamente—. Cuando se le mete una cosa en la cabeza, no hay quien la haga desistir. Le deseo mucha suerte. ¿Y cómo es que le dejó Isabel?

—Recibió una carta en la que se invocaba falsamente a cierta persona muy querida de Isabel, y ella acudió adonde la llamaban. Desde este momento ya no la vi hasta que en Charing Cross la ayudaron a subir al tren

en que iba su madre de usted. Iba medio desmayada, como atontada. No sé de qué procedimientos se valieron para inducirla a hacer el viaje.

El rostro de la princesa cubrióse de palidez.

—¡Así debía ser ella la que gritaba esta mañana! —indicó, pensativa—. A mí me dijeron que una de nuestras criadas había sufrido un accidente. ¡Es algo terrible, mister Greatson, lo que ha pasado! —comentó, con los ojos humedecidos por las lágrimas.

—No se aflija, Adelaida —le supliqué yo, conmovido—. Espero que en París se arreglará todo satisfactoriamente. ¿Querría usted darle un recado a Isabel?

—Tenga la seguridad de que lo haré.

—Pues dígle que estamos dispuestos a librarla con ayuda de poderosos amigos, y que si quiere volver con nosotros, que esté tranquila, que no tardará muchas horas en conseguirlo.

—¿Desea algo más?

—De momento, esto es todo.

—Y le diré también que usted la quiere mucho y que no la olvida.

—Ciertamente —asentí yo.

—Ahora he de exponerle a usted algo muy interesante: de hallarme yo en el lugar de Isabel, sólo le pediría a usted que hiciera lo que ella debe estar deseando.

—¿Puede decirme qué es?

—Que se case usted con ella. Sólo así podrá usted protegerla de verdad.

Me quedé atónito. Quise sonreír; pero me fue imposible. Hasta mi corazón había dejado de palpitar.

—Tengo treinta y cuatro años, y no olvide que Isabel acaba de cumplir los dieciocho —tartamudeé yo, al fin—. Además, hay un joven que quiere casarse con ella, y tal vez le prefiera Isabel, pues son buenos amigos.

—A los treinta y cuatro años no se es viejo —objetó la princesa—, y si Isabel le quiere, usted no debe consentir que otro se la lleve. ¿Aquello es Calais?

—Sí, señorita.

—Bueno, separémonos. No sea cosa que mi doncella me sorprenda hablando con un desconocido. ¡Ah! Tal vez le sea útil saber dónde me

hospedaré en París.

—Es más que probable —admití yo.

—Mister Greatson, venga conmigo a aquel rincón, donde nadie nos verá —susurró, inclinándose hacia mí.

La obedecí sin chistar, y nos acogimos a un sitio que estaba fuera del alcance de miradas curiosas.

—Estaré en la rue Henriette, 17. Tal vez me tome por una muchacha extravagante; pero disto de serlo. Dentro de unos meses me casaré con un hombre al que no amo en absoluto, lo que representará el fin de cuanto placentero haya en la vida de una joven como yo. Usted se casará con Isabel y ya verá cuán felices serán. Así es que acabaremos siendo parientes, pues Isabel es prima mía... Démonos un beso antes de separarnos, tal vez para siempre.

La cogí de las manos afectuosamente y puse ligeramente mis labios en su boca.

—¡Qué buena es usted! —murmuré, con tierno agradecimiento— ¡Qué dichoso me siento! ¡Oh, si no fuese usted princesa!

Se alejó a través de la obscuridad con una leve sonrisa en sus labios. Media hora más tarde pasó junto a mí en la aduana, y su lánguida e impasible mirada no la hubiera sobrepasado su propia madre.

OceanofPDF.com

Capítulo III

Feurgéres se sorprendió al verme.

—¿Pero qué le ha pasado? —exclamó, observándome—. ¿Tan maravillosa es la brisa marina, o es que ha estado durmiendo y soñando en el Paraíso?

—La brisa del mar me ha sentado bien —repuse—; pero hay otra cosa: he sostenido una conversación interesantísima.

—¿Con quién?

—Con la princesa Adelaida.

—¿Habla en serio?

—Con toda formalidad.

Se lo conté todo, salvo el episodio final de la entrevista. Su satisfacción era comparable a la mía. De repente quedóse pensativo. Debía considerarme por lo menos indiscreto.

—Tenga la seguridad de que la princesa no nos traicionará —afirmé yo, para desvanecer sus temores—. No le dirá a la archiduquesa ni una palabra.

—Los Waldenburgo son gente taimada —observó él con suma gravedad—. Lo llevan en la sangre.

—Pues Isabel es una Waldenburgo —objeté yo.

—Por su madre, ciertamente —replicó—; pero a veces se da el caso de que alguien sea distinto al resto de su familia.

—Pero, por ahora, serán dos los casos.

—Bien; no tardaremos en saber si la princesa nos es leal —repuso Feurgéres, encogiéndose de hombros—. Cuando lleguemos a París, contaré con medios de informarme de los movimientos de la archiduquesa, y conoceremos el paradero de Isabel. Si la dirección que le ha dado la princesa es exacta, comenzaré a tener confianza en ella.

—¿Y no antes?

—Antes, no —afirmó él, rotundamente.

Desde Calais envió Feurgéres varios telegramas, y subimos al tren que había de conducirnos a París. Durante casi una hora permaneció sumido en sus pensamientos, ajeno a cuanto le rodeaba. Al llegar a Amiens, rompió el silencio.

—Procure dormir un rato —me recomendó—. Puede que en París no tenga tiempo para ello.

—Y usted, ¿por qué no se acuesta?

—Yo estoy acostumbrado a no dormir —me contestó—. Seguramente tendrá usted que actuar solo en ciertos momentos. Mi presencia, o sólo la mención de mi nombre, bastaría para que los Waldenburgo hicieran más penosa nuestra gestión. Yo realizaré mi trabajo en secreto.

Me tumbé, siguiendo su consejo; pero sólo pude cerrar los ojos a intervalos. Me hallaba adormilado cuando noté que había parado el tren. Estábamos en París. Recogí apresuradamente mis bártulos, y descendí del vagón. Feurgéres estaba ya en el andén, conversando en francés con un joven quebrado de color, vestido de negro y de aspecto poco llamativo. Al marchar el desconocido, me acerqué a Feurgéres, que me acogió sonriendo.

—La princesa se ha portado bien —me anunció—. La dirección que le ha dado es exacta. La casa pertenece al barón von Leibingen, y es donde reside cuando viene aquí.

—¿Siguen en París? —le pregunté yo, anhelante.

—Todavía —confirmó Feurgéres—, y no hay señales de que vayan a continuar el viaje inmediatamente. Sin duda esperan a alguien, tal vez a la princesa Adelaida. Se les sigue los pasos, y no tardaremos en conocer los planes que se proponen desarrollar, si es que los tienen.

Feurgéres sonrió al notar mi actitud de desconfianza.

—Estoy en mi tierra, Greatson, y no me faltarán amigos. Vivo a un tiro de piedra de la Rue Henriette. Vámonos. Estere se encargará de nuestros equipajes.

Un taxi nos condujo, a través de la niebla fría y gris hasta la Rue de Saint Antoine, donde radicaba la vivienda de Feurgéres. Me quedé sorprendido al comprobar que los criados nos esperaban ya. Uno de ellos me condujo a lo largo de varios corredores hasta el cuarto de baño, donde la bañera de mármol estaba a medio llenar, con el agua templada. Me trajeron

una muda. Todas mis necesidades estaban cuidadosamente previstas. Me había imaginado que Feurgéres era hombre de gustos sencillos; pero me daba ahora cuenta de que no era así. Mientras esperábamos el desayuno, Feurgéres me enseñó su casa, lujosamente decorada y amueblada. Por todas partes surgían objetos raros y curiosos, tesoros artísticos acumulados en sus correrías por numerosos países.

Pero, en cierto sentido, la lujosa morada estaba desprovista de vida. Era más bien un refugio de fantasmas. No había señales de que allí habitaran seres vivientes. Faltaba aire para respirar. Todo estaba en un orden mortecino que sobrecogía. Ni siquiera había polvo, y los enseres mostraban la frialdad del desuso. Por todas partes se observaba la tristeza de esos lugares inviolados que sólo transpiran el apagado eco de una vieja historia, pasada para siempre. Sólo una puerta permanecía cerrada, y ésta es la única que abrió Feurgéres con la llavecita que pendía de su cadena. Entró, sin invitarme a pasar.

—Perdóneme un momento —me dijo—. Vaya al comedor, y desayune si quiere. No me espere.

Me acompañó el ama de llaves, una anciana muy peripuesta, tocada con una cofia sujeta con un amplio lazo de cintas blancas. Al abrir Feurgéres aquella habitación, el perfume de las flores invadió el pasillo, suavizando el ambiente. El ama de llaves me sirvió al punto el café, sin poder reprimir un suspiro. No me avergüenza confesar que me picaba la curiosidad.

—Podría esperar a que venga *monsieur* Feurgéres —le insinué yo.

—Vale más que el señor desayune solo —repuso tristemente *madame* Tobain, pues ya me había dado a conocer su nombre—, y que me ahorre explicaciones.

—¿Pero espera a alguien el señor? —la interrogué yo.

La anciana movió la cabeza como si se preparara a confesar algo sacrosanto.

—No espera a nadie —contestó—. Se halla en la habitación que fue de *madame*. Cuando pasa por París, suele encerrarse allí durante varias horas cada día. Y si actúa aquí, apenas termina la representación, viene a casa para permanecer en esa sala completamente solo, pues no permite que se le interrumpa. Allí no entra nadie más que yo. Cada día entro a limpiarla y a

renovar las flores, las más raras y costosas que encuentro. ¡Qué devoción a la muerta! ¡No conozco otro caso igual! ¡Sólo los grandes artistas pueden sentir tan fervoroso culto!

Secóse los ojos con el delantal, y haciendo una genuflexión salió la anciana del comedor. Momentos después llegó Feurgéres. Yo no me atrevía a mirarle. Tenía la garganta oprimida.

—Usted se quedará aquí —me dijo en su tono habitual—; pero dispuesto a salir en el momento en que le avise. Saldré solo para ultimar ciertas pesquisas.

Levanté entonces la vista y me impresionó la palidez de su rostro; pero, en cambio, sus ojos despedían un fulgor en el que brillaba la alegría.

—Usted debería descansar un rato, *monsieur* Feurgéres —le dije—, porque ha de estar fatigado del viaje.

—Estoy como si acabara de levantarme de la cama —repuso con risueño semblante—. Siempre que yo...

Se interrumpió de golpe, y, levantándose, anduvo a lo largo de la habitación, con pasos graves y medidos; pero sin que se extinguiera la sonrisa de sus labios. Finalmente, se detuvo junto a mí, y habló así, poniéndome una mano en el hombro:

—Es usted el único, mi querido amigo, a quien considero digno de revelarles los sentimientos de mi corazón. Usted sabe lo que es sufrir. Sólo lo pueden comprender los que han templado el corazón en las adversidades de la vida. Lo que ocultamos al mundo, lo compartimos con quien siente al unísono que nosotros las penas que nos embargan. Pero usted tiene la esperanza, que yo he perdido al terminar mi maravilloso pasado. Muchos me compadecen por la soledad en que vivo; pero se equivocan. ¡Qué poco saben de mí! No soy un sentimental. Tengo un claro sentido de la realidad. Para el mundo murió mi idolatrada esposa Isabel; pero para mí sigue y seguirá viviendo. Acabo de estar con ella. Me han sonreído sus ojos al darme su bienvenida desde el sillón donde estaba sentada. Sólo se ha producido un cambio que quiero explicarle.

Tras una pausa, continuó, suavizando el tono de su voz:

—He de serle sincero, mi buen amigo. Cuando perdí a Isabel, pasé días de horrible angustia; pero lo único que me atenazaba era el anhelo de

estrechar su cuerpo, de besar sus labios, de acariciar sus manos, de oír el timbre de su voz. Pero, poco a poco, fui recobrando su espíritu, que ya no me ha vuelto a dejar. Me acompaña siempre. Al principio lo entreveía de un modo impreciso e incoercible; pero a medida que pasaba el tiempo se fue concretando, hasta que percibí la realidad de su presencia. Evocaba su recuerdo, y acudía al palco que le reservaba en el teatro, y asistía a la representación, y al besar las rosas éstas me transmitían su cariño con el perfume que exhalaban. Y cuando llego a esta casa cierro la puerta que nos separa del mundo, y ella acude a mi llamada, la estrecho entre mis brazos y le susurro las dulces palabras que ella prefería, y la llamo con los nombres que ella amaba, y todo mi dolor se extingue y renace mi gran amor, que subsistirá hasta la tumba.

—No volveré a compadecerle —le expresé, estrechándole la mano—. Usted ha vencido al destino adverso, a la inexorable ley que nos condena a una vida de pesadilla en el momento en que nos creemos más felices. Usted ha transformado el dolor en fuente de alegría. Es un gran triunfo. Su ejemplo hace que mis propios sufrimientos me resulten ligeros y anodinos.

—¡Ah, no! Usted no debe sufrir porque le acompaña la esperanza. Usted lucha valerosamente para no dejarse vencer por el destino, como tantos otros. Con voluntad, fe y pureza de sentimientos se enciende la llama que irradia en las tenebrosas simas del dolor. Se acerca el fin de sus penas, amigo mío.

De súbito se desplomó en el sillón. Me alarmé de pronto; pero al punto advertí que en su radiante rostro no había la menor huella de sufrimiento.

—Usted es joven, Arnold Greatson —continuó diciendo—. Se hará famoso. No se cruzará de brazos cobardemente cuando la vida le zarandee a usted. Por esto mismo he levantado ante usted el telón que ocultaba mi pasado. Le conozco, y sé que triunfará contra todos y contra todo. Al fin y al cabo, la vida tiene compensaciones para los que saben luchar.

Sin duda me habría hablado más; pero nos interrumpieron. En la puerta habían sonado unos leves golpeitos y pasó el joven a quien había visto en el andén de la estación, conversando con Feurgéres. Éste se puso en pie y avanzó hacia él, perfectamente tranquilo.

Hablaron en voz tan baja que no pude escucharles. Feurgéres se volvió, para anunciarme:

—Se van. Han pedido un tren especial para Marsella, donde embarcarán tal vez para Illghera, aunque *monsieur* Estere duda de que sea éste su destino. Se han negado a ir en un coche salón unido al *train de luxe*. Espéreme usted hasta que vuelva; pero prepárese a emprender un viaje.

Me quedé solo. Encendí un pitillo y me dispuse a leer. No habría pasado media hora cuando *madame* Tobain me sacó de mi abstracción.

—Señor, una dama desea verle —me anunció.

Una señora no muy alta y de tipo esbelto, entró, envuelta en un holgado abrigo de viaje. Quitóse el velo, y di un salto al reconocerla. Era *lady* Delahaye.

OceanofPDF.com

Capítulo IV

No tuvo necesidad de hablar una palabra para que yo comprendiera su propósito. Lo único que me extrañaba era lo mucho que había tardado en descubrirlo. En su rostro se advertía la decisión de su ánimo.

—¿Dónde está ese hombre? —preguntóme, sin más preámbulos.

—Ha salido —me limité a contestar.

Se sentó y desprendióse el velo de su sombrero.

—¿Volverá?

—Volverá —concedí.

—¡He sido una idiota! —murmuró para sí— Después de todo podría ser mío ese collar de esmeraldas sin gran esfuerzo.

—Yo no estoy tan seguro —observé—. No es lo mismo sospecharlo que probarlo.

—Tengo mis motivos para creerlo —replicó ella—. La policía está para algo, y tiene como punto de partida para sus averiguaciones un hecho cierto.

—¿Para qué recurrir a la policía? —pregunté— ¿No cree que por el bien de todos y por respeto a la memoria de su marido sería mejor dejar las cosas como están?

Me dirigió una mirada desdeñosa, y contestó:

—¿Cómo voy a permitir que campe libremente el asesino de mi marido? Mi propósito es muy distinto al tuyo, Arnold Greatson.

—*Lady Delahaye*... —empecé a decir, acercando un poco más mi silla.

—Tus intentos para persuadirme serían más eficaces apeando el tratamiento y llamándome por mi nombre de pila —me interrumpió—. Nunca te prohibí que lo usaras.

—Así, pues, Eileen, te aconsejo que pienses seriamente antes de dar un paso adelante en lo que a *monsieur* Feurgéres se refiere. Te advierto que tenía muy poderosas razones para proceder como lo hizo. Aun con la más

benévola interpretación, lo que intentaba hacer tu marido era muy expuesto. Si removieras ahora el asunto, la campanada repercutiría en la misma Corte de Illghera. El escándalo será sonado, y la historia de Isabel tendrá eco en la gran prensa de toda Europa. ¿Y qué efecto le causaría esto a la archiduquesa?

—Desde luego, malo —reconoció francamente *lady* Delahaye—; pero la archiduquesa no es la única persona que cuenta en el asunto. Mi parte no es grano de anís, y pareces querer ignorarla. Mi marido fue alevosamente asesinado, y tú tratas de encubrir al criminal.

—En cierto modo, no existió el crimen —se excusó Arnold.

—Tu marido no murió de la herida; lo mató su mal estado de salud.

—No admito esa distinción —declaró *lady* Delahaye, con frialdad—. Murió, de la conmoción que le provocó el disparo.

—Considera por un momento la situación en que se hallaba *monsieur* Feurgéres —expresó Arnold—. Isabel era la única hija de la mujer que tanto había amado. Había de velar por ella, y no podía mantener relaciones personales con la niña para no perjudicar su porvenir. Todo lo que podía hacer es vigilarla a distancia. La vio en peligro, y quiso salvarla. Prescinde de que eres la esposa de Delahaye y ponte en el sitio de Feurgéres. ¿Qué hubieses hecho tú?

—Faltó a la ley de los hombres y a un mandamiento de Dios —afirmó ella, con energía—. Que pague las consecuencias. Yo no soy una mujer vengativa. Le hubiera perdonado si se hubiera limitado a golpear a mi marido para arrancarle la niña; pero fue demasiado lejos.

—¿Has informado ya a la policía?

—Todavía no.

—¿Viniste a verle para proponerle algún arreglo? —le pregunté, esperanzado.

—Entre *monsieur* Feurgéres y yo no cabe arreglo alguno —aseguró ella—. Nada de cuanto me ofreciera pesaría en mi ánimo.

—Entonces, ¿para qué has venido?

—Para verte a ti y preguntarte qué precio estás dispuesto a pagar con tal de que no moleste a *monsieur* Feurgéres.

Me quedé turbado, sin entrever adonde iba.

—Lo que me pidas —contesté, finalmente.

—¿Qué representa para ti ese hombre para que tú te sacrifiques por él? —preguntó ella, bajando la voz—. Tienes una lealtad a prueba con tus amigos.

—Conozco muy bien la vida de ese hombre, y sé que todo lo merece —contesté—. Además, comienzan a pesarle los años y su salud se debilita. Deja que acabe la vida que le resta en paz. Nunca lo lamentarás, Eileen. Si mi eterna gratitud vale algo para ti...

—Necesito algo más que tu gratitud —me interrumpió.

Permanecimos mirándonos en silencio. Leí en su demudado rostro y en el apagado brillo de su mirada cuanto deseaba saber. Yo no tenía el menor deseo de hablar.

—No hace muchos años —prosiguió ella—, era yo el objeto de tus ansias, o, por lo menos, así lo decías. No creo haber cambiado tanto que no merezca ya tu atención. Arnold, renuncia a buscar a esa joven. Ya sé que no todo es filantropía tu interés por ella. Sería un disparate que te enamoraras de ella. Pertenecéis a mundos opuestos y la doblas en edad. No está ella en edad de saber lo que es el amor y la vida. Renuncia a Isabel, que está ahora en buenas manos. Vente conmigo a Londres, y *monsieur* Feurgéres quedará libre para siempre.

—Muchas gracias, señora —dijo el propio Feurgéres, entrando de improviso.

—¿Puedo preguntarle, señor, si hace mucho que me escuchaba?

—No tanto como hubiese deseado; pero lo suficiente para darme cuenta de lo que usted pretende —respondió el aludido—. Mi joven amigo está dispuesto a pactar con usted mi libertad personal; pero yo no puedo consentirlo. Si usted trata de vender su silencio, las condiciones hemos de estipularlas usted y yo.

—Ya le he dicho a mister Greatson —repuso ella con un tonillo impertinente— que no cabe acuerdo entre nosotros dos, por cuanto nada suyo llegaría a interesarme.

—¿Pero podría ponerse de acuerdo con mister Greatson?

—Eso es cosa de él y mía, y de nadie más —repuso ella, con cierta displicencia.

—Escúcheme un instante, *lady Delahaye* —insistió Feurgéres—, y no crea que voy a intentar justificarme; pero quiero darle una explicación.

—Démela, si lo cree conveniente —repuso ella, encogiéndose de hombros.

—¿Quién podría asegurarlo? —exclamó Feurgéres— Le comunico de una vez para siempre que lo que acaeció en el «Grand Café» no fue a impulsos de un propósito homicida, sino la consecuencia lógica de una larga serie de hechos. Usted conoce las especiales circunstancias que me separaban de Isabel. No podía acercarme a ella ni erigirme abiertamente en tutor suyo. Cualquier intervención mía en la vida de la niña, la inhabilitaría para reintegrarse algún día al puesto que debe ocupar entre los Waldenburgo, y tuve que valerme de mis agentes privados para seguir paso a paso la vida de Isabel.

—¿Y con qué objeto, *monsieur Feurgéres*? Usted no tenía derecho alguno a inmiscuirse en su vida.

—Su madre me encargó que velara por ella —replicó Feurgéres—, y, por lo tanto, era un deber sagrado para mí cuidar de la niña. El azar me puso frente a la persona que podría hacer lo que a mí no me estaba permitido, y en un momento muy crítico el destino me trajo a mister Arnold Greatson. No es cosa agradable, *lady Delahaye*, hablar mal de una mujer, y mucho menos detestar a los muertos; pero, con todo, tendré que exponerle algunos hechos. La archiduquesa estaba decidida a todo con tal de impedir la honrosa incorporación de Isabel al círculo de los Waldenburgo. Ella fue la que, luego de lo que llamaba *la perdición* de su hermana, envió secretamente a la niña al convento, y fue el propio marido de usted, *lady Delahaye*, quien la sacó de allí. Primeramente me pusieron al corriente de las visitas de Delahaye al convento, y más tarde, una irreflexiva confidencia que le hizo a un amigo suyo en un club de París, y que fue transmitida a Norteamérica, me obligó a regresar a mi país. Tenía razones para sospechar de los fines que perseguía el Mayor Delahaye al erigirse en tutor de la niña, a espaldas de la misma archiduquesa. He de anunciarle, señora, que desde que me hice comediante eran muchos los que parecían desconocer que yo desciendo de una gran familia, y su marido de usted era uno de ellos. Yo le escribí a su marido recomendándole que no sacara a la niña del convento;

pero su marido me devolvió la carta con unas líneas despreciativas. Entonces le visitó en mi nombre el duque de Autrien, y no saqué nada en limpio. Le volví a avisar, y me desatendió; y al escribirle por tercera vez le anuncié claramente que si sacaba a Isabel del convento, correría a la muerte.

La pausa que siguió me permitió advertir la palidez de *lady Delahaye* y su mirada suplicante.

—*Monsieur Feurgères* —intervino en este punto ella—, no quiero juzgarle ni vengarme; sólo le pido que me deje unos momentos a solas con mister Greatson antes de proseguir su relato.

—No puedo complacerla, señora —repuso él, con toda gravedad—. Aparte de que no puedo consentir que yo obtenga la seguridad de mi persona a expensas de una persona a quien tanto debo, es preciso que mister Greatson se halle en su sitio fuera de aquí dentro de un cuarto de hora.

Di un salto; olvidé a *lady Delahaye*; prescindí del hombre cuya libertad y cuya vida estaban a merced de aquella mujer, y me dispuse a marchar adonde me reclamaba el egoísmo que me dominaba.

—¡Mándeme usted! —exclamé, mirando a Feurgères.

Lady Delahaye adivinó mi estado de ánimo. Se puso en pie y lentamente avanzó hacia la puerta. Imposibilitado de hablar, asistí a la escena sin hacerle ninguna demostración a nuestra visitante. Feurgères llamó a un criado desde la puerta para que la acompañara; pero sin mediar ni una palabra de despedida entre ellos.

Al quedarnos solos, Feurgères me habló con inusitada vehemencia.

—Corra usted. Lo único que cabe hacer es cuenta suya. Se la llevan otra vez al colegio. Están en París *madame Richard* y el conde de Vaux. Lo han tramado ya todo; pero no importa. Si Isabel cruza de nuevo los umbrales del convento, está perdida para siempre. Debe usted impedirlo.

—¡Estoy dispuesto a todo! —exclamé, en un transporte de desesperación.

—Estere le espera en el coche, a la puerta de la calle. Le llevará a la estación. Tome usted el expreso de Marcon. Allí le esperará un automóvil que lo conducirá al convento. El chófer sabe por dónde ha de ir. Ha de

alcanzarles en el camino, y emplee la fuerza si es preciso. ¡Ay de Isabel, si usted fracasa!

—¡No fracasaré! —rugí.

—Y a la vuelta, la trae aquí, pues quiero verla otra vez.

Del cajón de una mesa sacó un pequeño revólver, que me entregó. Salí de prisa, y ya en el coche me despedí agitando la mano a la obscura figura que me contemplaba desde la ventana, cuyos empañados ojos tenían una expresión de infinita tristeza. Hasta que me vi en el tren no pensé en lo que podía ocultar *lady Delahaye* tras su brusca marcha contra *monsieur Feurgéres*.

OceanofPDF.com

Capítulo V

Nuestros planes se desenvolvieron a la perfección; pero la archiduquesa no debía de haber descuidado los suyos. Avanzamos hacia Argueil sin ver rastros del carruaje que nos precedía; pero al trasponer una colina de viñedos lo descubrimos en la cuesta que conducía al convento.

—¿Los alcanzaremos? —le pregunté al chófer, casi sin aliento.

—Téngalo por cierto —me contestó, animoso, y cambiando de marcha, no obstante lo empinado del camino.

Mediada la cuesta, apenas nos separaba una distancia de medio centenar de metros. El chófer me interrogó nuevamente con la mirada.

—Toque la bocina —le ordené.

Él obedeció. El coche de delante se apartó a un lado, y al pasar pude ver a sus tres ocupantes. Eran *madame* Richard, Isabel y el barón von Leibingen. Con éste, pues, habría de habérmelas.

—Pare, y aparte el coche al otro lado del camino.

El chófer cumplió mis indicaciones. Salté del auto y vi que el barón sacaba la cabeza por la ventanilla del carruaje instando al cochero para que azuzase a los caballos.

—Si no se detiene, dispararé contra los caballos —amenacé al cochero.

Pero éste no hizo el menor caso, antes bien, fustigó a las caballerías, decidido a arrollarme. Disparé, y uno de los caballos se encabritó impetuosamente, y al desplomarse arrastró consigo al otro animal, rompiendo la barra. La sacudida del carruaje fue tan violenta, que el cochero fue lanzado por encima de los abatidos animales, cayendo en un seto próximo. El hombre renegaba de un modo incoherente. El barón sacó el cuerpo por la ventanilla, empuñando un objeto que refulgía a la luz del sol.

—Ya le he soportado bastante, amigo —me dijo rabiosamente, a la par que disparaba su revólver en el momento en que una mano le sujetaba por

el brazo. Trémulo de ira me arrojé sobre él antes de que volviera a disparar. Le agarré del cuello y a tirones le saqué del vehículo.

—Quien está cansado de soportarle a usted, soy yo, tío tunante —proferí, tumbándole a golpes en medio del camino. El barón gemía bajo mis rudos golpes, y cuando lo dejé casi exánime, lo aparté hasta la cuneta.

Isabel vino hacia mí con los brazos abiertos.

—¡Arnold, Arnold! ¡Líbrame de estos verdugos! —me decía, llorosa y pálida como una muerta.

Los negros ojos de *madame* Richard fulguraron de cólera, y agarrotó a Isabel con una fuerza que la privaba de todo movimiento. Yo sentíame desconcertado, sin atreverme a separar a Isabel de los brazos de aquella señora; pero, por fin, me decidí a proceder con la energía que el caso requería.

—No he levantado jamás la mano contra ninguna mujer —le dije—; pero le advierto que si no suelta a esta señorita me olvidaré de la diferencia de sexo.

—¡Nunca! —exclamó— ¡Socorro, socorro! ¡Barón! ¡Cochero! ¡Aquí!

Unos hombres que trabajaban en los viñedos a bastante distancia de nosotros, observaban lo que estaba ocurriendo. Comprendí que no había tiempo que perder, y abalanzándome sobre *madame* Richard la obligué a soltar a Isabel. Sus huesos crujieron entre mis dedos antes de que soltara la presa.

—¡Salta a ese automóvil, de prisa! ¡Ánimo, querida Isabel! ¡Es cosa de un momento!

Isabel se tambaleaba al cruzar el camino, y medio desfallecida subió al auto, ayudada por el chófer. *Madame* Richard murmuraba maldiciones viéndose impotente para fulminarme con sus terribles miradas. Me desembaracé de ella como pude, pues persistía en cogerme, y de un salto me metí en el auto; pero aquella arpía se detuvo delante, decidida a cerrarnos el paso. El chófer hizo marcha atrás, y gracias a una hábil maniobra pudo enfilear el camino, ya sin obstáculos.

Los vendimiadores avanzaron hacia la carretera y se unieron a *madame* Richard, que no cesaba de lanzar agudos gritos. Mientras tanto, nosotros nos alejábamos a tal velocidad que el aire suave de poco antes habíase

convertido en fuerte viento. El chófer, inmóvil y atento a su misión, era como la fría imagen del destino.

—¿Qué órdenes tiene? —le pregunté al cabo de media hora de correr.

—Llevarles a París soslayando los lugares donde haya oficinas de telégrafos —contestó.

Isabel seguía medio inconsciente. Poco a poco fue recobrando su color natural, y cuando abrió los ojos me miró sonriente. Sus dedos se agarraron débilmente a mi mano, y continuó callada. Largo rato después trató de incorporarse.

—Mi querido Arnold, eres mi ángel custodio —susurró—. ¡Oh, si yo...!

Un violento estremecimiento la hizo enmudecer.

—No te esfuerces, Isabel —le recomendé—. No habría cumplido con mi deber de custodiarte de no haberte sacado del trance en que te hallabas. Pero todo se lo debes a *monsieur* Feurgéres, que ideó el plan para salvarte.

—¡Qué bueno ha sido! —murmuró la joven—. Arnold... hace muchas horas que no he probado nada. Me ponían ciertos ingredientes en la comida para amodorrarme, y acabé rehusando todo alimento.

Pronuncié unas palabras condenatorias en voz baja, y me dirigí al chófer, rogándole que parase. Nos hallábamos en un pueblecito que tenía una especie de fonducho, y en él nos metimos. La sopa caliente infundió ánimos a Isabel. Una chuleta y medio vaso de vino le devolvieron el saludable color de sus mejillas, y empezó a animarse. Lo que lamentó fue que la privara del café, pues urgía reanudar la marcha.

Sentóse junto a mí y enlazó su brazo con el mío. El automóvil prosiguió velozmente, camino de París.

Dado el decaimiento físico de Isabel, yo rehuía iniciar una conversación formal; pero ella, un tanto desarticuladamente, me fue explicando algunas cosas:

—Cuando me llevaron a aquella casa y cerraron la puerta de la sala donde me metieron, comprendí que la carta de *monsieur* Feurgéres era una falsificación. Entonces acudió mi tía, que me habló amablemente al principio y luego muy furiosa. Me dijo que mi abuelo estaba muy viejo y enfermo y que deseaba verme antes de morir, por lo que debía acompañarla en el viaje que iba a emprender en seguida. Yo le contesté que antes de

marchar tenía que verte a ti, y esto la sacó de sus casillas. Me soltó que mi existencia era una desgracia para toda la familia, que no debía nombrarte nunca más y que había de conducirme como si acabara de salir del convento. Esto me llenó de rabia y afirmé que no iría a Illghera, que no quería conocer a mi abuelo ni a nadie de mi parentela. Me habían tenido tantos años abandonada, que yo prescindiría de ellos en adelante. Sin interrumpirme, mirábame fríamente, con una sonrisa maligna en su boca. Y cuando hube terminado de hablar, me dijo solamente: «Bueno, ya veremos.» Y me dejó otra vez sola. Me trajeron comida, y a las primeras cucharadas, me sentí indispuesta. Después, todo pasó como en sueños. Iba adonde me llevaban y apenas si prestaba atención a lo que me rodeaba. Estando en París, vino a verme mi prima Adelaida, que me trajo bombones y me anunció que tú estabas cerca de mí. Creo que me hubiera muerto, de no infundirme tantos ánimos. Entonces procuré no perder sílaba de lo que se hablaba ante mí. Adiviné que no pensaban llevarme a Illghera, sino al convento. Adelaida volvió a verme y dióme un beso y más bombones. Me decidí a luchar y a no tomar más alimento. Me decía a mí misma que no debía amilanarme, pues estaba fuerte y sana, y por esto cogí al barón cuando vi que quería matarte. ¿Por qué me odia tanto mi tía, Arnold?

Su voz se había ido debilitando, y ahora hallábase Isabel como sumida en un invencible sopor. Su cabeza reposaba en mi hombro y su mano descansaba en la mía. Nos hallábamos ya en los alrededores de París. Los ruidos de la gran villa y la mayor trepidación del auto, la hicieron volver en sí.

—¿Me hallo bien segura? —me preguntó apretándose a mi brazo y con signos de inquietud.

—Completamente —la tranquilicé yo.

Momentos después se detuvo el auto delante de la residencia de *monsieur* Feurgéres en la Rue de Saint Antoine. En la entrada nos recibió Tobain. Tenía los ojos lacrimosos, y revelaba viva ansiedad.

—Temo que el señor... —comenzó a decir.

—Atienda primero a la señorita —la atajé yo—. Viene enferma. ¿Le tiene preparada habitación?

Sin detenernos, nos dirigimos al comedor, donde estaba puesta una mesa con todos los refinamientos de una mansión elegante. El servicio de mesa era digno de *monsieur* Feurgéres. La botella que se destacaba entre las flores y las ensaladeras estaban adornadas con hojas de oro. Tobain le puso una silla a Isabel junto a la redonda mesita.

—*Monsieur* lo ha dispuesto todo para usted —le dijo—. Ha querido que todo sea de lo mejor, y hasta ha elegido el vino.

—¿Dónde está *monsieur* Feurgéres? —le pregunté, algo impresionado por el tono velado de su voz.

—Si *mademoiselle* quiere quedarse sola un momento, le llevaré adonde él está —murmuró.

Ya en el vestíbulo, no ocultó los temores que le asaltaban.

—Estoy asustada, *monsieur* —me dijo entonces—. Luego de hacer todas las previsiones para la cena, me llamó. Estaba delante de la habitación de *madame*, adonde no nos está permitido entrar, con una gran brazada de flores. Las había comprado él personalmente en la floristería, y trajo más que nunca. «Tobain —me dijo—, ya sabe que siempre cierro la puerta cuando entro aquí; pero hoy no lo haré. Sin embargo, que no entre nadie salvo mi amigo mister Arnold Greatson cuando llegue esta noche. Ya sabe mis órdenes, Tobain. Aquí sólo entrará mister Arnold Greatson.» Su rostro tenía una expresión que me impresionó. Desde entonces no me ha dejado el miedo. Su aspecto era el de un joven radiante de salud y alegría. Ni aun el día de su boda, a la que asistí, le vi tan jubiloso y expresivo. Allí le dejé, sin que haya vuelto a dar señales de vida, no obstante las muchas horas que han pasado. Por favor, corra usted a ver qué le pasa.

Confieso que empecé a compartir las aprensiones de Tobain. Llamé suavemente a la puerta con los nudillos, sin obtener respuesta, y esto me impulsó a entrar.

La habitación se hallaba a oscuras; pero al abrir, la puerta debió tocar algún mecanismo oculto debajo de la alfombra porque al punto se llenó de una claridad suave y difusa. *Monsieur* Feurgéres permanecía sentado, con los ojos cerrados y una tenue sonrisa en sus labios. Tenía el aire de dormir tranquilamente, arrullado por un dulce sueño. Junto al suyo había otro sillón en el que apoyaba una mano, como si se hubiera quedado dormido mientras

acariciaba las encarnadas rosas que desbordaban por encima de los brazos. La habitación estaba impregnada de una deliciosa fragancia.

—*Monsieur* Feurgéres, aquí nos tiene ya —le anuncié, con trémulo acento—. Isabel está en su casa.

No obtuve respuesta; pero me pareció que la leve sonrisa que esbozaban sus pálidos labios, como algo indefinible y etéreo, se acentuaba por el gozo que le causaban mis palabras; pero todo era debido a mi excitada imaginación por cuanto *monsieur* Feurgéres se había sumido en lo que tanto deseó su corazón. Avancé con tácito paso y desgajé delicadamente una de las rosas que desbordaban del sillón, y volviendo al comedor se la ofrendé a Isabel.

OceanofPDF.com

Capítulo VI

No le oculté nada a Isabel la noche en que salimos a cenar solos, la primera y única vez hasta entonces. La hora era propicia para confidencias que nunca me había atrevido a hacerle. El verano se había adelantado. El buen tiempo nos sacó de casa. Susurraban las ramas de los árboles a impulsos de la brisa vespertina, y su blando rumor vertía en nuestros oídos una música más dulce que la de la orquesta del elegante restaurante donde nos hallábamos, y ningún techo esculpido hubiera superado en belleza a la bóveda estrellada donde se perdían nuestras miradas.

Yo le expuse claramente la situación, y al terminar, Isabel me observó, pálida e impasible.

—¿Así que he de elegir yo? —me preguntó, tras larga pausa.

—Lo malo es que no veo qué camino he de seguir. Por una parte tengo unos parientes que no me quieren. Por otra, el dinero que me legó *monsieur* Feurgéres me permite llevar una vida independiente. ¿Acaso no puedo escoger el modo de vivir que prefiera, sin dar cuenta a nadie?

—Me temo que no —contesté—. Creo, Isabel, que *monsieur* Feurgéres estaba en lo cierto. Ya te he dado cuenta de lo que me decía en la carta que me escribió pocas horas antes de morir, en ese trance supremo en que los sentidos se agudizan y se ven las cosas con mayor claridad. Tú eres una princesa de Waldenburgo y, además, tienes un abuelo que aún no se ha repuesto del dolor que le causó la pérdida de tu madre y de ti. No le cabe culpa alguna por lo que hicieron contigo. Tu tía la archiduquesa te eliminó del seno de los Waldenburgo sin saberlo tu abuelo, a quien ha tenido engañado todo este tiempo. Tu deber es ir al lado de tu abuelo.

—Pero contigo —repuso Isabel con firmeza.

—Yo no te dejaré hasta que te vea con tu abuelo; pero, luego...

—¿Qué? —me interrogó con ansiedad.

—Te dejaré —repuse, apartando la mirada y haciendo un gran esfuerzo de voluntad—. Nuestros destinos son diferentes. Pertenece a una de las grandes familias de Europa y estás entroncada con una ilustre dinastía, y esto te obliga a someterte a imperativos inexcusables.

Me dolió ver la tristeza de su rostro; pero yo no rehuí hablarle con la fuerza de persuasión que me daba mi convencimiento.

—No dudes, querida Isabel, de que tu madre te hubiera aconsejado lo mismo que *monsieur* Feurgéres. Por duro que te resulte vivir entre gentes extrañas, has de resignarte. Has llegado a un punto en que debes comenzar una nueva vida. Esto es lo conveniente y lo justo.

Isabel volvió el rostro para que yo no advirtiera el temblor de sus labios y la palidez de sus mejillas. Callaba, temerosa del eco de su propia voz. El brillante disco de la luna ascendía lentamente por encima de los árboles. A nuestros oídos llegaban los confusos rumores del Bulevar, del que sólo nos separaban unos metros de distancia. La gente se agrupaba en torno de las mesas vecinas, y todos daban la sensación de esa alegría exultante con que los franceses se reúnen para saborear gratos manjares. Los camareros sonreían al retirar con sus diestras manos los platos servidos y al poner otros nuevos. Sobre los inmaculados manteles dejaban el servicio de café y de licores, y con vivo ademán corrían hacia donde se les llamaba.

Isabel parecía ajena a este espectáculo, Su rostro parecía tallado en blanco mármol bajo la luz del atardecer que se degradaba con la luz artificial. Yo la observaba con el corazón oprimido. En su interior debían reñir una fiera lucha los sentimientos que alentaban en la niña de ayer y los que apuntaban en la mujer de mañana. Cuando habló, finalmente, lo hizo sin levantar la vista de la mesa.

—¡Lo conveniente y lo justo! —susurró— Esto es lo que quiero hacer. Deseo lo que hubiera deseado mi madre para mí; pero, con todo, me parece algo duro. Yo no quiero ser princesa, ni anhelo ser rica. Me basta el mediano pasar que me ha dejado *monsieur* Feurgéres. Quiero ser libre; vivir mi propia vida; satisfacer mis gustos, como tú, como Allan, que pintáis, escribís o pensáis a vuestro antojo... A mí me gustaría ser artista también. Pero... no me habéis dejado, y ahora tú y *monsieur* Feurgéres habéis trazado mi destino, que no es el que yo prefiero... Más, sí os obedeceré,

porque comprendo que tenéis razón. Estoy dispuesta a hacer lo que, según *monsieur* Feurgères, hubiera deseado mi madre. Viviré con mi abuelo, si él quiere, y nunca me moveré de su lado; pero, con una condición.

En este punto fijó en mí su mirada. La contracción de su boca y un cambio sutil en el tono de su voz, me revelaron la lucha que sostenía consigo misma. Ahora fue la princesa Isabel la que habló.

—No permitiré que mi madre sea ignorada o que me la presenten como una mujer que olvidó su rango y condición. Todo esto son bagatelas comparadas con las grandes cosas de la vida. Me enorgullece el valor que demostró mi madre al renunciar a su alto rango social en aras del amor que embelleció su existencia. Sé que tú me comprendes, Arnold; pero estoy segura de que los demás no me comprenderán. Te anuncio que si no se muestran indulgentes conmigo, no me quedaré con ellos.

Yo la miré admirado. Parecíame algo extraordinario que aquella misma niña que yo llevé de la mano a través de Covent Garden en aquella clara mañana de primavera y que había desarrollado su espíritu y su pensamiento bajo mi propio techo, privada casi de instrucción, se hubiera transformado en una mujer de tan aguda percepción y de tan vigoroso carácter. La semilla que estaba dando sus frutos debía llevarla oculta en lo profundo de su ser. ¡Sabernos tan poco, después de todo, de las personas que más creemos conocer!

—Tu condición es plausible —expresé yo—. Vas a entrar en un mundo lleno de convencionalismos y de prejuicios. Las cosas que a ti y a mí pueden parecernos diáfanas, para ellos tal vez sean oscuras. A ti te han de recibir como digna hija de tu madre, y no simplemente como nieta de un rey.

Isabel asintió a mis palabras. Apoyó los codos en la mesa, descansando el rostro en sus manos, y se me quedó mirando. A pesar de su palidez y de la severidad de su negro vestido, tuve que reconocer lo que me asustaba decirme en mi pensamiento: que era hermosa y que su belleza crecía de día en día. Mi corazón palpitaba con fuerza.

—Arnold, ¿me echarás de menos? —susurró.

El césped que pisábamos se hundió bajo la presión de mis pies. Aparté la mirada por no tener valor para resistir la suya.

—Yo, y todos nosotros —repuse con gravedad—. La vida ya no será la misma para los de casa. Tú la embelleciste con tus gracias, y tu ausencia nos resultará dolorosa. Procuraremos mitigar la pena trabajando rudamente. Allan pintará un gran cuadro; Arturo inventará un motor y ganará una fortuna, y yo... —añadí, esforzándome por parecer alegre— escribiré mi obra inmortal.

—¿La novela que no quisiste leerme?

¡Cómo iba a leérsela sabiendo yo que, aun entre líneas, hubiera avizorado ella mi propio sufrimiento! El secreto era difícil de guardar conviviendo con la que suscitaba todas mis inquietudes, y a la que la misma verdad, de haberla descubierto, hubiérale parecido increíble.

—Esa u otra, ¿quién sabe? —contesté en tono ligero y superficial—. Nadie es buen juez de su propio trabajo.

—¿Y por qué no quisiste leérmela, Arnold? —me preguntó cariñosamente.

Mirábame ahora con particular atención y procuré eludir la respuesta; pero no pude disimular la verdad.

—No me lo preguntes —le imploré, convulso—. En la vida cometemos a veces errores. No haberte leído mi novela cuando me lo pediste, fue uno de los mayores que he cometido.

—Si la tuvieras aquí...

—Te la leería, no lo dudes —declaré.

Isabel exhaló un suspiro. No parecía satisfecha del todo.

—A veces, Arnold —dijo, pensativa—, me dejas muy perpleja. Me tratas como si fuera una niña; me mantienes siempre a cierta distancia, como si hubiera entre nosotros alguna inmovible barrera, como si no fuera posible que entraras tú en mi mundo o que yo me introdujese en el tuyo. Sé que eres más juicioso y más inteligente que yo y que puedes enseñarme mucho. He estado aprendiendo todo este tiempo. Pero ¿tenemos que permanecer siempre a tan gran distancia?

—Querida Isabel —contesté—, olvidas que tengo casi doble edad que tú. Tienes dieciocho años, y yo treinta y cuatro. No puedo volverme tan joven como tú, por mucho que lo deseara. Y, por lo demás, he sido tu tutor. Soy un pobre escritorzuelo, cuya familia no ha sido en modo alguno

distinguida y con muy escaso dinero, y tú eres una princesa que se halla en el polo opuesto de la vida. Lamento haber tenido que recordarte estas cosas, Isabel.

Ella se inclinó un poco más sobre la mesa. De nuevo sus ojos se fijaron en los míos, y sentí que mi corazón latía como el de un muchacho al contacto de sus suaves y blancos dedos mientras ella ponía su mano sobre la mía.

—Desearía... —susurró—, ¡oh, desearía...!

La frase de Isabel quedó para siempre incompleta. Mabane y Arturo se hallaban a unos pasos de nosotros; serio aquél, y éste pálido y airado. Me levanté lentamente y le alargué la mano a Allan.

—¡Me alegro de verte, Allan! —dije.

Me observó un momento, y lanzando un suspiro de alivio, me estrujó la mano con fuerza.

—¡No sabéis lo contento que estoy de veros a los dos de nuevo! —exclamó—. Hemos oído extrañas historias, o, más bien, Arturo de labios de tu amiga *lady* Delahaye, y nos hemos decidido a venir para averiguarlo todo por nosotros mismos. No le hagas ningún caso a Arturo —añadió en voz baja—. Está fuera de sí.

Arturo se hallaba de espaldas a mí, hablando con Isabel. La bienvenida que ella le había dispensado era bastante lisonjera. Me di cuenta repentinamente de que no había oído su risa desde que se ausentara de Inglaterra. Arturo continuó hablando en tono bajo y grave expresión.

—¿Cómo nos habéis encontrado? —pregunté a Allan.

—Fuimos a la Rue de St. Antoine —contestó él—. La casera dijo que os había oído decir que ibais a cenar en uno de estos sitios... Arnold...

—Di.

—¿Por qué continuáis en París tú e Isabel?

—Primero —contesté prontamente— tuvimos que quedarnos para el entierro de *monsieur* Feurgéres, y luego hubo algunas formalidades legales que cumplir que no terminaremos hasta mañana. Soy el ejecutor testamentario de *monsieur* Feurgéres, Allan. Me ha dejado veinte mil libras, y lo demás a Isabel.

—Encantado de oírte, chico —declaró Mabane cordialmente—. Voy a beber a tu salud.

Llamó a un mozo y pidió licores. Arturo cogió su copa de mal talante, evitando hablar directamente conmigo. Isabel estaba evidentemente intranquila, y me miró un par de veces como deseosa de que yo pusiera fin a su *tête-à-tête*. Cuando hube pagado la cuenta y nos levantamos para irnos, Allan pasó su brazo en torno al mío, y me vi obligado a dejar que Arturo e Isabel prosiguieran su diálogo.

—Déjale esta oportunidad —dijo Allan, deteniéndose un poco al salir al Bulevar—. Se halla en tal estado de ánimo que no atenderá más razones que las de Isabel.



—Déjale esta oportunidad —dijo Allan.

—Pero es absurdo lo que pretende —protesté—. ¿Sabe quién es ella?
¡La princesa Isabel de Waldenburgo! Es un reino bastante reducido; pero
allí se conducen con toda la prosopopeya de las grandes casas reales.

—Lo sabe; pero como es un muchacho bien parecido, y las chicas le han mimado siempre, cree que ella le quiere.

—¡Imposible! —declaré vivamente.

—¡No tan imposible! —repuso Allan, moviendo la cabeza—. Recuerda que han vivido juntos y que Arturo es un compañero muy agradable, cuando quiere. No, no tan imposible, Arnold.

—El futuro de Isabel está ya trazado —afirmé—. Dentro de tres días la llevaré con su abuelo. Si él la acoge bien, como creo, Isabel saldrá de nuestra vida tan fácilmente como entró. Se casará con un gran duque; tal vez con un reyezuelo. Se sumergirá en un cúmulo de variadas emociones y en una alegre mundanidad. Los años pasados a nuestro lado no serán mencionados en la corte. Ella misma los considerará pronto como un singular episodio.

—Tú no puedes creer eso, Arnold —declaró desdeñosamente Mabane.

—Sólo Dios sabe lo que creo —dije, con un hondo sentimiento de amargura—. ¡Mira!

Habíamos llegado a la Rue de St. Antoine. Isabel nos esperaba a la entrada de la vivienda; pero Arturo había desaparecido ya.

OceanofPDF.com

Capítulo VII

Examiné cuidadosamente los billetes y los puse en mi cartera. Luego me detuve a encender un cigarrillo antes de salir, y casi inmediatamente sentí una mano sobre mi brazo. Miré primero la mano: era femenina y estaba delicadamente enguantada. Después levanté la vista y me encontré ante los azules ojos de *lady* Delahaye.

—¡Descastado! —susurró ella— ¿No te alegras de verme?

—El Boulevard des Italiennes no me ha parecido nunca un sitio particularmente adecuado para la manifestación de las emociones —repuse yo, descubriéndome.

—Ven a la Rue Strelitz —dijo ella sonriendo.

La examiné rápidamente. Su atavío era más perfecto que de costumbre; parisiense en todo. Tenía también la deliciosa confianza de la mujer que sabe que su aspecto es muy atrayente.

Le devolví su sonrisa. Era imposible tomarla seriamente.

—Tu invitación —dije— es sumamente atractiva; pero tengo curiosidad por saber lo que me ocurriría en la Rue Strelitz. ¿Se me ofrecería veneno en una taza adornada con piedras preciosas, o sería quitado de en medio de un modo más rudo? Deja que haga testamento primero, e iré. ¡Tengo verdadera curiosidad!

—Arnold —dijo ella, mirándome con ojos muy brillantes—, eres cruel.

—No estás en lo cierto —protesté.

—Deja que te diga algo —continuó ella.

Nos hallábamos en un lugar hartamente visible. *Lady* Delahaye pareció darse cuenta de ello de repente.

—¿Por qué no me acompañas un poco? —dijo— No es muy confortador ir sola por estas avenidas.

—Difícilmente podrías dejar de ser —indiqué, tirando el cigarrillo— objeto de atención por parte de los franceses, que son, sobre todas las cosas,

buenos conocedores de vuestro sexo. Con gusto te acompañaré. ¿Cogemos un coche?

—Preferiría andar —contestó ella—. ¿Te importa venir por aquí? No te llevaré lejos.

—Dispongo de dos horas —le aseguré—, que pongo a tu disposición.

—¿Dónde está Isabel? —me preguntó de súbito.

—Ha ido de compras con Tobain —contesté.

—¿No temes —dijo ella con una sonrisa— dejarla sola con Tobain?

—De ninguna manera —contesté—. El mayor amigo que tenía en París *monsieur* Feurgères es el comisario superior de policía, y ha sido bastante bueno para tomarse gran interés por nosotros. Isabel va bien vigilada.

—Me pregunto —dijo ella tras una momentánea pausa— si tienes todavía alguna fe en mí.

—Relativamente.

—Debes creerme, Arnold. Su Alteza... —ella prefiere que la llamemos aquí *madame*— ha abandonado sus proyectos contra ti. Desea una alianza.

—¿Es una invitación a unirme a sus vilezas? ¿He de convertirme en asesino, envenenador, secuestrador o algo por el estilo?

Lady Delahaye se mordió el labio.

—Eres sin duda demasiado severo —dijo—. *Madame* se da cuenta simplemente de que ha estado equivocada. Se halla dispuesta a acceder a que Isabel sea devuelta a su abuelo. Ello significará un millón de menos en la dote de Adelaida; pero debe afrontar la situación. *Madame* desea hacer las paces contigo.

—Me place saberlo; pero ¿puedo preguntar qué significa eso?

Lady Delahaye me sonrió.

—La archiduquesa te lo explicará —dijo—. Te llevaré adonde está ella.

Aflojé el paso.

—Más vale que no vayamos —objeté—. Te diré que la archiduquesa me aterra. Me veo en una habitación con una trampa, o golpeado en la cabeza por matones asalariados, y toda suerte de cosas desagradables. No, *lady Delahaye*; no estoy dispuesto a correr el peligro.

Ella rióse suavemente.

—Sé que vendrás —dijo tranquilamente.

—¿Y por qué? —pregunté.

—Porque eres un hombre que no conoce el miedo.

—Me dejas trastornado —dije—. Nada halaga tanto a un cobarde como oír que le llaman valiente. Me siento capaz de ir contigo a cualquier parte.

—¿Hasta... a la Rue Strelitz?

—Mi valor puede abandonarme en el último momento —contesté—; pero en este instante me siento dispuesto a acompañarte a la Rue Strelitz.

De nuevo se rió ella.

—¡Eres un trapalón, Arnold! —exclamó— ¡Como si no supiéramos, *Madame* y todos nosotros, que en París, y hasta en toda Francia, podrías entrar en cualquier antro de ladrones si quisieras! Tu valor no nace de ti mismo. Cualquier hombre puede ser valiente teniendo a los arcángeles de Dotant junto a sí.

—¡Cuán fácilmente se ha resquebrajado mi reputación! —exclamé irónicamente—. Pues bien, es cierto. Dotant fue el mejor amigo de Feurgéres, y hasta Isabel podría andar por las calles de París sola con toda seguridad. Esto explica el deseo de la archiduquesa de llegar a una alianza.

—Querido Arnold —expresó *lady* Delahaye—, adoro la sinceridad, y no trato de engañarte. *Madame* ha perdido la partida, y lo reconoce. Tiene el valor de confesar su derrota. Puede, además, ofrecer lo suficiente para hacer deseable una alianza. Por ejemplo, que esos billetes para Illghera te permitan llegar allí, e incluso a la presencia del rey.

—Sé que el rey lleva una vida retirada —indiqué pensativamente.

—Es cierto —asintió *lady* Delahaye—, y es casi imposible que un desconocido obtenga audiencia. No sale nunca de palacio, y su secretario, que examina todas las cartas, es... amigo de *Madame*.

—Has expuesto el caso admirablemente —indiqué—. Si *Madame* quiere hablarme, estoy convencido de que debo escucharla, por lo menos.

Lady Delahaye lanzó un ligero suspiro de satisfacción.

—Al fin vas a conducirte como una persona razonable.

—Creo que hasta ahora mis acciones han sido totalmente justificadas —repuse con toda naturalidad.

Subíamos la escalera de la casa.

—¡Tenemos que perdonar y olvidar! —dijo— *Madame* me ha asegurado que de aquí en adelante desistirá de toda intriga.

Un lacayo recogió mi sombrero y mi bastón en el vestíbulo. *Lady Delahaye* me condujo hacia un pequeño gabinete que daba paso a una más amplia habitación. Ella misma abrió la puerta y la cerró, sin cruzar el umbral. Me encontré solo con la archiduquesa.

Avanzó hacia mí con mucho donaire y majestad. La finura de su rostro y su esbelta figura me hicieron pensar en Isabel. Sin darme la mano, procedió a examinarme de arriba abajo. Yo me aventuré a observarla con la misma rigurosa atención. Era hermosa, ciertamente, y sus gestos y actitudes no tenían nada de desagradable. Sus ojos tenían el mismo color oscuro de los de Isabel y el rasgo de humorismo que sorprendí en su boca me sorprendió verdaderamente.

—No le doy la mano, mister Greatson —comenzó a decir—, porque no puedo recibirle aún como amigo. Necesito conocerle mejor. Me alegro de que haya venido.

—Y yo también me alegro de verla, —repuse— porque espero que mi visita ponga fin a los irregulares procedimientos puestos en práctica durante las últimas semanas.

—Reconozco que usted me ha ganado la mano —dijo, sonriendo—. Mis servidores se han conducido torpemente; si bien he de confesarle que mis métodos están anticuados.

—Son propios de tiempos que distan de nosotros varios siglos —convine yo.

—Unos cuantos siglos atrás las cosas se hubieran desarrollado de una manera más sencilla —objetó la archiduquesa, con un acento que me extrañó.

—Lo mismo creo, señora —comenté yo.

La archiduquesa se sentó en un sillón, y esto me hizo pensar que habían terminado las escaramuzas preliminares.

—Haga el favor de sentarse, mister Greatson.
Obedecí.

—No vale la pena de que andemos con hipocresías, ¿no le parece? —me dijo tranquilamente— En la lucha contra usted, yo sólo pretendía

impedir que se juntaran el abuelo y la nieta. Usted ha interpretado correctamente mis propósitos. La madre de Isabel era la hija preferida de mi padre, y si mi hermana volviera hoy, la recibiría sin una palabra de reproche. En este caso, Isabel ocuparía el lugar de Adelaida, no sólo en el afecto, sino en el testamento.

—Sé adónde va usted —apunté con toda calma.

—Es muy natural que piense así —se excusó—. Soy una mujer ambiciosa, aunque le confieso que el dinero no me seduce por el simple afán de atesorarlo. Me atrae porque es una de las grandes palancas que mueven el mundo y porque es el único medio de obtener cuanto se desea. Tampoco pierdo de vista que mi padre reina en un país que tuvo en otro tiempo reyes absolutos, y a mí no me interesa la realeza a medias, compartida con otros. El noviazgo de mi hija con Fernando de Sajonia es algo enteramente mío. Yo lo preparé. Pero existe un factor muy importante para que la boda se realice. El Consejo del Reino de Sajonia exige que Adelaida aporte una dote tan considerable que no podría reunirse si una parte de la fortuna de mi padre, aun siendo cuantiosa, fuese a parar a manos de Isabel, y de aquí mi interés en mantener apartados al abuelo y a la otra nieta. ¿Me explico bien?

—Con loable sinceridad, señora —indiqué yo—. Pero lamento no compartir íntegramente sus puntos de vista, no obstante reconocer que su pían es admirable. Fatalmente me habré de oponer a él.

—Se me ha dado a entender —dijo la archiduquesa— que su intención es llevar a Isabel a Illghera.

—Los billetes están en mi bolsillo —confirmé.

—Bien —dijo—, he visto y oído bastante de usted para saber que será inútil un nuevo esfuerzo para desconcertarle o influenciarle. Sin embargo, voy a hacerle una proposición. Primero de todo considere que si no llegamos a un arreglo, emplearé todos los medios que pueda para impedir que obtenga usted una entrevista con mi padre. Todo está a mi favor. Él es muy anciano, odia a los extranjeros y no concede audiencias a nadie. Nunca sale de palacio y todas las puertas están guardadas por centinelas que no dejan el paso libre más que a los que tienen el privilegio de entrar. Y si intenta usted acercarse a él por correspondencia, su secretario privado, que

abre todas las cartas, ha sido designado por mí misma. No he exagerado la situación. Le será difícil acercarse al rey. Puede ser que lo consiga, pues parece tener usted una especial disposición para lograr lo que desea; pero ello requerirá tiempo. Y aun suponiendo que lo consiga, la situación de Isabel será tan desairada que no le resultaría nada digna. Hasta pueden frustrarse sus propósitos de convencer a mi padre; y si fracasa la primera vez no habría una segunda oportunidad.

—Lo que usted dice es razonable —concedí—. No doy por sentado que mi labor esté terminada. Reconozco las dificultades que tengo todavía que vencer.

—Me alegro, mister Greatson —continuó ella—, de que posea usted tanto sentido común, lo que me inclina a pensar que accederá a mi proposición. En resumen, lo que pretendo de usted es que me confiera la misión de llevar a Isabel al lado de su abuelo. El año que ha pasado en Londres, en estos días de escándalos, es un asunto demasiado delicado para divulgarlo. Sé muy bien que usted procede con desinterés y sin deseo de recompensa. Elimínese usted en bien de Isabel. Yo saldré fiadora de ella ante el mundo. Aseguraré que la he traído del convento y que la reintegro a su puesto con todos los honores. Así desaparecerán las dificultades y lograremos honrosamente el fin que perseguimos. Con todo ello yo me situaré en una posición ventajosa. Forzosamente tendrá que haber una diferencia en favor de Adelaida, teniendo en cuenta que a mí se debe el hecho de haber encontrado a Isabel. ¿Me he explicado con claridad, mister Greatson?

—Ciertamente —contesté—. Pero olvida los deseos de la propia Isabel. Ha dejado de ser una niña. Tiene opiniones y voluntad propias.

—Le debe demasiado a usted —replicó la archiduquesa con aplomo— para desatender sus súplicas.

Creí desde el principio que su proposición era sincera, y, sin embargo, vacilé al recordar su reciente actuación. La archiduquesa habló tal como si leyera mis pensamientos.

—Voy a demostrarle la verdad de lo que digo —explicó. Esta noche daré una cena íntima a la que asistirán el príncipe de Cleves, mi primo el

cardenal y el embajador de su país, y presentaré a Isabel como sobrina. Así se creará una posición definida y definitiva para Isabel. ¿Accede usted?

Dudé todavía un momento. Sabía yo muy bien lo que significaba mi respuesta: un completo desprendimiento de lo que había llegado a ser la parte más hermosa de mi vida. Me invadió algo así como un sentimiento de desesperación ante la aridez de mi futura existencia.

—Señora, accedo con tal de que persuada de ello a Isabel —contesté.

OceanofPDF.com

Capítulo VIII

—Pero ¿es ésta —indicó el príncipe, ajustándose el monóculo—, la señorita cuya romántica historia me había referido usted? ¡Es encantadora!

La archiduquesa le tendió las manos afectuosamente y besó a Isabel, que había entrado en la sala con su prima. Seguidamente, presentó al príncipe de Cleves y a los demás reunidos. Isabel estaba un poco pálida; pero perfectamente tranquila y serena. Iba vestida, con la consiguiente sorpresa de mi parte, de luto riguroso, y hasta llevaba una tira de terciopelo negro alrededor del cuello.

—Querida niña —le dijo su tía con untuosa amabilidad—, tu *toilette* es un cumplido innecesario. El blanco deberá ser tu color en adelante.

Isabel levantó los ojos, y habló con el tono que le era habitual; pero, en cierto modo, su voz tenía matices inusitadamente penetrantes.

—Querida tía, siento decirte que estás en un error. Si llevo luto es por mi padrastro, *monsieur* Feurgéres, que fue muy bueno conmigo.

Aquellas personas, perfectamente educadas, aceptaron la observación con un silencio lleno de simpatía, sin muestras de extrañeza; pero me figuro que las palabras de Isabel, pronunciadas con manifiesta intención, eran contrarias a los principios fundamentales que habían de regir las relaciones con su tía.

Terminadas las presentaciones, Isabel se me acercó acompañada de su prima.

—Adelaida está muy deseosa de conocerte, Arnold —me anunció con ingenua satisfacción.

Al punto nos dejó, pues la archiduquesa le hizo señas para que se acercara, sin duda para presentarla al personaje que acababa de llegar.

—Mister Greatson —dijo Adelaida, adoptando un aire de gravedad— me complace ver que ha terminado una confusa situación y que Isabel viva

con nosotras. Pero creo... que paga un precio muy elevado. Mi madre es demasiado exigente y peca de cruel.

—Querida señorita —protesté—, no debe expresarse en ese tono. La conducta de su madre la considero justificada y las condiciones que impone son inevitables, se quiera o no se quiera.

—¿Vendrá a Illghera con nosotras?

—Princesa, pertenezco a la gran familia de los bohemios —le recordé—, que no tienen posesiones y solamente disponen de un traje de etiqueta. ¿Qué haría yo en la Corte?

—No desentonaría usted allí —contestó Adelaida, exhalando un ligero suspiro—, puesto que es un ciudadano del más grande de los mundos.

—Su creencia no es del todo exacta —objeté—. No tenemos más mundo que el que llevamos con nosotros. Lo hacemos pequeño o grande con nuestras propias obras.

—Lo que es muy difícil para muchos —concedió Adelaida—. Cuando se vive en un invernadero de convenciones, y las puertas están estrechamente cerradas, es muy fácil asfixiarse, por cuanto apenas se puede respirar.

—Princesa —dije, poniéndome un tanto serio—, ¿no tiene ventanas el invernadero?

—No le comprendo —contestó ella.

—Pues es sencillo, ciertamente —declaré—. Aun cuando tenga que permanecer en un invernadero, puede usted abrir las ventanas y respirar el aire que quiera. Sus pensamientos, por lo menos, son libres, y nuestras vidas están formadas de pensamientos.

—¡Ah, mister Greatson!, no se habla de ese modo en la Corte —expresó Adelaida.

—Tiene usted una gran oportunidad —contesté—. El talento es una flor que crece en toda clase de lugares. A veces se acerca mucho a la perfección en los sitios más insospechados. La prosperidad y la luz del sol no son las condiciones más adecuadas para su desarrollo. A veces, en lugares tristes y desolados, su crecimiento es vigoroso y sus flores muy hermosas.

La cena fue anunciada. El embajador inglés llevóse a Adelaida; pero, al aceptar su brazo, me dirigió una sonrisa maravillosamente atractiva, a la par

que me decía:

—Le estoy muy agradecida, mister Greatson. Nuestra conversación ha sido muy agradable.

La archiduquesa vino majestuosamente hacia mí. Parecía enojada.

—Mister Greatson —dijo—, Isabel alega que se siente tímida entre tanta gente, lo que es absurdo. Insiste en estar a su lado durante la cena. Dejaré que haga esta noche lo que quiera; pero eso es contrario a las reglas de la etiqueta.

Me miró como si yo tuviera la culpa de que sus planes no se realizaran, lo que era injusto. Isabel, muy serena, pero con un aire de fatiga que se acentuaba a lo largo de la velada, vino hacia mí y me cogió el brazo.

—Si ésta ha de ser nuestra última noche, Arnold —díjome tiernamente—, pasaremos por lo menos la mayor parte de ella juntos. Mañana seré una sobrina muy obediente, tía.

Salimos escapados; pero no antes de que llamara mi atención algo singular en la expresión de la archiduquesa. Nos contemplaba como si se le hubiera ocurrido de repente una idea totalmente nueva.

La cena, aun desprovista de un tono oficial, resultó muy brillante. Nos reuníamos dieciocho en una gran mesa redonda que habría acomodado fácilmente a veinticuatro. El cardenal, cuyo ropaje escarlata presentaba una extraña nota de color, se hallaba sentado a la derecha de la archiduquesa, probando escasamente los platos que le eran presentados y sorbiendo de vez en cuando el agua del vaso que tenía a su lado. La nota sobresaliente era la distinción de los comensales, lo mismo los caballeros que las señoras. La conversación se mantenía en francés, preferentemente. Isabel y yo interveníamos sólo cuando se nos requería a hablar. Isabel correspondía a las atenciones del joven que tenía a su derecha con simples monosílabos. *Lady Delahaye*, que se hallaba sentada a mi izquierda, dejéme discretamente solo la mayor parte del tiempo. Hablamos muy poco. Pude observar que Isabel se hallaba nerviosa y que su calma exterior era resultado de un violento esfuerzo. Me figuré que mi presencia la apaciguaría, y cada vez que yo la hablaba, o ella a mí, advertía cierta expresión de alivio en su rostro. Tenía la impresión de hallarme sometido a una extraña influencia. La archiduquesa, aun cuando tenía al cardenal a su

lado y al príncipe de Cleves al otro, nos observaba continuamente. Su interés por la conversación era puramente superficial. En cambio, el que demostraba por nosotros era absorbente. Yo no podía comprender la causa.

La cena terminó en un ambiente puramente amistoso, exento de toda ceremonia. Los cigarrillos se distribuyeron antes de que la archiduquesa se levantara; pero los que preferían permanecer junto a la mesa se quedaron. Isabel me susurró unas palabras al oído.

—Ven conmigo a la sala. Quiero hablarte.

Obedecí, y me pareció que la archiduquesa nos dejaba solos con algún propósito.

Nos sentamos en un tranquilo rincón. Las lágrimas que asomaban a los ojos de Isabel, me hicieron comprender que aún no habían terminado los trances amargos.

—Estoy convencida de que deseas mi felicidad —comenzó a decirme, sin alterarse.

—No tienes por qué dudarlo, Isabel.

—Jamás lo he dudado. No me gusta en absoluto vivir aquí. Estoy hastiada de todo y de todos. Me siento como en una cárcel. Llévame a Londres, Arnold.

—Recuerda, Isabel, que aceptaste voluntariamente venirte con tus parientes.

—Ciertamente. Pero ya *monsieur* Feurgéres apuntó que yo no me encontraría holgadamente aquí. En cuanto a mi madre, nunca hubiera admitido que yo fuese desdichada.

—Sin embargo, *monsieur* Feurgéres te aconsejó bien al decirte que habrías de ocupar el puesto que te corresponde en la familia real, y es tu deber reclamarlo, tal como quería tu madre.

—Tú tratas de alejarme de tu lado porque bastantes molestias has tenido que soportar por mí —repuso Isabel en tono desabrido.

Estas palabras me hirieron en lo más profundo, hasta el punto de que preferí callar. Isabel se acercó a mí, y al observar mi dolorosa expresión me cogió de las manos, y exclamó, con voz conmovida:

—¡Perdóname, Arnold! No he querido ofenderte. Haré lo que tú me digas.

—Estoy seguro de que no te proponías lastimarme —repuse algo aliviado de mi pena—. Tanto para Allan y Arturo como para mí, no hay mayor desgracia que separarnos de ti. No volveremos a ser tan felices como en el tiempo que has estado con nosotros. De ser tú una joven desamparada, si te viéramos sola en el mundo, vendrías para siempre a nuestro lado, y nada nos causaría mayor placer. Pero comprende que nuestras vidas son inconciliables con la tuya. Tu vida no es ni puede ser la nuestra. Tú has de incorporarte a tu mundo porque sólo así reivindicarás la memoria de tu madre. Por ella, si no por ti, has de reclamar lo que te pertenece. En este punto estaba en lo cierto *monsieur* Feurgéres.

—¿Verdad que nos volveremos a ver, Arnold? —preguntó, ahogando un sollozo.

—¿Quién sabe? —exclamé— Pero, ante todo, sigue tu camino, y algún día, si vuelves a Londres, será un gran honor para nosotros recibir la visita de la princesa Isabel de Waldenburgo en nuestro estudio. Y hasta podrás dispensar tu protección al pobre escritor que nunca habrá de olvidarte.

La archiduquesa nos observaba a distancia.

—Lo que yo me pregunto —murmuró Isabel como concentrándose en sí misma— es por qué ha de ser tan espinoso el camino del deber.

Isabel, trémula y demudada, esperaba de mí una palabra de consuelo, que yo no llegué a pronunciar. La archiduquesa se aproximó a nosotros en este momento.

—Querida sobrina —le dijo, acariciándola—, has de estar fatigada. Adelaida está sola en el salón de música y le alegrará tu compañía. Ves con ella. Yo he de decirle unas palabras a mister Greatson.

Isabel se retiró, y la archiduquesa ocupó su sitio. Durante unos minutos no dijo nada, absorta en algo que la preocupaba y sin dejar de mover lánguidamente el amplio abanico de plumas negras de avestruz.

—Mister Greatson... —murmuró finalmente.

Me miraba con una extraña expresión en su rostro. Mientras se abanicaba llegaba hasta mí el penetrante perfume que exhalaban sus ropas, que me hacían pensar en maderas olorosas que estuvieran quemándose junto a mí. El brillo de las joyas que esmaltaban su vestido, la tenue sonrisa de sus labios entreabiertos y lo que leía en sus ojos, ejercían una turbadora

influencia en mi ánimo. Jamás olvidaré este momento. Se acercó algo más a mí, y me dijo:

—Mister Greatson, conozco su secreto.

OceanofPDF.com

Capítulo IX

Me quedé sobrecogido. Había experimentado tantas emociones en las últimas horas, hablaba con tanta seguridad y era tan impresionante el tono de convicción de la archiduquesa, que yo perdí la serenidad. Se habían desmoronado de golpe las barreras con que yo trataba de aislarme del mundo circundante.

—No la comprendo, Alteza —repliqué con voz desmayada—. No sé que tenga yo ningún secreto.

La archiduquesa siguió abanicándose, conservando inalterablemente su sonrisa.

—Usted ama a mi sobrina, mister Greatson —insistió con su fría calma.

—Señora, no bromea —me atreví a decir.

—Hablo muy en serio. Lo que le he dicho es tan cierto como que estamos ahora frente a frente.

—Permítame que lo niegue —objeté yo, con voz apagada por la emoción.

—Lamento que niegue usted lo que es verdad —persistió con aquel aplomo que me sobresaltaba—. Tengo mucha experiencia en esta clase de asuntos. Quiere usted a Isabel, y no estoy muy segura de que mi sobrina no le corresponda.

—¡Sería absurdo, señora! —protesté— No soy ningún jovencito. Tengo treinta y cuatro años y he renunciado ya a la idea de casarme. Isabel es una niña. Cuando ella nació, yo era ya un hombre. Amarla, sería en mí una pretensión ridícula.

—Sus protestas me divierten; pero no me convencen, mister Greatson.

—No discutamos, señora, si usted persiste en el error de creerme enamorado de Isabel. Jamás le insinué ni una palabra que pudiera trascender a amorío.

—Le creo —se apresuró a contestar—; pero no por ello deja de ser cierta mi suposición, que nada tiene de deshonrosa para usted.

—Le agradezco que piense así, señora. Con todo, no desearía continuar hablando de este asunto.

—Pues yo no deseo otra cosa que tratarlo a fondo.

—Alteza...

—Admitamos por un momento —continuó la archiduquesa, sin alterarse en lo más mínimo— que usted ama realmente a Isabel; pero que la situación en que se encuentra frente a ella y su innato sentimiento del honor le imponen la necesidad de ocultar sus sentimientos. Vamos por partes, mister Greatson. Esa especie de tutoría que usted ejercía sobre Isabel, ha llegado a su fin. Desde hoy ha pasado a mí. Esto abre un abismo insalvable entre usted y mi sobrina. No abrigo la menor duda de su honorabilidad y de su condición caballerosa; pero, aun así, ha de tener en cuenta que Isabel pertenece a una de las más viejas familias de la nobleza europea y puede aspirar incluso a compartir un trono, pues no habrá de faltar algún príncipe de alguna casa reinante que pretenda su mano. Este hecho innegable, le evidenciará, mister Greatson, la enorme distancia que le separa de Isabel, socialmente hablando.

—Alteza, no se esfuerce en exponerme hechos que no admiten discusión. Comprenda que aun siendo correcta la interpretación de las circunstancias personales que se relacionan con Isabel y conmigo, forzosamente ha de molestarme que me recuerden lo que está ya en mi conciencia.

—Resígnese, mister Greatson, a escuchar lo que me precisa decir para fijar exactamente la situación —repuso la archiduquesa con su imperturbable calma—. He de abrirme camino a través de la maraña de mis pensamientos. Por las venas de Isabel corre sangre demasiado ardorosa para que yo la deje expuesta a graves contrariedades. He de velar por su felicidad, pues quiero que sea más dichosa que su madre. Es contraria a las convenciones sociales y ama su libertad. Se siente incómoda en medio de la Corte de Illghera, y la etiqueta palaciega la enoja. A veces pienso que sería conveniente sustraerla a las formalidades cortesanas y casarla con... un

hombre que, aun de condición humilde y no rico, fuese capaz de proporcionarle la existencia que ella parece desear.

Enmudecí de asombro. Me resultaba extraño que la archiduquesa, a la que yo hacía ajena a preocuparse seriamente de algo tan abstracto para ella como la felicidad de Isabel, abordase la delicada cuestión de su casamiento desde un punto de vista tan desinteresado y humano. Jamás lo esperé de tan encumbrada dama, y la verdad es que me quedé inmóvil y pensativo. La archiduquesa me clavó su escrutadora mirada, y adivinando el efecto que sus palabras habíanme causado y viendo que yo permanecía abrumado y silencioso, continuó:

—Ciertamente, no le falta razón para dudar de mi sinceridad, mister Greatson. No todo es generosidad en esta actitud mía. Es verdad que no quiero que mi sobrina sea una desgraciada; pero tampoco he de ocultarle mi egoísmo de madre. Si Isabel se casara con un caballero como, por ejemplo, usted, que es inglés y extraño a mi reino, dejaría de ser una rival de mi hija Adelaida y no la desplazaría en el afecto preferente de su abuelo.

Ahora es cuando se hizo luz en mi cerebro. Lo veía ya todo claro. Siempre me imaginé que la archiduquesa era una mujer de fértiles recursos. Yo permanecía callado, aun habiéndose desvanecido la confusión de mi mente. Mi interlocutora no dejaba de observarme ni de mover su pomposo abanico de plumas con el mismo movimiento acompasado y lánguido.

—¿Qué le parece mi proyecto? —prosiguió, con aire inocente— Sólo pretendo favorecer a mi hija sin perjudicar, antes al contrario, beneficiando a Isabel. Vaya en seguida a decirle que se quiere casar con ella, aquí mismo, en París, y que tendrá una dote mía de veinte mil libras.

Me quedé como clavado en el suelo, sin poder expresar mi agradecimiento a aquella dama que me enviaba a cada movimiento de su abanico de plumas un hálito exquisito. Sentíame tentado a arrojarme a sus pies y besarle las manos. Sus palabras repercutían en mi cerebro como una música arrobadora. Cuantos goces pudiera brindarme la vida, acababa de ofrecérmelos la archiduquesa. ¿Cómo expresarle mi íntimo sentir? Era algo extraordinario lo que me proponía; pero ¿por qué no habría de realizarse? Yo no era viejo; Isabel sentía un afecto sincero por mí, y me había dicho repetidas veces que no podía pagarme con nada su reconocimiento. Una

sola palabra suya, y ante mí se abriría el áureo reino de mis ensueños. ¡Oh, qué dulce embeleso, qué placer tan intenso si yo, estrechándola entre mis brazos, me decidía por fin a quitarme la máscara que ocultaba mis sentimientos y la mordaza que trababa mi lengua! Me aturdí el tropel de desordenados pensamientos que no respondían más que a un anhelo único: hacer mía a Isabel. El secreto que tan celosamente había guardado en mi alma, había sido revelado por la archiduquesa, que había sabido leer en el fondo de mi alma, con su fina percepción.

—Lo que más me admira en usted, mister Greatson —dijo la archiduquesa, inclinándose levemente hacia mí—, es que haya tenido el suficiente dominio sobre sí mismo para disimular su amor. Ahora, valor. Tengo la seguridad de que Isabel le ama.

Me había recobrado un tanto y mis ideas se perfilaban con nitidez. Con quien pensé primeramente fue con Feurgéres. Me lo representé en medio del escenario, aclamado por la entusiasmada concurrencia, con la vista fija en el palco lleno de rosas encarnadas, vacío para todos, menos para él, que veía la imagen de la adorada muerta sonriéndole con una expresión de dulzura, de inextinguible felicidad. Feurgéres había sido el primero que me creyó digno del amor de Isabel, y este recuerdo me hizo estremecer. Con todo, erguí la cabeza como para sacudir las ideas que me turbaban, y con toda la arrogancia de que me sentí capaz, hablé con la firmeza del convencido.

—Señora, le quedo muy reconocido por el honor que me ha dispensado —le dije—; pero no puedo acceder a lo que me pide.

—Pero ¿es posible? —exclamó, con el asombro y la incredulidad reflejados en su rostro.

—Es lo único posible, Alteza —repuse yo con firme acento.

—Seguramente he entendido mal —insinuó, extrañada.

—Le ruego, señora, que me dispense de más explicaciones.

La archiduquesa murmuró para sí unas palabras en alemán que, naturalmente, no pude comprender por fortuna mía, pues no debían ser muy halagadoras a juzgar por el tono con que las emitió.

—Su negativa exige que me manifieste su razón o razones —me conminó, con aire de viva contrariedad.

—Le daré dos, ya que me lo pide. La primera es que de darle mi conformidad faltaría al espíritu de la promesa que le hice a *monsieur* Feurgéres.

—¿Y la segunda? —me interrogó, con el ceño fruncido.

—La segunda es que no sería honroso para mí prevalerme de una situación que ha puesto a Isabel en una especie de dependencia temporal. Admito que me está agradecida; pero también que cometería un desatino si me acercara a ella para manifestarle sin más rodeos que la amo, pero no como pupila, sino como mujer, y ella es aún demasiado joven para discriminar sus sentimientos. Ignora lo que es el amor. No ha tenido ocasión de conocer a ningún hombre de su rango social y carece de experiencia para adoptar decisiones en una cuestión tan delicada como es el matrimonio.

—¿Son ésas sus razones?

—Deseo que sean suficientes, señora.

—Se necesitaría un nuevo Cervantes para exaltar la caballeridad de los ingleses de nuestros días —comentó la archiduquesa, poniéndose en pie—. Mantendré mi ofrecimiento, mister Greatson; pero, dada su actitud, dejaré que Isabel conozca los esplendores del mundo que la espera, que se relacione con la brillante juventud cortesana para que elija entre los pretendientes que indudablemente surgirán. Creo que estos experimentos bastarán para curarla de las extravagancias sentimentales que son secuela inevitable de la vida que ha llevado hasta ahora. El futuro de Adelaida está trazado y procuraré que el de Isabel sea igualmente favorable. Yo haré que se convierta en una belleza admirada en toda Europa. Dentro de un mes habrá olvidado la mísera existencia que ha llevado en la buhardilla donde vive usted con sus amigachos.

—Cumplida mi misión, yo sólo anhelo que Isabel sea completamente feliz —me limité a decir.

—No creo en la sinceridad de sus palabras. Usted está mintiendo —replicó la archiduquesa con una displicencia ofensiva para mí—. La querrá mientras viva, y algún día se arrepentirá de haber desperdiciado esta oportunidad que le hubiera permitido casarse con Isabel si usted no fuese tan... romántico. Usted no conseguirá engañarme, mister Greatson. Aquí el único engañado es usted. Buenas noches, mister Greatson. Isabel se queda

aquí para siempre, y si quiere despedirse de ella, vaya a verla. Está en el salón de música, con Adelaida. Dentro de tres minutos irá un criado para acompañarle a usted hasta la puerta.

Y tras una ligera inclinación de cabeza, salí de la estancia, y me dirigí al saloncito donde se hallaban las dos primas. Adelaida se apresuró a dejarnos solos apenas me vio llegar.

—Querida Isabel, ésta es nuestra última entrevista —empecé a decir, cogiéndole las manos, que no podían estar más frías.

Pálida y convulsa, quedóse mirándome.

—Hago para ti los mismos votos de felicidad que te han formulado Arturo y Allan. Estás en situación de alcanzarla. La mereces. Has sido la alegría de nuestras vidas y nunca te olvidaremos. Espero que tú no nos olvidarás del todo. ¡Adiós, Isabel!

La besé suavemente y me disponía a salir cuando ella, en un impulso irreprimible, se arrojó en mis brazos.

—¡Arnold! ¡Oh, Arnold querido! —exclamó con voz ahogada por los sollozos.

Unió sus labios con los míos, y yo sentíame completamente trastornado, decidido a estrecharla entre mis brazos, cuando se abrió la puerta y apareció la archiduquesa. El silencio era tan absoluto que percibí claramente el rumor de sus leves pasos y el frufrú de su falda de seda.

Isabel aflojó la presión de sus brazos y se separó de mí, excitada, con las mejillas encendidas como la grana y los ojos brillantes como estrellas.

—No te vayas —me suplicó con apasionada expresión.

—He de marcharme —contesté con sequedad.

—Las despedidas son siempre tristes —manifestó la archiduquesa con un aire de frivolidad—. Vamos, sobrina; sécate esas lágrimas. Una Waldenburgo sólo llora en las situaciones irreparables. Vuelvo a desearle buenas noches, mister Greatson.

Yo avancé hacia la puerta. Isabel tendíame los brazos, como queriendo retenerme; pero la archiduquesa se interpuso entre los dos... Y salí.

Sin ser visto, ocupé un asiento en el expreso de la Riviera, al que se había unido el coche salón en que viajaban la archiduquesa, su hija, su sobrina y el séquito. Y continué el viaje hasta Illghera. Oculto, presencié, a la llegada a la capital del reino de Waldenburgo, como subían las viajeras a los coches que habían de conducir las a palacio.

Dos días después, desde una colinita, observaba los jardines del real palacio cuando distinguí a un venerable anciano transportado en una silla con ruedas que empujaban dos criados, uniformados de librea de un tono oscuro. A su lado iban Adelaida e Isabel.

Aquella misma tarde marché de Illghera, camino de Inglaterra.

OceanofPDF.com

Capítulo X

Apenas entré en casa, noté que todo había cambiado. La sala habilitada para estudio estaba casi desnuda. Allan, en mangas de camisa y con la pipa en la boca, embutía ropa en un baúl. Arturo liaba un cigarrillo a pocos pasos de distancia.

Se turbaron al verme llegar. Por primera vez en la vida, noté que entre Allan y yo había surgido un velo que enturbiaba nuestra vista. Se irguió, y vino hacia mí.

—¿Dónde está Isabel? —me preguntó con gesto desabrido.

—En Illghera, con su abuelo —le contesté.

—¿Estás seguro?

—La he visto con mis propios ojos.

Hubo una pausa que aprovecharon los dos para intercambiar sus miradas.

—¡Condenada mujer! —exclamó— Arnold, perdóname.

—¿Por qué?

—He sospechado de ti. *Lady Delahaye* le escribió a Arturo diciéndole que tú y la archiduquesa os habíais entendido para cierto fin. No decía nada de Illghera. Como desapareciste de París sin decirme nada, fui lo bastante necio para creerla. Perdóname, Arnold.

—Perdóname a mí también —me dijo Arturo, tendiéndome su diestra.

Había algo terriblemente cómico en el recibimiento de mis amigos. Mi primer impulso de ira, se extinguió al punto.

—He de anunciaros que la archiduquesa me propuso un entendimiento, que yo no acepté por fidelidad a vosotros y a un ser que ha dejado de existir. Puedo miraros cara a cara sin tener por qué bajar la vista.

—Siempre creí esto de ti —se apresuró a decir Allan.

—Fui un loco al mostrarte la carta de *lady Delahaye* —expresó Arturo, dirigiéndose a Allan—. Soy el único de los tres que faltó al convenio —

añadió, lamentándose amargamente.

—Olvidemos lo pasado, amigos —dije yo con absoluta serenidad—. Isabel se ha incorporado a su mundo. Al recobrar ella la posición que le corresponde por su nacimiento, se ha abierto una sima que no podemos salvar. Es la princesa Isabel de Waldenburgo, nieta de rey, mientras que nosotros somos... lo que somos. Unos bohemios. Ya ha llegado el momento de haceros una confesión, y es que yo también la quería...

El apretón de manos que me dieron, restableció la antigua amistad y camaradería.

—Yo la traje aquí, y, como es natural, también he de pechar con una, parte del sufrimiento que nos causa su ausencia —continué diciendo—. Conquistó nuestros corazones; pero... ya se ha ido... y nada podrá devolvérsela. ¿Lo sentís? Pues yo no. Casi me alegro. Me bastará el recuerdo de los maravillosos días que pasó entre nosotros.

—¡Y a mí! —exclamó Allan.

—¿Qué remedio nos toca? —dijo Arturo.

Habíase restablecido entre nosotros la concordia, y esto ya era algo.

—¿Qué vida llevábamos cuando vino Isabel? —les pregunté, filosofando tristemente—. La de otros muchos. Nos habíamos hecho insensibles a las cosas bellas de la vida. La llegada de Isabel fue un deslumbramiento para nosotros. Cambiaron nuestros hábitos, nuestras distracciones, nuestros ideales. Nos trajo la alegría; y aunque la tristeza anide ahora en nuestros corazones, por lo menos no cambiaríamos por nada las delicias experimentadas en estos dos últimos años. ¿Renunciarías a este recuerdo por alguna cosa del mundo, Arturo?

—¡Por nada! —convino él—. Por el afán de enseñarla, tuvimos que aprender lo que ignorábamos. Renunciamos a lo que no era correcto y bueno por el afán de hacernos dignos de ella.

—Es verdad, Arturo —concedió Allan—. Me encariñé con la niña, y tanto quise a Isabel que la vida ya no será para mí tan agradable en su ausencia...

Encendí un cigarrillo, y me quedé observando el baúl.

—¿Acaso te vas, Allan? —le pregunté.

—Sí —asintió—. Tengo un tío en el Canadá, muy viejo, a quien no debo abandonar y que me está instando a que vaya a reunirme con él. Esta es la mejor estación del año para emprender el viaje. Además, llevo una semana queriendo pintar un cuadro, y el lienzo sigue en blanco. ¡Que se vaya al infierno la pintura! ¡Renuncio al arte!

—Y tú, ¿qué piensas hacer? —interrogué a Arturo.

—Yo me marchó a París —me contestó—. Me han ofrecido la gerencia de nuestra sucursal en Francia, y no es cosa de rehusarla. Más sueldo y una vida más libre y divertida... Aquí, ya no estoy a gusto, y menos no estando Isabel entre nosotros —terminó diciendo, con un nudo en la garganta.

Habían pasado los días de ilusión y de esperanza. Junto a mi mesa continuaba la silla en que se sentaba Isabel para escuchar lo que le leía de vez en cuando. No oculto que me satisfacía el cambio que se iba a operar en mi vida.

—Isabel se ha dejado algunas cosas tuyas, y creo que deberíamos cerrar con llave su habitación —propuso Mabane—. La señora Burdett ha guardado sus prendas de vestir; pero quedan aún varios objetos tuyos... y Arturo y yo no hemos querido tocarlos sin estar tú.

—No necesitaré ya nada de cuanto ha dejado —apunté yo—. Cada cual que escoja lo que quiera como recuerdo, y lo demás que se quede en el cuarto, que mantendremos cerrado.

Entramos los tres en la habitación, evitando hasta el ruido de nuestros pasos y andando casi de puntillas. De haber llevado sombrero, nos lo hubiéramos quitado. No podíamos explicarnos que habiendo dispuesto Isabel de tal cortedad de recursos, nos hubiera dejado tanta riqueza de recuerdos. Allí seguían sus tesoros: su camita, con la colcha de inmaculada blancura, cubierta con aquel dosel que ella misma se hizo con un pedazo de muselina de color rosáceo; el fino encaje que tapaba la burda tabla de su tocador, sobre la que estaban unas cuantas chucherías, aparentemente plateadas; y, debajo de una silla, una de las zapatillitas que ella usaba.

Esto fue lo único que me reservé. Me la metí en el bolsillo mientras presenciaba como Allan y Arturo se guardaban algunas de las bagatelas que estaban sobre una mesita.

Salimos del cuarto como habíamos entrado, con paso tácito, y al dar la vuelta a la llave en la cerradura, creí ahogarme. Esforzándome por tragar el tapón que me apretaba la garganta, traté de sonreír.

—Yo os he causado esta pena —comenté—, que intentaré reparar invitándoos a cenar conmigo. Iremos al Hautboy. Dispongo de dinero, de mucho dinero. Feurgéres me legó veinte mil libras, y en Hautboy lo celebraremos bebiéndonos una botella de dos litros de lo mejor que haya. Vestíos pronto.

Ellos secundaron mi forzado buen humor y Allan preparó unos cócteles que bebimos, fingiéndonos alegres. Fumamos unos pitillos, y luego nos llamábamos a gritos, bromeando. Pero mi corazón sangraba.

Cuando acabamos de vestirnos, salimos a la calle, tomamos un carruaje y nos dirigimos al Hautboy. Arturo se entretuvo unos cinco minutos, galanteando a la linda joven que estaba tras el mostrador.

Luego, nos pusimos a comer; pero cuando el camarero nos sirvió la primera copa de vino, una profunda depresión se apoderó de nosotros. Nos miramos los tres sin saber qué decirnos. Pero sabíamos lo que pensaban nuestras mentes. Allan fue el primero que levantó su copa.

—¡Por la salud de Isabel! —dijo.

Y bebimos en silencio, dialogando con nuestro pensamiento. Callamos un rato, y Arturo formuló el segundo brindis.

—¡Por la princesa Isabel! —exclamó elevando la copa por encima de la cabeza— ¡Que viva muchos años y que tenga mucha suerte!

Y la cena terminó, sin nuevos brindis.

Al día siguiente, Arturo y Allan emprendieron el nuevo rumbo de sus vidas. Les despedí en la estación, y a duras penas pude hacerles aceptar una parte de lo que Feurgéres me había legado.

Al quedarme solo en Londres, tomé unas habitaciones en una calle próxima a mi club, en el corazón de la ciudad, y, día tras día, me dediqué a escribir lo que faltaba para dar fin a la historia que no me había atrevido a darle a conocer a Isabel, resuelto a que lo único que yo conservaba aún de su ser físico y de su alma fuese lo mejor que mi cerebro hubiera concebido.

Transcurrió el invierno, sobrevino una prematura primavera, y, entonces, publicóse mi novela.

OceanofPDF.com

Capítulo XI

Todo en ella era un milagroso alarde de elegancia, desde la blanca muselina de su vestido hasta el encaje que guarnecía su sombrilla. *Lady Delahaye* había sido siempre una artista en todos los detalles de su atavío. Con todo, mi pulso continuó inalterable y mi corazón inconmovible al verla aparecer bajo el oscuro cedro que daba sombra a mi casa de campo y saludarme con toda la gracia que era capaz de expresar con su gesto y su mirada.

—Señor ermitaño —dijo con dulce entonación—, esto es lo que les pasa a los que no quieren ir a la montaña, que la montaña viene a ellos. Bromas aparte, supongo que te alegras de verme.

—Como siempre —repuse sin alterarme lo más mínimo—. ¿Quieres pasar, o prefieres gozar de esta sombra?

—Aquí estaré mejor —respondió, sentándose con fino ademán en un sillón de mimbre.

—Voy a pedir té para ti.

—¡No, por Dios! —exclamó, a la par que me detenía con un ademán de la mano—. Me he pasado toda la tarde de visita con *mistress* Jerningham, y ya sabes lo que esto significa. La he dejado hace un momento en su mansión, y he de volver allí dentro de media hora.

—¿Te hospedas, pues, en Eastford House?

—Sólo por unos días. ¿A que no adivinas por qué?

—Por las famosas reuniones que allí se celebran.

—No es por eso —repuso, con un gracioso mohín negativo—. ¿A ver si aciertas?

—Soy torpísimo para las adivinanzas.

—Pues aún lo eres más en otras cosas —declaró mi amiga con especial acento—. Pues he venido porque me dijeron que estabas aquí y quería hacerte una visita.

—No sabes cuanto te lo agradezco.

—Sigues como siempre —expresó, observándome—. Casi diría que te encuentro mejor. Te prueba esta vida retirada. Esperaba hallarte paliducho y con el rostro chupado. ¿Acaso te sirve de tónico la celebridad que has conquistado?

—No lo llares celebridad —objeté yo, sonriendo—. Si acaso, suerte. El arte es como una lotería. Una corriente de opinión, un juicio favorable, un capricho de la gente, y ya tienes formada la bola de nieve. Esto no quiere decir que me fastidie la popularidad; pero, para mí, todo se debe a una racha de suerte.

Quedóse callada un momento. Hasta nosotros llegaba el retintín de los campanillos que adornaban los arneses de los corpulentos caballos bayos de los Jerningham, cada vez que se estremecían para sacudirse las moscas. En torno de nuestras cabezas zumbaban las abejas con esa pesadez propia de las caliginosas tardes de verano. *Lady Delahaye* exhaló un suspiro.

—Estás diciendo cosas intrascendentes, y tú lo sabes muy bien —me dijo—. Por lo visto quieres que te regale los oídos; pero yo no sé adular a nadie. Lo que tú haces puede hacerlo cualquiera que maneje medianamente la pluma y se empeñe en referir una historia sacada de la realidad.

—No sé adónde quieres ir —insinué—. La verdad es que nunca acabo de comprenderte.

—Me comprendes perfectamente. Lo que tú has hecho es abrirte el corazón y someterlo al examen de todo el mundo. Has escrito la historia de tu vida; has narrado tus más íntimos sentimientos. Desde luego, has hecho una gran novela y escrito páginas en las que aletea en alto vuelo el verdadero genio. ¿De modo que tú, el hombre ya maduro, no un estudiantino, te enamoraste de aquella niña, casi una criatura? La quisiste mucho, ya se ve. ¿Y lo supo ella?

—Nunca lo supo, ni lo sabrá —respondí con firmeza.

—¿Y si lee tu novela?

—Puede darse el caso de que la lea, y continúe sin enterarse.

—Puede darse el caso, y más si ella no estuvo enamorada de ti —opinó mi visitante.

Surgió una nueva pausa. El perfume de los cedros flotaba en aquella atmósfera cálida e inerte. *Lady Delahaye* se reclinó en su asiento, con los ojos entornados.

—¿Lees la prensa, señor ermitaño? —me interrogó de pronto.

—A veces.

—¿Ya sabes lo de Waldenburgo?

—Sé que ha muerto el rey.

—¿Y no sabes que Isabel se casa?

—Sí, también lo he leído.

—Adelaida e Isabel se casan con príncipes reinantes. Serán reinas. Por cierto que de Adelaida se cuentan muchas cosas. La llaman «la bien amada», y su pueblo la adora.

El nombre de la princesa evocó en mi pensamiento el recuerdo de aquella noche en que me hallaba apoyado en la borda del vapor en que cruzábamos el Canal y se me acercó para explayar sus íntimas ideas sobre el asunto de Isabel. Yo la oí hablar tranquilamente, y sus amargas palabras eran como el apasionado clamor de su afligido corazón. Ahora era la princesa amada por su pueblo. Después de todo, era el sentir de la raza.

—Hablé dos veces con la princesa Adelaida —dije, para salir del paso—, y formé de ella un juicio muy favorable. Es una joven apta para no hacer más que lo justo y bueno.

—Igual que Isabel —subrayó *lady Delahaye*—. Conozco bien a esa familia. Los hombres son unos degenerados; pero las mujeres tienen mucho nervio y valor para mantener sus opiniones contra todo el mundo. De las dos primas, Isabel es la mejor dotada para alcanzar un brillante porvenir. Lo que me maravilla es que la Isabel de hoy sea la misma que aquella joven que te llenó la cabeza de tan extrañas fantasías.

—Yo no pensé nunca que pudiera casarme con Isabel de Waldenburgo —protesté.

—Y hacías bien —comentó ella—. Isabel está ahora tan lejos de ti como si hubiera emprendido ese viaje del que ya no se vuelve. Sin embargo, tú te has emperrado en acariciar un sueño irrealizable toda su vida. Y esto no es una prueba de sensatez.

—Te equivocas —le aseguré—. Yo no acaricio ningún sueño fantástico. La verdad es que yo no puedo ser más feliz. No tienes más que ver mi casa.

—Es magnífica —admitió *lady* Delahaye.

—El jardín, las flores, los cedros y mis libros. No necesito más para gozar como pocos en la vida, ni creo que se pueda desear más. En el mundo conocemos a muchos que pasan por nuestra vida sin dejar rastro. Los únicos amigos que yo tengo, son esos que me esperan pacientemente en los estantes de mi librería a que yo los coja y los lea. Podemos disponer del que más nos plazca en cualquier hora. No cambian nunca. Cuando les requiero me enseñan el camino que conduce al mundo de lo bello, me alegran cuando estoy triste y ríen conmigo cuando estoy alegre. No se preocupe de mostrarse amable, *lady* Delahaye. El hombre que ha aprendido a vivir solo, sabe lo mejor que la vida puede enseñarle. Para ese hombre el sol brilla inextinguiblemente, y es quien lleva consigo perpetuamente la llave mágica.

Lady Delahaye entreteníase hundiendo en el césped la punta de su sombrilla.

—Pero uno acaba cansándose de todo —objetó ella, con voz desalentada—, porque la blandura de las cenizas sólo es buena para el eterno descanso de la muerte. ¿Conque te bastan los libros y las flores? ¡Vaya, vaya! —exclamó expresando al mismo tiempo su desdén con un ligero encogimiento de hombros—. ¡Deja que me ría! Eres de carne y hueso, como todos los mortales, y la vida tiene exigencias que no se satisfacen con cosas muertas como esas que dices.

—El mago que pudiera hacérmelo creer, ha pasado ya por mi lado —repuse yo.

—Quedo enterada —me dijo con cierto despecho—. No volveré a pisar este Paraíso de madera y de piedra. Dame un cigarrillo para ver si el humo aleja a estas moscas, y acompáñame hasta el carruaje. Si una pudiera aventurarse a hacer profecías, te diría, querido Arnold, que acabarás en brazos del tedio. No hay que ser un lince para advertirlo.

—Si yo tuviera tus dotes de penetración, se rompería el encanto de mi vida —repliqué—. Deja que siga tal como soy ahora.

—Haz lo que quieras; pero tú terminarás chiflado o casándote con tu ama de llaves. Al tiempo.

Lady Delahaye se acomodó en el carruaje, que partió al punto a lo largo del blanco y polvoriento camino. Yo reanudé el interrumpido trabajo, pensando en lo poco que me conocía aquella mujer.

Escribí hasta las siete. Puntualmente, como de costumbre, sonó un golpecito en la puerta con el que mi criado me recordaba que tenía que cambiarme de ropa para la cena. A las ocho menos cuarto salí al jardín y arranqué una ramita de heliotropo para ponérmela en el ojal del *smoking*. Minutos después sentábame a cenar.

Hallábame junto a un amplio ventanal desde donde contemplaba mi extensa propiedad. A la derecha, cerrado con un seto de laurel, un terreno en declive, y más allá los dos alisales que crecían entre ranúnculos; un coto de caza, una dehesa y, más allá, la carretera. A la izquierda estaba el jardín, del que me llegaba una suave fragancia con la tenue brisa, rodeado de una vieja pared de ladrillo rojo, ya desconchada y desmoronada a trechos por la acción del sol y del viento de poniente, y frente a mí el cedro a cuya sombra habíase sentado poco antes *lady Delahaye* para profetizarme desventuras. Sus vaticinios me inspiraban risa. ¡Qué poco sabía de mí! Créame un hombre sin carácter, débil, juguete del destino, capaz de acumular tristezas en mi corazón, de rehuir los goces de la vida y de casarme con una sirvienta cuando, abrumado por las decepciones, comprendiera que no existía en el mundo la suprema felicidad con que yo soñara. ¡Predecir semejante final a un hombre como yo, que había vuelto las grandes páginas del libro de la vida, que había conocido y tratado a Feurgéres!

Wallace había salido del comedor luego de escanciarme en la copa de cristal el vino de transparencia ambarina: Levanté la copa y en aquella hora solemne de la tarde brindé sin palabras por aquel ser extraordinario que tuvo el más exaltado amor que se hubiera conocido y que me había enseñado a conocer la vida a través de la suya, tan intensa y apasionada. Y como siempre que acudía a mi mente el recuerdo de Feurgéres, pensé en aquellos días de alegría desbordante y de dulce ensueño en que conocí a Isabel, aún niña. Y brindé también por ella y por los maravillosos recuerdos que acariciaban mi corazón. Isabel de Waldenburgo había pasado junto a mí para desvanecerse en el mundo de las sombras. No me afligía por el bien perdido ni me atormentaba vanamente en hacer revivir el pasado. Ni

siquiera me tentó hojear el periódico que insertaba su nombre y relataba las circunstancias de su vida principesca. Bastábale a mi alma el dulce recuerdo de los días pasados.

¡Yo víctima de una pasión morbosa! *Lady Delahaye* tenía una opinión errónea de mí. Ignoraba que yo me hallaba ante dos grandes mundos que se dilataban continuamente, llenos de incontables tesoros, siempre cambiantes y siempre hermosos. Precisamente ayer había visto salir el sol; había asistido al despertar a una vida palpitante de un mundo soñoliento; había visto levantarse el telón y comenzar un nuevo acto de la más maravillosa de las funciones a los acordes de una orquesta invisible, oculta en las ramas de la arboleda de mi jardín, pero más dulce, más alegre, más llena de promesas, de una música más penetrante que la que arrancaran jamás dedos humanos de las cuerdas de un violín.

Revoloteaban los zorzales por el césped humedecido por el relente que empezaba a sentirse; las gotas de rocío refulgían como estrellas en un mar de oscuro verdor; la gris y fina neblina que empezaba a tejer a trechos una sutilísima gasa, desvanecía-se como se disipa el aliento en la bruñida superficie de un espejo; erguíanse las rosas en las ramitas oscilantes, a impulsos de una suave brisa que jugueteaba alborotadamente en la fronda; los dorados frutos del melocotonero golpeaban en la pared, como dirigiéndome una misteriosa llamada; y las abejas obstinábanse en susurrar su eterno arrullo en el silencio de la tarde encantada.

Y cuando se puso el sol y la luna apareció con su blanco rostro impasible, descendieron las sombras de la noche sobre aquella naturaleza arrullada por una muda canción de ensueño. Había sobrevenido, con la noche, presagio de nuevos encantamientos, un distinto orden de cosas. Al estrépito de una jornada resplandeciente de sol, siguió la calma infinita de la noche. Más allá de mi dominio quedaba el mundo recóndito, sumido en la paz del profundo reposo. En el cielo eran aún pocas las estrellas que dirigían el guiño burlón de sus miradas a los cansados campesinos que tras penosa labor regresan con paso cansino en busca del descanso que les brindaba el hogar. Las sombras imprecisas de un mundo que se borraba poco a poco de mi vista, sumíanse en una apacible quietud. ¡Qué podía haber de morboso en mí cuando tenía a mi alcance una biblioteca donde me

esperaban mis fieles amigos, deseosos de sentir la caricia de mis dedos en sus páginas, dispuestos a llevarme de la mano a través de mundos tan bellos como éste que me envolvía, para escalar conmigo las altas cimas de los montes o para vagar a lo largo de valles esmaltados de flores! *Lady Delahaye* no conocía las delicias de mi tranquila mansión, cómoda, sencilla, adornada casi con lujo, en la que yo gozaba todos los refinamientos que pudiera pedir el sibarita más exigente. Veía la vida desde un punto de vista muy diferente al mío. Ella no había conocido a Feurgéres, ni sospechado que hubiese una existencia como la suya, ajena a las pasiones malsanas, sentimental, idealista; una vida nacida de la voluntad de apartarse de la baraúnda de torpes pasiones y de violentos deseos; la misma vida que yo...

La última gota de vino me dejó en la boca el amargo sabor de la retama. Dejé sobre la mesa la copa vacía, que con la amargura del último sorbo parecía anunciarme que no todo son delicias en la vida, que era necesario luchar y sufrir. Permanecí inmóvil, meditabundo, sin tocar las frutas acumuladas en la fuente. De repente salí de mi ensimismamiento. Mis manos convulsas agarraron fuertemente los brazos del sillón. Mis ojos claváronse en un punto distante donde apuntaba una luz que parecía precipitarse por la pendiente de la colina. Sí, era necesario luchar...; pero cuando se lucha por algo digno de ser poseído... el dolor se soporta con estoicismo y... pasa pronto.

Me puse en pie, encendí un cigarrillo, extraje varios más de la tabaquera que Wallace había dejado en la mesa, me los metí en el bolsillo y bajé al jardín. Sobre el césped, bajo el cedro, entreví un objeto que brillaba en la obscuridad. Me agaché a recogerlo y mis dedos tropezaron con algo suave al tacto y del que emanaba un perfume que me era familiar. ¡Era la sombrilla de *lady Delahaye*! No pude menos que reírme de aquel hallazgo, indiferente y sereno.

Era el último mensaje que *lady Delahaye* había dejado allí deliberadamente, brindándome la oportunidad para restablecer la armonía de nuestras relaciones, bruscamente rotas momentos antes. Eastford House distaba escasamente una milla de mi casa. Un paseo muy agradable después de la cena. Sin pensarlo más, llamé a Wallace, gritando desde el jardín, y al asomarse desde la terraza, le ordené:

—Sírvenme aquí el café y lleva luego esta sombrilla que *lady Delahaye* se ha dejado olvidada esta tarde.

Cuando al marchar Wallace me quedé solo en el jardín, empecé mi acostumbrado paseo vespertino. Lentamente llegué adonde estaban los rosales. Embalsamaban el aire los más delicados perfumes; percibía el persistente olor del espliego; la tenue fragancia de la reseda; el fino aroma que exhalaban los alhelíes dobles, de tonos vistosos comparables a los de las rosas. La vegetación lujuriente cubría los senderos, que a veces no acertaba a descubrir. Los insectos nocturnos zumbaban en mis oídos y los arbustos revestían las formas más fantásticas. Arranqué muchas flores, y rosas, brazadas de rosas fragantes, y volví sobre mis pasos a través de la oscuridad. La espesa arboleda me ocultaba la luz de la luna. Al llegar junto al cedro, esparcí las flores alrededor de su grueso tronco y me dejé caer en el holgado sillón.

¡Oh, Feurgéres inolvidable, sabio amigo que me enseñaste a conocer la dulzura de estas cosas! ¡Qué feliz este momento!

Cada noche hacía yo lo mismo, siempre con igual placer y con idéntico dolor; pero ahora todo parecíame distinto. Me sobrecogía ante el vago anuncio de algo inesperado e inédito. Presentí la llegada de un espíritu que flotaba en el ambiente silencioso. De pronto creí oír que la puerta de hierro había sido abierta y vuelta a cerrar. Percibí el rumor de unas pisadas que se aproximaban rápidamente, cada vez más perceptibles sobre el enarenado sendero. En mi exaltación llegué a percibir el suave roce del vestido que cubría la sombra que había avanzado de un modo vacilante por el césped. ¡Oh, inolvidable Feurgéres, qué dulces sentimientos habías sabido infundirme! ¡Nadie me había transmitido tan admirables enseñanzas, nadie más que él!

Latíame el pulso con fuerza. Ni la misma realidad podría encerrar más verdad que lo que yo sentía. ¡Todo era verdad esta noche! ¡Había sonado la hora de mi gran triunfo sobre la vida y sobre la muerte!

La sombra envolvíase en un ropaje que yo no había visto jamás. Llevaba una blanca capa de viaje y el velo del sombrero ocultábale el rostro. Ni aun en la imaginación se me había aparecido así la figura soñada. Me sentí turbado, sin comprender lo que sucedía. Tras un leve grito cesó el

rumor de las pisadas. ¿Acaso había conseguido yo cosas más maravillosas que Feurgéres y dado realidad a lo soñado atrayendo junto a mí a un ser de carne y hueso por algún ignorado poder de evocación?

—¡Arnold!

Me sentí desvanecer, sin aliento casi, y, para no rodar por el suelo, tuve que agarrarme a los brazos del sillón. De súbito se escapó un grito de mi garganta.

—¡Isabel!

Me quedé como trastornado. Me aterraba pensar que había dado realidad corpórea a mis sueños.

La sombra cayó ante mí, de rodillas. Dos brazos se anudaron con fuerza real en torno de mi cuello. Unos labios verdaderos pegáronse a mi boca. Extinguióse mi temor y mi corazón recobró su fortaleza. Hervía la sangre en mis venas y se apoderó de todo mi ser una vitalidad desconocida. ¡Por qué asustarme cuando aquella aparición, cualquiera que fuese el mundo de que procediera, era como un anticipo de las delicias celestiales!

La estreché apasionadamente entre mis brazos y sólo entonces me convencí de que no era un engendro de mi imaginación, sino una mujer real, pues sentía latir su pecho contra el mío...

—Todo ha sido obra de Adelaida —murmuró con voz apagada—. Me trajo tu novela... La leí... y... Aquella tarde estaba yo haciéndole compañía a mi abuelo... Adelaida me envió recado de que me esperaba. Fui en su busca y... hablamos... Esto pasó en los últimos momentos de vida de mi abuelo... No obstante, se lo conté todo... Yo estaba asustada... Arnold, ¿quieres saber lo que me dijo el rey?

—¡Sí, me interesa saberlo todo! —exclamé, estrechándola entre mis brazos, con más fuerza, pues aun luchaba con mis vacilaciones y quería convencerme de que no era víctima de mis engañosos sentidos.

—El rey me cogió la mano muy suavemente y antes de que me dijera una sola palabra adiviné que no tenía que temer nada de él... «Isabel —me dijo con perfecta naturalidad—, todos me aseguran que tienes el mismo temperamento que tu madre. Sé que la libertad significa para ti mucho más que el esplendor de la Corte, que no eres ambiciosa y que prefieres seguir los dictados de tu corazón antes que cumplir con los deberes que te impone

la realeza. ¿Es cierto?» Se lo confirmé, dando rienda suelta a mis pensamientos, y, al terminar, me dio un beso. «Sigue tu camino, Isabel. Sólo te pido que no te separes de mí mientras yo viva. Ahora comprendo muchas de las cosas que Adelaida me ha dicho. ¡Pobre hija mía!» No me dijo más. Inmediatamente hizo venir al notario del reino y le dictó su última voluntad. Me descartaba de los derechos de sucesión y me desheredaba de todos los bienes que pudieran corresponderme. Soy demasiado pobre para sostener el brillo que ha de ostentar una princesa real. Yo sólo quiero reinar en tu corazón. Mis sienes no podrían resistir el peso de la corona.

Me habían sucedido las cosas más extraordinarias que pueden darse en la vida de un hombre. El jardín de ensueño que Feurgéres me había enseñado a cultivar, habíase disipado en las tinieblas del pasado. La luz de la luna inundó de claridad el Paraíso que se abría ante mí.

FIN

OceanofPDF.com



EDWARD PHILLIPS OPPENHEIM (Londres, 1866 – Guernesey, 1946) fue un escritor británico, autor de más de un centenar de novelas de género policíaco que le granjearon una extensa celebridad entre los lectores de todo el mundo durante la primera mitad del siglo XX.

Hijo de Edward John Oppenheim, un comerciante de cuero, acudió a la escuela de gramática Wyggeston en Leicester hasta los 16 años, edad a la que deja los estudios para ayudar a su padre en el negocio familiar, actividad a la que se dedicaría durante más de veinte años. Tras morir su padre, comienza a desentenderse del negocio para dedicarse de lleno a la escritura. Su primera novela, *Expiation*, fue escrita en 1887.

Por motivos de negocios, viajó por toda Inglaterra y el continente europeo, y en 1892 se marcha a los Estados Unidos, donde conoció a su futura esposa, Elsie Clara Hopkins, con quien tendría una hija, Josefina.

Aunque publicó algunos de sus primeros libros bajo el seudónimo de Anthony Partridge, pronto se convirtió en un conocido escritor de relatos y novelas, algunas de los cuales también ilustró. Sus narraciones policíacas presentan la singularidad de conceder muy escasa importancia a la detención del criminal e, incluso, a la resolución del delito, ya que en todas ellas prima el interés del narrador por reflejar a la perfección unos

sofisticados ambientes (por lo general, relacionados con el mundo de la diplomacia) propios de las clases altas de la sociedad británica.

Está considerado como uno de los grandes renovadores del género, al que aportó un componente de elegancia y distinción que constituye la mejor seña de identidad de sus obras, destacando entre las mismas por la celebridad que alcanzó *The Great Impersonation* (1922), pionera en su género.

OceanofPDF.com